Jordi Matilló

Non Nobis Domine

El elegido

Jordi Matilló

Índice

I. El ciclo empieza de nuevo

II. Años más tarde, Montsegur

III. La cámara de reflexión

IV. El aprendizaje del elegido

V. La Iniciación

VI. El primer viaje, los cátaros

VII. El castillo del grial

VIII. El segundo viaje, camino de Ávalon

IX. El rostro de Asmodeo

X. Los druidas

XI. El tercer viaje, Tierra Santa

XII. Recibiendo la luz

XIII. Tras los pasos de Santiago, de Oriente a Occidente

XIV. El regreso del iniciado

Nota importante:
Esta edición es una edición limitada y gratuita. Su difusión solamente está permitida mientras dure el estado de alarma y el confinamiento debido al Covid 19

El texto y las imágenes de esta obra son propiedad del autor de estas, Jordi Matilló Ayats.
Se prohíbe la copia, difusión y cualquier manipulación sin el permiso expreso del autor bajo las responsabilidades penales a que hubiera lugar. Se notifica que el texto y las imágenes están debidamente registradas en el Registro de la Propiedad Intelectual.
©Jordi Matilló Ayats



— ¿Es usted un demonio?

—Yo soy un hombre. Y por lo tanto tengo dentro de mí todos los demonios.

Gilbert Keith Chesterton

El ciclo empieza de nuevo

Tras un caluroso día de verano, la noche cae sobre la ciudad de Barcelona. Mientras las luces empiezan a esparcir su fulgor, una joven pareja llega a las puertas de una clínica situada en la parte alta de la ciudad. Envueltos en la brisa que empieza a soplar desde el mar, entran precipitadamente. Finaliza julio y ella se encuentra en la última etapa de embarazo. Pero no ha calculado bien las contracciones y el parto es inminente. Al ver el estado de la mujer, la enfermera agiliza los trámites. Su aspecto no delata los nervios de unos padres primerizos. Entrega el formulario de ingreso al marido, e inmediatamente acompaña a la mujer al quirófano. Allí la ayuda a desvestirse rogando en silencio que el médico llegue a tiempo. Después la acomoda en el paritorio. En ese instante aparece la comadrona quien, después de una rápida exploración, corrobora los temores de su compañera. Es cosa de minutos que el niño nazca. La joven acusa las contracciones pero en su rostro no se refleja ninguna muestra de dolor. Este hecho no pasa desapercibido para la enfermera ni tampoco para la comadrona, ambas se miran con extrañeza.

—¿Ha llegado el doctor? —pregunta la mujer.

—Todavía no, pero está de camino. No se preocupe. Estaba cerca cuando ha recibido el aviso y está a punto de llegar.

Es la comadrona quien responde con dulzura intentando calmarla, y es que a pesar de su larga carrera nunca se había enfrentado a un parto como este. Las contracciones son fuertes y seguidas, pero no se aprecia muestra de dolor en el rostro de la madre. Muy al contrario, su semblante es un espejo de calma y tranquilidad. Sensaciones que no son habituales en una madre primeriza.

Cuando la enfermera termina de preparar a la paciente llega el anestesista, quien, tras una rápida exploración, muestra su disgusto. No le gusta trabajar con prisas. El riesgo es elevado. Sin perder un segundo se dispone a preparar la punción cuando la comadrona lo separa de la camilla y le murmura al oído:

—Doctor, creo que debería ver esto. Las contracciones son muy fuertes, pero en cambio la paciente no siente ningún tipo de dolor.

Dudando de las palabras de la comadrona, el anestesista observa a la mujer tumbada en la camilla. Luego fija su vista en el ecógrafo. Estupefacto se acerca a la máquina, pero al comprobar que los picos que aparecen en la cinta de papel no coinciden con espasmos de dolor en la paciente exclama:

—No es posible. —Y volviéndose hacia las enfermeras pregunta—: ¿Le han administrado algún tipo de calmante?

—No, doctor —responden las dos al unísono.

Entonces el médico se acerca a la camilla y tomando la mano de la paciente le dice:

—Señora, soy el doctor Fernández, y antes de aplicar la anestesia necesito saber algunas cosas. ¿Ha tomado algún tipo de calmante en las últimas horas?

—No, doctor, no he tomado nada —responde ella—, solo un zumo de naranja a media tarde, ¿por qué lo pregunta?

—¿Siente usted dolor con las contracciones? —insiste el anestesista ignorando la pregunta de la paciente.

—Noto las contracciones, pero no siento dolor. A decir verdad me encuentro bien. Sé que el parto ha empezado, pero estoy perfectamente.

—De acuerdo —asiente el anestesista intentando dar a su voz un tono tranquilo—. Todo va de forma correcta, además ya ha llegado su ginecólogo. Está cambiándose y en segundos estará aquí.

Tras decir esto se separa de la paciente y hace una señal a la enfermera para que le siga. Los dos abandonan el paritorio, y una vez en el pasillo el médico comenta:

—Con las contracciones que tiene debería pedir a gritos la anestesia. ¿Está segura de que no le ha dado nada al ingresarla?

—Nada, doctor. La he traído desde recepción hasta la sala de partos directamente.

—¿Sabe si está bajo algún tipo de tratamiento? —vuelve a preguntar el anestesista.

—He consultado la ficha y no hay nada en su historial.

En ese momento aparece el doctor González, ginecólogo de la paciente y les pide que le pongan al corriente. La enfermera le informa que la paciente no siente dolor, y ello a pesar de que el parto ha empezado y de que todavía no le han administrado ninguna anestesia. Con cara de sorpresa, el ginecólogo mira al anestesista interrogándolo, pero este le confirma las palabras de la enfermera. El médico se dirige a la sala de partos preocupado cuando, de repente se detiene antes de entrar.

Durante un segundo ha percibido una sensación extraña, como si alguien le estuviera observando, pero se da cuenta de que en la sala no hay nadie excepto la paciente y la comadrona.

Convencido de que solo ha sido una impresión pasajera pregunta:

—Buenas tardes, ¿lista para el gran momento?

—Sí, doctor —responde la futura madre confiada ante la presencia de su ginecólogo.

—Pues vamos allá, parece tiene prisa por llegar —bromea el médico.

Con una mirada rápida, el doctor revisa el instrumental. Luego se acerca a la camilla mostrando una sonrisa y empieza un examen rápido para comprobar el nivel de dilatación.

Por segunda vez experimenta la misma sensación. Como si en la sala hubiera alguien más aparte de ellos. Alguien que estuviera pendiente de todos sus movimientos. Aunque esta vez la impresión ha sido tan real que ha sentido como el vello se le erizaba.

Con un gesto de cabeza convencido de que todo está bajo control se concentra en su trabajo. Tras el examen confirma que la dilatación es de nueve centímetros. Efectivamente, el parto ha empezado. Persuadido de que no va a representar ningún problema el hecho de que no haya dolor a pesar de las contracciones, aún sin ningún tipo de anestesia, se sienta en su taburete. No obstante, y como precaución pide al anestesista que se quede en la sala durante el parto.

Entre tanto aparece el padre hecho un manojo de nervios vestido con la bata verde que le ha entregado la enfermera. Una vez dentro del quirófano se acerca a la camilla donde está su mujer mientras se pregunta si es prudente saludar al doctor, pues teme entorpecer su trabajo.

El ginecólogo, veterano en estos casos, le tiende la mano y, con una sonrisa, indica que todo va con normalidad. Después, con un gesto le invita a situarse en la cabecera para ayudar a su mujer.

Al ver que el nacimiento no se puede demorar más, el doctor hace una señal a la comadrona. Luego toma un bisturí y con un corte preciso deja salir el líquido amniótico.

Entonces su mano se detiene bruscamente. Por tercera vez ha vuelto a tener la misma impresión. Como si hubiera alguien detrás de él. Incluso esta vez ha llegado a sentir un aliento en la nuca que le ha provocado un escalofrío.

Alza la vista, pero al ver que la comadrona y el padre le están mirando decide continuar. Hace un nuevo corte y deja salir el fluido que rodea al feto.

Al comprobar que el líquido no está turbio recobra la confianza.

Pero las sensaciones no han sido infundadas. Desde un rincón, una delgada figura observa cada uno de los movimientos del ginecólogo. La misteriosa figura, alta y enjuta, luce una poblada barba de color blanco que cubre su rostro. Un rostro en el que se pueden leer muchas fatigas y sufrimientos. Sus ropas, desfasadas para la época, son sencillas, pero bien ajustadas. Se cubre con una camisa de lino que le llega por debajo de la cintura, y sujeta sus calzones con una sencilla correa de cuero mientras una larga cota de malla que produce un leve tintineo con cada movimiento le protege el cuerpo. Bajo el brillante yelmo que cubre su cabeza se distinguen unos ojos negros que están fijos en la mano que sostiene el bisturí, y una cruz de color rojo en el hombro izquierdo destaca sobre el blanco de su manto. Envuelto en una capa que lo arropa hasta los pies, el personaje descansa su mano derecha en el pomo de su espada. El contacto con el metal frío le hace sentir una sensación agradable, y en esta posición está listo para actuar con rapidez si fuera necesario.

A pesar de haber luchado en infinidad de batallas y haber vivido muchas situaciones de peligro, Freire Guillem de Cardona no está tranquilo.

El lugar y el tiempo le son desconocidos, y el potencial de lucha del enemigo también le es desconocido. Por ello, al sentirse en desventaja, la adrenalina fluye rápida por su cuerpo. Pero sabe por qué se halla en esa sala llena de aparatos y tubos. Sabe cuál

es la misión que sus superiores le han encomendado, y está seguro de que no va a fallarles. Ha esperado este momento durante siglos. En cambio, ahora que por fin ha llegado, siente el mismo temor que sintió en su primera batalla contra los sarracenos, hace muchos años, en la frontera sur de Tarragona.

Mientras vigila que el médico no haga ningún movimiento que suponga un peligro para la madre o el bebé, se deja llevar por la añoranza, y desde su rincón, recuerda cuando era un niño y veía cabalgar a los orgullosos caballeros templarios. Vestidos con sus capas y armados con sus espadas. Envueltos en un halo de misterio. Desde entonces supo que él también sería uno de ellos.

Por eso pidió el ingreso el mismo día que cumplía la mayoría de edad. Aún revive con nostalgia la ceremonia de su iniciación. Como si el tiempo no hubiera pasado. Jamás en toda su vida ha vuelto a sentir una emoción igual. Por ello todavía no entiende por qué la ceremonia de iniciación fue precisamente uno de los motivos que usaron para atacar y abolir la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo. Y sin dejar de vigilar al médico murmura:

—¡Estúpidos! ¿Qué sabían ese papa corrupto y ese rey perverso de nuestra ceremonia de iniciación y de los símbolos que representaba? Solo el vil deseo de poseer nuestros bienes materiales les llevó a cometer su crimen fratricida. Por suerte, nuestros maestres supieron anticiparse y poner a salvo nuestro tesoro, nuestro grial, aunque ello supuso el sacrificio de miles de hermanos y de nuestro maestre Jacques de Molay.

Un movimiento del médico lo devuelve a la realidad. Entonces ve como el bebé empieza a asomar su cabecita. Aprovechando la presión de la madre, el ginecólogo lo extrae con destreza y por fin nace el niño.

La escena llena de emoción a Frey Guillem, quien a pesar de su dureza y de que estaba preparado para este momento desde hacía cientos de años, no puede impedir que una lágrima resbale por su mejilla. Entonces, con rapidez y sabiendo que nadie puede verle, apoya la rodilla derecha en el suelo, agacha la cabeza y levanta las manos juntas en dirección al recién nacido mientras susurra:

—A vuestras órdenes, sire.

Cuando el médico toma al bebé en brazos su llanto empieza a inundar la sala, pero cuando el recién nacido escucha estas palabras deja de llorar, y con la tranquilidad reflejada en su tierna carita sonríe con satisfacción.

Aparte del caballero y del bebé nadie más en el quirófano se ha dado cuenta de la escena que acaba de producirse.

Años más tarde, Montsegur

Luce una preciosa mañana. Es verano y el sol ilumina cada rincón de la Cerdanya, un pequeño valle enclavado en el pirineo catalán. El tiempo es bueno como corresponde a finales de agosto y la jornada invita a disfrutar de un magnífico día de excursión.

Desde que en los noventa se construyó el túnel que cruza la sierra del Cadí es posible llegar desde Barcelona a este bello lugar en poco menos de dos horas, lo que ha provocado una mayor afluencia de visitantes en los últimos años. Ahora, además del turismo de invierno atraído por las estaciones de esquí la comarca ofrece en verano un interés especial gracias a sus paisajes y a la gastronomía.

Los lagos, las pequeñas ermitas románicas y los refugios de montaña son visita obligada para el ejército de ciudadanos de asfalto que, por unos días, cambian el traje y la corbata por el pantalón corto y el calzado deportivo. Todos buscan estar más cerca de la naturaleza, como si en el subconsciente colectivo se hubiera producido un retorno a los tiempos de los antiguos; cuando el hombre apreciaba la naturaleza generadora de vida sacralizando las fuentes, los árboles y los puntos donde la tierra deja sentir su energía. Y las excursiones son una de las actividades que más se practica en vacaciones, por ello toda la familia se ha levantado temprano. Ángel ha colocado una pequeña nevera con bebidas en el todo terreno y Teresa ha preparado bocadillos mientras los niños, Víctor de catorce años, y David de nueve, intentan colocar la correa al perro de la familia, Lug, un pastor alemán tan juguetón como obediente.

A pesar de que Teresa es una madre que se desvive por sus hijos, no le gustaba la idea de tener un perro en casa. Pero la insistencia de los niños, junto a la complicidad

del padre, provocó que una mañana en la que tan solo salieron a pasear, acabaran volviendo a casa con un cachorro en brazos.

Habiendo cruzado recientemente el umbral de los cuarenta, Teresa conserva todavía el aspecto que en su juventud causaba admiración. Una melena rubia que le cae hasta los hombros, un rostro que el tiempo ha sabido respetar y un cuerpo casi de adolescente son sus atributos.

En cambio Ángel, dos años mayor que ella, con el pelo mostrando las primeras canas y unos ojos ligeramente achinados que le confieren una mirada peculiar, ya muestra la curva de la felicidad que muchos hombres lucen a partir de los cuarenta. A pesar de ello el marido de Teresa aún retiene el atractivo que enamoró a su mujer.

Para evitar que se haga tarde, y mostrando su autoridad, Ángel coloca la correa al perro y le hace subir a la parte trasera del vehículo, y una vez la familia está acomodada, emprenden la marcha conduciendo con prudencia, conscientes de que en agosto el tráfico es intenso en las pequeñas carreteras del valle. Sin perder tiempo, enfilan hacia el paso de Bourgmadame, frontera entre España y Francia, y cruzan adentrándose en el país vecino. Entonces el vehículo se dirige hacia el norte en dirección al Portè, aunque esta vez su destino no serán las estaciones de esquí de Andorra como en invierno. Hoy se dirigen al castillo de Montsegur, cuna y santuario del catarismo.

En su época de estudiante, Ángel no había oído hablar sobre los cátaros. Pero ahora, varios artículos aparecidos en la prensa han despertado su interés y, movido por la curiosidad, ha leído que los albigenses, como se conocía en su época a los cátaros, protagonizaron uno de los episodios más interesantes de la región durante la Edad Media.

A lo largo del Languedoc, tras la frontera y en el norte de Cataluña, a caballo de los Pirineos, los cátaros y sus seguidores fueron acusados de herejes por la Iglesia católica. Aunque en realidad solo eran culpables de seguir la más pura tradición cristiana. Posibles discípulos de los esenios, sociedad en la que Jesús fue iniciado, y con raíces próximas al maniqueísmo además de fervientes creyentes de la dualidad, los cátaros fueron perseguidos y exterminados durante uno de los más vergonzosos episodios de la historia de la Iglesia, la cruzada albigense. Por este motivo, Ángel comprende que esta cruzada se omitiera en su época de estudiante. Aún hoy es muy poca la gente que conoce esta parte de la historia. Promovida por el papa Inocencio III en 1209, la cruzada albigense llevó a los señores del norte a luchar durante más de treinta años contra los nobles del sur. El pretexto era erradicar la herejía, pero el verdadero objetivo era invadir y someter la región del Languedoc, único foco de cultura y tolerancia en toda Europa y donde el catarismo se había asentado.

No fue una guerra de civilizaciones ni tampoco de religiones. Fue simplemente una masacre promovida por Roma contra aquellos cristianos que no aceptaban el poder que se auto otorgaba el papa. Y para dar fe existe una triste anécdota que define el sangriento espíritu que la dominó. En el asedio de Beziers, cuando los señores feudales le preguntaron al delegado del papa qué debían hacer para distinguir a los cristianos de los herejes cátaros, el delegado, sin dudar un instante, respondió: "*Matadlos a todos, Dios ya reconocerá a los suyos"*.

Estaba hablando de unos "herejes" a los que Domingo de Guzmán, después de convivir un tiempo con ellos, se refirió ante el papa como: "*Hombres más Cristianos que nosotros"*. Tentado por el pillaje de los territorios conquistados y movido por su ambición de poder, Inocencio III escribió una de las páginas más tristes de la historia.

En ella, miles de seres humanos, hombres, mujeres y niños fueron exterminados. La mayoría en las crueles hogueras de la Inquisición.

El castillo de Montsegur fue precisamente una de las últimas fortalezas cátaras que resistió a la cruzada. Logró aguantar el asedio hasta los primeros días de la pascua de 1244.

Cuenta la historia que la tropa defensora negoció un pacto con los asaltantes. Pero el pacto no fue cumplido por estos, y cuando la población del castillo se rindió a las tropas papales bajo la promesa de que sus vidas serían respetadas, abandonaron la seguridad de los altos muros de piedra para entregarse. Pero lejos de respetar sus vidas todos fueron conducidos a un campo al pie de la montaña donde habían instalado una inmensa pira en la que fueron quemados vivos. ¡Más de doscientas personas! Ángel tiene libros sobre las leyendas que narran la caída de Montsegur. Y es gracias a ellos que su hijo mayor ha mostrado interés por conocerlas.

Ya desde niño, Víctor ha sentido atracción por las historias de lejanos castillos y caballeros que salvan dulces princesas secuestradas por siniestros brujos. A diferencia de sus amigos, él prefiere emplear su tiempo libre leyendo libros e historias de caballeros y dragones, o viendo una y otra vez la película *El señor de los Anillos*, basada en la trilogía de Tolkien. Y aunque, como todos los demás niños de su edad, dedica algo de tiempo a los videojuegos, reconoce que es entre los libros donde se siente más a gusto. Espigado, y un poco alto para su edad, con el cabello color castaño y unos ojos verdes que lo observan todo con curiosidad insaciable, Víctor se interesa por temas que no son propios de su edad. Incluso a veces sorprende a sus padres con reflexiones que serían más propias de una persona adulta que de un niño de catorce años. Por ello, hoy está contento. Las historias sobre el castillo de Montsegur que le ha contado su padre

han despertado su curiosidad. En cambio, su hermano es diferente. Físicamente sí es parecido, pero el carácter es muy distinto. Con un pelo castaño siempre alborotado, y un poco bajo para su edad, es incapaz de estarse quieto un segundo. Además, tiene una constante verborrea que le impide estar callado, aunque a pesar de ser tan parlanchín, también es la viva imagen de la alegría.

Su boca siempre sonriendo, y de ella resaltan sus dos dientes frontales, que le confieren un aspecto simpático, y la locuacidad son las dos características de David.

Con toda la familia a bordo, el vehículo asciende el Puymorent disfrutando del bello paisaje que las cumbres pirenaicas ofrecen en agosto, y una vez coronan el puerto dejan a la izquierda el desvío que conduce hacia Andorra para tomar la carretera que baja serpenteando hasta la población de Aix les Thermes. Mientras conduce, Ángel relata a su familia cómo las tropas papales asediaron sin éxito la fortaleza durante meses. El castillo de Montsegur está situado en lo alto de un peñasco rodeado de barrancos, solo un pequeño sendero permite la subida. Por ello, cuando los defensores propusieron una tregua para negociar la rendición los asaltantes accedieron rápidamente.

Ángel añade que la tropa defensora, a las órdenes de Pierre Roger, conde de Mirepoix, ofreció la fortaleza a cambio de la vida de los ocupantes.

Tras deliberar, los nobles a las órdenes del papa Inocencio III y del rey Luis XI aceptaron al ver que era imposible la victoria de otro modo.

Pero cuando los habitantes de Montsegur bajaron de la montaña y se entregaron, siguiendo órdenes de los inquisidores, los soldados los condujeron hacia una enorme pira en la que quemaron a los "*parfaits"* o perfectos, que era como llamaban los cátaros a sus iniciados.

Los perfectos, tanto hombres como mujeres, eran cátaros que renunciaban a los placeres de la carne y a las posesiones materiales. Su objetivo era dedicar la vida a cultivar el amor a Dios a través de la pureza, haciendo constantemente el bien a sus semejantes. Esta actitud dejaba en mal lugar a los hombres de la Iglesia, más dados a placeres terrenales.

Ángel sigue contando cómo los cruzados quemaron vivos a todos los prisioneros en la explanada que hay en la base del peñasco. Desde aquel triste día este lugar se conoce con el nombre de "*Prat dels Cremats"* (Prado de los quemados).

Una placa colocada en una roca al pie de la montaña rinde homenaje a estos mártires. Cientos de inocentes torturados por sus ideas a manos de una Iglesia que se autoproclamaba salvadora de almas.

—¿Por qué lo hicieron? —Pregunta David— ¿Es qué los soldados del papa eran malos?

Ángel busca una explicación que su hijo menor pueda entender y responde:

—David, tú todavía eres pequeño para entenderlo. Pero muchas veces la historia no es como nos la enseñan, sobre todo si el que la explica ha sido protagonista de ella.

Con esta respuesta flotando en el ambiente siguen su camino mientras la carretera circula ahora junto a un riachuelo que salta entre las rocas creando pequeñas cascadas, hasta que en una curva en la que hay una pequeña explanada Ángel conduce el vehículo fuera de la carretera y lo detiene en ella.

—¿Quién tiene hambre? —pregunta sonriendo—. Bajad del coche y coged la mochila con los bocadillos.

—Pero no os acerquéis a la carretera —añade Teresa siempre prudente.

Obedientes, los niños corren hasta el río, que corre alegre entre las piedras formando pequeños estanques, y mientras Teresa saca de la nevera portátil unos zumos, Ángel abre el portón trasero apartándose de un salto cuando Lug salta fuera y, como alma que lleva el diablo, corre alborozado tras los niños. Y así, bajo un sol radiante de agosto y rodeados de montañas llenas de leyendas, la familia desayuna envuelta en la agradable temperatura con que el verano les obsequia.

Una vez satisfecho el hambre todos suben de nuevo al coche y siguen el viaje ilusionados por el maravilloso día que tienen por delante.

Al cabo de pocos kilómetros la carretera los aleja de las cumbres de los pirineos franceses adentrándolos en un terreno más llano, y mientras la recorren van encontrando pequeños pueblos engalanados con parterres de flores multicolores. Pero al cabo de unos minutos, justo al salir de una curva aparece enfrente una montaña solitaria y picuda, y en lo alto un castillo majestuoso e imponente.

—¡Mirad! ¡Es Montsegur! —exclama Ángel recorriendo los últimos metros mientras busca un hueco para estacionar el coche. Resulta que no son los únicos que han decidido visitar el castillo, y a pesar de lo temprano de la hora el aparcamiento está casi lleno.

—Hay un museo en el pueblo —comenta Teresa al descubrir un letrero que lo anuncia—, podemos visitarlo por la tarde.

Pero sus hijos no le prestan atención, pues nada más descender del coche, y atraídos por la imagen, dirigen su mirada hacia la cumbre. Allá en lo alto, desafiante y como un punto de conexión entre el cielo y la tierra, la fortaleza de Montsegur parece saludarles dándoles la bienvenida.

Después de hacerse las fotografías de rigor, junto a la estela de piedra que rinde homenaje a los cátaros muertos en el *Prat dels Cremats* inician la subida por una colina hasta la linde del bosque, donde encuentran el camino que les llevará a la cima y en el que en los primeros tramos una barandilla de madera facilita la subida. Lug abre la marcha junto a los niños dando saltos de alegría y olisqueando todos los rincones. Unos pasos detrás, Ángel les sigue intentado no perderlos de vista mientras ayuda a Teresa por el sendero de escalones de piedra. Sin dejar de dar la mano a su mujer intenta imaginar los hechos que hicieron famoso este lugar, y haciendo un ejercicio de fantasía, retrocede más de setecientos años visualizando lo que aconteció aquella fría mañana de marzo en la que la fortaleza y toda su guarnición se rindieron.

Tomando aliento, y sin dejar de controlar a sus hijos, pues el camino es cada vez más escarpado, se detiene para contemplar la vista. Entonces se separa de Teresa para mirar montaña abajo, y dejándose llevar por la imaginación le parece distinguir los pabellones del ejército asaltante en los campos que rodean la montaña, con los estandartes ondeando al viento, y en una de las tiendas de mayor tamaño, en el fondo del campamento, el distintivo papal, desde donde el delegado de Inocencio III dirige el asedio.

Forzando la imaginación también oye el griterío de las mesnadas, y percibe el olor de las hogueras donde la tropa se agrupa intentando combatir el gélido viento que azota el campamento. Unos metros camino arriba, Víctor observa extrañado a su padre. Intenta adivinar qué es lo que observa tan atentamente y también mira abajo. Pero solo ve el verdor de los campos que rodean la montaña. Luego se gira y sigue subiendo detrás de Lug y su hermano.

Después de unos veinte minutos de ascensión llegan a la mitad del camino. En este punto, el bosque desaparece y el sendero queda al descubierto, y es a partir de aquí cuando el recorrido se sucede entre pequeños arbustos de boj que no alcanzan a esconder la visión de los barrancos que hay que sortear para alcanzar la cima. Intentando no resbalar en las rocas que forman la desgastada escalera natural que cubre el camino, los cuatro siguen hasta la cima.

Entonces es Víctor quien deja volar su imaginación. Avanzando detrás de su hermano se recrea con la visión de soldados luchando sobre los muros del castillo cuando de repente le parece ver una silueta en lo alto de la torre. Protegiéndose los ojos del sol con las manos, advierte que no ha sido una ilusión. Efectivamente, en lo alto de la torre descubre una figura que está envuelta en una capa blanca que ondea mecida por el viento. Sorprendido, fija la vista sobre la extraña figura y descubre el brillo de una espada colgada del cinto. Pero en ese momento la figura hace un pequeño movimiento y sus miradas se cruzan. Solo dura un segundo, pero el muchacho tiene la sensación de que el extraño personaje también lo está mirando. Víctor duda y cierra los ojos un instante, y cuando de nuevo los abre la figura ha desaparecido.

Entretanto, ajeno a la visión, David se ha adelantado seguido por el perro. Al ver que algunos tramos del camino son peligrosos, Ángel acelera el paso tras el pequeño, pasando al lado de un sorprendido Víctor que todavía mira fijamente la torre buscando en ella a la enigmática figura. Entretanto Teresa alcanza a Víctor y, cogiéndole la mano, le invita a continuar. Ajeno a todo, el muchacho camina junto a su madre pensando en la figura que acaba de ver.

Por fin, cansados y sudorosos los miembros de la familia llegan a la cima donde la vista es magnífica. Mientras al fondo se dibujan las cimas de los Pirineos Orientales

enfrente se alza el pico de Soularac, desde cuya cima se encendió una hoguera para indicar a los habitantes de Montsegur que podían rendir la fortaleza, pues el grial estaba a salvo.

Cuenta la leyenda que durante el asedio un pequeño grupo logró burlar las tropas que rodeaban la montaña y sacar del castillo su más preciado tesoro. Y aunque se cree que fue escondido en las cercanas cuevas de Lombrives jamás ha sido encontrado.

Tendiéndole la mano Ángel ayuda a su mujer a subir los últimos metros para acceder al interior del castillo, y una vez en el interior de las ruinas de lo que fue una de las más preciadas joyas cátaras los dos ven que sus hijos están escalando el muro por unas piedras a modo de peldaños adosados a la pared.

—¡No os alejéis, y vigilad donde pisáis! —grita Teresa

Víctor, consciente de su responsabilidad como hermano mayor toma la delantera e indica a David por donde subir. Y ya en lo alto de la muralla los dos tienen la sensación de tener el mundo a sus pies. De sentirse libres como pájaros. Que por encima de ellos tan solo está el cielo, pero tan cerca que pueden tocarlo solo alargar la mano.

Mientras vigila a su hermano Víctor contempla cada detalle del castillo. Desde su puesto de observación pocos son los rincones que escapan a su vista. Ahora comprende por qué los asaltantes decidieron aceptar la rendición de la fortaleza. Excepto por el pequeño camino por el que han subido el recinto está rodeado de barrancos que lo hacen inexpugnable.

Viendo que sus padres están sentados en una piedra en el patio del castillo Víctor desciende del muro dejando solo a su hermano. Pero mientras baja descubre una bandera ondeando en el extremo opuesto del castillo. Fija más la vista y distingue que la bandera tiene una franja de color blanco y otra de color negro.

—*Qué extraño* —piensa—, *diría que al subir la bandera no estaba.*

Los dos colores, o quizás la pequeña cruz roja en su centro, despierta en él una extraña inquietud, y mordido por la curiosidad decide ir hasta allí. Con rapidez cruza el patio. Entonces su padre lo mira al ver que ha pasado a su lado sin apercibirse de su presencia y le pregunta:

—Víctor, ¿te pasa algo?

—Todo va bien. Voy al otro lado, quiero ver la vista desde allí —responde sin comentar nada de la bandera.

Cuando llega al otro extremo del castillo alza la vista para localizar el punto donde ha visto ondear la extraña bandera y descubre una escalera de madera entre dos muros interiores. Asciende por ella hasta alcanzar una base de troncos a modo de plataforma y se da cuenta de que la base está sujeta entre el muro interior y el muro exterior del castillo, justo donde antiguamente subía la escalera de caracol por la que se accedía a la torre, y que en un extremo de la plataforma, movida por el viento está la bandera. La observa y comprueba que tal y como la vio de lejos está compuesta por una franja negra y otra blanca, y en su centro, bordada en rojo hay una cruz con los cuatro brazos semejando garras.

Entonces recuerda que ha visto esta cruz en alguno de los libros de su padre.

Mirándola Víctor piensa que si hubiera estado allí cuando subieron tenía que haberla visto, ya que el último tramo del camino pasa justamente debajo de ella. Tampoco es posible que ninguna de las personas que están visitando el castillo la haya subido. Es muy grande y se habría dado cuenta.

Sorprendido comprueba cómo los visitantes que llegan por el camino que discurre debajo de la torre, y los que están visitando la fortaleza parecen ignorar la presencia del enorme estandarte.

Alza la vista de nuevo y ve como flamea mecida por el viento. Entonces se da cuenta de que algo no va bien, pero no sabe exactamente que es. En aquel momento empieza a ponerse nervioso mientras su intuición le aconseja que lo mejor es regresar donde está su familia. Sin pensarlo dos veces da media vuelta hacia la escalera cuando de repente lo ve allí. Frente a él. De pie. Inmóvil. Observándolo fijamente a través del yelmo.

—Hola —tartamudea Víctor.

—Hola —responde con voz grave Frey Guillem haciendo un esfuerzo por mostrarse amable.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —pregunta asustado Víctor

—Ya lo sabes. Ya han pasado catorce años desde que nos conocimos. Y desde entonces he estado siempre cerca de ti.

Víctor mira sorprendido al personaje mientras este sigue hablando:

—Soy el hermano Guillem de Cardona, comendador del Temple y maestre provincial de Cataluña y Aragón.

Reponiéndose de la sorpresa Víctor se acerca y piensa que debe formar parte de la ambientación del castillo. Algo parecido a una forma de potenciar el turismo, una recreación con personajes de la edad media, y entonces recuerda que mientras subían le pareció ver a un caballero en una almena. Convencido de que el personaje no es más que una persona disfrazada para deleite de los turistas recobra la confianza.

—¡Ah! Bien, entonces conocerás muchas leyendas de este castillo, ¿verdad?

—Conozco perfectamente la verdadera historia de este castillo, y de la gente que lo habitó. También conozco la historia de los castillos de toda la zona. Y siguiendo la costa conozco la historia de todos los que hay hasta llegar a tierras de Murcia. Incluso te puedo contar crónicas de ultramar. Relatos tristes como la pérdida de Jerusalén, de Trípoli y de San Juan de Acre. Algunos las he vivido. Otras me las han contado sus protagonistas.

—Ya veo que conoces la historia —responde Víctor convencido de que su caballero es un actor disfrazado.

—La conozco bien. La verdadera. Aquello que fue. Lo que realmente sucedió y por qué sucedió —responde el caballero desde el interior del yelmo.

—Oye, esta bandera ¿Cuál es?

—Este estandarte es la Beaucent. El estandarte del Temple. Bajo él se han librado muchas batallas, y por él han muerto miles de hermanos —aclara el Templario.

—Me has dicho que te llamas Guillem de Cardona y que eres un maestre del Temple de Cataluña y Aragón, pero estamos en Francia ¿Qué haces en este castillo?

—Tu pregunta merece varias respuestas. Mira, en mis tiempos, allá en el año del señor de 1244 Francia no era el territorio que es ahora. Al igual que España estaba formada por varios reinos. Incluso en el norte, una franja muy grande de territorio pertenecía al rey de Inglaterra. La unificación de Francia como tú la conoces hoy se logró mucho más tarde. Todo el territorio que va de Tolouse hasta el Mediterráneo, y de Perpignan hasta más allá de Nimes no tenía una relación muy buena con los señores francos del norte. Hasta su religión les ofendía. También tenían su propia lengua, la *langue d'oc*. Para nosotros la organización territorial no se basaba en los dominios de los reinos que existían. Estas divisiones cambiaban constantemente. Los templarios

teníamos nuestras propias zonas llamadas provincias. Una de ellas era lo que en los libros de historia hoy llaman la región catalana-aragonesa, que abarcaba todo el reino de Aragón, Cataluña y gran parte del sur de Francia. Nuestras provincias estaban basadas en un sistema racional de organización, con el fin de aprovechar al máximo los recursos y para una mejor defensa. Digamos que fuimos precursores de un sistema de economía mediante una organización jerarquizada que hoy utilizan muchas empresas.

Entonces Frey Guillem de Cardona da un paso al frente y añade:

—Y por último, el motivo por el cual estoy en Montsegur es para iniciar la educación del elegido, y ese eres tú *sire* Víctor.

Al pronunciar estas palabras el templario coloca una rodilla en el suelo mientras agacha la cabeza, y juntando las manos las alza hacia Víctor como hizo catorce años atrás, el día de su nacimiento.

Hasta ese momento Víctor había escuchado divertido las explicaciones, pero cuando el caballero hace el movimiento y pronuncia su nombre el miedo recorre de nuevo su cuerpo y sobresaltado echa a correr escaleras abajo. Corre tan rápido que en pocos segundos alcanza el patio del castillo. Solo entonces, y temblando todavía por el susto se detiene y mira hacia atrás. A pesar de que el extraño personaje no le ha seguido siente como el corazón le late aceleradamente mientras busca con la mirada a sus padres.

Pero no los ve. Ni a ellos ni a David. Y aterrado advierte que no hay nadie en el patio de la fortaleza. Está solo, y a pesar de que es mediodía y del calor que reina un escalofrío recorre su cuerpo. Entonces aprieta de nuevo a correr y cruza la portalada

abandonando el castillo. Pero fuera de la muralla tampoco hay nadie. ¡Sus padres han desaparecido!

—¡No es posible! —Solloza—, ¿dónde está la gente que había? ¿Dónde están mis padres? ¿Y mi hermano?

Aterrado mira hacia atrás. Pero al comprobar que el caballero ha desaparecido se tranquiliza un poco, y mientras intenta no perder la calma se sienta en una piedra.

—*Quizás estén en el otro lado y no los he visto* —piensa intentando encontrar una explicación para infundirse valor. Pero finalmente, abatido al sentirse solo se lleva las manos a la cabeza y empieza a gimotear

—¡No puede ser! ¿Dónde ha ido todo el mundo?

Sentado en la piedra, solo y sin comprender que ha pasado no puede contener las lágrimas y empieza a llorar. Así permanece unos minutos. Hasta que de repente siente como una mano se posa en su hombro. Aterrado e incapaz de moverse Víctor solo alcanza a levantar la vista cuando una voz dice:

—He venido a buscarte.

Con la vista enturbiada por las lágrimas Víctor parpadea descubriendo que es su hermano quien le habla.

—¿Dónde te habías metido? Los papás quieren que bajemos.

—Yo, he ido… he ido a dar una vuelta… —murmura por respuesta secándose los ojos.

—¿Estás llorando? —pregunta David.

—No, es que… me ha entrado algo en el ojo —responde intentando que su hermano no aprecie el pánico que hace un momento sentía.

Y mientras se levanta llega el perro quien al verlo salta alborozado a su alrededor. Para disimular Víctor se agacha acariciándolo, y Lug, percibiendo el nerviosismo que atenaza a su joven amo se abalanza sobre él llenándole de lengüetazos. Sin comprender la escena David insiste y le señala a su hermano donde aguardan sus padres. Entonces los tres descienden un pequeño trecho del camino hasta una pequeña higuera donde Ángel y Teresa esperan guarecidos a su sombra. Al verlos, Víctor corre hacia ellos, y se alegra tanto que siente deseos de abrazarlos, y así lo hace.

—Hijo mío —pregunta extrañada Teresa—, ¿te pasa algo?, ¿te encuentras mal?

—No mamá, no pasa nada —responde él soltándose y saliendo tras su hermano y de Lug que ya corren sendero abajo

Ángel y Teresa se miran extrañados, y sin dar mayor importancia al tema empiezan a andar detrás de los niños. Víctor sigue a David cabizbajo, y aunque no se atreve a mirar abiertamente hacia el castillo lanza pequeñas miradas de reojo. Y es en una de ellas cuando divisa a Guillem de Cardona saludándole desde la plataforma, bajo el estandarte. Al verlo el miedo vuelve a apoderarse de él y Víctor afloja el paso colocándose junto a su padre. Ángel, ajeno a los temores de su hijo se detiene un momento y lanza un último vistazo al castillo. Su mirada se pierde entre las murallas que tanta historia han vivido como si durante un pequeño instante pudiera leer en las piedras todo el mensaje que estas contienen. Y así con esta última mirada se despide de Montsegur.

Durante el resto del día Víctor se mantiene en silencio. Sus padres se han dado cuenta de que tanto en la visita al pequeño museo del pueblo como durante la comida en una acogedora terraza, su hijo apenas ha abierto la boca.

—*Quizás es el momento de hablar con él* —piensa Ángel—. *Está entrando en una edad difícil, en un momento de cambios. No nos hemos dado cuenta y está dejando de ser niño. Antes de volver de vacaciones hablaré con él, decirle que no está solo, que cuenta con nuestra ayuda. Tiene que saber que puede confiar en nosotros.*

Y con estos pensamientos y los niños dormidos en el asiento trasero Ángel regala una sonrisa a su mujer mientras conduce de regreso.

La cámara de reflexión

Todavía cabalga en el cielo la luna cuando por el este el sol se asoma como un amenazante disco de fuego. Largos jirones de niebla llegan del desierto cubriendo la tierra y envolviendo las torres del castillo. El ambiente es húmedo y frío. Por el lado del mar las olas lamen la base de la enorme fortaleza, mientras los primeros rayos de luz permiten a la tropa situada en lo alto de los muros distinguir la alfombra de tiendas que rodean el castillo. Hasta más allá de donde alcanza la vista. En ellas, como un desafío para los defensores de la ciudadela cristiana, ondea el estandarte de la media luna. Tras la salida del sol las hogueras que dan luz al campamento árabe se van apagando y la actividad va en aumento. Desde una de las murallas, el maestre repasa la situación una vez más. Después de aguantar tres meses de asedio la comida escasea y las enfermedades empiezan a afectar a la población. La tropa tiene la moral baja por la falta de actividad, y no hay día en el que no surjan broncas entre los soldados que habitan el castillo. Incluso entre las órdenes militares han surgido rencillas. Por el momento, el agua no es un problema gracias a los pozos que hay en el interior, pero si el asedio se prolonga terminarán por secarse. Para hacer frente a los veinticinco mil árabes bajo las órdenes del sanguinario sultán Baibars, el maestre cuenta con tres mil soldados de a pie y cuatrocientos caballeros. De ellos, doscientos hospitalarios, cincuenta teutones y ciento cincuenta templarios.

Hasta hace poco llegaban suministros por mar gracias a la audacia de la flota veneciana. Pero tras el pacto al que ha llegado el sultán con los genoveses, eternos rivales de los venecianos, la flota enemiga ha bloqueado la entrada al puerto impidiendo la llegada de víveres a la fortaleza.

El maestre está convencido de que el sultán no tardará en ordenar el asalto final. Sabe que Baibars es consciente de que en cualquier momento pueden llegar refuerzos de Occidente. Por este motivo piensa si no sería mejor emplear una estrategia más ofensiva; utilizar la sorpresa de un ataque y no pasar los días aguardando la muerte como ovejas en un matadero.

Mientras observa como el sol cambia el color rojo por un tono amarillento, piensa en la forma de convencer al maestre de la Orden del Hospital para organizar el ataque. Su plan es tomar por sorpresa al ejército enemigo. Una acción combinada de las dos órdenes abriría una brecha entre los árabes. Y por ella podrían asegurar una vía de salida para evacuar la ciudad.

Si actúan con rapidez cree posible llegar hasta el punto de la costa donde las naves venecianas están esperando.

Con estos pensamientos empieza a descender la escalera de la muralla, cuando de repente un silbido rasga el silencio. El silbido no trae ningún buen presagio. Alarmado, alza la vista y tan solo tiene tiempo de ver cómo una enorme bola de fuego se estrella contra uno de los edificios. El proyectil de fuego griego esparce sus llamas abrasando todo lo que encuentra a su paso. Entonces, el maestre ve con horror cómo, desde el campamento enemigo, las catapultas elevan infinidad de proyectiles impregnados con brea ardiendo que caen tras los muros del baluarte. La confusión y el pánico cunden en la zona donde el sultán ha concentrado sus disparos, y el humo es tan denso que la visión se hace imposible.

Edificios, animales y personas arden con cada nuevo impacto, y el caos es tan grande que impide a los sargentos organizar la tropa para combatir las llamas. Es

cuestión de tiempo que la pared exterior termine por ceder a causa de la intensidad del calor.

Conociendo el alcance de su sorpresa, Baibars también ha iniciado el bombardeo del muro con piedras que son catapultadas desde los flancos, y cada nuevo impacto debilita aún más la gruesa muralla, mientras un griterío ensordecedor arranca del campamento enemigo indicando que la tropa está lista para lanzarse al asalto.

Ante la visión del inminente desastre, el maestre del Temple corre hacia donde se encuentran el maestre hospitalario y el conde de Saint-Omer, primo del rey y máxima autoridad de la ciudad. Y mientras recorre entre cuerpos abrasados la distancia que le separa repasa sus argumentos, debe encontrar la manera de convencerles. Tiene que persuadirles de que la única solución es responder al ataque con una salida. Hay que atacar la zona donde Baibars ha situado sus catapultas, con el fin de inutilizarlas. Solo cien caballeros serían necesarios para destruir las máquinas de guerra y acabar con los enemigos que las manejan. Mientras tanto, y aprovechando la sorpresa, el resto de la tropa abriría un paso entre la infantería enemiga para evacuar al máximo número de personas.

Sumido en estos pensamientos el templario recorre la muralla envuelto entre un humo tan espeso que le impide ver nada. Por ello, cuando llega al palacio principal se detiene horrorizado.

Todo el edificio está en llamas. Varias bolas de fuego dirigidas con gran habilidad han logrado impactar en él con tal certeza que nadie ha podido escapar de su interior. Los gritos de la gente que ha quedado atrapada desgarran el alma de quienes han quedado fuera. Y entre ellos se encuentran el maestre de la Orden del Hospital y el primo del rey. Ahora él es la máxima autoridad de la plaza. El joven maestre del Temple

regresa a la primera línea defensiva y reúne a sus comandantes. Apresuradamente les da instrucciones para organizar la salida, pero se detiene al oír un estruendo que proviene del sur. El ruido anuncia la caída del muro arrastrando tras de sí una de las torres y parte del segundo muro interior. La brecha es demasiado grande para que los zapadores puedan cerrarla. El desastre hace que la tropa retroceda asustada. Una nube de polvo impide ver nada. Finalmente, cuando la polvareda se empieza a disipar, un enjambre de sarracenos, gritando como posesos, se lanza al asalto. El maestre se da cuenta de que la salida ya no es posible. Con la irrupción del enemigo en el interior, la situación ha cambiado. Ahora la lucha es encarnizada y las oleadas de infieles se suceden tan rápido que la tropa se ve impotente para contenerlas. El aire adquiere un fuerte hedor a causa del humo, de la carne quemada y del característico olor a sangre. Los cadáveres se amontonan y el suelo se tiñe de rojo. Con destreza, el mariscal del Temple, verdadera autoridad militar en las batallas, dirige a los caballeros en formación de ataque hacia la columna de sarracenos. Y tal es el ardor con que los templarios se entregan ayudados por un grupo de hospitalarios que se les ha unido, que el enemigo empieza a retroceder. Con gran dificultad, los asaltantes son finalmente expulsados, y la tropa defensora recupera sus posiciones.

Pero el precio que han pagado ha sido enorme: cientos de cuerpos cubren el campo de batalla, y un espeso río de sangre tiñe el suelo. Por si fuera poco, los lamentos de los heridos añaden una macabra nota musical al espeluznante espectáculo en que se ha convertido la ciudad. Ni siquiera los bravos caballos han podido escapar del horror. Decenas de ellos yacen muertos junto a sus jinetes. El asalto ha sido rechazado, pero más de trescientos soldados y sesenta caballeros han perdido la vida.

Fuera, en el campamento enemigo, Baibars se prepara para lanzar un segundo ataque. Sabe que si quiere la victoria no debe permitir que la tropa cristiana tenga tiempo de rehacerse. De inmediato ordena que las catapultas vuelvan a lanzar su mortífera carga sobre la ciudad, y sin apenas tiempo de trasladar a los heridos, las letales bolas de fuego caen de nuevo sobre el lugar donde antes los dos ejércitos libraban la batalla. En un desesperado intento por recobrar la situación, el joven maestre decide finalmente ordenar la salida y atacar la primera línea del enemigo. Para ello reúne cincuenta voluntarios y, en contra de las órdenes de su mariscal, él mismo se coloca al frente. Azuzando su caballo, y seguido por sus hermanos, se lanza con gran bravura al ataque, causando la confusión entre la tropa enemiga. Ante la visión del medio centenar de caballeros al galope envueltos en sus mantos blancos y cabalgando bajo la *beaucent*, el estandarte de la orden que ondea orgullosa, los sarracenos que manejan las catapultas corren en desbandada. La huida desorganizada de los árabes es jaleada desde lo alto de los muros por la tropa, que estalla en gritos de alegría. Ahora las catapultas no tienen quien las alimente y dejan de escupir su ponzoñosa carga.

Pero Baibars, a quien el ataque lanzado por los templarios también ha sorprendido, no tarda en reaccionar. Y consciente de la superioridad de sus huestes ordena un contragolpe con su caballería, por lo que en pocos minutos el pequeño pelotón de templarios se ve rodeado por la elite del ejército del sultán, diez veces más numerosa. Los árabes se entregan con saña al exterminio de los caballeros cristianos, pero el joven maestre, sabedor de que la muerte está cerca, no deja de dar mandobles cercenando cabezas y brazos. El sudor y el olor a sangre le embotan los sentidos, y los miembros le duelen por el esfuerzo y los tajos que las espadas moras le producen. Y a cada segundo que pasa, sus movimientos son más y más lentos. Levantar el brazo o esquivar un golpe

se convierte en un esfuerzo sobrehumano. Todo empieza a girar y las imágenes se suceden lentamente. Por debajo de la cota de malla siente cómo el sudor le empapa la camisa cuando, de repente, ve que una cimitarra desciende con fuerza hacia su cabeza…

Víctor despierta sobresaltado. Está bañado en sudor y tiene el cuerpo enrollado entre las sábanas. Los brazos le duelen y apenas puede mover las piernas. Se incorpora y ve que está en su cama. La imagen de sangre y cadáveres solo ha sido una pesadilla. Asustado, se levanta apoyando los pies en el suelo, y el contacto con el frescor del piso le reconforta. Mira su despertador y ve que marca las tres de la madrugada. Escucha y solo oye el silencio. Ni su hermano pequeño ni sus padres se han despertado a pesar de que la batalla que ha mantenido por librarse de las sábanas ha tenido que ser terrible. Se frota los ojos y, como está demasiado excitado, se dirige a la cocina.

Pasa frente a la habitación de sus padres y ve que están profundamente dormidos. Por un instante siente el deseo de entrar y acurrucarse junto a ellos. Pero venciendo el miedo baja hasta la cocina. Una vez en ella abre la nevera, toma una botella de leche y se sirve un vaso. Con él en la mano se sienta junto a la mesita.

Está asustado. La pesadilla ha sido tan real. Los olores, las sensaciones, los colores, todo era auténtico. Aquellos gritos y los lamentos de los heridos, también. Víctor ha experimentado en sueños sensaciones que en la vida real no habría podido imaginar.

Lentamente se tranquiliza, y al cabo de unos minutos incluso empieza a saborear los recuerdos. En otras ocasiones, cuando despertaba de un sueño, Víctor no podía recordar nada de él.

En cambio, esta vez, cada una de las imágenes está perfectamente grabada en su mente. La sensación que experimenta es como si estos recuerdos pertenecieran a su

pasado. Algo que hubiera vivido hace años, muchos años. Muy lejos en el tiempo, pero en definitiva algo real y no un sueño. Es entonces, absorto en estos pensamientos, cuando advierte a su espalda un movimiento. Se gira hacia la penumbra esperando descubrir a su hermano y en cambio encuentra a Freire Guillem, sonriéndole apoyado en el marco de la puerta, y antes de que Víctor se asuste, el templario dice:

—Parece que la noche ha sido agitada y que de nuevo has vuelto a empuñar la espada. —Frey Guillem acompaña esta última parte con una sonrisa burlona.

—*Solo ha sido un sueño, una pesadilla* —responde Víctor con calma, con una calma que incluso le sorprende a sí mismo.

Después de dos meses, el muchacho ya había olvidado el encuentro en el castillo. Pero esta vez la visión del templario no le asusta, sino que incluso nota que en su compañía se siente a gusto.

—¿Estás seguro de que ha sido un sueño? ¿No crees que las imágenes de tu mente se parecen más a recuerdos vívidos que a imágenes inventadas?

—¿Quién eres y qué quieres de mí? —responde Víctor esta vez sin mostrar ningún tipo de temor.

—Ya te lo expliqué en Montsegur. Soy Guillem de Cardona, maestre del Temple de la provincia catalana. Desde enero de mil doscientos veinticuatro hasta mayo de 1252, cuando fui destinado a Tierra Santa, donde entregué mi vida a Dios en abril de 1289 defendiendo la ciudad de Trípoli del ejército del sultán Qalawun. Tuve el santo honor de morir en combate junto al hermano Pere de Montcada, y mis restos reposan en la casa convento de Gardeny, en Lérida.

Mostrando una serenidad que antes no había experimentado, Víctor responde:

—Pero esto que dices no es posible, ¿quieres hacerme creer que eres un fantasma?

—Lo que tú entiendes por un fantasma, según las creencias que tenéis en estos tiempos, no sería una explicación correcta, pero por el momento podemos dejarlo así. Tiempo tendremos más adelante de que entiendas los diferentes estados por los que debemos pasar antes de llegar al final del camino. Digamos que son como etapas, y ahora estoy en una de ellas. Además, con una misión muy concreta. Como estaremos juntos bastante tiempo hasta completar tu preparación ya volveremos en otra ocasión sobre este tema.

Molesto por las palabras del templario, Víctor responde con insolencia:

—¿A qué te refieres? ¿Cómo podemos estar juntos? Cuando mis padres te vean no sé qué va a pasar, pero seguro que tendrás mucho trabajo para convencerlos de que eres un caballero muerto hace setecientos años.

Mostrándose comprensivo ante la incredulidad del muchacho, Frey Guillem intenta ganar su confianza:

—No debes preocuparte por ellos. Nadie más aparte de ti puede verme. Salvo que yo lo quiera. Y te aseguro que estoy plenamente convencido de querer guardar mi secreto del mundo profano. Sobre todo después de haber visto cómo son algunas cosas en tu tiempo.

Influenciado por el tono dulce y meloso, casi hipnótico que usa el caballero, Víctor empieza a dudar:

—Entonces, ¿dices que nadie puede verte ni oírte excepto yo? ¿Si ahora entraran mis padres no te verían?

—Ni verme ni oírme. Estamos en un espacio-tiempo distinto.

—¿Y cómo me explicas que yo te veo, te oigo y te puedo tocar? —Y al decir esto Víctor se incorpora y no sin cierto temor apoya su mano en el brazo de Frey Guillem

—Es complejo de explicar —aclara el templario—. Será mejor que vayas aprendiendo todo lo que debes saber, pero en el orden correcto. Te aseguro que hacerlo no será fácil. Es necesario llegar a un nivel que solo unos pocos iniciados llegan a alcanzar, y ahora, si aceptas un consejo, te recomiendo que vuelvas a la cama y descansases. Llevo esperando cientos de años para esta misión y quiero que estés listo para realizarla.

Confundido por la respuesta Víctor pregunta de nuevo:

—¿Preparado?, ¿preparado para qué? ¿Y por qué me llamaste sire en Montsegur?

—Preparado para cuando llegue el momento de recibir la luz. Nada de lo que pasa pertenece al azar. Nada ocurre por casualidad. Todo está escrito y todo obedece a un orden. Y tú estás incluido en ese orden. Eres el elegido. El guía para la última y definitiva cruzada. En Montsegur te llamé sire porque el sueño que acabas de tener no ha sido una fantasía. Tú luchaste llevando la cruz en el hombro. Y en su momento conocerás tu pasado. Ahora hazme caso e intenta dormir. Te prometo que no volverás a tener otra pesadilla esta noche, nada debes temer. Yo velaré tu sueño.

Y después de pronunciar estas palabras, Frey Guillem acaricia el pelo del muchacho y sale desapareciendo en la oscuridad del pasillo.

Solo en la cocina, Víctor aún está aturdido por la conversación que acaba de mantener, pero se da cuenta de que no siente ningún tipo de temor.

El miedo de su primer encuentro con el templario ha dejado paso a un agradable estado de bienestar y tranquilidad.

Con esta sensación Víctor regresa a su habitación y sin hacer ruido se mete de nuevo en la cama.

Con la mirada fija en el techo intenta recordar cada uno de los detalles de la conversación. Intenta grabarlos en su mente. Retenerlos. Pero un sopor se va apoderando de él y a los pocos minutos cae en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, Víctor despierta antes de que su madre lo llame. Se levanta y va corriendo hasta la cocina esperando quizás encontrar de nuevo al templario. Pero no hay nadie. La cocina está vacía. Decepcionado regresa a su habitación pensando si todo no ha sido fruto del mismo sueño, y mientras se viste entra su madre, quien se sorprende al verlo levantado.

—¿Te has caído de la cama? —pregunta riendo.

—No tenía más sueño mamá —responde él.

—Pues voy a prepararte el desayuno. —Y mientras dice esto abre la ventana dejando que el sol inunde el cuarto—. Cuando estés listo, baja a la cocina ¡Ah!, y no olvides lavarte los dientes.

De camino a la cocina, Teresa se detiene en la habitación de David, y sin llevarse ninguna sorpresa, observa que el pequeño todavía remolonea entre las sábanas. Dulcemente, pero con firmeza, lo levanta y continúa hasta la cocina. Cuando llega abre la nevera para tomar la botella de leche y entonces repara en el vaso vacío que hay en el fregadero.

—*¿Quién se habrá levantado esta noche?* —piensa, pero sin dar más importancia al tema de inmediato se pone manos a la obra con el desayuno.

Al cabo de un instante entra Víctor y, sin decir palabra, toma uno de los vasos de cacao que hay preparados encima de la mesa y se sienta.

—¿Estás bien? Esta mañana te noto extraño, como si alguna cosa te preocupara —pregunta Teresa mientras le alarga una tostada—. ¿Tienes algún problema en la escuela?

—No mamá. Todo va bien. ¿Y papá? —responde él intentando cambiar de conversación.

—Papá hace rato que marchó. Tenía que llegar pronto al trabajo. —Le da un bocadillo y añade—: aquí tienes tu desayuno, y mira qué está haciendo tu hermano, tarda mucho y llegaréis tarde a la escuela.

Pero antes de que Víctor se levante aparece David.

—Buenos días —exclama el pequeño dando un beso a su madre.

—Buenos días, hijo —responde ella—. Bébete la leche y marchaos que llegaréis tarde.

—Víctor —Dice David—, ¿con quién discutías esta noche? Me pareció oír que hablabas con alguien, pero solo te oía a ti.

—¿Yo? —Pillado por sorpresa, Víctor responde—: ¡lo habrás soñado!

—No, Víctor. No lo he soñado —insiste el pequeño ante el enfado de su hermano—. Me despertaste con tus gritos. Te oía perfectamente. Como si hablaras... ¡Ay!

Por debajo de la mesa Víctor le propina una patada a su hermano y este le mira sorprendido. Pero al descubrir la mirada amenazante de su hermano mayor interrumpe de inmediato la frase que iba a empezar. Entonces se da cuenta de que no debe insistir. Al menos en presencia de su madre, por lo que decide callar.

Después de vaciar los vasos de leche se despiden de su madre y salen a la calle. Pero nada más cruzar la puerta David se gira y vuelve a preguntarle con quién hablaba por la noche. Ante la insistencia de David, y viendo que será imposible convencerlo de que solo han sido imaginaciones suyas, Víctor piensa una solución. Se toma unos segundos antes de responder, y luego, midiendo bien la información que dará acerca de sus encuentros con el templario le explica:

—David, voy a contarte una cosa, pero debes prometerme que sabrás guardar el secreto, y que no lo contarás a nadie. Ni siquiera a mamá y papá, ¿de acuerdo?

Sorprendido por el tono de voz David asiente con la cabeza, y antes de que pueda decir nada, Víctor continúa:

—¿Recuerdas cuando en verano visitamos el castillo de Montsegur?

—Sí, me acuerdo, pero... —responde el pequeño confundido

—No me interrumpas —exclama Víctor—. ¿Recuerdas las historias que nos contó papá de ese castillo?

—Sí. Claro, pero ¿a qué viene esto?

—Esta noche he hablado con un caballero templario de verdad que conocí en Montsegur.

David mira extrañado a su hermano y luego suelta una carcajada:

—¡Venga, Víctor! Me estás tomando el pelo. Yo creía que me ibas a contar la verdad.

—En serio David —insiste Víctor— ¡Es la verdad! Hay un templario que se me aparece y que me habla.

Convencido de que su hermano mayor le está gastando una broma añade:

—Ya, ¿y cómo se llama? ¿Casper el fantasma?

David se desternilla de su propia broma y del cuento que le intenta hacer creer su hermano. Pero también se da cuenta de que Víctor no quiere decirle la verdad. No quiere explicar con quién hablaba. Y convencido de que su hermano no le contará nada más deja de insistir.

Por su parte, Víctor ve cómo David abandona el tema por lo que decide dejarlo en este punto. Y así, en silencio, los dos siguen camino hacia la escuela. Al llegar, una voz arranca a Víctor de sus pensamientos y le devuelve a la realidad.

—Has empleado un truco muy bueno, Víctor. Has dicho a tu hermano la verdad sabiendo que no la creería. De esta forma, has evitado tener que mentir manteniendo tu secreto bien guardado.

Se gira hacia la voz y descubre al templario que le mira apoyado en un árbol a la puerta del colegio. Al ver al caballero a plena luz del día, Víctor se detiene y mira a su hermano, pero totalmente ajeno a la presencia del personaje, David se despide y entra con un amigo sin reparar en la cara de sorpresa de Víctor.

—¡Qué susto me has dado! —dice acercándose—. Aparecer de día y en la misma puerta del colegio. Al principio creí que mi hermano te iba a ver. Pero luego he recordado que me dijiste que excepto yo nadie más podía verte.

—Salvo que yo quiera —Aclara el templario— De hecho, hacía rato que estaba a vuestro lado.

—Pues entonces sabrás que mi hermano me ha oído esta noche hablando contigo. Debes ir con más cuidado.

—¿Debo? Si acaso tú —le advierte Frey Guillem—. A mí no me puede oír nadie. Pero en cambio a ti sí. Tienes que ser más prudente si no quieres que te tomen por loco. Ser más discreto no te irá mal. Debes aprender a ser más hermético en algunas cosas.

—¿Hermético? —Pregunta Víctor—, ¿qué quiere decir?

—La palabra "hermético" procede de Hermes y del celo con el que sus seguidores guardaban todas sus enseñanzas —aclara el templario—. Ser hermético es ser reservado y prudente de palabra. —Al decir esto el caballero se lleva el dedo índice a los labios—.

Por cierto, he dado un vistazo a la biblioteca de tu padre y francamente no está mal. Lástima que muchos de los libros que tiene acerca de mis tiempos y de nuestra orden no sean exactos. En algunos casos la imaginación del escritor le ha traicionado, y en otros tan solo han conocido y estudiado nuestro aspecto más exotérico.

—Hoy te ha dado por las palabras raras, ¿qué significa exotérico? —pregunta Víctor.

—Exotérico es lo contrario de esotérico —responde Frey Guillem

Víctor se acerca al templario y casi en un susurro pregunta:

—¿El esoterismo no es lo de las brujas, videntes y adivinadores?

—No, Víctor —sonríe Frey Guillem—, esotérico no tiene nada que ver con los videntes y los adivinadores. Y menos con los de tu tiempo, que se aprovechan de los necios para convertir su falsedad en un negocio. —El caballero apoya una mano en el hombro del muchacho y continúa—: a lo que yo me refiero es a algo más fácil de entender. —Al ver la cara de perplejidad de Víctor, el templario busca una manera fácil de explicar el verdadero significado de la palabra—. Vamos a ver. Con el paso del tiempo el verdadero sentido de algunas palabras se ha ido deformando. El uso que se les da ahora no tiene nada que ver con lo que realmente quería significar en su inicio. Una de ellas es la palabra *esotérico*. Para que conozcas con facilidad el verdadero significado te diré que es todo lo que hace referencia a lo velado, a lo interior. A todo aquello que se oculta al profano, aunque a veces pueda tenerlo a la vista. Por ponerte un ejemplo de tu tiempo, los temas tratados en el consejo de administración de un banco pueden considerarse esotéricos porque no trascienden al público. No se dan a conocer a quienes no pertenecen al consejo. Así entonces, todo lo acordado queda escrito en informes llamados confidenciales, es decir, herméticos. Que solo pueden ser leídos por la cúpula

directiva. Por el contrario, en nuestra época usábamos las piedras a la vista de todo el mundo para guardar la información de forma críptica y lograr que esta trascendiera. Así, todas las iglesias y catedrales que construíamos estaban decoradas con figuras, relieves y grabados que contenían nuestras enseñanzas secretas, nuestro mensaje esotérico. Pero solo los iniciados, los que conocían las claves, podían descifrarlo. Lo que para todo el pueblo eran grotescas figuras decorativas, para unos pocos iniciados eran la verdadera enseñanza. En ningún caso debes relacionar la palabra esotérico con magia, brujas y adivinadores. —Frey Guillem se da cuenta de que Víctor ha entendido la explicación y sigue hablando—: entonces, si lo contrario de esotérico es exotérico, esta palabra se refiere a todo aquello que se ve y que todo el mundo puede conocer. Son todos los aspectos que se presentan abiertamente para todo el mundo.

Movido por la curiosidad que despierta en él la explicación, Víctor pregunta:

—Así pues, ¿el esoterismo no tiene nada que ver con los adivinadores ni con el tarot? ¿El esoterismo no es malo ni misterioso?

Satisfecho por la curiosidad de su discípulo, Frey Guillem prosigue la explicación:

—Para un profano, lo esotérico siempre es misterioso, ya que no lo conoce. Y siempre se tiene miedo a lo desconocido. Es fácil que la ignorancia de los profanos haga que el esoterismo termine rodeado de un halo de misterio. En ocasiones la verdad está a la vista, pero bajo signos y símbolos que no es posible descifrar si no se conocen bien. Eso es esoterismo. Nuestra orden tenía una organización exotérica que era conocida por todo el mundo. Y una organización esotérica que solo la conocía un reducido círculo de iniciados. Por otra parte, has citado el tarot, ¿sabes qué es el tarot?

—Sí, claro. —El muchacho se alegra al poder demostrar que no es un ignorante en los temas que cita el templario—. Las cartas que utilizan los magos para adivinar el futuro.

Frey Guillem suelta una sonora carcajada, y aturdido por la reacción del templario, Víctor muestra su disgusto.

—Perdona, Víctor —aclara Frey Guillem disculpándose—, pero tu contestación me ha cogido por sorpresa y hacía años que no oía una burla como esta.

—Pues yo no le veo la gracia —responde Víctor—. Todos los magos y adivinadores utilizan las cartas del tarot.

Antes de que el enfado de Víctor eche a perder la lección, Frey Guillem aclara:

—Las cartas del tarot no fueron creadas para adivinar el futuro. Ahora las utilizan falsos magos y brujas que se anuncian en revistas y televisión, y que se aprovechan de la ignorancia de la gente. Las verdaderas cartas del tarot fueron concebidas para salvaguardar mensajes a los que solo podían acceder los iniciados. Todo en ellas es puro simbolismo. Es necesario tener conocimientos profundos para descifrar sus enseñanzas. Las cartas que circulan ahora no son las mismas que las primitivas. El paso del tiempo y el desconocimiento de su mensaje las ha desvirtuado, impidiendo que puedan utilizarse con el fin para el que fueron creadas. La Inquisición ha hecho bien su trabajo.

Víctor recupera su curiosidad y, ante la afirmación del templario, pregunta:

—¿La Inquisición?, ¿qué tiene que ver con las cartas del tarot?

—Mucho —confiesa Frey Guillem—. ¿Has oído hablar de fray Domingo de Guzmán? Pues él fue el fundador de la Orden de los Dominicos, la orden que manejaba los tribunales de la Inquisición. Domingo de Guzmán fue uno de los pocos que conocieron el verdadero tarot y su uso. Eso ocurrió cuando, siguiendo instrucciones del

papa, fue a predicar y a combatir a los cátaros. A su vuelta, advirtió a Inocencio III de que los herejes utilizaban un libro en forma de láminas donde guardaban la información de su particular visión de Dios y del mundo para transmitirla a sus seguidores.

—Entonces, ¿el tarot lo inventaron los cátaros?

—No. No fueron ellos. Pero en cambio sí que tuvieron un gran papel en su difusión. En realidad, la creación del tarot corresponde a antiguos maestros de la cábala. La Iglesia católica, que siempre se dedicó a combatir todo aquello que no estaba de acuerdo con sus ideas, invirtió grandes esfuerzos en perseguir y prohibir su uso. Si lees acerca del tema verás que desde el sínodo de Worcester, en 1230, existen diversas condenas al uso de las cartas. Incluso en España fueron prohibidas en 1332 por el rey Alfonso XI.

—¿Las cartas estaban prohibidas? —pregunta sorprendido Víctor.

—Y además se condenaba a quien las usara. —El templario ante el interés del muchacho continúa su explicación—. Si algún día tienes oportunidad de echar un vistazo a una baraja del tarot, fíjate en algunos detalles, como las dos columnas que hay en la carta número cinco, la del Sumo Sacerdote. Estas columnas, Jakin y Boaz, son las columnas que había en la entrada del templo de Salomón. Y la mitra que viste el sacerdote se inspira en el dios egipcio Amón-Ra. Si reflexionas sobre esto comprenderás por qué la Iglesia católica no podía permitir entre sus fieles estas invocaciones al judaísmo o al origen de otros dogmas teológicos.

—Creo que te entiendo pero... —corta Víctor confuso.

—Perdona. A veces olvido que tan solo tienes catorce años y que desconoces todavía el simbolismo. Ten un poco de paciencia y conserva tus ansias de conocimiento. En su momento ya recibirás la luz.

—Mira —responde Víctor de nuevo—, si otra vez vas a hablar en clave lo dejamos. Se está haciendo tarde y no me dejarán entrar en clase. —Y tras decir esto, Víctor entra en el patio de la escuela, por lo que Frey Guillem se ve obligado a correr para seguirlo.

—Espera. No quería molestarte. Debes tener un poco de paciencia conmigo. En todos los siglos que llevo esperando, jamás he tenido que hacer de maestro. Quizás no tenga la práctica necesaria. Quiero pedirte disculpas y solo espero que por tu parte tengas una actitud positiva, como la del ahorcado del tarot.

Víctor se detiene, y después de dirigir una mirada alrededor para asegurarse de que nadie le oirá hablando "solo", responde molesto:

—¿Qué quieres decir con que adopte la actitud del ahorcado? ¿Qué insinúas? ¿Qué estoy colgado? ¡Lo que me faltaba por oír!

Ante la irritación de su joven compañero el templario intenta explicar el verdadero significado de sus palabras:

—¿Ves cómo las cosas no son lo que parecen? Debes aprender a mirar con otros ojos. Con los de dentro. Como te he dicho, a veces tenemos las cosas delante. Las miramos, pero no las vemos. El ahorcado del tarot representa un profano que quiere ser iniciado, que quiere recibir la luz. Fíjate que cuelga de un pie y no del cuello. Tan solo muere de una forma simbólica. Muere a la vida del desconocimiento y de la ignorancia para renacer a una nueva vida en la luz. Los antiguos llamaban hijos de la luz a los que poseían el conocimiento. Mira su cara sonriente y la forma en que sus piernas forman una cruz. Cuando visites alguna encomienda templaria y veas tumbas de antiguos caballeros, verás que en las lápidas las piernas de las estatuas están en la misma posición.

—¡Ah! Si es así, vale —responde satisfecho—. Creo que entiendo. Es una clave para que nadie pille el mensaje.

—En cierta forma. Es simbolismo —explica Frey Guillem.

En ese instante suena el timbre de las clases y Víctor se despide:

—Todo lo que cuentas es interesante, pero debo irme.

—Ve en paz —susurra Frey Guillem mientras le sigue con la mirada.

Víctor llega justo en el momento en que el profesor está cerrando la puerta. Pero lanzándole una mirada de reproche le deja paso libre y le indica que se siente en su sitio. El muchacho toma asiento, pero la emoción por la experiencia vivida no le permite concentrarse. Toda la mañana se la pasa indiferente a las explicaciones del profesor reflexionando sobre la conversación mantenida con el templario. Y totalmente ensimismado en sus pensamientos no percibe que desde la última fila unos bonitos ojos verdes están fijos en él.

Laura, en un gesto de coquetería femenina, se aparta un mechón de su cabello rubio intentando llamar su atención. Pero él, absorto en sus pensamientos, la ignora. Extrañada de que todavía no le haya dirigido ninguna mirada, ella se queda pensativa y sigue observándolo con atención.

Desde que regresó de las vacaciones, su amigo no es el mismo. Se muestra reservado. Incluso a veces, cuando logra que estén solos, ella tiene la sensación de que tiene la cabeza en otro lugar. Los dos son conscientes de que se gustan mutuamente, pero la timidez de ella, y la inocencia de él han impedido que puedan expresar mutuamente sus sentimientos.

Pero ahora Laura está preocupada. Ve que la forma de actuar de Víctor no es normal. Y no es a causa de su natural timidez, ahora lo encuentra distante, encerrado en

sí mismo. Preocupada por su amigo, Laura tampoco atiende las explicaciones del profesor.

—*¿Qué le pasa?, ni siquiera me ha saludado* —piensa mientras el maestro se esfuerza en desarrollar las leyes físicas que intervienen en un cambio de fuerzas ayudándose de dibujos y gráficos en la pizarra—. *Antes de volver a casa hablaré con él* —determina finalmente.

Pero las horas se suceden lentamente, tanto que Víctor tiene la sensación de que el día no va a terminar nunca. Pero por fin, a las cinco de la tarde, el timbre anuncia el final de la jornada y todos los alumnos corren a la salida

—¡Víctor!, espérame —grita Laura mientras se cuelga su pequeña mochila. —Él la mira y sonríe—. Espera. Iremos juntos a casa —añade acercándose con movimientos bien estudiados.

En un gesto de caballerosidad, Víctor toma la mochila de ella y descienden las escaleras en silencio.

Pero ella no sabe cómo enfocar la conversación; cómo preguntarle si tiene algún problema, o si existe alguna razón para su repentino cambio; y a pesar de que la compañía de su amiga le agrada Víctor se muestra cauto. Teme este súbito interés de Laura por acompañarle.

Sin decirse nada, pero mirándose furtivamente, llegan a la mitad de las escaleras cuando oyen un grito:

—¡Víctor! exclama David. - El grito proviene de abajo.

—El pesado de mi hermano —Se justifica avergonzado mientras el pequeño corre hasta ellos.

—¿A qué vienen esos gritos? —pregunta Víctor

—Hace rato que estoy esperando para decirte que voy a casa de Alex. Su madre espera fuera y nos llevará en coche. Díselo a mamá cuando llegues a casa.

—Mira, a mí no me mezcles en tus planes. Cuando llegues a casa de Alex la llamas y se lo dices tú mismo. —El hermano mayor intenta dar un tono serio a sus palabras, pero la realidad es que se alegra ante la oportunidad de estar a solas con Laura—. Vale. Yo la llamaré, pero tú también se lo dices, ¿de acuerdo, hermano?

Y dicho esto y sin esperar respuesta, sale corriendo hasta donde aguarda su amigo Alex para desaparecer por la puerta.

Laura y Víctor sonríen y juntos inician el camino a casa en silencio. Pero al llegar a un semáforo se detienen, y es entonces cuando Laura aprovecha para decir:

—Víctor, últimamente estás un poco raro, ¿pasa algo?

—No —responde él azorado ante la pregunta—, ¿qué quieres que pase? Estoy bien.

—Pues no pareces el mismo. Ya no me haces caso —se queja ella—. ¿Acaso te gusta otra?

—¿Otra chica? ¡No! —se defiende él ruborizándose por el tono de la conversación.

—Hasta mis amigas me han preguntado si nos pasaba algo o si lo habíamos dejado —gime Laura dudando de la sinceridad de Víctor—. Dime la verdad, por favor.

—No, Laura, te lo prometo. No pasa nada, al menos... nada malo...

—Ves cómo tengo razón. Dime qué es, Víctor —insiste ella.

Él le coge la mano y mirando a sus ojos le explica:

—Si te cuento algo muy personal, muy secreto, ¿prometes que no lo contarás a nadie, pero a nadie de verdad?

—Lo prometo —responde ella sorprendida por el tono de voz de su amigo.

—Verás —empieza—, ¿recuerdas que te expliqué que este verano en vacaciones visité con mis padres un castillo en ruinas en el sur de Francia? ¿Te acuerdas que te dije que era el castillo de Montsegur y que también te conté la historia de cátaros y templarios que lo rodea? —Después de hacer estas preguntas y sin esperar respuesta Víctor baja la voz hasta convertirla en un susurro y continúa—: pues desde entonces, un caballero templario se me aparece de vez en cuando. Y cuando lo hace mantenemos largas conversaciones.

Sorprendida, Laura se queda mirando a Víctor segura de que le está tomando el pelo y hace un gesto de enfado. Entonces, viendo la incredulidad de ella, Víctor insiste:

—Es verdad. Te lo juro. Ni miento ni estoy haciendo ninguna broma. Por favor, te pido que me creas. No me preguntes ni cómo ni por qué, pero te lo juro, un caballero llamado Guillem de Cardona me visita. Además, nadie excepto yo puede verle ni oírle.

Pero de nuevo, al oír las palabras de su amigo, Laura se convence de que efectivamente está de guasa, por lo que mostrando una mueca de disgusto le responde:

—Vale, pretendes hacerme creer que eres como la pitonisa de *Ghost*. O más aún, porque además de oír al fantasma tú también puedes verle.

—Laura —implora él—, soy consciente de que esto es difícil de admitir, pero te lo pido de verdad: debes confiar en mí y creer cuanto te digo.

Ante la obstinación de Víctor y por la forma en que le sujeta la mano apretándola con fuerza, Laura responde:

—Víctor, estás empezando a asustarme. —Y dicho esto se suelta añadiendo—: ¿No habrás tomado ningún tipo de pastillas o fumado algo?

—Laura, ya me conoces. Sabes que no me va ese rollo. También que jamás te he mentido —insiste él—. Escúchame. Después de que lo viera y hablara con él por

primera vez en el castillo me quedé tan asustado que evitaba quedarme solo. Estaba tan atemorizado que hasta mis padres notaron algo. Mi madre estuvo acosándome a preguntas durante varios días para ver si tenía algún tipo de problema.

Ante las palabras de Víctor Laura empieza a dudar si tomar en serio la historia.

—¡Qué fuerte! ¿De verdad que se te aparece un caballero fantasma?

—De verdad. Además, ya sabes que mi padre es muy aficionado a la historia medieval. Pues resulta que buscando en los libros que tiene encontré uno que hablaba de la Orden del Temple en Cataluña. Y tal y como mi caballero afirma llamarse, Freire Guillem de Cardona existió, y además fue el maestre provincial en las mismas fechas en que él citó.

—¡Es alucinante! —La franqueza de Víctor hace que Laura termine por creer la historia— ¿Y qué harás?, ¿se lo contarás a alguien más? ¿Lo saben tus padres?

—No. No voy a contarlo a nadie. Por ello te pido que guardes el secreto.

—Puedes confiar en mí, pero ten cuidado, que estas historias dan miedo.

—Al principio sí me dio miedo, pero ahora ya no, al contrario, cada vez que aparece tengo una sensación de seguridad muy agradable. Es como sentirse protegido de cualquier peligro.

—Oye, Víctor, ¿y podrías hacer que yo lograra verle?

—Por lo que me ha explicado puede hacerse visible y manifestarse a cualquier persona, pero no es su intención, tan solo quiere que lo vea yo para… ¡Mira! Ya hemos llegado a casa.

—¿Para qué?, continúa, por favor, ¿por qué se te aparece solo a ti?, ¿qué busca?, ¿qué quiere?

Al oír las preguntas, Víctor se da cuenta de que ha hablado demasiado y de que no debe revelar a Laura el motivo por el cual Frey Guillem está interesado en él.

—No sé qué es lo que quiere ni lo que busca, pero sé que solo lo veo yo porque él quiere que sea así. Bueno, mira, vamos a hacer una cosa. Cada vez que lo vea te contaré como ha ido y de qué hemos hablado ¿De acuerdo? —exclama intentando zanjar la conversación.

—De acuerdo —responde ella sin convicción y dudando de que esta vez Víctor sea del todo sincero con ella.

—Laura, ¿por qué no entras un momento? Quiero enseñarte un juego que me compró mi padre. Te va a gustar.

—Bueno, pero solo diez minutos. Si llego tarde mi madre se enfadará, y ya sabes que para mañana tenemos un control de Sociales y aún no he abierto el libro.

Satisfecho por haber recuperado el control, sube a su habitación seguido de Laura, pero cuando entra percibe una sensación conocida.

Con disimulo mira en todas direcciones, pero no lo ve. A pesar de ello sabe que está cerca, junto a él, y experimenta un agradable bienestar, como el que sintió a los pocos segundos de nacer. Aunque no lo recuerde.

Ajena a las sensaciones de su amigo, y de la poca concentración que este muestra en el juego, Laura manipula los mandos de la consola ganando con facilidad todas las partidas, hasta que el reloj marca las siete.

Entonces se despide, y tras dedicarle una sonrisa de triunfadora se marcha.

La Iniciación

El mes de noviembre llega a la ciudad y la familia se reúne para celebrar juntos la festividad de todos los santos. Tras la comida que Teresa ha preparado con esmero, Víctor y su hermano escuchan embobados las historias que su abuelo les cuenta mientras saborean deliciosos *panellets* y humeantes castañas asadas.

—Mamá, ¿qué hora es? —pregunta David

—Eres un pesado. Hace un momento has preguntado lo mismo. Son las cuatro y media, venga, no seas perezoso y ayúdame a recoger la mesa.

Obedeciendo a su madre, David la acompaña hasta la cocina cargando con un pequeño montón de platos que deja con cuidado en el fregadero, y mientras mira cómo ella los introduce en el lavaplatos vuelve a preguntar:

—¿Cuánto falta para que venga Alex con sus padres?

—Hemos quedado a las seis para tomar café, por lo tanto, tranquilo y no preguntes la hora a cada momento. ¿Por qué no subes a tu habitación a jugar mientras esperas?

David regresa al comedor y pregunta a su hermano:

—Víctor, ¿me dejas jugar con tu consola?

Víctor levanta la cabeza y contesta:

—Solo si prometes que cuando termines guardarás los juegos en vez de dejarlos por el suelo como la última vez. Siempre tienes tu cuarto revuelto y no quiero que hagas lo mismo con el mío. Tienes que aprender a ser más ordenado.

El pequeño desaparece escaleras arriba sin detenerse a escuchar el sermón y Víctor duda si ha sido buena idea dejarle el juego mientras mira el reloj del comedor. Viendo

que se está haciendo tarde se levanta, y después de despedirse de sus padres y de sus abuelos se coloca la chaqueta dispuesto a salir.

—¡No vengas tarde y ve con cuidado! —le ruega Teresa dándole un beso en la mejilla.

—No te preocupes —responde él.

Bajo la atenta mirada de su madre sale a la calle y se dirige hacia la casa de Laura. Esta tarde han quedado para ir al cine. Mientras tanto, Ángel se acerca a Teresa y abrazándola por detrás le susurra al oído:

—No te preocupes. Ya es mayor y debe empezar a tener su propia parcela de libertad. Le será bueno sentirse un poco independiente, y ver que nosotros confiamos en él. Además, es ley de vida.

—Ya lo sé —responde ella—, pero es que todavía es tan niño.

—Está creciendo y no podemos evitarlo —añade él—. Lo mejor es dejar que se forme y estar cerca para orientarlo. A partir de ahora nos necesitará más, y no tanto de una forma física, sino más bien de una forma psicológica. Está entrando en una edad difícil. Su personalidad se está reafirmando y está sujeta a muchas influencias, y es ahí donde no podemos fallarle. Tenemos que ser sus amigos además de sus padres.

Consciente de que Ángel tiene razón, Teresa acepta resignada y brindándole una sonrisa añade:

—Pero hasta que no regrese no estaré tranquila. Ya me conoces.

—Lo sé —añade Ángel—. Venga, te ayudo a terminar de recoger la mesa.

Víctor camina ajeno a las preocupaciones de sus padres hasta que, al llegar a un cruce, se detiene esperando a que la luz verde del semáforo le dé paso. Mientras se distrae viendo pasar los coches oye el ruido que hacen los cascos de un caballo al caminar. Pero se gira y no ve nada. La acera está desierta. Entre tanto, la luz verde se enciende, por lo que baja de la acera y empieza a cruzar la calle sin advertir que un vehículo se acerca a gran velocidad.

Cegado por el sol del atardecer el conductor no ha visto que el semáforo se ponía en rojo, ni tampoco al niño que en ese momento cruza la calle.

De repente ocurre algo que jamás nadie será capaz de explicar, y por una fracción de segundo los conceptos espacio y tiempo dejan de existir. Como si alguien tuviera la facultad de alterarlos. Y durante un breve instante el reloj se detiene mientras una descarga de luz estalla esparciendo una claridad cegadora por toda la calle. Solo dura una milésima de segundo y luego todo vuelve a la normalidad.

Tras el destello, Víctor, que en el último momento había visto la parte delantera del automóvil cerca de su cuerpo, siente una sensación de ingravidez, y como si fuera liviano como una pluma nota cómo es alzado y transportado por el aire. Por su parte, el conductor del vehículo cree ver delante de él, solo durante un breve instante, un caballo montado por un extraño personaje que sujeta a un niño, y que en el último segundo ha aparecido en mitad de la calzada.

Al aturdido automovilista le parece que toda la acción transcurre lentamente. Como si el tiempo se hubiera ralentizado. Tan solo vuelve a su ritmo normal un segundo antes de estrellarse contra dos vehículos aparcados.

Cuando al cabo de unos minutos la policía llega al lugar del accidente encuentran al conductor presa de un ataque de nervios. El pobre solo murmura una y otra vez que un

caballero medieval, envuelto en una capa de color blanco y montado sobre un caballo, se ha cruzado en mitad de la calle.

Todavía temblando, Víctor empieza a darse cuenta de lo ocurrido, y mientras sigue suspendido en el aire se vuelve girando la cabeza. Allí está una vez más su particular custodio, que lo deposita con suavidad en el suelo.

Guillem de Cardona, montando un inquieto alazán blanco y mirándole a través del yelmo, se muestra majestuoso vistiendo todo su equipo de batalla.

—¿Qué ha pasado? —pregunta confuso el muchacho.

—Deberías andar con más cuidado al moverte en tu mundo. Casi tienes un accidente —responde el caballero.

—Ya recuerdo, el coche, tú, pero... ¿dónde estamos?

Víctor se da cuenta de que el entorno ha cambiado. La calle, los coches, los edificios…, todo ha desaparecido, ahora están en mitad del campo.

—Escucha bien, Víctor. Para estar seguro de que no ibas a sufrir ningún daño, además de quitarte de la trayectoria de ese loco montado en su carro de metal, te he hecho saltar en el tiempo retrocediendo unos años, por esto el paisaje que ves no es el mismo.

Víctor se frota los ojos y mira a su alrededor aturdido.

—¿Cómo dices? ¿Quieres hacerme creer que hemos saltado al pasado?

—Pues expresado de esta forma, sí. Hemos dado un salto al pasado.

—Pero ¿dónde estamos?

—El tiempo es distinto, pero el sitio es el mismo. En tus tiempos esto formará parte de Barcelona. Pero ahora la ciudad todavía queda lejos.

El muchacho mira asustado al templario y grita:

—No te entiendo. ¿Puedes explicarme donde hemos ido a parar?

—No nos hemos movido —responde Frey Guillem—. Estamos en la calle por donde caminabas antes de mi intervención. Solo que en el año del señor de 1243. Y como ahora Barcelona no es tan grande todavía queda un buen trecho desde aquí hasta el centro.

—¡Esto es alucinante! —Exclama Víctor—. ¿Me estás diciendo que estamos en 1243? ¡Venga ya! Déjate de bromas y dime cómo lo has hecho, ¿dónde está el truco?, ¿dónde están las calles, los edificios y todo lo demás? ¿Es hipnosis?

—No, querido Víctor. Es real y estamos en mi tiempo. Lo mejor será que nos pongamos en marcha y te procure una ropa más adecuada si no queremos llamar la atención. Venga, dame la mano y sube.

Y diciendo esto, Frey Guillem extiende el brazo hacia Víctor, y mediante un suave tirón le sube hasta la grupa de su caballo.

El muchacho solo tiene el tiempo de asirse a la silla antes de que el templario haga partir al corcel. Y así, montando el mismo caballo evocan la imagen más conocida de los templarios, aquella que figura en medallas y sellos en la que se ve a dos caballeros sobre un mismo corcel, y poco a poco se pierden en la bruma que empieza a cubrir los campos que rodean las murallas de la Barcelona del siglo XIII.

Mientras cabalgan, Víctor intenta poner orden en su cabeza. Todavía se resiste a creer que sea verdad el hecho de haber retrocedido hasta la edad media. Pero, por otra parte, algo ha sentido en el cuerpo, o más concretamente en su mente. Aturdido, se da cuenta de que la sensación de cabalgar por estos campos no le es desconocida. Nota como si ahora más que antes estuviera en su mundo. Impresiones extrañas que le recorren el cuerpo al mismo tiempo que un pesado sopor le obliga a realizar verdaderos

esfuerzos para aguantar el equilibrio encima del caballo. Mantenerse despierto y con los ojos abiertos representa un gran sacrificio. Frey Guillem se da cuenta del estado de su protegido y le sostiene rodeándolo con el brazo izquierdo al tiempo que con el derecho sujeta con firmeza las riendas. Poco a poco, los dos jinetes se pierden entre la niebla.

Después una hora de viaje con el sol ocultándose en el horizonte llegan a la cima de una colina. Están en la comarca del Vallés. Pero ahora la perspectiva que se les ofrece es muy distinta a la del siglo XXI. El paisaje se muestra vacío de luces y edificaciones. Tan solo algunos campos cultivados, y el resto una gran extensión de bosque y maleza. Además, este mes de noviembre de 1243 es especialmente frío y deja sentir con fuerza los rigores del invierno que se acerca. Una gélida neblina empieza a posarse lentamente mientras la escarcha se apodera de los campos.

Antes de iniciar la bajada hacia el extenso valle que se abre delante, Frey Guillem se yergue desde su montura y gira la cabeza hacia el oeste para ver la silueta de la mística sierra de Montserrat dibujada en la lejanía.

Parece como si las últimas luces del día rindieran un homenaje a la misteriosa montaña ofreciendo un tributo a la única reina de la noche.

Entonces, con la vista fija en la montaña, Frey Guillem hace tres veces un extraño signo llevándose al cuello su mano abierta y deslizándola hacia la derecha para después dejarla caer al costado.

Después conduce al caballo por un pequeño sendero que les llevará a una de las primeras encomiendas que el Temple tuvo en el Principado. La encomienda de Palau-Solità. Allí podrán resguardarse y pasar la noche.

Esta encomienda se inició con las donaciones de un noble llamado Pere Arnau allá por 1132. Estuvo constituida en sus inicios por una casa en la parroquia de Sant Pere de Vilamajor, una masía en la parroquia de Santa Perpetua de la Mogoda y otra en la parroquia de San Sadurní de Collsabadell, que en la actualidad es conocida como el municipio de Llinars del Vallés. A partir del año 1140 la encomienda ya se regía por un comendador. Y a partir de 1151 controlaba los bienes que la orden tenía en buena parte del territorio catalán, siendo este comendador Berenger de Rovira, quién en el momento de su ingreso al Temple, en 1136, había donado la masía del municipio de Santa Perpetua. La expansión de la encomienda hizo que esta tuviera posesiones en Llinars, Santa Perpetua de la Mogoda, Parets del Vallés, Lliça, y Caldes.

En el último cuarto del siglo XII la ampliación llegó a las poblaciones de Palautordera, Cardedeu, Vilamajor, Granollers, Palou, Vilanova del Vallés i Sentmenat, extendiéndose también por la vecina comarca de Osona hasta Vic, Gurb i Voltregá.

En la actualidad apenas queda rastro de la Orden del Temple en estas posesiones. Bien porque se han perdido todas las construcciones o están en muy mal estado. Como es el caso de la encomienda de Palau-Solità, encomienda que en su inicio tuvo mayor importancia que la de Barcelona, y que está situada en las afueras del término municipal de Palau de Plegamans.

De lo que fuera esta encomienda hoy solo puede apreciarse una parte mínima del muro y la pequeña capilla de Santa Magdalena. Aunque la capilla conserva su estructura, está en un estado ruinoso y lamentable, ya que en los últimos tiempos ha servido de almacén y granero de la masía que ocupa el espacio que antiguamente era la encomienda. Y en lo que antes era el antiguo cementerio, situado dentro del recinto y convertido hoy en huerto y anteriormente en viñedo, los propietarios han ido

encontrando infinidad de restos humanos que han depositado en la fosa común del cementerio municipal siguiendo instrucciones del párroco local. Hay también algunas joyas encontradas en la encomienda que en la actualidad están en poder del párroco de Palau de Plegamans, pues si bien indicó que los restos fueran arrojados a la fosa también les ordenó que joyas y otras piezas le fueran entregadas. La última noticia aparecida de esta encomienda es de marzo de 2001, cuando al realizar un estudio en los cimientos de la capilla para evaluar su restauración fue hallado un esqueleto enterrado transversalmente en la misma entrada. Supuestamente los restos pertenecen a un templario que como signo de humildad quiso ser inhumado en la entrada de la capilla y a poca profundidad para que todo aquel que accediera a ella lo hiciera por encima de sus restos.

O quizás el motivo de tan extraño enterramiento fuera que el templario quiso ser guardián de la ermita de Santa Magdalena más allá de la eternidad. En todo caso es un enigma más que se suma a todos los que genera la extinta Orden del Temple para que historiadores e investigadores creen todas las teorías posibles.

Junto a la estructura de la encomienda agraria de Palau, Frey Guillem distingue la silueta de la pequeña capilla de Santa Magdalena iluminada por la mortecina luz de la luna. Con Víctor montando a su espalda, rodea la muralla y detiene el caballo en la puerta que da paso al recinto. Antes de solicitar que le sea franqueada la entrada se recrea con la visión del muro que protege el complejo; y por unos instantes se deleita con la sensación de sentirse seguro, de sentirse en casa.

Sin necesidad de llamar, la pesada puerta se abre y un anciano sale del interior. Mira a los recién llegados y dirigiéndose a Frey Guillem exclama:

—¡Guillem! ¡Guillem de Cardona! ¡Por san Jorge! ¿Qué te trae a esta humilde casa llegando de noche como un vulgar ladrón? ¡Que estas no son horas para que un buen cristiano ande por los caminos salvo que le lleven malas intenciones!

—Buenas noches, hermano Esteve. Una importante misión me obliga esta noche a solicitar refugio en tu encomienda. Si no os importa, querido hermano, quisiéramos cruzar la puerta y ponernos a cubierto del frío y de miradas extrañas.

—Pasad, mi buen Guillem, y sabed que la encomienda de Palau está a vuestra disposición. Tan solo somos seis hermanos en estos momentos, pero mañana, si decidís continuar vuestro camino, si lo consideráis oportuno podéis disponer de la mitad como escolta.

—Gracias, querido hermano, pero no será necesario, mi compañero y yo seguiremos mañana nuestro camino solos.

Frey Guillem desmonta con Víctor en brazos y le entrega las riendas a Frey Esteve.

—Guillem, mientras yo llevo el caballo hasta las cuadras, entra y lleva a este niño junto al fuego para que se caliente un poco. Le veo aterido. Ya conoces el camino. Y de paso entra en la cocina y que Frey Florián os caliente un poco de sopa pues la noche viene fría.

—Gracias. No sabes lo agradable que resulta sentirse a resguardo y en buena compañía.

—Parece que salís del mismísimo infierno, Guillem. Y este niño que viaja contigo, ¿quién es? ¿Qué extraños ropajes viste? —pregunta el anciano templario.

—No salimos del infierno, pero casi. De allí de dónde venimos poco le falta para ser como el averno. Y este niño que viene conmigo está llamado a cumplir una importante misión en bien de la orden. Para ello viene de muy lejos.

Frey Esteve repasa la ropa de Víctor y al ver la cazadora y el extraño calzado exclama:

—Por lo insólito de sus vestimentas ya supongo que viene de muy lejos, pero ¿de qué extraño país? Nunca había visto ropajes iguales.

—Estimado Esteve, cuando te digo que venimos de lejos no me refiero a que sea de lugares a muchas leguas de distancia, sino que me refiero a una larga distancia en el tiempo.

Al oír esto el anciano hace un aspaviento y profiere:

—¡Ya tenemos aquí al misterioso y enigmático Guillem! Otra vez con sus esoterismos y misterios. Ya sabes que solo soy un pobre comendador de provincias, que sirvo a la orden administrando lo mejor que sé estas posesiones, aportando con sus frutos medios para combatir al infiel en Tierra Santa, y que no entiendo de los conocimientos que profesáis vosotros los místicos. Será mejor que entres y que me esperes al lado de la lumbre para contarme de tu historia lo que pueda entender este ignorante.

Tras decir esto, el anciano se dirige a las caballerizas murmurando al caballo un monólogo de protesta. Frey Guillem lo observa con simpatía y sonríe al oír cómo le farfulla al animal quejas sobre las locuras que comete la juventud en estos tiempos frenéticos que corren. Luego, dándose cuenta de que Víctor acusa en su semblante el frío y la fatiga, sube de una zancada el escalón de la entrada y cruza las columnas que sostienen el arco de entrada de la casa. A pesar de la austeridad, la sala se muestra confortable. En el fondo del refectorio el fuego de la chimenea crepita con alegría e ilumina con su cálida luz naranja toda la estancia. Frey Guillem deposita con suavidad a Víctor en el extremo de uno de los bancos frente a una robusta mesa de roble que usan

los monjes para comer, y con delicadeza lo acerca a la lumbre para que el calor del fuego le conforte. Después se dirige a las cocinas, y allí, tal y como esperaba, encuentra al hermano Florián, responsable de la cocina de la encomienda. El viejo, vestido con las ropas de color pardo como corresponde a los sargentos de la orden, está limpiando una olla usada en la cena cuando ve entrar a Frey Guillem.

—¡Vaya sorpresa! ¡El mismísimo Frey Guillem de Cardona es el extraño visitante que he oído llegar! ¿Qué extraño servicio te trae a visitar mi cocina a estas horas?

—Saludos, Florián de Montagut, viejo amigo, ya veo que a pesar del tiempo transcurrido te conservas bien, y que ahora tu misión es ocuparte de los fogones en esta granja de la orden. ¿No echas de menos tus servicios en Tierra Santa?

—Amigo Guillem —responde el cocinero—, tú sabes bien que serví como el mejor en Jerusalén. Y que cuando se me consideró demasiado anciano para la lucha fui trasladado aquí para ocuparme del entrenamiento de los futuros hermanos que se reclutan en estas tierras. Pero no vayas a pensar que mi deseo sea vivir mis últimos años en esta cocina entre cacharros. Ya he solicitado al maestre provincial que me deje partir otra vez a ultramar. Y espero que Dios me conceda el placer de morir sirviéndolo allá en Oriente. Confío en poder embarcar la próxima primavera ¡Cómo ansío el momento de volver a pisar Tierra Santa!

—Hermano Florián, espero que puedas ver cumplidos tus deseos. Pero ahora quisiera pedirte como favor especial que nos sirvas un poco sopa caliente para que podamos quitarnos el frío y el cansancio.

— ¿Podamos? ¿No viajas solo? —pregunta el hermano Florián

—No —responde Frey Guillem—. Viajo en compañía de un muchacho. El pobre está muerto de frío.

—Entonces vuelve con él. Ahora mismo os traigo dos cuencos de sopa caliente, un poco de pan y una jarra de vino. Pues aunque ya se ha ocultado el sol, el comendador os dispensará teniendo en cuenta las circunstancias.

—Te lo agradezco, hermano. —Y tras decir esto Frey Guillem regresa al refectorio justo cuando Víctor empieza a despertar.

—¡Vaya! Parece que ya empiezas a recuperar el color.

—¿Dónde estamos? —pregunta Víctor mirando alrededor e intentando ver los detalles del salón a través de la penumbra.

—En la encomienda de Palau —responde Frey Guillem.

—¡Ah! Es verdad. Estamos en el año 1243. —Y al decir esto Víctor suelta una carcajada mostrando a Frey Guillem que no ha creído la historia del salto en el tiempo.

Pero justo en ese instante entra Frey Esteve y al oír a Víctor exclama:

—¡Por san Jorge! Hacía tiempo que no oía la risa sana de un niño. Ya no recordaba lo dulce que es. Puede que tenga hambre y frío, pero no ha perdido el buen humor.

Víctor se gira hacia el lugar de donde ha surgido la voz y casi cae del banco a causa de la sorpresa al ver frente a él a otro caballero templario, aunque este sea un anciano ajado. Y es que a pesar de ser más bajo que Frey Guillem, Frey Esteve muestra un aspecto solemne, y una complexión atlética se esconde bajo su hábito desafiando los años que carga a su espalda. Víctor mira asombrado al recién llegado cuya figura se ve realzada aún más por los reflejos que producen las llamas de un enorme tronco que arde en la chimenea, y disimuladamente retrocede, pero Frey Guillem lo detiene poniéndole la mano sobre el hombro.

—Tranquilo, no debes temer nada de mi buen amigo Frey Esteve. Él es el preceptor de la encomienda de Palau. Donde estamos ahora.

El anciano mira a Víctor a los ojos y dice:

—A ver, jovencito, deja que te vea bien. Debes ser alguien muy importante para que Frey Guillem viaje a solas contigo.

—Bue... bue... buenas, buenas noches, señor —balbucea Víctor.

—Buenas noches nos dé Dios, muchacho ¿Puedo saber cómo te llamas?

—Víctor, señor.

—Muy bien, joven Víctor. Como ha dicho maestre Guillem, mi nombre es Esteve de Bellmunt. Y hasta que el capítulo me ordene otra misión soy el comendador de estas posesiones Así que considérate un huésped del Temple y a salvo entre estos muros de cualquier peligro que te aceche.

—Gracias, señor —responde Víctor con la sorpresa reflejada en su rostro.

En ese instante aparece Frey Florián trayendo consigo una bandeja con las dos escudillas de caldo, una hogaza de pan ácimo y una jarra de vino caliente que deposita encima de la mesa.

—Aquí están estas humildes viandas que nos ha dado Dios para que estos dos ilustres viajeros se repongan del camino.

Frey Florián mira divertido a Víctor, quien se queda de nuevo boquiabierto con este nuevo personaje.

Al contrario del comendador, cuyas facciones son más angulosas, el chico distingue en Florián un rostro redondo y simpático con dos mofletes sonrosados a causa del calor de los fogones. Víctor lo encuentra incluso divertido. Y tras la sorpresa inicial acaba riendo el comentario del cocinero.

Frey Guillem observa sonriendo la escena y sabedor de la reticencia del muchacho a creer que está en un albergue del Temple suelta una carcajada que aumenta más el

desconcierto de los dos templarios ancianos. Estos se miran intentando adivinar cuál es el motivo de la carcajada de Frey Guillem por lo que este decide aclarar la situación.

—Estimados hermanos. Os ruego disculpéis mi reacción. Pero no he podido contener esta risa sana y espontánea que me ha salido de lo más profundo del espíritu. En atención a vuestra hospitalidad quiero que conozcáis el motivo que la ha dado lugar a ella, y también el sitio de dónde venimos. Pero antes de que la sopa se enfríe dejad que el muchacho y yo comamos.

Frey Guillem acerca uno de los dos platos ofreciéndole también un cucharón de madera y un trozo de pan. El aspecto caliente y apetitoso del caldo de legumbres hace su efecto en el muchacho, que al instante hunde la cuchara en la escudilla y empieza a comer. Frey Guillem toma tres sorbos, y al ver que ahora los que están boquiabiertos son Frey Esteve y Frey Florián a la espera del relato que les ha prometido decide iniciar la narración.

—Veréis. Como ya os dije, Víctor es un muchacho que viene de muy lejos. Pero la lejanía es en el tiempo, porque en realidad viene de Barcelona, pero la Barcelona del siglo XXI.

Frey Guillem se detiene para tomar otro sorbo de sopa y aprovecha para observar a sus amigos. Los dos ancianos son el puro reflejo de la confusión y la incredulidad. Esta vez es a ellos a quienes les cuesta creer la historia del salto en el tiempo. A pesar de que conocen muy bien a su hermano Guillem de Cardona, y de que jamás le han oído mentir.

—Sí, amigos. Esta tarde se ha producido un acontecimiento que ha justificado el que Víctor haya tenido que viajar hasta aquí, al primer día del mes de noviembre del año del señor de 1243. Ahora tenéis la oportunidad de participar en una magna misión.

Pero también debo pediros vuestra más absoluta reserva respecto a nuestra presencia aquí.

Frey Guillem vuelve a mirar a los sorprendidos ancianos.

—En ese sentido debes quedar tranquilo, Guillem, tu secreto y tu presencia estarán bien guardados. Ni el engaño más sutil ni las torturas más salvajes lograrán arrancarnos ninguna revelación. Considera que lo que nos has contado esta noche aquí es para nosotros como si nos lo hubieras contado en el capítulo. Y ya sabes que jamás en la historia de nuestra orden ningún secreto del capítulo fue revelado.

Al oír estas palabras Frey Guillem responde:

—Mis buenos amigos. Confío plenamente en vosotros y sé que sabréis guardar nuestro secreto. Pero sabed que vienen tiempos difíciles para el Temple. Tiempos en los que la maldad del hombre le hará cometer contra nuestra orden actos de tal barbarie que por el momento prefiero que el tema quede aquí y que nos retiremos a descansar.

—Así sea, estimado Guillem, pero por favor, explícanos realmente el motivo de la presencia de Víctor y cuál es la razón de su viaje.

Al decir esto, Frey Esteve se queda mirando al joven que, tras terminar la sopa, ha empezado a prestar atención a la conversación que mantienen los tres templarios.

—Escuchad, viejos amigos —exclama levantándose y apoyando un brazo en el hombro de cada uno de los dos ancianos—. Por ahora no me está permitido contar más. De hecho, la presencia de Víctor debe ser ocultada a todo el mundo. Por los años y las misiones que hemos cumplido juntos tengo fe en vosotros, y sé que el secreto está seguro. Tan solo puedo deciros que viene de otro tiempo. Pero de este mismo lugar. Su momento es otro, pero por necesidad de la orden, como él ya ha vivido anteriormente este ciclo, el Gran Capítulo ha decidido que vuelva para completar su preparación, hasta

el momento de la iniciación. Luego volverá a su tiempo y cumplirá la importante misión que tiene asignada.

—Imagino que esta misión debe ser de suma trascendencia para que hayan sido tomadas estas decisiones tan importantes.

—Sí, querido Florián, de mucha trascendencia. Tanto para el Temple como para la civilización occidental y para todo el cristianismo. En el futuro, y también en nuestro tiempo, los enemigos se harán poderosos y llegarán a ocupar puestos de importancia desde donde intentarán ejercer su dominio. Incluso llegarán a sentarse en los más altos tronos y en las más santas sillas. Pero esta noche debemos dejar de preocuparnos. Debemos dar descanso al cuerpo y estar preparados para los tiempos que se avecinan. Con vuestro permiso quisiera retirarme. Aunque antes deseo rezar en la capilla.

—Con Dios, hermano Guillem. Y contad con nuestra ayuda.

—Gracias, hermanos. Si es así, buenas noches.

Tras estas palabras los cuatro abandonan el refectorio y suben al primer piso donde están las celdas que ocupan los hermanos. Allí Frey Guillem muestra a su pupilo la que ellos van a utilizar esta noche. En el interior de la austera alcoba tan solo hay dos camastros y una sencilla mesa de pino en la que arde una vela. Después de ayudar al muchacho a extender las mantas Frey Guillem le aconseja que se acueste, y ante la insistencia de Víctor por entablar conversación le responde con voz baja, pero firme, que por la mañana ya tendrán tiempo de hablar, de encontrar respuestas y de poner las ideas en claro. Ahora lo mejor es aprovechar la noche para reponer las fuerzas. Haciendo caso a su maestro el muchacho se tiende en su camastro, y no han pasado muchos segundos hasta que el sueño se apodera de él fruto del cansancio y de la relajante cena. Entonces Frey Guillem sale de la habitación y, bajando las escaleras, sale

al patio. Una vez en el exterior se detiene y observa cómo la niebla lo cubre todo como si fuera una manta etérea que quisiera proteger todo el recinto de las miradas extrañas. Cubriéndose con la capa y con paso rápido cubre la distancia que lo separa de la pequeña capilla consagrada a Santa Magdalena y empuja suavemente la puerta que se abre con un ligero crujido.

Entra, cierra los ojos y respira profundamente como si quisiera absorber toda la tranquilidad que reina en el ambiente.

Cuando vuelve a abrirlos ve que hay tres velas encendidas en el altar dando un poco de luz a la nave. Las tres llamas, mecidas por la brisa que se cuela por la puerta bailan desafiando la noche y dando un aspecto fantasmagórico a todo el recinto.

Dentro de la capilla, Frey Guillem experimenta una paz y una armonía que le relajan. Avanza y se sitúa frente al altar. Allí, y después de arrodillarse, baja la cabeza. Luego, llevándose la mano derecha sobre el pecho cierra los ojos de nuevo y empieza a orar en silencio.

A la mañana siguiente, mientras el sol vence a la oscuridad iniciando su lento peregrinaje por el horizonte, Víctor despierta y encuentra a su maestro de pie junto a la cama.

—Buenos días —saluda Frey Guillem.

El muchacho se incorpora sobre el camastro y, sin tener plena conciencia de dónde se encuentra, mira a su alrededor. Entonces se da cuenta de que no ha sido un sueño. De que realmente no está en su habitación y que no ha dormido en su cama. Y al instante regresan a la memoria los recuerdos de la noche anterior. Su llegada, el salón, el fuego en la chimenea, la sopa caliente y la conversación que mantuvieron los tres templarios.

Gira la cabeza hacia Frey Guillem, y ve que apoyado en el alféizar de la pequeña ventana de la celda le sonríe.

—Buenos días —murmura el muchacho como respuesta.

—¿Ha dormido bien, mi joven amigo?

—Sí, pero he pasado un poco de frío.

—La mañana es gélida. Desde la ventana puedo ver cómo un manto de hielo ha cubierto el campo por la noche ¡Venga! Levántate y vayamos a desayunar. En el refectorio encontraremos calor al lado del fuego.

—Debo estar loco para levantarme al amanecer, pero el calor de la chimenea me apetece —responde—. Además, me muero de hambre.

Los dos recogen sus escasas pertenencias y bajan al refectorio desde donde llega un apetitoso aroma. Allí, los pocos hermanos que hay en la encomienda, están terminando su primera comida del día, y cuando los dos recién llegados entran se quedan sorprendidos observándolos con curiosidad. Todos excepto Frey Esteve, quien los recibiera la noche anterior. Pero el resto muestra su confusión por el joven muchacho y el hermano que le acompaña.

Ahora Víctor viste como correspondería a un escudero gracias a las ropas que Frey Florián le ha dejado en la celda durante la noche mientras las suyas están en una bolsa de cuero que lleva colgada del hombro. Pero al no estar acostumbrado a las burdas telas que componen su atuendo, el muchacho no cesa de rascarse echando en falta la suavidad de su camisa.

Después de dar los buenos días a todos los hermanos, toman asiento en el extremo más cercano al fuego. Al momento, un criado les sirve una escudilla con un caldo espeso acompañado de un trozo de tocino frito y media hogaza de pan para cada uno.

Con lentitud y respetando el silencio que reina en la sala, los dos comen su ración. Víctor recuerda divertido cómo cada vez que su madre hacía verdura para cenar era una tortura comerla. En cambio, ahora se deleita saboreando este consistente caldo vegetal preparado por Frey Florián, y a medida que lo va engullendo siente cómo el calor vuelve a su cuerpo. De repente, y como si se hubiera producido una señal que él no ha percibido, todos los caballeros se levantan y, sin pronunciar palabra, abandonan el salón para iniciar sus quehaceres diarios. Todos excepto el comendador, quién dirigiéndose a Víctor dice:

—Buenos días, muchacho. Ya veo que has descansado y que esta mañana tu aspecto es mejor que ayer por la noche.

—Gracias, señor —responde educadamente Víctor

—También veo que las ropas que mandé buscar te sientan bien. Al menos con ellas no llamas la atención. —Luego, dirigiéndose a Frey Guillem pregunta—: ¿estás seguro de que quieres partir sin escolta?, ya te dije que podemos destinar tres hermanos para que os acompañen hasta Puig-Reig.

—Os lo agradezco, hermano, pero creo que no sería buena idea. Si viajamos solos, un caballero y su escudero llamaremos menos la atención. En cambio, si alguien nos ve partir con la mitad de los hermanos de la encomienda como escolta, a las pocas horas la noticia ya habría llegado a palacio en Barcelona. Y a buen seguro que partirían mensajeros para conocer quién es este muchacho y cuál es su destino.

—Como queráis. Si es así, id con Dios y que Él os guíe en vuestra misión. —El anciano comendador da un fuerte abrazo a Frey Guillem en señal de despedida, sabedor de que en esta vida posiblemente ya no volverán a encontrarse.

Frey Guillem y Víctor dejan la encomienda de Palau y cruzan la comarca hacia el oeste. Dirigen sus pasos hacia Puig-Reig siguiendo el camino que transcurre junto al río Llobregat.

Frey Guillem monta el corcel blanco que le ayudó a salvar la vida de su pupilo y Víctor monta un dócil, pero robusto, rocín marrón que le ha facilitado el comendador.

Cuando han transcurrido dos horas de viaje la niebla que les protegía empieza a levantarse y tímidos rayos de sol empiezan a colarse entre los últimos jirones haciendo más llevadero el camino. Los dos agradecen esta ligera sensación de calor y experimentan con alegría cómo sus entumecidos brazos y piernas vuelven a la vida. Al mismo tiempo, la escarcha que cubre las ramas de los árboles va convirtiéndose en pequeñas gotas de agua que despiden destellos brillantes a medida que el sol aumenta su fuerza.

Cabalgando en silencio dejan atrás pequeñas masías que encuentran en su camino donde las gentes que en ellas trabajan les observan recelosas. Al ver que han recorrido gran parte del camino, y que llegarán sin dificultad a Puig-Reig antes del atardecer, Frey Guillem propone un pequeño alto para descansar. Al no estar acostumbrado a montar, Víctor agradece la posibilidad de dar descanso a su trasero y asiente.

Entonces los dos detienen sus monturas en un recodo del río bajo la protección de unos árboles que impiden que nadie les pueda ver desde el camino.

—Bueno, querido Víctor, ¿qué tal el viaje? Te has convencido ya de que hemos dado un salto en el tiempo?

—Sí. Ahora ya no tengo ninguna duda. Pero pienso en mis padres. Los pobres deben estar preocupados al haber pasado toda la noche fuera de casa.

—No pases ansia por ello. En tu tiempo todavía no es de noche —le explica Frey Guillem

—¿Cómo dices? Casi ha pasado un día entero desde que salí de casa —exclama Víctor

—Aquí sí, mi querido amigo. Pero en tu tiempo todavía no ha pasado ni un segundo desde que dimos el salto. De hecho, el tiempo está…, ¿cómo diría?, ¡detenido! Eso es, detenido. No avanza, por lo que cuando vuelvas no habrá ninguna relación entre el tiempo que pases aquí y el que transcurra en tu época.

—Ahora sí que no lo entiendo. ¿Me estás diciendo que para nosotros el tiempo está pasando normalmente, pero que en mi época está detenido?

—Sí. Así es. Ya te dije que el espacio y el tiempo tan solo son valores. Y pueden ser alterados a voluntad —aclara Frey Guillem—; podemos alargarlos, acortarlos, detenerlos, hacerlos avanzar y otras acciones más que me costaría mucho explicarte. Tranquilízate. Ahora lo importante es que tus padres no van a sentir angustia por tu tardanza, pues no existe. Un año aquí puede equivaler a unos segundos, o como máximo unos minutos para tu familia. Hemos abierto un paréntesis en el tiempo para viajar hasta mi época. Pero en la tuya este periodo es inapreciable. De igual forma, fíjate en que tampoco tienes problemas para comunicarte con la gente de aquí. Los entiendes y te entienden. A pesar de que hay más de setecientos años de distancia y que su lengua no es la que hablas en tu tiempo. Cuando escuchas tu mente traduce las palabras sin que seas consciente. Y cuando hablas hace un proceso parecido. Aunque tú no te des cuenta. Para que lo entiendas, sería un proceso parecido a la telepatía, pero de forma oral. Tienes muchas cosas que aprender, pero ahora, si ya has descansado será mejor que continuemos. Debemos llegar antes de que anochezca.

Frey Guillem ayuda a Víctor a subir al caballo y después de montar el suyo abre de nuevo la marcha.

—Está bien —comenta Víctor—. No entiendo nada de lo que me explicas, pero confío en ti. Dime, ¿hacia dónde vamos?

—Nos dirigimos al castillo de Puig-Reig, allí pasaremos la próxima noche. Y mañana seguiremos hacia el Pirineo. Una vez al otro lado de las montañas estaremos en tierras del conde de Foix, donde seguiremos la ruta que atraviesa el país de los cátaros. Si no hay novedades, podremos viajar sin temor a ningún enemigo. Los cátaros y los templarios siempre hemos tenido una relación muy especial.

Frey Guillem explica a Víctor la ruta que piensa seguir en su viaje hacia el norte, pero ignora que en el Languedoc, las tierras por las que se extendieron los cátaros, ya se ha desatado uno de los azotes más sanguinarios de la historia, la Cruzada Albigense.

La encomienda de Puig-Reig, en pleno eje del Llobregat se inició con las primeras donaciones recibidas en 1182 por Galcerán III de Pinós y por el vizconde Guillem de Berguedá. Donaciones en el valle de la Cerdanya, en la comarca del Berguedá, en la población de Caserras y también en la misma población de Puig-Reig, donde en 1187 la orden recibió por herencia de Guillem de Berguedá el castillo de Puig-Reig. Aunque no les fue posible tomar posesión de él hasta 1236 gracias a la intercesión de Jaime I en el conflicto por la herencia con los sucesores. A partir de ese momento se pudo establecer una encomienda con un preceptor propio, ya que con anterioridad los bienes habían estado administrados por el comendador de Palau.

A partir de su creación la encomienda de Puig-Reig tenía bajo su responsabilidad las posesiones situadas en la comarca del Berguedá y de la Cerdanya, y por sus tierras

cruzaba el camino que saliendo de la ciudad de Barcelona cruzaba las posesiones que la orden tenía en Saldes y Bagà hasta llegar a las de Bellver, Puigcerdà e Ix. Estas últimas ya en los Pirineos. Por ello la encomienda de Puig-Reig era importante. Pues desde ella, y también desde la granja fortificada de Can Periques podían controlar el paso de todo aquel que desde la comarca del Bages quisiera acceder al Berguedá, siendo esta la ruta habitual para ir de Barcelona al Pirineo o más allá de las montañas. También fue el triste camino que usaron miles de cátaros para huir de la hoguera y buscar refugio en comarcas de la costa o más al sur, en tierras de Tarragona y Castellón.

Al final de la jornada, cuando la niebla se alza del lecho del río como un fantasma apoderándose de los campos, Frey Guillem y Víctor divisan el sobrio castillo de Puig-Reig dominando la población desde lo alto de una colina, y, al otro lado del Llobregat, la masía Periques, también del Temple y desde donde se protege el puente que cruza el río y el camino que conduce hasta Berga.

Ante la perspectiva de un refugio donde pasar la noche y comida caliente, Víctor da un grito y espolea su caballo esperando que Frey Guillem haga lo mismo. En cambio, el templario hace un gesto de desaprobación, y el muchacho, al ver que a su compañero no le ha gustado la broma detiene su montura. Frey Guillem se sitúa a su lado y reprendiendo su acción le comenta con afecto, pero con autoridad, que una de las reglas del Temple prohíbe la competición, por lo que el hecho de cabalgar al galope sin un motivo bélico o estratégico, tan solo por el falso placer de rivalizar no está permitido en la orden. No obstante, al ver que su pupilo ha actuado con inocencia y sin ningún tipo de malicia, el templario suaviza su reprimenda.

—Víctor, tienes que recordar que ya no estamos en el siglo XXI. Vigila tus actos. Aquí, lo que en tu tiempo es normal, puede ser mal interpretado. Hemos de comportarnos con discreción y no llamar la atención. Fíjate en mis gestos y en mis palabras.

Víctor se muestra avergonzado por la reprimenda, y aunque considera que su acción no era grave, acata las palabras de su maestro:

—Te pido disculpas. No buscaba que te enfadaras, tan solo quería hacer un pequeño juego.

—De acuerdo. Acepto tus disculpas, pero no apruebo este afán de rivalidad que tenéis los jóvenes en tu tiempo. Rivalizáis por cualquier motivo. Por deportes, por hombría o por cualquier razón sin importancia. Tenéis más desarrollada la capacidad de competición que la de compañerismo y fraternidad. Vuestros pasatiempos solo se basan en la lucha. Todos los juegos de tu consola son terriblemente violentos. ¿Y qué me dices de las películas de la televisión? Que yo no pertenezca al siglo XXI no quiere decir que no lo conozca, y francamente, muchas de las cosas que he visto no me han gustado.

A Víctor le cuesta comprender las palabras de su mentor. No entiende cómo le molestan cosas tan habituales como las películas o los juegos de la consola.

—Pero son juegos y películas. Es pura fantasía —se justifica.

—No creas que es algo tan inocente. Un niño todavía no tiene su personalidad y su carácter formados, y si constantemente se ve hostigado por este tipo de imágenes, cuando sea un adulto su conducta reflejará estas influencias.

Víctor no termina de entender el sentido de las palabras de Frey Guillem y le replica con un tono ligeramente insolente:

—¿No crees que exageras un poco? Te pareces a mis padres. Además, tú que has luchado en tantas batallas, ¿cómo puedes decir que un vídeo juego o una película sean violentos? Por lo que he leído, las cruzadas y las batallas contra los árabes fueron muy sangrientas.

Frey Guillem adivina en la respuesta de su pupilo que este no comprende lo que intenta transmitirle. Que el mensaje es que la violencia ha estado siempre presente en la historia de la humanidad, y que el objetivo es erradicarla.

—Tienes razón —contesta el templario intentando conducir la conversación hacia una nueva enseñanza—, pero la diferencia está en que en mis tiempos, de las batallas, de los cuerpos mutilados, de la sangre y de la desgracia no se hacían juegos para niños, sino que, a pesar de la dureza con que se combatía también había respeto por el enemigo vencido. Se actuaba con honor, ¿sabes lo que es el honor? Creo que mucha gente de tu tiempo no sabría contestar a esta pregunta tan simple.

—Entonces, reconoces que en tu tiempo también existía violencia —dice Víctor creyendo que le ha ganado la discusión a su maestro.

—Ya te he dicho que sí. —Frey Guillem adopta un tono suave haciendo creer a Víctor que efectivamente ha ganado la batalla. Pero seguidamente aprovecha para hacer una serie de razonamientos a su discípulo—. Por desgracia, en tanto que quede un hombre sobre la tierra habrá violencia. Pero lo que intento explicarte es que debemos intentar dominar esta violencia que tenemos dentro e impedir que sea ella la que nos domine. Para ello, en todos los actos cotidianos debemos intentar actuar con la lógica y no con los instintos. Tú sabes que muchos hombres de tu época, cuando conducen sus automóviles lo hacen más guiados por sus instintos que por su razón. La caballerosidad, la cortesía y la amabilidad son tomadas como signos de debilidad cuando en realidad

son las cualidades de un verdadero hombre. La otra forma de actuar no es más que el reflejo de una falsa masculinidad. La ficticia sensación de sentirse hombre. Y por ello, este tipo de personas viven intentando reafirmar constantemente su vana personalidad ante sus semejantes cuando en realidad solo consiguen empequeñecerse aún más.

—No sabía que conocieras tanto a la gente de mi tiempo. Por desgracia tienes mucha razón —responde el muchacho asintiendo con la cabeza.

—Llevo muchos años en él, y te aseguro que lo conozco. La humanidad no ha cambiado tanto en los últimos siglos. El hombre es más técnico y goza de más inventos. Pero sigue siendo peor que un animal, y salvo que permita que su alma domine al cuerpo, la parte animal, creada por el demiurgo prevalecerá haciéndole comportarse salvajemente.

Tras esta afirmación Frey Guillem da por finalizada la discusión y propone seguir mientras ve en el rostro de Víctor que las palabras no han caído en saco roto. Está convencido de que su pupilo reflexionará sobre ellas sacando sus propias conclusiones, y mientras hace andar a su caballo añade:

—Será mejor que apretemos el paso. El sol está a punto de ponerse y me apetece cenar entre hermanos. Ahora vas a tener la oportunidad de conocer como es la vida en el Temple.

Con las últimas luces del crepúsculo iluminando sus pasos llegan a las puertas de la pequeña fortaleza. Entonces Víctor alza su mirada a lo alto de una de las torres y descubre la *beaucent* ondeando, el estandarte que vio en Montsegur.

Pero en lo que se fija Frey Guillem es en una actividad inusual para esta pequeña encomienda, y una vez cruzan las puertas del recinto estas se cierran al tiempo que del

puesto de guardia sale un joven sargento envuelto en su capa de color pardo que se les acerca.

—Buenas noches, hermanos. Sed bienvenidos. Ya he enviado recado a nuestro comendador de vuestra llegada. Si queréis ordenaré que lleven vuestros caballos a los establos y los atiendan.

—Gracias —responde Frey Guillem—. ¿A qué se debe tanta actividad?

—Tenemos huéspedes —revela el sargento—. Está de paso el visitador general. Viene de la casa central de París y va a inspeccionar las fronteras más allá de Tarragona.

—Gracias, hermano. Tomad pues nuestros caballos y tened buen servicio.

Frey Guillem y Víctor dejan sus monturas en manos de un sirviente y seguidamente atraviesan el hasta el edificio principal, pero antes de entrar Frey Guillem toma del brazo a Víctor y con voz grave le dice:

—Víctor, en esta fortaleza se encuentran caballeros venidos de muy lejos y que seguramente no conozco. No podemos permitirnos ninguna contrariedad, por ello te ruego que te mantengas a mi lado y no hables con ninguna persona. Tu origen no debe ser conocido por nadie. ¿Puedo confiar en ti?

—No te preocupes. Seré prudente —responde el muchacho algo asustado por el tono de su maestro.

—Entonces entremos.

Pero antes de que puedan cruzar la puerta un caballero anciano les sale al encuentro, y tomando a Frey Guillem por los hombros le da un fuerte abrazo.

—Salud, Guillem de Cardona. ¡Qué sorpresa tan agradable! Vuestra visita hace más grata esta fría noche de otoño para un viejo como yo.

Esbozando una sonrisa, Frey Guillem también le abraza y exclama:

—¡Salud, noble Guillem de Montrodón! También es para mí una agradable sorpresa vuestra presencia en este rincón de mundo. Decidme, ¿qué hacéis aquí?, ¿no estabais en Ultramar?

—Sí, hijo, pero graves e importantes motivos me han hecho volver a Occidente. Ya hablaremos, ahora entrad y calentaros que este jovenzuelo que va contigo tiene la nariz roja del frío.

Frey Guillem de Montrodón toma a nuestros viajeros de la mano y los guía hasta una pequeña sala donde el fuego de la chimenea mantiene una temperatura agradable. Allí, Víctor ve una mesa llena de papeles y, sentado detrás, a un caballero de aspecto extranjero que, alumbrándose con la luz de unas velas, lee y separa documentos en varios montones. Al verlos entrar el caballero se incorpora y les mira. Entonces Guillem de Montrodón cierra la puerta y presenta a los recién llegados:

—Guillem, ¿conoces al hermano Reinaldo de Vichiers? Viene de París con una misión muy importante.

—No he tenido el placer de conocerlo, pero he oído hablar mucho de él.

Después de estas palabras, Frey Guillem apoya una rodilla en el suelo y dirige el saludo templario con los brazos extendidos hacia el visitador. A continuación se incorpora y, cogiendo a Víctor del brazo, abre la puerta de la sala y le pide que vaya a la cocina y que le espere allí. Víctor no puede ocultar el temor que le causa tener que separarse de su mentor y deambular solo por la encomienda. Pero la gravedad de los rostros de los tres caballeros le hace obedecer a su maestro sin replicar. Antes de cerrar la puerta el muchacho se vuelve para despedirse, pero cuando dirige su mirada a Frey Guillem de Montrodón este le dirige una sonrisa tan dulce que Víctor tiene la sensación

de estar viendo a un respetable anciano y no a un guerrero capaz de dirigir un ejército en combate.

"*Guillem de Montrodón nació en 1165 en el término de Taradell, en la comarca catalana de Osona, en el seno de una familia de la baja nobleza: los Montrodón, vasallos de la poderosa casa Centelles. Su padre fue Guillem I de Montrodón, que a su vez era hijo de Ramón Bofill y de Maiassendis. Su madre tenía por nombre Guilleuma. Fue el segundo de cuatro hermanos: Ferrer I, el mayor, que heredaría las tierras de la casa, Adaledis y Saurina.*

Como era natural en las familias nobles de la Corona de Aragón durante el Medievo, los hijos segundones eran destinados a ingresar en las órdenes religiosas o en las órdenes militares, ese fue el caso de Guillem de Montrodón.

A los veinte años se traslada a Barcelona, donde residirá hasta que ingrese en la orden del Temple el 18 de agosto de 1203, a los treinta y ocho años de edad. En su testamento de tránsito de la vida seglar a la monacal dirá que abandona las cosas de siglo para darse a sí mismo como fraile de Dios.

Su proximidad a la casa Centelles le granjea buenos contactos en la corte de Pedro II el Católico, por lo que en 1207 accede al cargo de comendador de Gardeny (Lérida).

Desde octubre de 1211 a mayo de 1212 será comendador de Masdeu, en el Rosellón, y acompañará desde entonces al rey en las campañas militares como por ejemplo en 1212 en las Navas de Tolosa, batalla en la que tomó partido contra el infiel, pero no así en la de Muret, en 1213, pues la regla no permitía a los templarios batallar contra enemigos correligionarios. Probablemente la regla templaria le salvó de la

muerte, pues la derrota supuso un terrible descalabro para la cúspide de la pirámide feudal de la Corona que terminó hasta con la propia vida de Pedro II el Católico.

Ese mismo año de 1213 es nombrado maestre de la provincia templaria de Cataluña, Aragón y Provenza y el papel que jugará a partir de entonces será crucial. Incluso integrará la embajada aragonesa que viaja a Roma para pedir al papa Inocencio III que interceda para la liberación del pequeño rey Jaime, en manos de Simón de Monfort que lo retiene en Carcassone.

Una vez liberado, el joven monarca será enviado a Monzón, sede en esa fecha de la provincia templaria, para que el capítulo de frares que comanda Guillem de Montrodón le eduque junto a su primo Ramón Berenguer de Provenza, de su misma edad. Serán solo tres años, pero supondrán un lapso de tiempo crucial para su educación: de 1214 a 1217.

En 1220 abandona el maestrazgo para convertirse en simple frare y a partir de esa fecha ocupará un puesto destacado en el Consejo de Jaime I como responsable de la hacienda pública, muy mermada desde el reinado de Pedro II, cargo que ostentará hasta su muerte en 1225".

(Texto de Darío Español, Miembro de la Sociedad Española de Estudios Medievales)

Víctor encuentra la escalera que lleva hasta la cocina siguiendo las indicaciones que le han dado y, temeroso de encontrarse con alguien, baja los últimos escalones con sigilo hasta que encuentra una sala amplia y bien iluminada. La primera sensación que experimenta es el fuerte olor de los guisos que se están cocinando.

Hasta su nariz llega el aroma que desprende el estofado de cordero, las verduras hervidas con tocino, las fuentes de trucha rellena de hinojo y el pan, que recién hecho humea encima de una mesa en el centro de la cocina. Atraído por las fragancias que despiden los calderos busca al cocinero.

Pero no lo ve. En cambio, sentado frente a la mesa halla al joven sargento que los recibió y que le observa mientras hunde la cuchara en una escudilla llena de un espeso caldo de legumbres.

—Buenas noches, muchacho. ¿Es el hambre el que te ha guiado hasta aquí? —pregunta el templario.

—Buenas noches —responde asustado Víctor—, no es por hambre que he venido. Mi maestro está con Frey Guillem de Montrodón y un caballero extranjero, y me ha ordenado que les espere aquí.

Entonces un grito resuena desde el fondo de la cocina.

—¡Vaya!, ¡así que hay capítulo!

El cocinero, que estaba oculto detrás de unos sacos de trigo, es quien profiere la exclamación apareciendo de repente y provocando con su voz áspera un sobresalto a Víctor.

—No te asustes rapaz, que no voy a comerte —añade—. Ven y acércate, si tienes hambre te llenaré un cuenco de sopa que te mantendrá hasta que los tres maestres terminen la reunión. Soy el hermano Esteban y estoy al cuidado de la cocina. —Tras lo cual sonríe mostrando una boca en la que faltan la mitad de los dientes.

—No le temas, muchacho —interviene el sargento—, quizás te asuste su aspecto y su voz, pero es inofensivo. En cambio, si se trata de comida déjate guiar por él. No probarás mejores guisos por estas tierras que los suyos. —Y terminando su cena

añade—: Aunque la compañía es muy agradable, me perdonaréis, pero debo regresar a mi puesto para que pueda venir otro hermano. —Y después de estas palabras abandona la cocina.

Víctor se acerca con timidez y toma asiento donde Frey Esteve ya ha servido una abundante ración de puré de legumbres acompañado de un trozo de pan. En agradecimiento a su amabilidad le dirige una sonrisa y empieza a comer.

Está saboreando el guiso cuando de repente advierte unos ojillos negros que le vigilan ocultos en un rincón de la cocina. Intrigado fija la vista descubriendo a un hombrecito de tez oscura que le mira mientras moja un pedazo de pan en un tazón en el que ya no queda nada de comida. Sorprendido, Víctor le saluda:

—Buenas noches, señor. Perdone, pero no le había visto.

Al ver la escena el hermano Esteban suelta una carcajada que resuena por toda la cocina y vocea:

—¡Por los clavos de Cristo! Me había olvidado de presentarte al pequeño Hamamed.

—¿Quién es? —pregunta intrigado Víctor al ver que el hombrecito sigue inmóvil en su rincón.

—Hamamed es un esclavo que fue capturado más allá de la frontera, en tierras del sur y que los hermanos de Miravet enviaron junto a otros para que trabajaran estas tierras. Pero Hamamed es muy bajito para trabajar en el campo, y me ayuda en la cocina. Mañana por la mañana podrás ver varios sarracenos trabajando los huertos que rodean la encomienda. En su caso, al *ser* tan endeble y haber demostrado buenas dotes culinarias, Hamamed se ha ganado el honor de compartir las horas conmigo, y aunque debe ser duro aguantarme, al menos aquí dentro no se pasa frío.

Después de estas palabras el cocinero suelta otra carcajada que hace retumbar las gruesas paredes de la cocina, y el árabe, a pesar de que no ha entendido la explicación de Frey Esteban, sí se ha dado cuenta de que hablaban de él, por lo que sale de su rincón y esboza una sonrisa.

—Perdone, señor —pregunta Víctor—, ¿este hombre es un esclavo?

—Sí, hijo, para bien o para mal este infiel es un esclavo en tierras cristianas. Pero no te aflija ello porque es posible que tenga una vida mejor como esclavo en el Temple que como hombre libre en los reinos del califa. Y ahora cómete la sopa, que con tanta cháchara se te va a enfriar, y yo debo volver al trabajo. Dentro de poco tiempo habrá unas cuantas bocas hambrientas que alimentar en el refectorio y no debo retrasarme. ¡Venga Hamamed empieza a retirar los calderos del fuego y ayúdame a subirlos al comedor!

Mientras Víctor engulle el guiso observa el trajín del cocinero y el árabe hasta que un ruido de voces que llega del piso superior confirma, como había previsto Frey Esteban, que los hermanos están sentándose para cenar. De repente se oye el agudo tintineo de una campanilla y el silencio se hace en el salón indicando el inicio del refrigerio. El cocinero y el árabe suben el último caldero dejando solo a Víctor en la cocina quien, terminada su cena, se acurruca sobre unos sacos de grano a esperar. Pero el estómago lleno y el calor de la cocina hacen efecto y el sueño le vence, por lo que no tarda en quedarse dormido.

Entre tanto, arriba, en el salón del comendador, los tres maestres comentan las disposiciones que hay que tomar. Como visitador de la Casa de París Frey Rinaldo les ha informado de las órdenes cursadas a los componentes del capítulo interior, órdenes

emitidas directamente por el maestre secreto Roncelin de Fos a todos los miembros del priorato.

El capítulo era en la Orden del Temple una especie de consejo donde se discutían todos los temas que afectaban a la marcha de una encomienda o de una provincia. En este caso el capítulo era local o provincial, siendo más bien de tipo administrativo.

Una vez al año se reunía el capítulo regional para discutir los temas de mayor importancia, impartir los castigos que correspondía a los hermanos que habían infringido la regla y también para estudiar las candidaturas de nuevos adeptos. Concurrían a él todos los comendadores y preceptores de la provincia, y lo presidía el maestre provincial.

Pero el capítulo interior al que se refiere Frey Rinaldo de Vichiers es un reducido círculo al cual solo ingresan unos pocos hermanos escogidos, y los miembros no llegan a formar parte de él hasta que no superan varias pruebas y las tres iniciaciones correspondientes. La primera es la de ingreso en la orden. Las dos posteriores son de carácter más esotérico y se reservan solamente a un elegido círculo de caballeros.

El maestre Roncelin, que para la historia no existirá, y quien tampoco figurará como mandatario del Temple es en realidad el maestre secreto de este selecto círculo de hermanos, y actúa en el priorato en representación del gran maestre.

A este capítulo secreto, y como miembros de la provincia de Cataluña y Aragón solo pertenecen los hermanos Guillem de Cardona, Guillem de Montrodón y Pere de Montcada.

—Así pues, ¿la decisión está tomada? —pregunta Guillem de Montrodón.

—En efecto, hermano —responde el visitador—. El maestre Roncelin ha cursado órdenes para que todos los libros y documentos que estén en estudio o bajo custodia en

vuestra provincia sean enviados al castillo de Rosslyn, en Escocia. No obstante, nadie debe precipitarse. Todavía disponemos de tiempo. La gran traición no será hasta el 1306 o el 1307. Por ello es importante que todos los movimientos se realicen de forma muy lenta y espaciada en el tiempo. Para que no se note nada extraño. Conocer la gran traición y la supresión de nuestra orden con setenta años de antelación nos da una ventaja que hemos de aprovechar para perpetuar nuestra labor, y que esta pueda llegar intacta hasta el tercer milenio, cuando las dos fuerzas vuelvan a enfrentarse. ¿Traéis con vos el inventario?

—Aquí lo tenéis —manifiesta el anciano templario—. Detalla cada objeto, cada documento y cada traducción existente en nuestra provincia, y dónde está escondido cada uno de ellos. La mayoría ocultos en los subterráneos de la encomienda de Rennes, en tierras cátaras, por lo que a causa de la cruzada lanzada por el rey de Francia contra los albigenses quizás este no sea el mejor momento de moverlos.

—No os preocupéis. En esas tierras contamos con hermanos de confianza, y en el plazo inferior a un año las tropas francas lanzarán la ofensiva definitiva, por lo que hemos previsto que el tesoro de Montsegur también sea puesto a salvo. Pierre-Roger de Mirepoix está informado y el preceptor de Rennes está preparando la operación.

—Veo que está todo previsto, ¿cuáles son las instrucciones inmediatas? —pregunta de nuevo Guillem de Montrodón.

—Que la normalidad sea la tónica —responde el visitador—. Nuestros enemigos no deben sospechar que conocemos sus planes. Hasta la caída de Trípoli y de San Juan de Acre, y la pérdida total de Tierra Santa, nuestra labor será la normal. La de una orden militar que lucha por la defensa de los Santos Lugares. Después, nuestro objetivo se centrará en prepararnos para cuando el Temple sea atacado y arrastrado a su

destrucción. Será entonces cuando habrá llegado el momento de preservar nuestros secretos. Hasta que en un futuro llegue el momento de volver a salir a la superficie. Unos siglos de discreción nos serán útiles para preparar la batalla final manteniendo a nuestros enemigos en la falsa confianza de habernos destruido. Y ahora, queridos, propongo ir al refectorio y cenar con el resto de los hermanos si no queremos ser causa de conversaciones indiscretas.

Tras estas palabras los tres abandonan la sala y se dirigen hacia el comedor reflexionando sobre los temas hablados. Entran en silencio en el refectorio y discretamente toman asiento junto al resto de templarios. Más tarde, y una vez terminada la frugal cena, Frey Guillem baja a la cocina para recoger a Víctor, pero al verlo durmiendo apaciblemente sobre el improvisado lecho de sacos duda si despertarlo o dejarle pasar la noche allí. Es entonces cuando la risa de Frey Esteban interrumpe sus pensamientos.

—No os preocupéis, hermano. El muchacho estará bien. Y además no está solo. Hamamed velará por él. Ningún lugar es tan confortable como la cocina en una noche fría como la de hoy.

—Si es así, y no os molesta que se quede aquí, por mi parte no hay inconveniente —responde Frey Guillem—. Os lo agradezco, pues le veo tan a gusto que me daba reparo despertarle. Ahora, por mi parte me retiraré a descansar. Nos esperan grandes fatigas los próximos días. Al alba volveré a buscarlo. Decídselo si despierta, y buenas noches os dé Dios, hermano.

—Buenas noches para vos —responde Frey Esteban mostrando su escasa dentadura al sonreír.

Frey Guillem abandona la cocina por el oscuro pasillo cuando siente el escalofrío de una ráfaga de aire helado. Protegiéndose con la capa piensa en Víctor.

El muchacho no está acostumbrado a los rigores que exige la vida monacal ni a las incomodidades de la dura vida del campo. Por ello ha decidido que se quedarán unos días en la encomienda. De esta forma, podrá aclimatarse antes de seguir viaje hacia el norte y con el invierno en ciernes. Convencido de que la decisión que ha tomado es la correcta, llega a la puerta de la pequeña celda, la empuja con suavidad y sin hacer ruido entra. A pesar de la gélida temperatura se desviste a la luz de una solitaria vela dejando la capa plegada a los pies del camastro. Después se arrodilla frente a la ventana y reza unos minutos. Finalmente, se tiende sobre el jergón y mientras observa la pálida luz de la luna que se cuela por la ventana, vuelve a pensar en Víctor. No sabe si el muchacho está preparado para lo que les espera los próximos días, y ensimismado en estos pensamientos finalmente se deja vencer por el sueño.

Han transcurrido tres semanas desde que llegaron a la encomienda, y en este tiempo Víctor ha podido mantener largas conversaciones con Frey Guillem de Montrodón y con Frey Rinaldo. Vencidos por la curiosidad, los dos han querido conocer de cerca a quien el destino y el capítulo secreto han otorgado tanta responsabilidad. La vitalidad, la sinceridad y el ingenio del muchacho les convencen de que la decisión ha sido la acertada, y de que, llegado el momento, sabrá desempeñar su misión. No obstante, al principio y por cautela, Víctor ha evitado hacer mención de su origen, manteniendo en todo momento una discreción total como prometió a su maestro. Pero después de que Frey Guillem diera su consentimiento ha mantenido interesantes charlas de su mundo y

de sus costumbres con los dos templarios. Por su parte, él ha podido conocer cómo transcurre la rígida vida en el interior de la orden. Y aunque la encomienda está lejos del campo de batalla no existe por ello ninguna relajación en las costumbres. A Víctor le sorprende ver la buena organización que existe y los conocimientos de agricultura y piscicultura que los templarios practican. Una de las distracciones de Víctor es bajar al río para visitar la granja de truchas donde mediante un sistema de canales y piscinas, los hermanos las crían para abastecer a la comunidad y para vender en los mercados de los pueblos vecinos.

Gracias a los sistemas de cultivo que practicaban, y a los profundos conocimientos de la naturaleza que trajeron de Oriente, los templarios lograron hacer desaparecer las hambrunas de las zonas donde estaban establecidos. Mediante técnicas adquiridas conseguían alcanzar un mejor aprovechamiento de los recursos naturales de cada región y obtener las mejores cosechas. El rendimiento de sus molinos y las reservas de sus graneros lograban que si un año la cosecha no era buena se pudiera compensar con la de años anteriores. Era como llevar a la realidad la fábula de la cigarra y la hormiga.

Desgraciadamente, este bienestar económico, lejos de ser admirado provocaba la envidia de los señores feudales, quienes basaban su economía en la explotación de sus vasallos, y también la de mucha parte del clero, que veía cómo el papa otorgaba cada vez más concesiones a la orden despojándoles a ellos de ingresos y de la influencia sobre el pueblo. Diezmos, peajes, impuestos sobre los mercados, derechos de enterramiento, cada vez eran más las fuentes de ingreso del Temple, y a ello se sumaba la explotación de sus propios recursos ganaderos y agrícolas fruto de las generosas donaciones que recibían. Donaciones que por el contrario cada vez eran menos

importantes para el clero local. Incluso en algunas ocasiones había que recurrir a la justicia o al mismo rey para poner fin a pleitos por derechos o testamentos. El Temple, esgrimiendo siempre una diplomacia poco usual para su época, evitaba al máximo estos enfrentamientos, y en ocasiones llegaba a renunciar a sus derechos para no provocar escándalos que pusieran al pueblo en su contra.

Como había ordenado maese Roncelin de Fos, había que ejercer una vida normal sin llamar la atención y sin buscar problemas con los vecinos. Sus planes estaban trazados de antemano y no les importaba esperar. En este sentido, vendían, cedían derechos o permutaban posesiones para comprar otras que por su carácter estratégico o esotérico les interesara más.

No siempre existía un sentido militar en las adquisiciones. A veces era pura lógica y economía. La orden sabía que era más fácil de explotar un grupo de campos juntos que una superficie mayor, pero repartida en pequeñas parcelas alejadas entre sí. Pero a veces, el interés que mostraban por un lugar determinado podía obedecer a motivos que la mayoría de los hermanos ignoraban, pues era el capítulo provincial quien tomaba estas decisiones, decisiones que terminaban en la compra de un enclave concreto, en apariencia sin utilidad y por el que podían llegar a pagar un precio desorbitado para quien desconociera el verdadero valor esotérico o telúrico de ese lugar.

La perfecta organización de las encomiendas, verdaderas células de este entramado económico, la organización de varias en una bailía, y a su vez varias bailías en una provincia, llegaba a cubrir todos los países que formaban el sacro Imperio romano, es decir la Europa medieval, sumando a ello las posesiones en Tierra Santa.

El conjunto de propiedades que tenían en estos territorios hacía que el poder que ostentaba el gran maestre del Temple fuera envidiado por muchos reyes de la

cristiandad, y a ello se sumaba que, por sus actas de fundación, los templarios solo rendían obediencia al papa, como reflejaba la regla, escrita primero por el patriarca de Jerusalén, Étiene de la Ferté, y posteriormente corregida por san Bernardo de Claraval, sobrino de uno de los nueve fundadores del Temple. A lo largo de los años siguientes, las diferentes bulas que fueron publicadas por distintos papas reafirmarían este punto.

Víctor había conocido por boca de Frey Guillem de Montrodón la historia de la fundación de la orden. Le explicó que después de la primera cruzada, aquellos nueve caballeros renunciaron a sus posesiones y a su cómoda vida para entregarse a una existencia de recogimiento y sacrificio, manteniendo la vigilancia de los caminos plagados de peligros que debían recorrer los peregrinos para llegar a Jerusalén. Pues muchos nobles, después de la liberación de Jerusalén, regresaron a Europa, y la tropa que quedó en Tierra Santa era insuficiente para mantener la paz y el orden en la amplia extensión de terreno conquistado. A duras penas se podía garantizar la seguridad en las ciudades, incluyendo Jerusalén. Por ello, los peregrinos que llegaban del continente muchas veces eran asaltados y asesinados por las innumerables bandas de tribus árabes que pululaban por la región. Incluso a veces los ataques eran perpetrados por partidas de cristianos renegados.

Después de una travesía por el Mediterráneo no exenta de peligros a causa de los piratas berberiscos, o de tripulaciones genovesas y venecianas que acostumbraban a vender como esclavos a sus pasajeros, los peregrinos todavía tenían que cubrir la parte más peligrosa del viaje, la franja de terreno que iba desde la costa hasta Jerusalén. Y fue para proteger a los viajeros en este terreno que los nueve caballeros decidieron renunciar a su anterior vida para hacer voto de castidad, pobreza y obediencia y fundar

una orden militar como la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Salomón, conocida posteriormente como la Orden del Temple.

Guiados por Hugues de Payns y por Geoffroi de Saint-Omer, los nueve nobles vistieron durante nueve años ropas seglares viviendo solo de las limosnas de los peregrinos. Cuando se presentaron ante él, el rey Balduino les cedió el solar que había cerca de palacio y donde en la antigüedad había sido edificado el templo de Salomón. Por este motivo tomaron el nombre de Caballeros del Templo, hasta que más tarde fueron popularmente conocidos como templarios.

Oficialmente la orden fue fundada el 25 de diciembre de 1119 al prestar juramento de obediencia sus fundadores a Étiene de la Ferté, patriarca de Jerusalén, el mismo día que Balduino II era coronado rey.

Esta es la historia de la fundación de la Orden del Temple, o al menos la historia oficial, la historia que el capítulo interior quería que se conociera.

Pero había otra.

Otra que solo era conocida por sus directos protagonistas y por los componentes del primer capítulo de la orden. Y es la que Frey Guillem de Montrodón cuenta a Victor:

—Víctor, ¿recuerdas la historia que te relaté el otro día sobre la fundación de nuestra orden?

—Sí —responde Víctor

—Y ¿qué te pareció?

Después de reflexionar unos instantes Víctor confiesa:

—Es una historia bonita, pero un poco extraña. No sé, hay algo que no termino de ver claro. Verá, después de conocerla estuve en la biblioteca viendo mapas de la zona,

también hablé con un sargento que ha servido en Tierra Santa y creo que para nueve caballeros era demasiado terreno que vigilar.

El anciano templario sonríe complacido y explica:

—Sí, tienes razón, y además algo que llamará la atención a los historiadores en tus tiempos es que los nueve primeros años no se tuviera noticia de que participaran en ningún combate a pesar de que el rey de Jerusalén no paró de librar batallas. Desde Antioquia hasta el Tiberíades. También resulta difícil creer que durante nueve años no permitieran que nadie más se uniera a ellos.

—Decidme, ¿cuál es la verdad?, ¿qué hicieron todos esos años? —pregunta Víctor intrigado.

—La historia que te conté el otro día es la oficial. La que será conocida por todo el mundo. Pero la que vas a conocer hoy es la real, y aunque no entraré en muchos detalles para no abrumarte es la verdadera, pero no la podrás compartir con nadie. ¡Nadie, absolutamente nadie la debe conocer!

Entonces, Frey Guillem de Montrodón conduce a Víctor hasta la biblioteca y tras cerrar la puerta le dice:

—Ahora escucha atentamente.

Casi susurrando sus palabras el anciano templario explica que la orden del Temple fue organizada en Europa por el priorato mucho antes de la primera cruzada, y boquiabierto Víctor escucha cómo el objetivo, después de la liberación de la ciudad Jerusalén, era apostar en ella a sus nueve caballeros. Estos actuarían bajo la imagen de una nueva orden de monjes guerreros cuyo fin sería salvaguardar los caminos de la costa hasta Jerusalén. Pero la realidad es que en secreto deberían llevar a cabo la misión que tenían encomendada desde Europa.

—No fue ninguna casualidad que el rey Balduino II les cediera el solar que había albergado el templo de Salomón, y tal y como estaba planeado, lejos de hacer de policía de los caminos, los nueve caballeros emplearon su tiempo y sus esfuerzos en excavar los antiguos túneles del desaparecido templo. Una red de pasadizos apenas conocidos y abandonados desde hacía siglos. Para formarse una idea del alcance de la obra se decía que las cuadras del templo de Salomón podían albergar más de dos mil caballos y mil camellos. —Mientras Víctor escucha atónito Frey Guillem prosigue con su relato—: La donación del emplazamiento para albergar a la nueva orden fue preparada de antemano. Incluso hubo que desalojar de allí a los canónigos del Santo Sepulcro, que eran los inquilinos instalados por Godofredo de Bouillon, comandante de la cruzada y el primer gobernante cristiano de Jerusalén. Los componentes del priorato que organizaron la fundación del Temple fueron personajes que supieron mantener en secreto su identidad. Pero nos consta que tras los primeros nueve años destinados a limpiar los subterráneos del templo hubo frecuentes contactos entre Hugues de Payns y Geoffrey de Saint-Omer, a su regreso a Europa, con Bernardo de Claraval y con su más estrecho colaborador Étienne Harding, abad de Citeaux. Este último, con la ayuda de sus monjes y de sabios judíos, estudió y descifró los textos hebraicos que Hugues de Champaña, otro de los nueve fundadores, trajo de Jerusalén. Ten en cuenta —prosigue Frey Guillem— que el templo de Salomón había sido saqueado y destruido dos veces. Primero por los babilonios, y posteriormente, en el año sesenta por las legiones romanas a las órdenes de Tito. Por ello, cuando los nueve caballeros tomaron posesión del lugar solo quedaba en pie una pared. La que se conoce por el muro de las lamentaciones. Ningún tesoro de los que se decía que albergaba podía quedar ya. —Frey Guillem hace un alto en su explicación y, tras mirar la sala como si quisiera cerciorarse de que están a cubierto de

oídos profanos, prosigue en un susurro todavía más profundo—: Pero lo que centraba la búsqueda de los primeros templarios eran unos objetos concretos y que sabían con certeza que estarían allí. Resguardados a pesar de todas las guerras y saqueos, y entre estos objetos figuraba el Arca de la Alianza con las Tablas en su interior. —Víctor, asombrado, abre los ojos e intenta decir algo, pero Frey Guillem le indica con la mano que guarde silencio y atienda—: Los miembros del priorato conocían de antemano que Salomón había construido el templo para guardar el Arca, y sabían que la preciada reliquia se escondía en un refugio bajo el templo, y que en ningún saqueo había aparecido, junto a otros objetos más como el conocido como la Mesa de Salomón, por lo que todavía debían estar allí, en el sanctasanctórum, excavado en la roca bajo el templo.

El muchacho no da crédito a lo que oye, y en varias ocasiones intenta interrumpir con preguntas, pero el caballero le pide que guarde silencio hasta el final del relato, y a continuación explica como el templo fue construido por Salomón gracias a la ayuda recibida de Hiram, rey de Tiro.

—Hiram, además de suministrar toda la madera de cedro necesaria, también envío a su mejor arquitecto, el hijo de una viuda llamado Hiram Abiff. Este hizo construir dos columnas de cobre y las colocó a derecha e izquierda de la entrada del templo. Dos columnas a las que llamó Jackin y Boaz, y en cuyo interior escondió los secretos del arte real de la construcción. —El anciano narra entonces la leyenda que cuenta cómo el maestro Hiram fue asesinado por tres obreros que quisieron conocer los secretos de la geometría y de la arquitectura sagrada y que no pudieron soportar que el maestro se negara a revelárselos—. Para organizar el trabajo, el maestro Hiram había separado en tres grados a los trabajadores según sus conocimientos. Y estos se reconocían por

palabras y toques según el grado al cual pertenecían. Solo los que ostentaban el grado de maestro tenían acceso a los secretos del *Arte Real*, que era el nombre que recibía la técnica de la arquitectura y la geometría. Pero tres compañeros, grado inferior al de maestro, quisieron arrebatar a Hiram los secretos y, según las escrituras, estos compañeros, después de golpear al maestro tres veces en la cabeza causándole la muerte, lo enterraron y huyeron, y con el fin de ocultar la tumba plantaron una acacia encima. Fue gracias a este árbol que los constructores que ayudaban a Hiram pudieron encontrar el cuerpo del maestro y darle digna sepultura. La leyenda desvela que, después del funeral, Salomón envió a nueve maestros en busca de los asesinos para vengar la muerte de Hiram, y estos cumplieron implacablemente su misión regresando con las cabezas de los asesinos. —Al llegar a este punto, Frey Guillem hace notar a Víctor la semejanza de esta parte de la leyenda con la historia de los nueve caballeros que, desde Europa, llegaron hasta Jerusalén, y que, bajo la apariencia de caballeros que habían fundado una orden militar, también iban en busca de algo.

Para no agobiar demasiado al muchacho, Frey Guillem deja la historia en este punto sabedor de que la semilla de la luz ya ha empezado a germinar, y está convencido de que, como buen neófito, Víctor irá tirando del hilo hasta encontrar el resto. Para el venerable templario, el elegido ya ha empezado su iniciación y, al igual que Perceval, tendrá que buscar su particular grial por sí solo. Superando todas las dificultades que le aguardan.

—¿Qué te ha parecido la historia, Víctor?

—Muy interesante, pero hay cosas que no entiendo —responde el muchacho.

—Es lógico. Ten paciencia y poco a poco irás conociendo la verdadera historia. Aquella que está reservada a los verdaderos buscadores de la verdad. A los auténticos *peregrinos del alba*.

—Maestro, ¿por qué actuaron tan secretamente los nueve caballeros?

—Porque desde la más remota antigüedad se libra la batalla entre el bien y el mal. Y los recursos de las fuerzas del mal son poderosos. Por esto debemos actuar siempre con la máxima discreción. Sin dar a conocer nuestras intenciones y nuestros secretos.

—¿A qué os referís? —insiste Víctor intrigado.

—Tú conoces, por la época de la que procedes, cuál será el destino reservado a nuestra orden, y de cómo seremos perseguidos y exterminados por un papa corrupto y un rey sanguinario que todavía han de nacer. Pues me refiero a casos así. Hemos de impedir que nuestros eternos enemigos, las fuerzas del mal, se apropien de nuestros conocimientos para ejercer su poder con mayor fuerza. Hemos de ocultar nuestras intenciones.

Tras estas palabras, el anciano templario se levanta indicando a Víctor que por hoy la lección ha terminado. Y tomándole del brazo le indica que deben regresar junto a Frey Guillem de Cardona, quien les espera en la capilla para cumplir con las obligaciones religiosas.

Al nombrar al sanguinario rey francés y al papa corrupto, Frey Guillem se refería al monarca Felipe el Bello y a Bertrand de Got, nombrado papa bajo la presión del rey francés, y que con el nombre de Clemente V protagonizó uno de los pontificados más dramáticos de la historia. De carácter débil y corrupto, Clemente V estuvo dominado por el rey Felipe y por sus temibles consejeros, especialmente del terrible secretario del monarca Philippe de Nogaret. Ellos fueron quienes urdieron toda la trama para acusar a

la Orden del Temple de herejía y, con la complicidad de la máxima autoridad católica apoderarse de las posesiones y bienes de los templarios.

Una fría mañana, en las postrimerías de noviembre, y dos semanas después de su llegada, Víctor y su maestro abandonan Puig-Reig para proseguir su viaje. El día anterior, antes de acostarse, los dos se despidieron con tristeza del visitador Frey Rinaldo de Vichiers y del maestre Guillem de Montrodón, pues los dos dejan también hoy la encomienda para continuar itinerario hacia el sur. El destino de las noticias de las que son portadores se encuentra en el castillo de Miravet. Una importante fortaleza del Temple que, desde la orilla del río Ebro, vigila la frontera.

Remontando el curso del Llobregat, Víctor y Frey Guillem toman el camino que les conduce hasta la aldea de Bagà, donde hay una pequeña encomienda situada junto a la iglesia que alberga una de las más sagradas Vera cruces de la orden que todavía hoy se conserva. El pueblo de Bagà, situado en la falda del Cadí, será el último lugar habitado que encuentren antes de cruzar las escarpadas cumbres de la sierra. La postrera dificultad que deberán vencer antes de alcanzar los Pirineos.

Mientras cabalgan envueltos en un frío manto de niebla, Frey Guillem observa a Víctor, se da cuenta de que los días transcurridos en la encomienda han surtido efecto y su discípulo ya ha iniciado la transformación del inocente muchacho hacia el sensato joven sobre el que recaerá la importante misión emprendida por la orden.

Incluso a pesar de que los vaticinios de los cabalistas sean ciertos, y de que posiblemente Víctor sea la rencarnación de Robert de Crahon, uno de los más grandes maestres de la orden y con el que vivió su máximo esplendor, Frey Guillem sabe que el muchacho debe ser instruido.

Los magos del priorato investigaron mucho antes de determinar con seguridad la rencarnación de Robert de Crahon en el elegido, y antes de señalar a Víctor valoraron todas las opciones. La importancia de la misión así lo requería.

Víctor, por su parte, también es consciente de que el hecho de convivir con caballeros templarios siguiendo las estrictas reglas de la orden ha producido en él un cambio. El riguroso aprendizaje sufrido para poder ser tomado como el escudero de Frey Guillem le ha servido para enriquecer su cuerpo y su espíritu. Las burdas ropas, el trabajo, la fatiga y el frío han sido como una forma de preparación para las durezas que le esperan y todas las experiencias y conocimientos que ha recibido en Puig-Reig le han hecho madurar. Incluso quizás más de lo que correspondería a un muchacho de su edad. Estar lejos de casa y de sus padres ha sido para él como su particular travesía por el desierto. Abriéndole los ojos y permitiéndole empezar a ver la luz del conocimiento.

Luz que ya no le abandonará y que guiará siempre sus pasos.

Mientras cabalgan, Frey Guillem recuerda una noche especial en la encomienda de Epinay. Una noche mística en la que el capítulo, reunido en cónclave, señaló a Víctor como el elegido y a él como su mentor, para instruirle en la última y definitiva cruzada. A lomos de su caballo, el veterano templario revive con emoción aquel instante en que oyó su nombre como el designado para conducir los pasos del elegido durante su aprendizaje.

Tanto su nombre como el de Víctor fueron pronunciados por la cabeza parlante alrededor de la cual estaban reunidos los miembros del consejo. Aquel fue el capítulo más secreto que la orden haya celebrado nunca, y a partir de esa noche, la carrera en la orden de Frey Guillem fue distinta de la que había vivido hasta entonces. Los servicios de armas fueron sustituidos por estancias en encomiendas lejanas y enclaves que no

figuraban en los mapas, donde fue adiestrado por magos en el arte de la alquimia y en los conocimientos esotéricos. También realizó viajes a las tierras del Nilo, a lo más recóndito de Etiopía y a los reinos fronterizos de España para ser iniciado en los cultos más antiguos y en la magia y conocimientos de la cábala. Incluso estuvo en la inexpugnable fortaleza de Alamut, refugio de la temible secta de los *ashassins*, guerreros fanáticos a las órdenes del viejo de la montaña. Allí pudo acceder a la más completa biblioteca de la época y conocer los arcanos que durante miles de años fueron ocultados a la humanidad. Frey Guillem había sido iniciado en la gnosis y preparado a conciencia para su papel y ahora, después de varios siglos, debía transmitir estos conocimientos a su pupilo. Pero al mismo tiempo debía velar por su seguridad, pues nada les permitía pensar que el éxito de la misión estaba asegurado. Los enemigos eran más poderosos que nunca y el tiempo se agotaba. Ya no quedaban muchas oportunidades. La humanidad había entrado en la era del hierro, y como una bola de nieve por una ladera se deslizaba cada vez más rápida precipitándose hacia el abismo, ignorante de su propia destrucción. Frey Guillem había visto cómo el hombre moderno había degenerado durante los ochocientos años transcurridos desde su época.

En el siglo veintiuno, en apariencia la humanidad se manifestaba más evolucionada. Pero solo era una falsa imagen proyectada por la felicidad artificial que le producía el consumo. Las casas, los coches, los electrodomésticos y todos los inventos al alcance del hombre le habían colgado un velo que le impedía ver lo vacías que eran sus vidas. Aunque no todo estaba perdido. Quedaba poco tiempo y había que actuar con rapidez, pero todavía quedaba esperanza.

Alejando de su mente los pensamientos negativos para que Víctor no viera ningún signo de preocupación Frey Guillem detiene su montura y muestra a su pupilo la majestuosa sierra del Cadí con sus picos ya cubiertos de nieve.

—Mira, Víctor. Allí, frente a nosotros, están las montañas que mañana cruzaremos.

—Qué distintas son en esta época —responde él.

—Pasaremos la noche en el albergue que la orden tiene en Bagà, y mañana cruzaremos por el Coll de Pal. Espero que no encontremos demasiada nieve y que la travesía no sea muy dura.

Víctor conduce el caballo junto a Frey Guillem y mirando hacia arriba comenta sonriendo:

—La verdad es que para ser noviembre las cumbres están muy nevadas. Lástima que todavía falten cientos de años para que se construya el túnel del Cadí. No quedará otro remedio que cruzar la sierra por arriba.

Frey Guillem esboza una sonrisa para mostrarle que ha entendido la broma en alusión al túnel que se construirá a finales del siglo veinte permitiendo cruzar desde el Berguedà hasta la Cerdanya en pocos minutos.

—Tienes razón —responde siguiendo el juego—. La parte positiva es que no tendremos que pagar peaje.

Al ver el buen humor de su preceptor Víctor exclama:

—Maestro, después de conocer por el visitador los innumerables negocios y la estructura económica que tiene la orden, estoy convencido de que si el túnel del Cadí existiera en este tiempo el cobro del peaje correría a cargo del Temple.

Ante la ocurrencia, Frey Guillem ríe y contesta:

—Tienes razón Víctor. Posiblemente fuera así y los que pagarían peaje serían los nobles y las tropas del rey.

Con la sonrisa en los labios Frey Guillem reanuda la marcha. Después de cubrir un buen trecho en compañía de un viento desapacible y un frío cada vez más intenso, ven con preocupación cómo el tiempo está empeorando, pues el azul del cielo de la mañana se ha cubierto de nubes negras que no presagian nada bueno. Ante el inminente cambio se dan prisa por llegar al pequeño albergue templario de Bagà, y como la distancia que les separa es poca, finalmente logran llegar sin novedad.

Una vez dentro de la encomienda los dos viajeros son acomodados en una sencilla pero placentera celda. Tras lavarse para quitarse de encima el polvo del camino son agasajados con una sencilla cena que toman en silencio mientras el cocinero vaticina un repentino cambio de tiempo. Para su preocupación les vaticina que posiblemente el invierno quiera adelantar su llegada.

Después de asegurarse de que los caballos están bien atendidos, y de cumplir con sus obligaciones religiosas, Víctor y Frey Guillem se retiran a descansar. El fuerte viento que ahora sopla les hace temer lo peor y es probable que por la mañana los elementos de la naturaleza estén demasiado alterados como para cruzar las montañas.

Pero milagrosamente, al día siguiente el sol se alza mostrando todo su esplendor y no queda rastro de aquellas amenazadoras nubes en el cielo. Tan solo un delicado manto blanco posado en el suelo recuerda el tiempo que hacía cuando se acostaron. Pero la capa de nieve es tan delgada que con los primeros rayos de sol desaparece, como si la naturaleza se hubiera aliado con la causa de nuestros viajeros y la montaña se mostrara sumisa para que pudieran cruzarla sin dificultades.

Medio dormido, Víctor se incorpora al sentir el calor del sol en su cara y ve que está solo en la habitación. Mira por la ventana y durante unos minutos se deleita con el espectáculo de la deslumbrante mañana. Seguidamente se viste, recoge sus pertenencias y después de colocarlas en su bolsa de viaje baja a la cocina en busca de su maestro. Allí encuentra a Frey Guillem sentado frente al fuego conversando con el cocinero. Los dos están comentando el oportuno cambio del tiempo, pero al ver entrar al muchacho el cocinero deja la charla y les prepara un el desayuno, un desayuno lo suficientemente abundante para que les proporcione energía necesaria para cruzar con rapidez la sierra antes de que el sol se vuelva a poner. Si la noche les sorprende todavía en la montaña pueden correr peligro.

Después de obsequiar al cuerpo con un plato de tocino ahumado, pan de centeno y caldo de verduras, todo ello acompañado de un cuenco de vino caliente, se despiden del cocinero y del anciano comendador que dirige la pequeña encomienda, y ya en el patio ensillan las monturas y, sin perder tiempo, enfilan el sendero que a través de algunas hondonadas les conducirá hasta el paso que cruza la sierra.

Antes de partir han guardado en sus zurrones las provisiones que el cocinero del albergue les ha entregado para que si el mal tiempo les obligara a pasar la noche en la montaña estos alimentos fueran como el maná que les permitiría resistir, pues sin ellos morirían de hambre y de frío.

Después de un mes cabalgando juntos, y gracias a los consejos de su maestro, Víctor ha terminado por convertirse en un avezado jinete. Además, el caballo que le entregaron en la encomienda de Palau y él se entienden muy bien formando una pareja perfecta. Frey Guillem observa complacido cómo el inocente muchacho que conoció en

Montsegur se ha convertido en un adolescente serio y responsable, y con un grado de sensatez que muchos hombres maduros no logran alcanzar a lo largo de su vida.

Cuando el sol llega al punto del mediodía casi han alcanzado la cima gracias al buen ritmo que han impuesto a sus monturas. Por ello deciden hacer un alto y comer antes de salir del refugio que ofrece la cara sur de la montaña. Saben que cuando lleguen a la cumbre el viento que baja del norte y que barre la sierra les azotará durante todo el descenso.

Tranquilamente sentados junto a un pequeño riachuelo, y dejando que el sol les acaricie la piel, saborean algunas de las viandas con las que el cocinero de Bagà les ha obsequiado. Víctor observa mientras come que todavía quedan abejas zumbando entre las flores tardías; se afanan en absorber el último grano de polen antes de que la nieve cubra los prados. Viéndolo Frey Guillem aprovecha para explicarle el simbolismo del panal, y también el de las abejas, emblema de los reyes merovingios, motivo por el cual, años más tarde, Napoleón hará coser cientos de abejas de oro en el manto que lucirá el día de su auto coronación, como si quisiera otorgarse una línea directa con los verdaderos herederos de la corona francesa.

Terminada la comida continúan la ascensión, pero al poco se ven obligados a aflojar el ritmo. El camino está cubierto con las primeras nieves de la temporada y hay que avanzar con precaución, pues los caballos hunden torpemente los cascos en el manto blanco que cubre el suelo. Una caída podría ser fatal. Frey Guillem guía su montura sorteando las peligrosas placas de hielo que podrían hacerles resbalar al fondo del barranco y Víctor le sigue haciendo que su caballo pise en las huellas del de su maestro. Después de cubrir el último tramo llegan por fin al Coll de Pal. Ahora están en el punto más alto del trayecto y pueden gozar de una espectacular panorámica. El

Puigmal a su derecha, los picos nevados de los Pirineos enfrente y el río Segre serpenteando en el fondo del valle. El esfuerzo de la subida hace que los dos caballos suden copiosamente a pesar del frío, por lo que Frey Guillem propone un descanso para que las monturas recobren el resuello y así de paso ellos puedan contemplar el espectáculo.

Alargándose entre Francia y España, y encajonado entre los Pirineos y la sierra del Cadí, la Cerdanya es uno de los valles más bellos, además de ser el más largo de Europa.

Despacio, y poniendo mucha atención, los dos jinetes conducen los caballos ladera abajo hasta un punto donde el sendero se abre haciéndose más ancho. A partir de aquí la pendiente ya no es tan pronunciada y la nieve va desapareciendo, por lo que pueden imprimir mayor ritmo a los caballos. Con el sol ocultándose tras las montañas recorren el último trecho hasta la población de Puigcerdà y, con la llegada de las primeras sombras, alcanzan la casa que la orden tiene en la población.

Esta encomienda, que por su ubicación estratégica es uno de los enclaves importantes en su viaje, les brinda hospitalidad.

A su llegada, los dos son atendidos personalmente por el preceptor, quien les pone en antecedentes:

Al norte, en tierras francas – Advierte el preceptor - la cruzada albigense lanzada por Inocencio III contra los cátaros ha cobrado fuerza, y el ejército del papa ha puesto cerco a la fortaleza de Montsegur. Por ello los caminos que cruzan las montañas están

llenos de gentes que huyen de los desmanes del ejército cruzado. Y también de los bandidos que esperan robarles las pocas posesiones que llevan consigo.

A pesar del peligro que supone, Frey Guillem sabe que no queda más remedio que seguir dirección al norte y atravesar la zona de lucha. Confía en que la cruz de su capa pueda servirles de salvoconducto.

Pero esta vez decide tomar un pequeño grupo de caballeros como escolta. En zona de guerra un destacamento de templarios no llamará la atención. En cambio, un caballero viajando solo con su escudero podría levantar sospechas. Con la promesa del comendador de proporcionarles escolta, y tras una sencilla cena, los dos se retiran a descansar. A la mañana siguiente deberán cruzar el río Raür por un tramo situado a las afueras de la población justo antes de desembocar en el Segre.

Dejar atrás las tierras ceretanas y adentrarse en pleno territorio cátaro, en la tierra de Oc. Este es el punto a partir del cual deberán superar las auténticas dificultades del viaje. Ahora será cuando podrán ver de cerca el rostro del mal, y Frey Guillem sabe que mientras se encuentren cerca de la injusta cruzada el peligro acechará a su pupilo a cada instante. El templario es consciente de que él será el responsable de protegerlo, siendo además de su maestro su ángel de la guarda.

Antes de dormir Frey Guillem dedica unos minutos a pedir en oración a Dios las fuerzas necesarias para cumplir su misión y no desfallecer en su cometido. Después, con el espíritu relajado y en armonía con el Creador, se relaja dejando que el sueño vaya apoderándose de su cuerpo.

Pero antes, el templario reflexiona sobre el progreso que está realizando su discípulo y sobre cómo se está produciendo en él la transmutación.

Cada día que pasa el niño va desapareciendo para dar paso a un muchacho lleno de valores e ideales.

Lentamente, el hombre zafio e ignorante va muriendo para que de su mismo cuerpo uno nuevo nazca a la luz.

Poco a poco el metal burdo se va fundiendo y en el crisol empieza a aparecer el nuevo metal áureo.

Finalmente, y contento con el resultado, Frey Guillem se persigna y se entrega sin resistencia al sueño.

El primer viaje. Los cátaros

Los albigenses, más conocidos en nuestro tiempo por cátaros, se extendieron durante la edad media por el sur de Francia, el reino de Cataluña y Aragón y también por Italia y Alemania, llegando incluso a las Islas Británicas. Pero fue en el sureste de Francia, en el condado de Tolouse, el país de la langue d'oc donde tuvieron mayor relevancia al recibir el apoyo del pueblo y de los nobles locales. Además, el hecho de que el rey de Francia llevaba más de seis siglos sin ejercer ningún poder en este territorio benefició su expansión.

El despertar económico que trajeron los cátaros a la región y las doctrinas que sus *perfectos* enseñaban a la población lograron que el pueblo les brindara una gran hospitalidad allá donde se instalasen. En aquel entonces, los clérigos y sacerdotes de la Iglesia católica estaban muy desprestigiados por su libertina forma de vida y por su permanente corrupción, practicando el "*haz lo que yo digo pero no lo que yo hago"*. Las iglesias estaban cada día más vacías y la recogida de limosnas y diezmos era escasa. Por el contrario, los *cátaros* siempre pagaban con su trabajo las donaciones que recibían, y solo aceptaban limosnas si era para repartirlas entre los necesitados. Se había implantado en la región un nuevo sistema económico basado en el pago monetario por el trabajo. Había nacido el salario, y esto propició la expansión de la burguesía en las principales ciudades como Tolouse, Carcasona y Narbona aboliendo el régimen feudal, en el que se trabajaba la tierra solamente para recibir techo y comida. El comercio y los negocios florecieron entre las ciudades, y a pesar de que los *cátaros* habían renunciado a los placeres carnales y de que vivían en régimen de pobreza ello no les impedía consentir a sus seguidores que vivieran en la opulencia y la sensualidad. Por ello eran

aceptados por el pueblo y los señores de la tierra. Lo único que les pedían era que no olvidaran de atender a los pobres y ayudar a los necesitados. También predicaban que sus seguidores fueran sinceros y que se arrepintieran de sus pecados. Era una doctrina basada en la verdadera tolerancia.

Los primeros cátaros empezaron a ser vistos por los pirineos en el siglo XI. Siempre viajando en pareja y solicitando comida y alojamiento en aldeas y castillos. Llevaban báculo de peregrino, hábitos negros con capuchones y presentaban un físico delgado además de una tez blanquecina propia de los vegetarianos, y todos sin excepción mostraban una habilidad manual increíble, capaces de ayudar con igual destreza a un herrero que a un tonelero, pagando las gracias recibidas con su maestría en el trabajo.

Al tiempo que el catarismo se extendía por todo el territorio, la ciudad de Tolouse, verdadero eje de la región adoptaba una actitud abierta hacia la cultura, la belleza y a toda forma de pacifismo. Se había iniciado el amor cortés y el refinamiento. Fue entonces cuando aparecieron en escena los trovadores, quienes con sus cantos y sus poesías ensalzaban el amor recitando por el país sus historias. Esto ayudó a que esta nueva religión encontrara una base sólida para asentarse en la zona acentuando más las diferencias con la Francia del norte. La Francia tosca y grosera.

Cristianos, judíos y cátaros convivían en perfecta armonía, y los derechos de los ciudadanos eran respetados. Por su parte, las comunidades cátaras establecieron un sistema democrático mediante el cual elegían anualmente a sus responsables, los perfectos. Estos no recibían ninguna compensación por el hecho de desempeñar su cargo y en cambio estaban obligados a pagar sus impuestos como todo ciudadano, entregándose durante su mandato por entero al servicio de la comunidad.

Y aunque el país de Oc amaba la paz y la libertad había un sistema de milicias que les permitía vivir con relativa tranquilidad a pesar de estar rodeados de reinos belicosos y con ejércitos permanentes.

La población recibía durante un tiempo determinado entrenamiento mientras prestaba servicio a la milicia, siendo la mayor baza de este ejército de defensa el conocimiento del terreno, en especial los caminos, barrancos y desfiladeros de las montañas de la región, región que plagada de profundas cuevas que permitieron que las antiguas influencias de los druidas y las ancestrales creencias pervivieran sin que la Iglesia católica pudiera evitarlo.

Los *perfectos* cátaros eran comparados muchas veces con los clérigos de la Iglesia de Roma, y como la corrupción y el libertinaje era la norma entre los servidores del papa el pueblo inclinaba sus preferencias hacia los perfectos, cátaros que habían recibido la iniciación mediante el *consolamentum*, hombres y mujeres por igual sin ningún tipo de distinción.

El *consolamentum*, reservado a los iniciados era el bautismo cátaro, aunque también se llamaba así al consuelo que se les administraba a los enfermos antes de morir, el equivalente a la extremaunción.

El *consolamentum* como bautismo de iniciación era precedido de duras pruebas, como los tres ayunos semanales, la renuncia de por vida a comer carne, la promesa de no mentir y la obligación de aprender el evangelio de san Juan de memoria. Además, a los iniciados se les exigía especializarse en un oficio.

Después del proceso de preparación, y habiendo superado las pruebas el candidato estaba listo para recibir la energía en la ceremonia de iniciación. Energía que le era transmitida por un decano mediante la imposición de manos.

Otro hecho diferencial es que la religión que predicaban los cátaros era de origen maniqueo con influencias mazdeístas, unas creencias similares a las practicadas por los esenios, secta en la que fue iniciado Jesucristo.

Es curioso observar las similitudes de los cátaros con la comunidad esenia, comunidad de la que no se tuvo conocimiento de su existencia hasta varios siglos después de que los cátaros fueran exterminados. A este respecto varias teorías citan la posibilidad de que hubiera podido existir algún tipo de influencia de la comunidad esenia a comunidades de Europa, especialmente en la costa mediterránea de Francia, lo que en aquella época formaba el Languedoc. Recordemos que los esenios vivían a orillas del mar Muerto.

También hay quien cita que los primeros templarios pudieron haber encontrado escritos de las comunidades esenias en las excavaciones del templo, y que fueran ellos quienes hubieran transmitido estos conocimientos a las primeras comunidades albigenses de Europa.

Uno de los aspectos fundamentales de la doctrina cátara es que consideraba a Jesús como un ente espiritual, no como algo material. Por ello no creían en su muerte en la cruz, siendo su libro máximo era el evangelio de san Juan, del que habían eliminado algunos pasajes.

Su escuela enseñaba que existían dos principios antagónicos, una dualidad entre el bien y el mal. Y lo material, incluido el cuerpo humano había sido creado por un ángel malvado. Profesaban que todo lo que representaba lo material era negativo y

pecaminoso. En cambio, el espíritu pertenecía a Dios, pero como estaba encerrado dentro del cuerpo solo se liberaba mediante la muerte. Si bien antes había que mantener una vida pura para que el espíritu pudiera acceder a niveles superiores. Así pues, en oposición a lo material, negativo, estaba lo etéreo, lo positivo, cumpliéndose la dualidad en la que creían.

El motivo por el cual los cátaros no comían carne ni sacrificaban animales era la firme creencia de que si en el tránsito por la vida esta no había sido lo suficientemente pura el espíritu podía rencarnarse en alguna especie de las que poblaban la tierra. Por ello no consumían nada que proviniera de madre. Cometiendo el error de comer pescado, pues estaban convencidos de que los peces aparecían por sí solos en las aguas.

Tratados por Roma de herejes y quemados vivos en la hoguera por la Inquisición, los cátaros fueron unos mártires que nunca quisieron renunciar a sus creencias. La Iglesia católica los condenó, pero jamás llegó a doblegarlos, y en las innumerables piras en las que ardieron siempre morían con alegría entre cantos y agradeciendo la oportunidad de abandonar el cuerpo que aprisiona el espíritu, pues al condenar el suicidio consideraban la muerte que les imponía Roma como una forma de liberación. Por ello jamás mostraron temor a las llamas.

Una mañana soleada saluda a un grupo de jinetes. Han partido de la encomienda de Puigcerdà antes del amanecer y, bajo la protección de la *beaucent,* cabalgan hacia el norte.

El grupo lo forman seis caballeros que dan escolta a Frey Guillem y a su pupilo, quien, para no llamar la atención, luce la capa parda de los sargentos.

Víctor no cabe de gozo y cabalga henchido de orgullo sintiendo como el vello se le eriza.

¡Cabalgar junto a un grupo de templarios en plena edad media!

Para un chico de su edad y de otra época esta situación es un privilegio. Por ello, mientras sujeta con fuerza las riendas, no puede evitar lanzar miradas hacia sus compañeros. Seis aguerridos caballeros envueltos en sus capas blancas, con la cruz de la orden bordada en el hombro, sus yelmos brillando bajo el sol y sus espadas colgadas del cinto prestas a actuar contra el enemigo que tenga la osadía de impedirles el paso. Los seis jinetes lucen gruesas barbas y en los ojos una mirada que helaría la sangre a cualquier adversario que se atreviera a desafiarles. Llevan escudo y el *gonfalier* empuña la pértiga en la que arrogante ondea el estandarte blanco y negro.

Mientras cruzan campos y recorren caminos se cruzan con campesinos procedentes de los pequeños pueblos de los alrededores, y estos, al ver la columna se apartan de su paso y les saludan impresionados por la majestuosidad del cortejo. Es entonces cuando Víctor intenta mantener una imagen solemne, y sin apartar la vista del frente intenta imitar el magnífico porte de los templarios mientras por el rabillo del ojo observa cómo los campesinos les contemplan mostrando respeto en la mirada. A buen ritmo y sin detenerse el grupo inicia la subida hacia el paso que les permitirá cruzar las montañas hasta el otro lado de los Pirineos. Saben que en algunas épocas del año el Portè no es la ruta más aconsejable debido a la altura y a la nieve, pero es la ruta que les conducirá de forma más rápida hasta su destino. A medida que ganan altura empiezan a sentir en su cuerpo cómo la temperatura desciende.

Después de recorrer un buen trecho, silenciosos y atentos llegan a la mitad del camino donde un manto esconde el camino. Es entonces cuando, al ver que Frey

Guillem no muestra intención de detenerse, Víctor se coloca a su lado y le pregunta por la ruta que seguirán una vez hayan cruzado las montañas.

—En estos momentos no sabemos cuál es la situación en la región, por lo que decidiré sobre la marcha. Los francos han lanzado su ataque contra Montsegur y la región está en guerra.

—Recuerdo que mi padre me contó la historia —responde Víctor mostrando preocupación en la voz.

—Esta vez nadie te contará la historia. Esta vez la vivirás. Iremos a Montsegur. Tengo intención de subir al castillo. Aunque si las tropas del rey han cerrado el cerco será arriesgado.

—¿Quieres decir que vamos a subir al castillo en mitad del asedio?

—Sí. Pero no te asustes. De buena gana pondría mi espada al servicio de los defensores, pero ello supondría problemas para la orden y adelantar las desgracias que nos aguardan dentro de sesenta años. El Temple debe guardar las formas y obedecer al papa. Aunque en esta cruzada no participamos directamente, tampoco podemos enfrentarnos a las tropas papales. Y aunque a nadie se le escapa nuestro doble juego no podemos hacerlo abiertamente. Además, la rendición de Montsegur no será hasta marzo del año próximo, en la Pascua de 1244, por lo que todavía tenemos tiempo de entrar y salir sin poner en peligro nuestras vidas.

Víctor siente la emoción mientras da rienda suelta a su fantasía intentando imaginar a los asaltantes rodeando el peñasco sobre el que se asienta la fortaleza.

Sin darse cuenta, su mente empieza a especular sobre la forma en que su pequeño grupo logrará burlar el cerco a través del laberinto de caminos y conseguirá llegar al legendario Montsegur.

El plan es acceder al mítico santuario del grial antes de que las tropas enemigas profanen el lugar. ¡Quién podía imaginarlo!

Pero al llegar al paso montañoso del Porté las palabras de su maestro le devuelven a la realidad. Han alcanzado la cima y entonces Frey Guillem les guía hasta una pequeña choza de pastores que ha descubierto. Allí se apea del caballo.

—Pararemos unos minutos para comer. Así repondremos fuerzas y las monturas descansarán antes de iniciar el descenso.

Todos a excepción del templario más joven obedecen y descabalgan dirigiéndose dónde está su maestre. Luego sacan pan y carne salada de sus bolsas de viaje, y formando un círculo se sientan en el suelo donde han extendido unas mantas y empiezan a comer. El más joven, Arnau de Castellnou, sin apearse del caballo se sitúa en un pequeño cerro para montar guardia. Desde esta posición puede ver cualquier peligro que pueda acecharles, y mientras vigila también apura su ración. Excitado, Víctor no pierde detalle y se maravilla viendo cómo cualquier situación está prevista y organizada de antemano. De forma que sin necesidad de cruzar palabra cada templario sabe en todo momento cuál es su cometido.

Cuando los caballeros han terminado de comer empiezan a charlar entre ellos, y Víctor observa cómo la actitud es un poco más relajada. Incluso se permiten hacer alguna broma que es la causa de que las risas rompan el silencio que reina en la montaña, y el muchacho se alegra viendo que Frey Guillem no tiene intención de cortar este arranque de buen humor en la tropa. Muy al contrario su maestro también participa. Finalmente, Víctor se une al grupo cuando uno de ellos pregunta:

—¿Así pues, maestre Guillem, vamos a burlar el cerco de Montsegur?

—Sí, hermano. Aunque desconozco si las tropas del rey han rodeado por completo la montaña o si todavía queda algún paso libre.

—Si los soldados ya rodean toda la montaña —interviene otro—, dejaremos que el joven Arnau nos guíe por los senderos ocultos. Él ya ha burlado en otras ocasiones a los cruzados, como en el asedio de Queribús. De hecho, es quién conoce mejor la región, pues su padre era un noble a las órdenes del vizconde de Carcassona. Por ello el comendador lo eligió. A pesar de su juventud es el más indicado para esta misión, ¿verdad, hermano?

Al decir esto se dirige al joven Arnau, quien al sentirse aludido responde:

—Podéis estar tranquilos. Sabré corresponder la responsabilidad que se espera de mí, y con la ayuda de Dios os guiaré sin que ninguna patrulla enemiga sepa de nuestra presencia.

—Aun así la misión no será nada fácil —media Frey Guillem—, por lo que espero que esta gesta pase desapercibida. El éxito depende de que nuestro viaje sea secreto. Os ruego que guardéis la máxima discreción para siempre sobre mi presencia y, especialmente, sobre la de Víctor. Y ahora ha llegado el momento de proseguir el viaje.

Dando el descanso por concluido todos suben a sus monturas, incluido Víctor que no ha perdido detalle de la conversación. Frey Guillem y el joven Frey Arnau se colocan delante y abren el paso guiando al grupo.

Cabalgan silenciosos siguiendo el curso de un riachuelo que desde la cumbre desciende saltando entre peñas hacia lo más profundo del valle, y que durante el resto del día será su compañero de viaje.

Con el propósito de abandonar la montaña antes del anochecer apenas se detienen, y Víctor pasa horas observando al joven templario que cabalga junto a su maestro. El

muchacho está lleno de curiosidad por conocer más detalles de él y sobre su reciente incorporación al Temple. Pero por fin la dura jornada a caballo finaliza y antes del anochecer llegan a Ax les Thermes, una pequeña aldea conocida por sus fuentes termales. Guiados por Frey Arnau y amparados en las sombras el grupo rodea la aldea y se interna en un espeso bosque de abetos. Lo cruzan manteniendo el silencio hasta que al otro lado encuentran una solitaria granja. El humo de la chimenea indica que sus habitantes están preparando la cena.

Los templarios intentan cruzar en silencio el patio, pero el perro descubre su presencia y empieza a ladrar. De inmediato uno de los caballos se asusta y relincha mientras patea el aire provocando la escandalosa huida de un grupo de ocas.

Tal es el estruendo que los habitantes de la granja aparecen en la puerta intentando averiguar cuál es el motivo de tanto alboroto. Piensan que la causa pueda ser que algún lobo esté atacando a sus animales, pero la sorpresa de los granjeros es mayor al descubrir a un grupo de soldados.

Al principio se asustan, pero al ver que los soldados lucen en sus capas la cruz del Temple se tranquilizan. Es en ese momento cuando un hombre mayor y un joven se acercan, ya repuestos del sobresalto, y mostrando una afable sonrisa en el rostro saludan en la lengua de Oc a los inesperados visitantes. Mientras descabalgan, Frey Arnau se adelanta y les responde:

—Buenas noches tengáis, noble gente. No queremos asustaros. Tan solo os pedimos que nos dejéis pasar la noche bajo vuestro cobertizo, pues no deseamos que nuestra presencia sea conocida por extraños. Me llamo Arnau de Castellnou, y mi padre me dijo que si algún día requería ayuda por esta zona acudiera a vosotros.

—Buenas noches, joven Arnau de Castellnou y nobles caballeros que le acompañáis —responde el anciano—, mi nombre es Raimond Aicard, y este es mi hijo Amiel. Sed bienvenidos a nuestra humilde casa. Recuerdo con gran cariño a vuestro padre, y los hermanos del Temple siempre serán bien recibidos en mi hogar. Podéis pasar la noche en nuestro granero, allí estaréis a salvo de miradas indiscretas. Le diré a mi mujer que ponga caldo a hervir para que os repongáis del viaje, y como veo que viaja un muchacho con vosotros, si queréis podemos ofrecerle una cama en la casa —añade mirando a Víctor.

—Muchas gracias, maese Raimond, pero no queremos causaros ningún trastorno. Tan solo dormir a resguardo y continuar nuestro camino al alba. —Esta vez es Frey Guillem quien responde.

—Para nosotros no es molestia. Al contrario, estamos orgullosos de poder prestar ayuda a la milicia del Temple. Imagino que vuestra precaución se deba a alguna misión que debe quedar en el secreto y quizás vuestro destino sea ir en ayuda de los hermanos de Montsegur. Podéis tomar posesión de nuestro humilde granero. En cuanto la cena esté lista vendré a buscaros.

—Muchas gracias por vuestra ayuda, y que Dios os lo reconozca —añade Frey Guillem.

Tras estas palabras los templarios se dirigen al granero y, cuidadosamente, extienden sus mantas sobre la paja mientras uno de ellos se sitúa a la entrada de la granja para montar guardia. Ahora, viendo que los visitantes no representan ningún peligro, el enorme mastín se ha acercado al centinela y también vigila junto a él.

Es entonces cuando Frey Guillem aparta a Víctor del grupo discretamente y entabla una pequeña conversación:

—Víctor, cuando maese Raimond venga a buscarnos para cenar quiero que le manifiestes respeto y te muestres atento con su hospitalidad escuchando todo lo que tenga que decirte, pues tanto él como su mujer son dos cátaros que han decidido vivir juntos y formar una familia para huir de los delatores de la Inquisición.

—¿Maese Raimond es un perseguido?

—Si la Inquisición conociera su verdadera identidad toda su familia acabaría en la hoguera.

—¿Tanto odio hay hacia los cátaros?

—Lo que ha ocurrido en estas tierras en los últimos años, y lo que pasará en los próximos son hechos que se ocultarán a la historia. Y en tu tiempo los libros no lo contarán. Pero estos actos reflejan hasta dónde puede perder su condición el hombre como tal y convertirse en la peor alimaña que el demonio haya creado. Podría contarte mil historias de barbarie y ensañamiento que la Iglesia de Roma y la Inquisición han protagonizado contra los cátaros. Historias que te harían palidecer. Pero tampoco quiero que esta sea la única imagen que tengas de este bello país de la *langue d'oc*.

—Pero ¿tanto odio puede causar al papa el hecho de que los cátaros sigan una religión distinta a la de él? Creía que la intolerancia solo existía en mis tiempos.

—La intolerancia hacia las personas que son distintas por el color de la piel, por sus creencias o por sus ideas es algo que el hombre tiene dentro de su propio ser. Ello puede provocar un odio colectivo tal, que cuando un rey o un papa lo quieren utilizar para su provecho, como en este caso, es capaz de levantar al pueblo en armas y organizar una cruzada con más de cincuenta mil hombres. Los soldados del rey enviados por el papa han robado, saqueado e incendiado todos los pueblos que han encontrado a su paso durante el viaje. La cruzada albigense, aunque será omitida por la historia es el recurso

que utiliza Inocencio III después de que todos sus intentos por reconducir a los habitantes de esta región hacia su iglesia hayan fracasado. La que ellos consideran la herejía cátara ha arraigado muy fuerte en estas tierras, desde las poblaciones costeras del mediterráneo hasta más allá de Tolouse, y desde los Pirineos hasta Beziers. Se ha extendido tanto que las iglesias están vacías y muchos clérigos han marchado. O simplemente malviven dando un ejemplo tan negativo que impide todavía más que el pueblo vuelva al seno del catolicismo. Todos sus enviados, Pierre de Castelnau, Arnaud Amalric y hasta el propio Domingo de Guzmán no han podido combatir la herejía. Todos los razonamientos y aquello que predicaban se estrellaba contra la solidez de los actos y argumentos de los perfectos. La Iglesia cátara ya ha organizado su estructura y ha nombrado varios obispos. Incluso Domingo de Guzmán, cuando regresó del inútil intento de predicar y reconvertir a los albigenses, le dijo al papa que los cátaros eran los auténticos cristianos.

Tiempo después, impresionado por la sencillez de los perfectos, asqueado por la ostentación de riquezas de Roma y molesto por el amor a los placeres de la buena mesa que practicaban los dirigentes de la Iglesia católica, Guzmán decidió fundar la orden de los dominicos, bajo la regla de la pobreza y la honestidad, las mismas reglas de los "buenos hombres" como eran llamados los perfectos.

—¿No son los dominicos los que crearon la Inquisición? —pregunta Víctor.

—En efecto. La Inquisición nació en la triste fecha del 20 de abril de 1233, cuando el papa otorgó a los dominicos el control de este instrumento de tortura. Recuerdo una haber visto una película en tu tiempo en la que se mostraba la crueldad con la que actuaba la Inquisición. En un lejano monasterio, perdido entre montañas, sucedían unas muertes misteriosas que eran atribuidas a la mano del diablo. Ante los hechos, la

Inquisición tomaba cartas en el asunto torturando y asesinando a varios inocentes. Al final, un antiguo noble que había hecho los votos en la Orden de los Franciscanos resolvía el misterio al enfrentarse al inquisidor y demostrar que detrás de las muertes solo había el fanatismo de un anciano bibliotecario celoso de impedir que nadie tuviera acceso a los secretos que escondían los códices que se guardaban en la biblioteca de la abadía. Es terrible pensar que los fanáticos puedan actuar impunemente en nombre de la religión.

—Ya sé qué película —exclama Víctor—. *¡El nombre de la rosa!*

—Sí, curioso título además, pues cuando los iniciados quieren que algo se mantenga en secreto lo consideran "sub-Rosa".

Y mostrando tristeza y emoción en la voz, Frey Guillem añade:

—Y más que actuarán en el futuro para desgracia nuestra, como será en la represión y muerte de la Orden del Temple en 1307. Muchos serán los hermanos que morirán a manos de los verdugos de la Inquisición soportando las más crueles formas de tortura.

—Pero, maestro, sabiendo esto, ¿cómo es que no hacéis nada por impedirlo?

—Lo que hacemos es proteger la verdad de la maldad y de la mentira preservando los secretos del conocimiento. Hay que salvarlos aun a costa del sacrificio de las vidas de nuestros hermanos. Al final, los templarios también nos convertiremos en mártires como los cátaros, y en estas circunstancias la vida y la muerte tienen un sentido muy especial. Todavía es pronto para que lo comprendas, pero ten paciencia, querido Víctor, todo está previsto y todo sigue el destino que está fijado.

—No sé, no estoy muy convencido, pero confío en ti.

—Bien, ahora volvamos con el grupo porque creo que maese Raymond nos llamará pronto.

—Se le ve un hombre muy agradable. Estoy ansioso por escuchar sus historias. Y no lo niego, el aroma que llega desde la chimenea me abre el apetito, después de cabalgar todo el día estoy hambriento.

Frey Guillem no puede reprimir una sonrisa ante la sinceridad de su pupilo y responde:

—Pero recuerda lo que te he dicho. Sé prudente con tus palabras y modérate en la mesa. Aunque tengas mucho apetito debes ser comedido. ¡Ah!, y además sé cortés con su mujer y su hija.

—¿Su hija? —pregunta con curiosidad Víctor.

—Sí, además de Amiel, maese Raymond tiene una hija más o menos de tu edad. Por ello te ruego que tengas presente en qué época estás viviendo. Quiero que seas prudente y educado con ella. Aunque esta tierra haya sido la más propicia para los trovadores y sus cantos amorosos, no puedes dedicarte a cortejar chicas ni a permitir que estas coqueteen contigo. Tenemos que cumplir una misión, por lo que debes procurar mantener la cabeza fría.

Víctor responde ruborizado:

—¿Acaso crees que no sé controlarme en compañía de chicas?

—No mucho. Recuerdo cómo a la salida del colegio, tu amiga Laura logró que le contaras de mi existencia solo con ponerte los ojitos tiernos. Te desarmó y te convirtió en un pelele, dejándote totalmente inseguro de tus actos. Pero tampoco te lo tomes a mal, pues es normal en un chico de tu edad. Ahora que estás entrando en la adolescencia estas reacciones son corrientes. La prueba que demuestra que lo que te estoy diciendo está en tu rostro: mira tu cara, tienes las mejillas de color rojo.

Tras esto, Frey Guillem suelta una carcajada lo que hace que Víctor, herido en su orgullo, abandone el establo en el mismo momento en que maese Raymond se asoma para informar de que la cena está lista.

El cátaro ve al muchacho con el rostro encendido y cara de pocos amigos por lo que le detiene y le dice:

—Jovencito, veo que alguien ha hecho algo que te ha molestado. Si me aceptas un consejo me gustaría decirte que intentes no darle importancia a lo que en realidad no la tiene. Debes aceptar con menos orgullo las contrariedades que otras personas puedan provocarte. El orgullo mal empleado no es buen equipaje para recorrer la vida.

Sin saber qué hacer, Víctor se queda inmóvil frente al anciano, y el efecto que le producen sus palabras es tal que apenas puede responderle. Tan solo consigue balbucear algunas sílabas sin sentido. Pero no son solo las palabras las que producen este efecto. También es el tono de voz con que maese Raymond las pronuncia el motivo por el cual el muchacho no puede reaccionar. Ignora que los perfectos cátaros empleaban una técnica muy elaborada cuando predicaban y que les permitía, empleando conocimientos de psicología, llegar a lo más profundo de las personas y tocarles en su fibra más íntima, multiplicando el efecto de sus palabras y conseguir un mayor número de conversiones.

Al ver cómo al muchacho le cambia el semblante y su enfado desaparece, maese Raymond coge a Víctor de la mano y, con la ayuda de una pequeña lámpara de aceite, guía a todos hasta el interior de la casa, y una vez dentro los acomoda alrededor de la mesa. Los tentadores aromas de la comida recién hecha y el calor que desprende el fuego de la chimenea hacen prever a nuestros viajeros una velada muy agradable, comiendo y escuchando las historias que su anfitrión a buen seguro les contará.

Relajando el cuerpo, y aflojando la tensión de estar permanente en guardia, se disponen a saborear los manjares que desde la cocina son transportados por la mujer y la hija de maese Raymond.

Pero la súbita aparición de la muchacha y su increíble belleza producen tal impacto en Víctor que al momento queda totalmente fascinado. La visión de Esclarmonde, la hermosa hija de los dueños de la casa, le ha dejado sin respiración.

La muchacha se mueve por la sala con tanta delicadeza que parece flotar en el aire como un ángel. Con la tez pálida, los cabellos rubios meciéndose a cada paso, y sus curiosos ojos azules, refleja la gracia, la fragilidad y la timidez de un pajarillo. Estas sensaciones causan una excitación tan fuerte en el muchacho que cree estar viendo a la princesa portadora del grial en el castillo del rey pescador. Incluso llega a percibir una luz mágica y un halo dorado que también rodean a la bella Esclarmonde como a la joven de la leyenda.

Sentado a su lado, Frey Guillem se apercibe del extraño rayo que ha atacado a su pupilo y observa divertido la escena intentando no llamar la atención de los demás comensales. Después, con el codo, propina dos pequeños golpes a Víctor que lo devuelven a la realidad. Este mira a su maestro y vuelve a ruborizarse.

—¿Te encuentras bien?, parece que hayas visto un fantasma

—Estoy bien —responde Víctor con un hilo de voz—. No me habías dicho que la hija de maese Raymond fuera tan bonita.

—Procura no mirarla tan fijamente —le aconseja—, no quisiera que el maese se lo tomara a mal y se molestara. Recuerda que no estás en tu época, y que aquí las costumbres son distintas. Toma esta fuente y sírvete un poco de comida. Debes reponer

fuerzas. Mañana nos espera una dura jornada y tengo la intención de que al caer la noche estemos tras los muros de Montsegur.

—¿Mañana subiremos a Montsegur? —Pregunta Víctor excitado—, ¿cómo el día que te conocí este verano pasado?

—Bueno, la verdad es que mañana lo verás distinto.

Víctor se sirve una generosa ración de guiso de verduras y, mientras saborea los deliciosos alimentos con que la mujer de maese Raymond les ha obsequiado, intenta imaginar cómo será por dentro la fortaleza cátara. Cómo será la vida de sus habitantes antes de que las tropas del rey la asalten. Pero a pesar de estar ensimismado en sus pensamientos, cada vez que Esclarmonde entra en el salón no puede evitar mirarla. Aunque por vergüenza lo hace con gran disimulo.

Tan solo Frey Guillem se da cuenta de estas furtivas miradas. Y también de que cada mirada de Víctor es correspondida por una sonrisa de la muchacha.

Cuando todos han terminado de cenar se levantan y se acomodan alrededor del apacible fuego que arde en la chimenea. Maese Raymond se sienta en un extremo en compañía de su hijo y empieza a contarles las últimas novedades acontecidas en la región mientras su mujer y su hija se retiran.

Víctor escucha sobrecogido las terribles historias que muestran hasta dónde están dispuestos a llegar los inquisidores para combatir a los cátaros y a sus seguidores. Aunque en boca de maese Raymond no parezcan tan cruentas, la dulzura del narrador no puede evitar que a cada relato se le ericen los pelos al conocer la barbarie aplicada por los invasores sobre las pobres gentes de la región. Una de las historias que causan mayor horror al muchacho es aquella en la que al saberse la noticia de que Domingo de Guzmán iba a ser canonizado, los dominicos de la región celebraron una misa solemne

en honor de su fundador. Cuando esta finalizó, los espías que utilizaban los inquisidores para descubrir a los cátaros informaron a los oficiantes de que allí cerca se encontraba una anciana muy enferma, y de que los perfectos cátaros iban a darle el *consolamentum*.

Entre los oficiantes de la misa se encontraba un obispo que tomó la decisión de intervenir y hacer una buena obra en tan solemne día. Por lo que, siguiéndole, todos los clérigos se dirigieron a casa de la anciana para "salvar un alma".

La anciana, por su debilidad, y por estar casi al borde de la muerte confundió al obispo católico con un perfecto cátaro y aceptó escucharle. Mientras el obispo le hablaba, la anciana recobró la lucidez lo suficiente como para darse cuenta del error, y recriminar el engaño al obispo. Este reaccionó golpeando a la anciana y exigiéndole a gritos que creyera en su fe, a lo que ella respondió:

—Solo creo en una fe menos sanguinaria que la vuestra, monseñor, y no cambiaré ahora que mi miserable vida se agota.

El esfuerzo de articular estas palabras fue excesivo para la mujer, que murió tras pronunciarlas. Ni la muerte, ni el obligado velatorio impidieron que los inquisidores sacaran el cadáver de la cama y lo llevaran a un prado donde lo quemaron. Después, continuaron tranquilamente su celebración por la canonización de santo Domingo de Guzmán, y volvieron al refectorio donde les aguardaba un gran banquete, en el que comieron y bebieron en abundancia dando gracias a Dios y a su fundador por el escarmiento de la mañana.

Con los rostros serios por las noticias que les cuenta su anfitrión, los templarios escuchan cada uno de los relatos y todos se estremecen cuando maese Raymond relata la crueldad esgrimida por los cruzados en el asalto a la ciudad de Lavaur, y de cómo asesinaron a muchos de los defensores colgándolos de las almenas de la muralla.

La narración se vuelve extremadamente cruel cuando les explica que al resto de defensores, incluyendo Aymerich de Montreal, hermano de Geralda, señora de la ciudad, los condujeron junto a un grupo de doscientos cátaros al patíbulo para ahorcarlos. Pero debido a la torpeza de los carpinteros el patíbulo se rompió sin que pudiera cumplir su macabro cometido. Entonces, y como solución, todos los prisioneros fueron degollados junto al montón de maderas rotas. Como los verdugos conocían también que doña Geralda era una creyente cátara, siguiendo órdenes de Simón de Montfort la sacaron del recinto desnuda y la arrojaron a un pozo seco sin que el hecho de que estuviera embarazada de ocho meses les hiciera sentir la más mínima piedad. Como no paraba de suplicar que le dejaran tener a su hijo antes de morir, para que este pudiera salvarse, la hicieron callar arrojando enormes piedras al pozo hasta darle muerte.

Maese Raymond también cuenta la historia de Raimon Trencavel, apodado el joven, y de cómo le siguió el pueblo cuando apareció empuñando la espada a lomos de un incansable corcel. Hijo de un héroe cátaro asesinado treinta años atrás, y acompañado por un pequeño ejército llegado de Cataluña, supo poner en jaque a las tropas del rey durante un largo periodo de tiempo. Intervalo en el cual recuperó de los invasores muchos territorios. Pero desgraciadamente, ni él ni su pequeña tropa pudieron mantener la lucha contra el poderoso ejército del rey Luis IX, y finalmente fueron derrotados perdiendo la vida como verdaderos héroes.

Antes de despedirse de maese Raymond y dirigirse al establo, los templarios son informados por su anfitrión de que el ejército del rey tiene bajo control toda la región.

Solo Frey Guillem se queda unos minutos más conversando con el cátaro. Pero con los últimos rescoldos menguando en el hogar ellos también se retiran en busca del descanso. Eso sí, preocupados por los acontecimientos.

Por la mañana, una ráfaga de viento que arrastra hojas secas hasta el interior del cobertizo despierta a Víctor. El muchacho se incorpora y sale fuera descubriendo que el patio se ha cubierto con una costra de escarcha que cruje con cada pisada. La mañana amanece helada y el sol, que empieza a trazar su arco por encima de las cumbres, apenas logra abrirse paso entre los nubarrones que cubren el cielo. Una aguda sensación de frío se apodera de Víctor, que se frota las manos mientras corre hacia la fuente.

En ella, y haciendo un gran esfuerzo se lava estremeciéndose por lo fría que brota el agua del pequeño caño. Luego se seca con el extremo de su áspera capa y se entretiene mirando las caprichosas figuras de hielo que se han formado en el suelo a causa de las salpicaduras del agua. Totalmente despabilado, y con las mejillas rojas por el frío ve cómo los templarios están preparando los caballos para la marcha. Junto a ellos hay un carromato con el techo cubierto por una lona que dos caballeros, ayudados por Amiel, están conduciendo hacia el camino. Víctor saluda a los templarios con la mano dando los buenos días y estos le sonríen sin dejar de atender sus trabajos.

Después busca con la mirada a Frey Guillem, pero no lo ve, por lo que se dirige al interior de la granja. Justo en ese instante empiezan a caer pequeños copos de nieve que con delicadeza dibujan graciosas figuras en el aire.

—Buenos días, muchacho. Pasa y siéntate con nosotros junto al fuego. Ahora le digo a mi hija que traiga un poco de sopa, pues traes el frío escrito en las mejillas.

Haciendo caso de las palabras del cátaro, el muchacho entra y cierra la puerta tras él. Después extiende las manos en dirección a la lumbre y se sienta en un extremo del banco, junto a maese Raymond y Frey Guillem, que, sin inmutarse por su presencia, continúan su charla. Respondiendo a la llamada aparece Esclarmonde, tan radiante como la noche anterior y trayendo en sus delicadas manos una escudilla de humeante caldo y un trozo de pan recién hecho. Se planta delante de Víctor y se los ofrece gentilmente. Pero al igual que la noche anterior el chico vuelve a quedarse en estado hipnótico a causa de la presencia de la muchacha. Al verlo así, Esclarmonde agita el pan delante de sus ojos a la vez que le regala una sonrisa que no pasa desapercibida para Frey Guillem. Despertando del aturdimiento, Víctor toma la escudilla, y sin poder evitar avergonzarse empieza a comer pequeñas cucharadas de sopa mientras ella desgaja trozos de pan en el caldo sin dejar de sonreírle.

Ajeno a ello el padre de Esclarmonde continúa la conversación con el templario.

—¿Hermano Guillem, no creéis que nuestra compañía pueda poner en peligro vuestra misión?

—En absoluto, maese Raymond. Usted y su familia pueden venir con nosotros. Le aseguro que viajarán seguros y en la mejor compañía.

—Os lo agradezco profundamente. No es por mí, que ya pocas cosas me quedan por hacer en esta vida, es por mi familia, y en especial por mi hija. Yo no sabría cómo proteger tan dulce flor de las sucias garras de la chusma que se hacen llamar cruzados y que pululan por toda la región como buitres a la espera de hincar el diente en la carroña.

—Entiendo que queráis dejar la granja y buscar refugio tras los muros de Montsegur, pero ¿estáis seguro de que sea la mejor idea para proteger a vuestra familia? No creo que el castillo aguante el asedio por mucho tiempo.

Frey Guillem pronuncia estas palabras con la tristeza que le produce conocer cuál será el final de Montsegur y la suerte que correrán sus ocupantes.

—Mirad, Frey Guillem, no nos engañemos, los dos sabemos cuál va a ser el final, y también que nuestra gente será perseguida por las tropas de ese demonio que se sienta en el trono de Francia y del bufón que ocupa el sillón de Roma. Debemos luchar hasta la última gota de nuestra sangre para proteger el grial hasta la batalla definitiva. Vos mejor que nadie sabéis esto. Pues habéis jurado protegerlo hasta vuestro último aliento. El Temple es la orden escogida por Dios para guardar los tres presentes que ha hecho a la humanidad, el Arca, las Tablas del Testimonio guardadas en su interior y el Santo Grial, depositado por vuestra orden en Montsegur. Si mi ayuda y la de mi hijo pueden ser útiles estaremos orgullosos de dar nuestra vida para proteger la luz. Para que en el futuro otras gentes la puedan recibir. Si el destino de mi hija es morir como una mártir, estoy convencido que lo hará con dignidad. En cuanto a mi mujer, estará a mi lado hasta el último instante sin desfallecer.

—En ese caso… —exclama Frey Guillem—, poco puedo deciros que no sepáis, tan solo que mientras viajéis con nosotros nada habéis de temer, pues estaréis bajo la protección de la *beaucent* y ¡vive Dios que nadie ni nada os hará el menor daño ni a vos ni a vuestra familia!

—Gracias Guillem, estoy convencido —agradece el cátaro.

Y tras estas palabras los dos salen de la casa para comprobar los preparativos de la marcha.

Víctor, que ha seguido atónito la conversación, está contento ante la perspectiva de viajar en compañía de Esclarmonde, pero también está preocupado por la suerte que a la dulce niña le espera una vez estén en Montsegur. Desconoce que si la familia

permaneciera en la granja no tendrían mejor suerte, pues los espías de la Inquisición están cerca de descubrir que maese Raymond y su mujer son fieles cátaros.

Finalmente, y bajo el manto protector de una nevada cada vez más intensa, la comitiva emprende camino dejando atrás la granja.

Acompañado del gonfalón, Frey Guillem abre la marcha seguido de tres caballeros, a continuación cabalga Víctor, junto al carromato, mientras que el resto de los templarios cierra la formación cubriendo la retaguardia.

Aunque la nieve del camino muestra con claridad las huellas que dejan, el frío y el viento mantiene a los aldeanos encerrados en sus casas, por lo que la salida pasa desapercibida para todo el mundo.

Horas después, y a medida que el grupo va dejando atrás las montañas la nevada empieza a remitir convirtiéndose en una molesta lluvia. Ahora, ya en tierras del condado de Foix, la nieve ha dado paso a unas frías gotas de agua y el camino se empieza a cubrir de un barro tan espeso que impide a los caballos avanzar con normalidad.

Al abandonar el último desfiladero y entrar en el valle también han dejado atrás la protección que las profundas gargantas les ofrecían, y ahora, a campo descubierto la expedición se hace más vulnerable ante cualquier ataque. Por ello todos los templarios viajan con los sentidos alerta y atentos a cualquier orden que su maestre les dirija, sin necesidad de mediar palabra todos han adoptado el orden de batalla.

Uno de los motivos del éxito de la orden en las batallas radicaba en el rigor y disciplina con que los templarios ejecutaban las órdenes y los movimientos que los superiores, y en especial el mariscal ordenaban.

Esta era la causa de que, a pesar de la inferioridad numérica en que constantemente se veían, la victoria estuviera de su parte, gracias a la efectividad de sus ataques como tropa entrenada y disciplinada frente a ejércitos desorganizados.

Víctor, que en el transcurso de los días se ha ido convirtiendo en un experto jinete, cabalga con el semblante serio convencido que desde el interior del carro Esclarmonde no le quita el ojo de encima. Y con la intención de parecer un aguerrido caballero se mantiene erguido sobre su caballo.

Frey Guillem lo observa complacido y ve en él la estampa de un futuro maestre. Pese a ser todavía un muchacho, el porte que muestra no le engaña, y si quedaba alguna duda sobre la designación del elegido, esta se desvanece con la imagen que Víctor ofrece sobre su montura.

Después de una pesada jornada siguiendo el curso del río Ariège bajo la lluvia, la expedición llega a las afueras de la ciudad de Foix. El mal tiempo ha desaconsejado seguir un recorrido más corto y menos transitado a través del Col de Chioula, pues con toda seguridad, y a causa de la nevada, el paso debe estar intransitable. Frey Guillem es consciente de que la ruta que el grupo ha seguido transcurre por caminos principales, cruzando poblaciones como Tarascón, donde convergen gentes de toda la comarca. Además de obligarles a dar un rodeo, esta ruta les ha expuesto a las miradas de los espías que pululan por toda la región. Pero a pesar de ello el viaje se ha desarrollado sin incidentes, salvo por la molesta lluvia que les ha acompañado durante todo el camino. Si no fuera por ella la jornada hubiera sido una bonita excursión por los bellos paisajes que la región ofrece.

Anticipándose al crepúsculo, Frey Guillem busca un lugar donde acampar y pasar la noche. Para ello decide apartarse del camino y buscar refugio en el claro de un bosque al abrigo de miradas indiscretas.

Cuando llegan al lugar escogido todos los caballeros ayudan a montar el campamento actuando con una eficacia tan grande que asombra a Víctor. En pocos minutos levantan cuatro pabellones formando una cruz y situando el carro en el centro. Desde el cielo, a vista de pájaro, la imagen que ofrece el blanco de las cuatro tiendas y el color ocre del toldo del carromato, arrugado por la lluvia y semejando los pétalos de una rosa, es la misma que la de una cruz blanca con una rosa en el centro.

Esclarmonde se adentra en el bosque en compañía de su fiel mastín con la intención de recoger leña para el fuego. Confía en encontrar troncos que la frondosidad y la vegetación hayan protegido de la lluvia y estén secos. Por su parte, Víctor, después de dudar un instante si ir con ella o ayudar a levantar las tiendas aprieta a correr tras las huellas de la joven. Pero entre que el sol casi se ha ocultado, y que el bosque es muy tupido, en la penumbra no distingue el tronco de un árbol caído y tropieza en él aparatosamente. Tal es la fuerza de la caída que tras rodar en el suelo termina yendo a parar en el interior de una zarza. Como si le atacara un enjambre de abejas furiosas, al instante siente cómo una infinidad de pequeñas saetas se le clavan en la piel con intenso dolor.

Intentando salir de la trampa observa horrorizado como de cada aguijonazo empiezan a asomar minúsculas gotas de sangre cuando detrás de él oye a Esclarmonde que se ríe. Magullado en el cuerpo, y también en el orgullo, Víctor sale de la zarza rasguñándose todavía más y dejando en las afiladas espinas jirones de ropa y tiras de piel. Ella se acerca y le toma de la mano mientras con suavidad le seca con un pañuelo

las pequeñas perlas rojas que cubren su brazo. El contacto de las delicadas manos de Esclarmonde en su piel provoca en Víctor una sacudida extraña que jamás había sentido. Ni siquiera cuando Laura le cogía la mano. Siente como una corriente le recorre el cuerpo mientras se le eriza el vello y el tiempo se detiene. Una agradable turbación se apodera de él, hasta que de repente una aguda punzada de dolor le devuelve a la realidad.

Abre los ojos y ve cómo ella le está quitando con delicadeza una espina que tiene profundamente clavada en la mano.

—Si no te estás quieto te dolerá más.

—Sé aguantar el dolor. No te preocupes —responde él en un gesto de hombría.

—Soportar el dolor está bien si es por una buena causa. Pero sufrirlo por haber caído en una zarza al no fijarse por donde se pisa es ser tonto —agrega ella riendo.

—Venía corriendo para que no te pasara nada, y no he visto el tronco caído.

—Gracias. Pero sé guardarme sola. Además, si alguien quisiera hacerme daño mi perro me protegería. Pero ya que estás aquí puedes ayudarme a recoger leña. Casi se ha hecho de noche, y todavía hay que encender el fuego para preparar la cena.

—Bueno, si tú quieres... —balbucea él.

Esclarmonde le dedica una sonrisa a modo de invitación y se gira haciendo flotar su rubia melena en el aire para cautivar todavía más al muchacho. Luego, agachándose, empieza a recoger delicadamente pequeños troncos que guarda en su delantal. Víctor también se dedica a amontonar ramas. Pero lo hace sin quitar la vista de la muchacha, por lo que tropieza varias veces más provocando la risa de ella. Durante unos minutos la oscuridad del bosque se ve iluminada por las risas de los dos adolescentes hasta que consideran que tienen suficiente madera.

Frey Guillem está conversando con maese Raymond cuando ve salir del bosque a la joven pareja. Víctor camina detrás de Esclarmonde cargando los troncos y con la mirada fija en ella. Llega junto al carro donde la madre ha empezado a preparar la cena y siguiendo las órdenes de la muchacha y sin pestañear deposita la leña en el suelo. Los dos hombres ríen, pero con gran disimulo, evitando que Víctor se dé cuenta y ahorrándole una situación embarazosa.

Por fin la noche extiende su oscuro manto sobre el bosque y la bóveda celeste se cubre de pequeños puntos brillantes. Entonces los componentes del grupo se sientan a comer. Alrededor del fuego saborean el festín que la mujer de maese Raymond ha preparado. A pesar de ser una comida sencilla todos agradecen un plato caliente después de una fría jornada bajo la lluvia.

Una vez terminada la cena, fatigados y exhaustos, los viajeros se retiran a dormir con excepción de dos templarios que montan el primer turno de guardia. Acostado sobre un lecho de ramas y hojas secas dentro de una de las tiendas, Víctor recuerda con emoción los momentos compartidos en el bosque con Esclarmonde, y con estos pensamientos se duerme dulcemente.

Al despuntar un nuevo día desmontan con rapidez el campamento y se ponen de nuevo en marcha. Recorren varias millas sin ningún sobresalto ni encuentro desagradable hasta que, cuando el sol marca el mediodía se detienen en un punto, desde donde a lo lejos se divisa el castillo de Montsegur coronando la cima de una montaña. Frey Guillem decide que partir de aquí el grupo viajará por caminos menos transitados, aunque se vean obligados a dar un rodeo, así evitarán encuentros con las tropas que están tomando posiciones para establecer el cerco. El cambio de ruta momentáneamente

vuelve a alejarles del castillo, pero a media tarde la silueta de la fortaleza se presenta otra vez delante de sus ojos.

Como si fuera un punto de unión entre el cielo y la tierra, donde todas las energías se dejan sentir con fuerza, Montsegur se muestra con todo su esplendor.

Ante su visión los integrantes del grupo sienten la emoción que les produce la cercanía del epicentro del catarismo, y durante unos instantes gozan en silencio de su vista. Después, Frey Guillem hace continuar la marcha. Deben aproximarse con precaución a la base de la montaña. Buscando la parte trasera. Sabe que a partir de este punto es fácil que encuentren patrullas de soldados.

Una vez que se hayan aproximado lo suficiente abandonarán el carro, y seguirán a caballo hasta el laberinto que forman los caminos que suben hasta la cima. Entonces ya no les quedará más remedio que cruzar en medio de las líneas enemigas que mantienen el asedio. A pesar de la veteranía y la templanza, el nerviosismo aparece entre los caballeros y todos cabalgan en silencio mientras musitan oraciones como si fueran a entrar en combate en cualquier momento. Víctor también está nervioso, y no deja de acariciar la empuñadura de la espada que la noche anterior le ha regalado su maestro. Antes de cenar, Frey Guillem ha instruido al muchacho en su manejo, y ha quedado maravillado de las aptitudes innatas de su pupilo.

Con gran sigilo se acercan a la base del peñasco, donde empieza la alfombra de colores que forman las tiendas del ejército a las órdenes del senescal Hugues des Arcis. Allí desenganchan los caballos que tiraban del carro y abandonan este en una arboleda. Pero antes lo vacían repartiendo las provisiones entre todos. Uno de los caballos de tiro es montado por maese Raymond y su mujer, y el otro lo comparten Amiel y su hermana Esclarmonde.

Silenciosamente cabalgan hasta llegar a un cruce donde se topan con un grupo de soldados que descansa después de patrullar toda la noche. Los cruzados se quedan observando la patrulla del Temple sin inmutarse. Pero cuando descubren la presencia de maese Raymond y de su familia empiezan a sospechar. Entonces el oficial que manda el grupo ordena a los templarios detener su marcha. En una fracción de segundo Frey Guillem calcula el potencial de la tropa enemiga y valora la posibilidad de victoria en una refriega. Pero inmediatamente deshecha la idea, pues el riesgo para Víctor y para la familia cátara es demasiado elevado. La lucha sería contra un adversario que le lleva una ventaja de cinco a uno. Por ello da orden de alto a sus caballeros. Después espolea suavemente su caballo y lentamente empieza a cubrir la distancia que le separa del lugar donde el oficial del rey le espera con la espada desenvainada y mirada amenazadora. Los segundos se hacen eternos, y Víctor observa cómo el nerviosismo hace mella en los templarios. Todos apoyan la mano en el pomo de sus espadas y no apartan la vista de la tropa que, poco a poco, se ha ido agrupando alrededor de su comandante. La refriega parece inevitable.

Pero justo cuando está a punto de saltar la chispa que inicie un baño de sangre se oye un atronador ruido de cascos de caballos, y en el camino, detrás de la tropa del rey, aparecen una veintena de templarios que se acercan al galope envueltos en una nube de polvo de la que solo sobresale el estandarte blanco y negro de combate. A la cabeza cabalga el hermano Gastón de Bonnevie, preceptor de la encomienda de Rennes. Los recién llegados cruzan entre los atónitos soldados, que se apartan de su camino para no ser arrollados, causando el desconcierto entre la tropa real que ya había empezado a tomar posiciones para la refriega. Una vez que han sobrepasado a los cruzados, el

hermano Gastón detiene su montura y saluda a gritos a Frey Guillem, procurando que el oficial que manda la soldadesca oiga la conversación.

—¡A vuestras órdenes, sire! Me envía el maestre a buscaros. Esperábamos vuestra llegada ayer y nos extrañó vuestra tardanza. Seguidme hasta el campamento donde el delegado del papa y el senescal os están esperando.

Después de pronunciar estas palabras da vuelta a su caballo e invita a Frey Guillem a seguirle, y sin que nadie lo ordene los caballeros que seguían a Frey Gaston forman un muro compacto entre los soldados del rey y la comitiva. El oficial, ante el giro que ha dado la situación, decide que lo mejor será no enfrentarse a un ejército de aguerridos templarios, por lo que se aparta del camino y con la mano les indica que pueden continuar su camino. Con el fin de disculpar su acción, el oficial les explica que a causa de la guerra los caminos están llenos de desertores, y que al verles les habían confundido con fugitivos disfrazados de falsos caballeros. Frey Guillem acepta las excusas, y siguiendo la treta de Frey Gastón ordena seguir la marcha situándose al lado del joven comendador.

Cuando por fin los soldados han quedado atrás, Frey Guillem agradece a Frey Gastón la ayuda.

—Hermano, mis acompañantes y yo os agradecemos el engaño que habéis ingeniado para sacarnos del apuro con los soldados.

—Sire —responde Frey Gastón—, mis hombres y yo no podíamos permitir que esos haraganes os crearan ningún problema. Pierre Roger de Mirepoix, comandante de Montsegur, nos había advertido de vuestra llegada y de las personas que viajan con vos, por lo que estábamos vigilando los caminos a la espera de vuestra llegada. Desde que se inició el asedio hemos establecido un sistema de comunicación con el interior de la

fortaleza. Aunque creo que el delegado del papa empieza a sospechar que las tropas del Temple que estamos para apoyar el asedio, en realidad jugamos un doble juego y estamos prestando ayuda a los defensores. Permitid que me presente, soy el hermano Gastón de Bonnevie, preceptor de la encomienda de Rennes le Chateau.

—Doy las gracias por vuestra ayuda, hermano Gastón, soy Guillem de Cardona y cumplo una importante misión en la que el evitar que nuestra presencia sea descubierta es muy importante.

—Encantado de serviros, sire. Ahora os llevaremos hasta nuestro campamento, en la base de la montaña. Allí estaréis a salvo y podréis descansar. Por la noche os guiaremos arriba, hasta el castillo, sin que los soldados del rey lleguen a sospechar de vuestra presencia.

El joven comendador conduce la expedición hasta el campamento que la orden tiene en uno de los flancos de la montaña. En teoría para impedir que nadie suba o baje por esta zona del bosque, pero la realidad es que gracias a esta posición defendida por ellos, los soldados del rey no pueden impedir el trasiego de víveres que se hace llegar a los sitiados desde las poblaciones de la comarca, bajo la complicidad de los caballeros del Temple.

Una vez que llegan al campamento, Frey Guillem ordena a la tropa que se retire a descansar. Y lo mismo ordena a Víctor.

Pero, cuando al filo de la medianoche está profundamente dormido, unas poderosas manos lo zarandean mientras una voz le despierta.

—¡Vamos muchacho, levántate! Ya es medianoche y debes prepararte para la subida. Todos los demás ya están listos.

Medio dormido, Víctor abre los ojos y se encuentra frente a un desconocido que le habla desde detrás de una espesa barba. Tras dudar unos instantes recuerda dónde está y mira a su alrededor, todos los camastros están vacíos.

Entre bostezos y tiritando de frío se acuerda de que al llegar, su maestro le ordenó quedarse en el interior del pabellón, junto a la familia de maese Raymond. También de que después de cenar le aconsejó que se acostara. Pues más tarde, a medianoche subirían al castillo.

Entre estos recuerdos Víctor apoya los pies en el suelo y se levanta. Luego se ajusta la ropa, y tras colgarse la espada del cinto sale de la tienda. Entre sombras le parece oír voces, y cuando sus ojos se acostumbran a la oscuridad distingue a varios caballeros junto a maese Raymond y su familia.

Entre ellos descubre a Frey Guillem.

Poniendo atención en no tropezar en la penumbra se dirige hacia ellos.

—Buenas noches, Víctor, ¿has descansado? —pregunta su maestro.

—No mucho —responde él bostezando—, tengo la sensación de haber dormido solo unos minutos. Estoy más cansado que cuando me acosté.

—Pues si es así mejor será que te laves la cara para despejarte. ¡Ah! Y te recomiendo que comas algo. Nos espera una larga subida, y de noche hay que andar despacio mirando bien dónde se pisa. El camino corre al lado de barrancos peligrosos. ¿Ves aquella tienda al final del campamento?, allí encontrarás al cocinero. Te está esperando. Él te dará algo de comer. Pero no tardes, quiero partir cuanto antes. Cuando empiece a clarear deberíamos estar arriba si no queremos que nadie descubra nuestra presencia.

Víctor asiente, y después de mojar las manos en un aljibe se frota la cara. Nada más producirse el contacto del agua helada con su piel la sensación de sueño desaparece. Después se seca las manos con el hábito y echa a correr hasta la tienda que le ha indicado su maestro.

Solo pasan unos instantes cuando el muchacho regresa masticando una rebanada de pan generosamente untada con manteca.

A los pocos minutos un reducido grupo se adentra sigilosamente en el bosque desvaneciéndose en las sombras de la noche. Lo forman maese Raymond y su familia, Víctor, Frey Guillem, Frey Arnau y dos caballeros más, que, después de despedirse de los templarios que les han dado protección desde la encomienda de Puigcerdà, enfilan hacia la cumbre, donde el castillo de Montsegur les aguarda. Freire Arnau conoce perfectamente el camino y se encarga de abrir la marcha. Camina acompañado de maese Raymond. A tan solo unos pasos siguen Frey Guillem, Víctor, Amiel, Esclarmonde y su madre. Finalmente, y protegiendo la retaguardia, marchan dos sargentos de la cercana encomienda de Rennes, donde la orden explota secretamente unas minas, aunque nadie sabe exactamente qué es lo que se extrae de ellas. Los dos, además de aguerridos soldados conocen bien la región, y van vestidos con el hábito y la capa marrón como corresponde a los sargentos de la orden. Pero en esta ocasión lucen además la cara tiznada de hollín para pasar desapercibidos en la oscuridad, donde se mueven como felinos acechando a su presa. Frey Guillem ha creído oportuno que el grupo fuera reducido con el fin de no llamar la atención y llegar a la fortaleza sin ser vistos.

Arropados por un manto de estrellas, y bajo la frágil luz de la luna, la fila asciende lentamente por el sendero. En este primer tramo la dificultad viene dada porque el

camino transcurre en el interior del bosque, y la frondosidad impide que los mortecinos rayos de la luna penetren en su interior.

Víctor intenta imitar la facilidad con que se mueven Frey Guillem y Esclarmonde en la oscuridad, pero solo consigue avanzar dando continuos traspiés. Por suerte para él, a mitad del recorrido abandonan el bosque y salen a cielo abierto. Ahora la luna se encarga de guiar sus pasos, y la altura que han ganado impide que puedan ser vistos por la tropa que vigila desde abajo.

Frey Arnau y maese Raymond detienen la marcha en un recodo del camino y esperan al resto del grupo. Escondidos tras unas rocas, se sientan todos y aprovechan para comer un poco. El queso que la mujer de maese Raymond carga en su zurrón, acompañado de un poco de miel y vino, les dará fuerzas para completar el recorrido.

Finalmente, repuestos y con nuevas energías continúan el ascenso hacia el místico santuario cátaro.

Montsegur, como una gigantesca reproducción del arca de la Alianza, actúa como punto de unión entre el cielo y la tierra, canalizando todas las energías. Energías que van percibiendo a medida que se acercan a la cima.

Cuando por fin llegan, Víctor se sorprende de que aparentemente no haya nadie vigilando las puertas. Ni tampoco aprecia centinelas en las murallas.

El muchacho tiene la impresión de que el castillo está desprotegido, y de que es demasiado fácil acercarse. Entonces maese Raymond se adelanta y golpea tres veces en la enorme portalada de madera. De inmediato esta se abre dejando el paso libre y apareciendo algunos soldados de la tropa defensora que les dan la bienvenida.

Parece como si los guardianes hubieran estado esperándolos, y además conocieran el momento exacto de su llegada. Y es que Víctor no sabe que todos sus movimientos

han sido vistos por los vigilantes. Pues gracias al trazado, una sola persona puede controlar todo el camino desde la torre.

A su recibimiento se unen varias personas vestidas con túnicas blancas que, después de abrazarles efusivamente, les acompañan a los aposentos que les tienen preparados. Víctor, apartado de los templarios, es conducido a una gran sala donde duermen los niños bajo la atenta mirada de tres mujeres. Allí le dan un poco de leche con miel y después le invitan a acostarse sobre un mullido colchón hecho de sacos rellenos de hojas secas. Agotado por la subida y acurrucado en su jergón, Víctor no tarda en quedarse profundamente dormido.

El castillo del grial

Por la mañana el sol saluda al castillo de Montsegur, y sus primeros rayos lamen los muros de la fortaleza en un intento por darles calor y fundir la escarcha que la noche ha formado en ellos. Abajo, un cinturón de espesa niebla rodea la montaña como si quisiera separar la maldad que anida en la base del peñasco de la frágil bondad que se refugia en la cima.

En la cumbre el aire es limpio y fresco, pero en los campos que rodean el monte la niebla hace que el ambiente sea frío y desagradable.

Las primeras luces del nuevo día dan paso a un gélido amanecer en el campamento de Raymond VII, conde de Tolouse, enviado del rey para supervisar la cruzada. El conde ha prometido al papa y al rey conquistar "el diabólico castillo, nido de herejes" como él mismo ha definido. Por ello supervisa personalmente las acciones del senescal Hugues des Arcis.

Mientras el frío y la humedad atenazan a la tropa del conde, arriba, tras los muros de Montsegur, la actividad crece y todos los habitantes empiezan sus tareas. Después de desayunar en compañía de otros niños, Víctor sale al patio en busca de su maestro. Al contemplar la fortaleza con luz de día la visión le devuelve a la mente la visita del verano pasado con su familia. No obstante, hoy el patio del castillo ofrece una visión distinta a la de aquel día en que estaba vacío y desierto. Paseando la vista por los muros Víctor se da cuenta de la solidez de estos en comparación de las ruinas que visitó con sus padres.

Dos cosas llaman la atención del muchacho. Por una parte el orden que reina en todo el recinto, y por otra, la alegría que muestran los habitantes, y que en absoluto

refleja el temor de tener al enemigo acechando a poca distancia. Mientras se recrea contemplando el verdadero Montsegur, un grito lo saca de sus pensamientos:

—¡Buenos días, Víctor! —El muchacho se gira y encuentra a Esclarmonde con un grupo de doncellas que, sonrientes, cargan cántaros de barro—. Vamos al pozo a buscar agua, ¿nos acompañas?

—Sí, bueno, yo... —tartamudea Víctor—, la verdad es que estaba buscando a Frey Guillem, pero supongo que debe andar en sus cosas. Ya le encontraré más tarde. ¡Venga vamos!

—Mira —explica Esclarmonde—, estas chicas son hijas de creyentes que están defendiendo el castillo. Aquí todo el mundo tiene que colaborar. Y a nosotras nos han encargado que ayudemos en las cocinas. Esta de aquí es Constance. Su padre es Pierre-Roger, el comandante de la fortaleza.

Víctor mira a Constance y distingue en su mirada el porte y la gallardía que ha heredado de su padre. Ni su rubia cabellera ni sus bonitos ojos azules pueden ocultar un carácter fuerte y decidido que contrasta con la delicadeza y la fragilidad de una joven dama.

Entonces, la hija de Pierre Roger se le acerca y exclama:

—Hola, Víctor. Esclarmonde ha dicho que viajas con un maestre del Temple que te ha tomado como su pupilo. ¿Vais a quedaros muchos días en Montsegur? ¿Acaso tienes intención de ingresar en la orden cuando seas mayor?

Víctor se siete azorado entre el grupo de jóvenes, y ruborizándose responde:

—Viajo con mi maestro, pero no sé cuántos días nos quedaremos en el castillo. Tampoco sé cuál es el final de nuestro viaje. En cuanto a mi futuro, pienso que está decidido, pero desconozco cuál es.

—Pero ¿por qué viajas con él? —Insiste Constance— ¿Es que de mayor tomarás los votos?

A Víctor no le gusta la curiosidad de Constance, ni el cariz que toma la conversación, ni tampoco las respuestas que tiene que dar para proteger su secreto, por lo que echa a andar, y mirando a las chicas responde nervioso:

—¡Venga! Menos cháchara y vamos a buscar agua. ¿Dónde está el pozo?

—Sígueme —responde Esclarmonde sacando del apuro al joven.

La hija de maese Raymond se ha dado cuenta de que Víctor no quiere revelar el motivo de su presencia, ni la de Frey Guillem en Montsegur, y tampoco la relación que los une. Entonces toma la delantera y guía al grupo hasta el pozo que se encuentra en un extremo del castillo. Allí las jóvenes se dedican a llenar los cántaros olvidando la conversación. Luego regresan a la cocina y Víctor se queda en el patio, donde se sienta en unos sacos de trigo que durante la noche un grupo de defensores han subido con la complicidad de los templarios que vigilan una de las laderas. Desde su sitio, Víctor observa a maese Raymond y a su hijo hablando con un grupo de gente. En el corro hay varios hombres y mujeres vestidos con túnicas que dialogan con soldados fuertemente armados. En este grupo se encuentra Pierre-Roger de Mirepoix, comandante de la tropa, que defiende el castillo y padre de Constance. Fijando la vista, Víctor distingue en un segundo plano, intentando quedar al margen de las conversaciones, a su maestro y al joven Frey Arnau.

A pesar de la distancia se esfuerza en oír la acalorada conversación que mantienen. Pero el viento que sopla le impide entender nada más que retazos y palabras sueltas: "*salida... noche... Lombrives... Rennes... cuevas... grial... hoguera... cima"*.

Intentando descifrar el tema de la conferencia Víctor no se da cuenta de que sigilosamente Esclarmonde se acerca desde la cocina y, alargando el brazo, la muchacha le ofrece una jarra de agua fresca y una sonrisa tan limpia que hace palidecer los rayos del sol.

—Toma, Víctor, he pensado que quizás tendrías sed.

—Gracias —responde él sonrojado.

Esclarmonde fija su mirada en el grupo de gente que continúa su discusión y exclama:

—Deben estar hablando de algo importante para que se hayan reunido los obispos y los soldados. Y a juzgar por sus caras mi padre no les debe haber traído buenas noticias. Creo que a Montsegur y a nuestra religión les queda poco tiempo. Los soldados del rey y del papa no tardarán en caer sobre nosotros y acabar con nuestra cultura. A veces pienso que me gustaría ir hasta Roma a ver a ese papa que ha enviado sus tropas contra nosotros. Hablar con él y convencerle de que nos deje vivir en paz. Por malo que sea ese hombre debe tener algo de corazón. Y si él también es una criatura de Dios, quizás podría llegar a convencerlo.

A Víctor se le hace un nudo en el estómago al oír estas palabras.

Conoce perfectamente cuál será el final de Montsegur y de sus habitantes.

Sabe muy bien que la intolerancia no permitirá que Roma muestre la más mínima clemencia por los cátaros, ni les perdone la vida.

Al contrario, enviará a sus tropas y a sus inquisidores para exterminarlos a todos por haber desafiado su poder.

—Esclarmonde, ¿qué haréis tú y tu familia?, ¿os vais a quedar aquí o vais a huir a otro lugar?

—No estoy segura —responde la joven—, pero he oído comentar a mis padres que nos quedaremos hasta el final. Ocurra lo que ocurra vamos a permanecer al lado de nuestros hermanos para proteger nuestro tesoro de los bárbaros.

Al oír las palabras Víctor alega casi implorando:

—Pero es posible que la fortaleza sea asaltada, y que todos sus habitantes mueran a manos de los cruzados. No viste cuando llegamos el gran número de soldados que aguardan el momento de atacar el castillo. Y el aspecto de asesinos que tenían. Va a ser imposible resistir mucho tiempo.

—Ya lo sé —responde ella intentando calmarle—, pero si el destino quiere que seamos mártires, que así sea. Para nosotros, los cátaros, esta vida terrenal y este cuerpo que atenaza el espíritu no son más que creaciones del demonio. Y si ese servidor suyo que reina en Roma quiere arrebatarnos la vida y el cuerpo, entonces que sean para él, y que nuestra muerte se convierta en el paso que nos lleve a la auténtica vida, a la vida definitiva en compañía de Dios. Para nosotros la muerte es una liberación. Es nacer a la verdadera vida siempre que tus etapas de perfeccionamiento aquí en la tierra se hayan cumplido. El alma por fin se separa del cuerpo que la aprisiona, y así retorna a su forma más pura.

—Te entiendo —insiste Víctor—, pero ¿no crees que podrías hablar con tus padres? Cuando nosotros continuemos nuestro viaje, tú y tu familia podríais venir con nosotros.

—No creo que quieran —dice dulcemente—. Si el destino que les está reservado es el de cumplir hasta la muerte con sus obligaciones en el santuario del grial lo aceptarán contentos.

—¿Montsegur? ¿El santuario del grial? —pregunta Víctor sorprendido.

—¿Acaso no lo sabías? ¿No te lo han contado tus templarios?

—No, no me han dicho nada, ¿qué tienen que ver ellos?

—¿No sabías que los templarios son los guardianes del grial? —Responde la joven—. ¿Que un número de ellos, cuando ingresa en el círculo del grial, jura protegerlo incluso con su vida si fuera necesario?, ¿y que los obispos cátaros son los depositarios de él, y que Montsegur fue construido como santuario a imagen del templo de Salomón para guardarlo? Si te das cuenta —continúa Esclarmonde—, la fortaleza no tiene aspecto de castillo, en realidad es un templo fortificado. Sus formas, sus medidas y su orientación obedecen a otros motivos que a la simple defensa. Y a pesar de estar en la cima de esta montaña es vulnerable. Como cualquier templo este también puede ser profanado. Por ello, antes de que el enemigo pueda robarlos hay que poner a salvo el grial y los tesoros que alberga.

Víctor queda impactado por las revelaciones que la joven cátara le hace, pero al mirar de nuevo al grupo ve que algo ha ocurrido.

—¡Mira! —exclama señalando hacia el centro del patio—, parece que han terminado de hablar.

Los dos jóvenes ven cómo el grupo se deshace y sus miembros toman direcciones distintas. Mientras Frey Arnau se encamina con Pierre-Roger a inspeccionar las defensas de la pared oeste, por donde llega el camino, Frey Guillem, que hacía rato se había dado cuenta de la presencia de los dos jóvenes, se acerca a ellos y les pregunta:

—Vaya, ya veo que os habéis hecho buenos amigos. ¿De qué hablabais hace un momento? Teníais la cara muy seria.

—Maestro —asegura Víctor mostrando preocupación en su voz—, Esclarmonde me dice que sus padres han decidido quedarse aquí, aun sabiendo que no hay ninguna posibilidad de salvación.

—Así es —responde Frey Guillem

—¡Pero no es posible! Hemos convencerlos para que nos acompañen —grita.

—No, Víctor, debemos respetar su decisión —ataja Frey Guillem.

—Esclarmonde, dile lo que me has contado —solloza el muchacho.

—Estimado —responde ella suavemente—, Frey Guillem tiene razón. Mis padres han tomado una decisión. Ya te he dicho que ese es su destino y lo aceptan con humildad y resignación.

—Pero si morir aquí es el destino de tus padres, ¿cuál es el tuyo?, ¿y el de tu hermano?, ¿también debéis morir? —insiste Víctor sin comprender.

—Los dos aceptaremos lo que nuestros padres y nuestros perfectos dispongan. Ahora, si me disculpáis debo volver a la cocina y ayudar a mi madre.

Esclarmonde les dedica una sonrisa y, andando graciosamente hacia las cocinas de la fortaleza, los deja haciendo flotar su larga cabellera rubia en el aire. Primero Víctor la observa embelesado, como si estuviera ante la visión de un ángel; luego se dirige a su maestro:

—Frey Guillem, ¿no es posible salvar a Esclarmonde y a su familia? ¿No podemos hacer nada por ellos y por toda la gente que hay en el castillo?

—No —responde con amargura el templario—, no podemos hacer nada por ellos. No nos está permitido cambiar el curso de los acontecimientos. Aunque sepamos con antelación lo que va a pasar, y aunque ello sea algo que nos llene de tristeza y de

indignación. Comprendo cómo te sientes. Pero has de aceptar el destino. No luchar contra él.

—Pero ¡tú cambiaste mi destino! ¡Me salvaste la vida impidiendo que aquel coche me atropellara!

—No, Víctor, precisamente ese era tu destino. Ese suceso era el desencadenante que debía llevarnos donde estamos ahora. Nada en tu vida ocurrirá sin que esté previamente escrito. Eres el elegido. Maese Raymond y su familia tienen un destino distinto.

—¡Pero ella es tan joven y bonita! —Gimotea Víctor—, ¿por qué debe morir? ¿Y su hermano, también debe morir?

—Esclarmonde se quedará aquí con sus padres, y llegado el momento recibirá el *consolamentum* —explica Frey Guillem—. En cambio, su hermano no morirá. Tiene una importante misión que cumplir fuera de aquí. Y le acompañará Constance, con quien acabará formando una familia.

—Así pues —solloza Víctor—, en marzo, dentro de tres meses, Esclarmonde y toda esta gente morirá en la hoguera. Y nosotros ¿no vamos a hacer nada por impedirlo?

Tras decir estas palabras el muchacho rompe a llorar y aprieta a correr sin esperar la respuesta de su maestro. Desorientado se aleja sin saber exactamente hacia dónde ir. El templario, comprendiendo la reacción del muchacho, decide dejarlo solo para que pueda reflexionar y termine por aceptar los hechos. Incluso para él, pensar que la pureza, la inocencia y la belleza de Esclarmonde serán sesgadas por la barbarie de las tropas del rey, le revuelve el estómago. Pero, por encima de todo está la misión que deben cumplir para que en la eterna batalla del bien contra el mal otras Esclarmonde se puedan salvar.

Sin rumbo fijo, Víctor anda de un lado a otro con los ojos inundados de lágrimas hasta que en un rincón de la muralla descubre una puerta disimulada en la pared, y lleno de curiosidad se acerca y la cruza buscando un refugio donde estar solo. En la oscuridad distingue unas gastadas escaleras de piedra que descienden adentrándose en el interior de la montaña a través de un túnel excavado en la roca. Débilmente iluminado por lámparas colgadas en la pared, el pasadizo continúa descendiendo. Un fuerte olor a rancio y una desagradable sensación de humedad dominan el ambiente. El techo, a medida que avanza se va haciendo más bajo, hasta el punto de que incluso él, que todavía no tiene la estatura de un adulto, tiene que agacharse. Secándose las lágrimas con el dorso de la mano desciende hasta llegar a una puerta de madera franqueada por dos columnas. Sin temor la empuja con fuerza hasta que se abre con un agudo chirrido que resuena en el túnel. Ante él se abre una espaciosa sala rectangular iluminada por tres lámparas de aceite. Colocadas cada una de ellas sobre un pequeño pilar formando, si no fuera porque falta una, un rectángulo.

En el fondo, colgando de la pared, Víctor distingue un tapiz con un sol y una luna bordados. Y entre las dos figuras un triángulo equilátero con un gran ojo en su interior parece vigilarle. Sorprendido fija su mirada en el suelo descubriendo que está forrado con unas planchas de madera a modo de un enorme tablero de ajedrez. Los cuadros blancos se alternan con los negros por toda la superficie. Ahora el techo es lo suficientemente alto para poder estar de pie, y está decorado con infinidad de estrellas pintadas directamente en la roca. Un grueso cordón formando pequeños lazos rodea todo el recinto, y en el centro, encima de una mesita forrada con un paño de color rojo, descubre un candelabro de oro con siete brazos. Junto al candelabro, sobre la misma mesita, Víctor se sobresalta al distinguir una calavera humana que parece espiarle en la

oscuridad. Aunque las cuencas de los ojos están vacías, el muchacho experimenta un terrible escalofrío. Pues a la luz de las tres lámparas tiene la sensación de que la calavera está sonriendo. Ante esta visión, y con la impresión de haber profanado un lugar sagrado, Víctor se gira hacia la puerta con la intención de salir. Pero entonces se da cuenta de que no está solo. A su espalda, y sentado en un sillón, encima de una base de madera con tres peldaños, está uno de los ancianos que antes ha visto con su maestro.

A causa del susto el muchacho da un respingo, pero antes de que pueda salir corriendo, el cátaro se levanta y, bajando de la tarima apoyado en un bastón, le habla:

—No temas, muchacho. Te estaba esperando.

Al instante, Víctor reconoce en la voz del anciano el mismo tono suave y melodioso que empleó maese Raymond la noche en que llegaron a la granja, y vuelve a sentir como las palabras le producen el mismo efecto relajante.

Acostumbrado a esta sensación y sorprendiéndose a sí mismo por el aplomo con que responde, le dice al anciano:

—No tengo miedo, señor, pero decidme, ¿cómo sabíais que iba a venir?

—Porque intuía que tu juventud y tu curiosidad te conducirían hasta aquí. Solo había que esperar el momento —aclara el anciano.

—Pero yo he encontrado la entrada por casualidad. Ha sido el azar quien me ha conducido hasta aquí.

—Nada ocurre por casualidad. El azar y la casualidad no existen —explica el anciano con el mismo tono de voz melodioso—. Incluso la palabra que utilizas, *azar*, no corresponde a la definición que pretendes otorgarle. Azar proviene de “az-ha-ar” y es una palabra árabe que se usaba para designar un juego que los primeros cruzados aprendieron en Tierra Santa. Es el juego de los dados que hoy practican los señores y

los nobles, y que la Iglesia prohíbe y persigue. Ya ves, como muchas otras cosas, el *az-ha-ar* también nos ha sido legado por los árabes. Me refiero al juego, y no a la combinación de casualidad y suerte a la que tú te refieres.

Diciendo esto el anciano apoya una mano en el hombro de Víctor y este siente que una energía empieza a fluir por su cuerpo. Ahora las palabras del cátaro resuenan todavía más en su interior:

—Los hechos ocurren por las vibraciones de la creación, y todo está determinado con anterioridad. Tus pasos no han sido fruto de la casualidad, sino que han sido guiados por fuerzas y energías totalmente habituales, pero que la mayoría de los hombres no saben apreciar. En cambio, con el tiempo y aprendizaje tú llegarás a conocerlas y a servirte de ellas. ¿No experimentas acaso cómo se muestran más fuertes estas energías aquí dentro de esta cueva? ¿No sientes a la madre tierra como a un ser que está vivo, ahora que estás en su interior?

—¿Queréis decirme respetable anciano que he venido hasta aquí guiado por algo? —pregunta Víctor mostrando interés en las palabras del cátaro.

—Sí, hijo, esto es lo que pretendo. Ahora déjame verte bien. Frey Guillem me ha hablado mucho de ti, y tengo curiosidad por conocerte. No temas por tu secreto. Sé quién eres y de dónde vienes.

Y tras decir esto el anciano se acerca al muchacho con paso trémulo y le coloca sus huesudas manos sobre la cabeza. Después cierra los ojos y de sus labios empieza a brotar una oración que repite una y otra vez en voz muy baja. Sobrecogido por la situación, Víctor se queda inmóvil y cierra los ojos también.

Entonces se da cuenta de que de nuevo la energía empieza a fluirle por el cuerpo.

Siente cómo sus músculos se relajan al tiempo que un sopor le invade. Ahora la voz del anciano se oye lejana, muy lejana. Como si no fuera de este mundo. Y se deja llevar por ella canturreando y meciéndose a su ritmo.

Pasados unos minutos en los que Víctor ha perdido la noción del tiempo el anciano se separa de él y sonriendo le dice:

—Eres tú realmente el elegido. He percibido con claridad la fuerza que hay en ti. Aunque tu energía todavía está dormida la he podido sentir. Debes aprender a utilizarla para que no se pierda. Frey Guillem y el círculo de la *prieuré* tenían razón. La elección ha sido acertada. Nuevas esperanzas se abren para el bien en este mundo de tinieblas. Ahora deberíamos volver arriba y comunicar a tu maestro nuestro encuentro.

—Sí, señor —responde todavía confundido Víctor.

—Pues vayamos, jovencito. Mi nombre es Bertrand Martí, y soy un humilde servidor de Dios a quien sus hermanos se empeñan en reconocer como su obispo.

Los dos abandonan juntos la sala, y a través del oscuro pasadizo salen de nuevo al patio. Una vez allí, y protegiéndose con las manos del cegador brillo del sol, Víctor descubre a su maestro en lo alto de una de las murallas. A su vez, Frey Guillem les ve y les envía un saludo con la mano. Sin que el muchacho se dé cuenta, Bertrand Martí hace una señal al templario para indicarle que su pupilo ha pasado satisfactoriamente la prueba. Que está listo para ser iniciado. Frey Guillem sonríe satisfecho.

Mientras tanto, en la base de la montaña la situación es distinta.

Envuelto en una espesa niebla que hace sentir el beso más gélido del invierno, Hugues des Arcis, senescal del rey, cruza el campamento con paso firme hasta el pabellón blanco donde ondea el estandarte papal.

El delegado del rey tiene la intención de insistir al enviado del papa sobre la necesidad de que las órdenes militares, y en especial la del Temple, cumplan la obligación de ponerse bajo el mando de los oficiales que mandan la tropa. En especial bajo su mando. Como el resto de los veinte mil soldados que componen la cruzada. Con la ira dibujada en el rostro, el senescal irrumpe en la tienda sin dar tiempo a que el soldado que monta guardia anuncie su visita.

El sobresalto que sufre el prelado hace que esté a punto de caer de la cama. Y solo recobra la compostura cuando ve que el impetuoso visitante es Hugues des Arcis, y no un asesino con intención de atentar contra su vida. Con una manta confeccionada con la piel de un oso, el delegado papal cubre su desnudez avergonzado de que el senescal vea su miembro en erección. Después, y a empellones expulsa del lecho a la joven que yace con él.

Intentando cubrir con las manos su desnudez, la muchacha abandona la tienda como si el demonio la persiguiera. Huye aterrada pensando que el hombre que ha irrumpido de repente quiera castigarla por fornicar con un jerarca de la iglesia.

—Espero, señor Hugues —exclama furioso el legado papal—, que una poderosa razón sea la que os ha hecho invadir mi tienda de esta forma cuando estaba intentando consolar a esta pobre desdichada de la reciente muerte de su marido.

—Escuchadme —responde gritando el senescal—, con quién forniquéis no es mi problema, pero aguantar todo un invierno de asedio a una fortaleza que cada semana recibe provisiones debido a que las órdenes militares, y en especial la milicia del Temple, no cumplen con su obligación…, ese sí que es mi problema. Por lo que haciendo uso de la autoridad que el rey me otorga os conmino a que ordenéis a los respectivos maestres que pongan su tropa bajo mis órdenes.

—Ni vos podéis decidir tal cosa, ni yo puedo mandar a sus maestres que se pongan a vuestras órdenes. Ellos solo obedecen al papa, tal y como dictan sus reglas. Y también como establecen las bulas que se han ido promulgando desde su fundación. En cuanto a la fidelidad del Temple, os ruego que no oséis ponerla en duda. Recordad que todos los templarios han prestado juramento de obediencia al papa. Y esta cruzada ha sido ordenada por él.

Ante esta afirmación, el enviado del rey estalla furioso:

—¿Es que el fornicar con todas las muchachas que caen en vuestras manos os ciega tanto que no veis que el cerco está abierto por donde vigilan los malditos templarios? ¿Acaso no os dais cuenta de que cada día que pasa los habitantes de la fortaleza disponen de más comida y armas? Mientras, aquí abajo, nuestra tropa empieza a pasar penurias con la llegada del invierno. Las condiciones se endurecen y parece que seamos nosotros los asediados. Si no hacéis de inmediato lo que os digo enviaré un mensaje al rey para comunicarle que no colaboráis. Y no solo eso. Le diré que además entorpecéis la labor de la cruzada.

—¡Cuidad vuestras palabras! —exclama el eclesiástico chillando—. Será mejor que dejemos la discusión en este punto. No quiero tomar vuestras amenazas en serio. Ni abrir un frente contra vos. Haré lo que me pedís. Voy a reunir a los maestres de las órdenes militares para que pongan el máximo celo en la vigilancia. Pero no les ordenaré que se rindan a vuestro deseo. Solo obedecerán al papa.

—Haced como os plazca —responde con insolencia el senescal—. No cuento con que ello resuelva nada. Por mi parte organizaré el asalto con la mayor rapidez. Quiero evitar que el asedio se prolongue. Acaban de llegar unos mercenarios vascos que podrán escalar la pared norte sin dificultad y sorprender a los cátaros por la retaguardia.

También las máquinas de guerra de maese Durand casi están terminadas y muy pronto podrán empezar a lanzar sus piedras contra ese santuario de Satán.

Y, sin esperar respuesta, Hugues des Arcis abandona la tienda dejando al delegado del papa sentado en la cama y rojo de ira.

Mientras tanto, ajeno a esta conversación, y a las amenazas que se ciernen sobre la fortaleza, Víctor pasa horas hablando con el obispo Bertrand.

Desde su encuentro en la cueva una relación especial les ha mantenido ocupados sosteniendo largas conversaciones. Las dos semanas transcurridas desde su llegada han sido muy instructivas, y Víctor disfruta de la compañía del anciano. En ocasiones se les une Frey Guillem, y en otras, algunos cátaros toman parte en las charlas para instruir al muchacho. En todas las charlas participan por igual hombres y mujeres, pues la religión cátara otorga la misma importancia a unos y a otros sin hacer ningún tipo de distinción.

Este simple hecho: la igualdad entre los dos sexos, que todavía hoy no está plenamente asumido por la sociedad, en la Edad Media era algo que incluso llegaba a ser considerado antinatural por los jerarcas de la iglesia, pues siguiendo los dictados del falso papel otorgado al apóstol Pedro jamás aceptaron que Jesús tuviera las atenciones que llegó a tener con su esposa María Magdalena. Movidos por los celos y por la intransigencia, los primeros príncipes de la Iglesia eliminaron de las escrituras todo protagonismo de las mujeres en la vida de Jesús. Deshonrando incluso a quien fue su pareja, tachándola de prostituta. Y tan fuerte fue el celo que emplearon en ello que todavía hoy es el papel que se le otorga a María Magdalena, arrebatándole el título de esposa y verdadera sucesora de Jesús. Y fue así, durante siglos, como los papas siguieron la falsa imagen de Pedro, creada por Pablo en el evangelio, con el propósito

de perpetuarse en esta línea sucesoria ficticia, y asegurarse el derecho de autoproclamarse herederos del Mesías y sucesores de Pedro en la silla de Roma.

Lecturas de las escrituras falsamente interpretadas han permitido que a lo largo de los siglos, la vida y las palabras de Jesús fueran utilizadas por los herederos de Pedro para otorgarse el poder terrenal y mandar sobre la humanidad.

Con esta falsa tradición Roma podía amoldar sus ansias de poder a la religión y a un dios que, nada tiene que ver con las enseñanzas y con el Dios que Cristo quiso legarnos.

La verdadera imagen de Jesús fue suplantada para dar forma a la religión inventada por Saulo, más conocido por Pablo de Tarso y más tarde como san Pablo.

Víctor descubre de la mano de los "*parfaits*", los cátaros puros, la verdadera historia de Jesús y la esencia de las doctrinas en las que fue iniciado por los esenios.

Doctrinas muy distintas a las que él aprendió en el colegio.

Gracias a ellos también conoce que la fecha del nacimiento de Jesús varía según el evangelio, y con asombro escucha que la bonita historia del pesebre es en realidad la apropiación de la leyenda de Mithra, un dios persa adoptado por el pueblo romano.

Con asombro, Víctor escucha de boca de un anciano otra versión de la historia:

—Antiguamente, la Iglesia católica celebraba el nacimiento de Jesucristo en diversas fechas, como el seis de enero, el veintiocho de marzo o el diecinueve de abril. Y no fue hasta el siglo IV, en que los jerarcas de la iglesia, al ver que existía todavía entre el pueblo, un culto muy fuerte al dios pagano Mithra, el "sol *invictus*", del que se celebraba el nacimiento el día veinticinco de diciembre, que decidieron cambiar el

nacimiento de Jesús a esta nueva fecha, al mismo tiempo que prohibían la adoración a Mithra. Mediante esta técnica, confundiendo a las futuras generaciones, la Iglesia católica aprovechaba el arraigo de un rito del que se había apropiado para imponer el suyo propio y así perpetuar un culto que podía dominar a su antojo, y del cual eran protagonistas.

—Esta misma técnica —explica el anciano—, fue utilizada durante siglos por la Iglesia católica, logrando muy buenos resultados. Si no podía combatir una creencia o un culto lo hacía suyo, y lo adaptaba a su nueva religión. Es fácil encontrar casos de esta práctica en la difusión del catolicismo por Europa, y el lógico choque que mantuvo con culturas antiguas tan distintas, como por ejemplo la celta.

Víctor se sorprende al conocer que infinidad de los santos a los que se venera no existieron, ya que en realidad eran dioses o personajes mitológicos antiguos adoptados por Roma y cristianizados.

Y a medida que pasan los días, el contacto con los cátaros le permite conocer otra cara de la historia. Muy distinta de la que conocía. Y se promete que cuando vuelva a casa buscará en libros y escritos toda la información donde pueda encontrar la verdadera historia, tan distinta a la que se enseña en las escuelas.

Poco a poco siente cómo la luz, la verdad y el conocimiento van penetrando en él, y cómo la venda que hasta entonces le impedía ver va cayendo. Empieza a percibir la vida de manera distinta a como la había vivido hasta entonces.

El auténtico valor de las cosas varía, y lo que hasta ese momento era importante deja de serlo. En cambio, pequeñas cosas que no sabía apreciar adquieren un valor especial.

Pero mientras la luz le es revelada a Víctor, en la base de la montaña las cosas son distintas. Esta mañana hay una actividad inusual en el campamento de los cruzados. Durante la noche ha nevado y las cumbres se han cubierto de un manto blanco que amenaza con extenderse hacia los valles. El tiempo está empeorando y el sol va perdiendo fuerza a medida que se acerca el día de san Juan, día del solsticio de invierno. Nuevas tropas llegadas del norte se han incorporado al ejército que mantiene Montsegur sitiado, nuevas mesnadas formadas por ladrones y asesinos llegados del país de los francos. Esta hueste no ha acudido por la proclama del papa y obtener el perdón de sus pecados, sino ante la perspectiva de conseguir fortuna y botín de guerra.

En realidad, es el legendario tesoro de los cátaros, y no las promesas de perdón lo que ha movilizado a la chusma hacia el sur.

Pero los recién llegados no lo tienen fácil. En el campamento el frío es intenso, y un viento que sopla del norte zarandea las frágiles tiendas mientras oscuras nubes cubren el cielo, y un decaído sol, que apenas tiene fuerzas, se esconde detrás de ellas. Con este panorama la tropa se agrupa aterida alrededor de las hogueras buscando algo de calor, aunque hoy el día ha despertado con mayor dinamismo, y a pesar de la inclemencia del tiempo la actividad es mayor que otras mañanas. Mientras una parte de la nueva soldadesca se afana en levantar sus tiendas, el resto forma pequeños grupos que, desafiando la autoridad del senescal, quieren aventurarse por los caminos que ascienden hasta la cima y lanzar por su cuenta un ataque a la fortaleza. De hecho, durante el amanecer ya ha habido varios intentos, y algunos imprudentes han tenido que ser rechazados por los arqueros del castillo. Nubes de flechas lanzadas desde las murallas les han impedido acercarse a la fortaleza dejando el camino sembrado de cadáveres. Movidos por la codicia hacia el tesoro que esperaban hallar tras los muros, estos

provocadores han emprendido un asalto suicida sin ningún tipo de orden y por su cuenta. Hecho que ha enfurecido a los oficiales del rey, quienes no quieren tolerar actos de rebeldía ni motines entre la tropa. Por ello, a media tarde, cuando finalmente la milicia del senescal ha logrado apaciguar los ánimos y detener a los cabecillas, Hugues des Arcis ha ordenado ahorcar a veinte de ellos y dejarlos suspendidos toda la noche para mayor escarmiento. Este castigo provoca una nueva discusión entre el senescal y el legado del papa, que no aprueba el correctivo, deteriorando todavía más las relaciones entre ambos. Pero a falta de pocos días para que las máquinas de guerra estén listas para lanzar su mortífera carga sobre Montsegur, el senescal no quiere que nadie intente ningún ataque suicida. Quiere seguir su plan a toda costa, y no lanzar ningún asalto hasta que una lluvia de piedras haya agrietado las murallas del castillo y debilitado las defensas. De no hacerlo así, cualquier intento de abordar el castillo terminaría en un baño de sangre para su tropa. El plan del senescal consiste en bombardear durante días la fortaleza, al tiempo que los caminos son patrullados por tropas leales. Evitando así que nadie pueda escapar, cortando por fin toda comunicación del castillo con el exterior.

Cuando las defensas estén lo suficientemente debilitadas sus tropas lanzarán un ataque frontal por el suroeste, siguiendo el camino principal, mientras los mercenarios vascos, después de escalar la pared norte, sorprenderán y atacarán a los defensores por la espalda.

Convencido del éxito de su estrategia, y de poder cumplir la promesa de entregar las cabezas de los herejes al rey y al papa, Hugues des Arcis se frota las manos mientras entra en su tienda en búsqueda del calor de la lumbre, aguardando el momento preciso para ejecutar su plan.

Una semana después los carpinteros terminan de ensamblar las últimas piezas bajo la atenta mirada de su capataz. El día llega a su fin y ha cesado el viento. La oscuridad y el frío de la noche se apoderan del valle mientras empiezan a caer delicados copos de nieve que con rapidez pintan de blanco todo el paisaje dando un aspecto inocente a las terribles máquinas de guerra de maese Durand. Cuando finalmente cae la noche todo el campamento está bajo un gélido manto, y la tropa busca refugio en las tiendas o alrededor de las hogueras. La noche será larga y fría.

Entre tanto, arriba, y bajo la protección de los muros, Víctor ha tenido la oportunidad de ver cómo varios ataques han sido rechazados.

Sin sufrir ninguna baja, los arqueros a las órdenes de Pierre-Roger han dado muerte a grupos de soldados que, de forma suicida, han intentado asaltar el castillo sin ningún tipo de protección. Pero lejos de sentir alegría por estas pequeñas victorias, el muchacho ve con tristeza cómo el fin de Montsegur se acerca.

Apenado por el trágico final que aguarda a Esclarmonde, a su familia y a todos los habitantes de la fortaleza, Víctor se retira hasta la cueva excavada en la roca donde conoció al obispo cátaro. Allí, arropado por la soledad, y con lágrimas en los ojos reflexiona sobre los angustiosos hechos que está viviendo, y sobre su propia vida. En el interior de la cueva, y solo en compañía de la lánguida luz de una vela, el muchacho siente como si algo en él hubiera muerto, pero al mismo tiempo también percibe una extraña sensación. Como si algo estuviera naciendo. Como si se estuviera produciendo en su interior un profundo cambio que le hiciera renacer a una nueva vida.

En lo más profundo de la cripta, y envuelto en el calor y la humedad que la madre tierra le brinda, Víctor repasa algunos hechos de su vida hasta que un profundo sopor le vence y se queda dormido.

Cuando al cabo de unas horas despierta se siente bien, y siente que en su interior algo ha madurado. Como si esta noche hubiera renacido. Y solemnemente se hace a sí mismo la firme promesa de que dedicará el resto de su vida a combatir el mal. Empezando por pulir sus propios defectos e intentando vivir como los cátaros le han enseñado. Mostrando siempre su lado más humano. Combatiendo la mezquindad con la bondad. Y la opresión con la justicia. Víctor quiere hacer consigo el mismo trabajo que hacían con las piedras los antiguos constructores. Al igual que estos cincelaban las imperfecciones de las rocas hasta que eran lo suficientemente bellas para ocupar un sitio en alguna de las majestuosas catedrales que levantaron, él también quiere desbastar sus propias imperfecciones y ocupar su lugar en el inmenso templo que es la humanidad.

Después de jurar estos propósitos, Víctor sale de nuevo al patio, pero la noche ha envuelto al castillo. Acostumbrado al calor de la cueva, la gélida temperatura del exterior le provoca un escalofrío, y un ruido que le sale del estómago le recuerda que no ha comido nada desde hace horas. Aterido se dirige hacia la cocina con la intención de encontrar calor y algo de comida, mientras delicados copos de nieve empiezan a caer formando una virginal alfombra blanca sobre Montsegur. Cuando llega la puerta de la cocina está cerrada, pero apoya las manos sobre la madera y la empuja con suavidad. Con un leve chirrido, la gruesa hoja de roble se abre dejando salir un haz de luz y un sinfín de aromas que le acarician los sentidos. Sin dudarlo entra y allí encuentra a la mujer de maese Raymond.

—Muchacho, ¿de dónde vienes? Tienes aspecto de estar muerto de frío. Ven, acércate al fuego mientras te sirvo sopa caliente.

—Gracias, señora —responde tiritando—, se lo agradezco sinceramente.

Víctor toma asiento cerca de la enorme chimenea donde cuelgan varios pucheros de los que salen pequeñas columnas de vapor. Y con las dos manos toma la escudilla que le tiende la mujer justo en el instante en que Esclarmonde entra en compañía de Constance. Al verlo allí la joven le pregunta:

—¿Dónde te has metido? He estado toda la tarde buscándote.

—Hoy me apetecía estar solo —responde entre sorbo y sorbo de sopa.

Ella le mira extrañada y pregunta:

—¿Te has enterado del ataque de esta mañana?

—Sí, pero no han logrado entrar. Los arqueros han rechazado a los asaltantes. Varios han muerto y otros han huido heridos —responde él apenado.

—De momento seguimos a salvo —exclama Constance—, pero temo que se repitan con más frecuencia los ataques. Han llegado unos creyentes por el camino secreto y han contado que soldados llegados del norte se han unido a la tropa del rey. Ya deben ser más de veinte mil. Y aquí arriba solo somos doscientos fieles y ciento cincuenta defensores.

—¿Habéis visto? —Exclama Víctor intentando animar a las chicas—. Está empezando a nevar. Mañana estará todo blanco, y los niños podrán jugar en la nieve.

—Pero va a ser una noche fría —se queja Esclarmonde.

—Sí, hija —añade su madre—. Y cada día queda menos leña. Si los soldados cierran el cerco e impiden que los buenos hermanos nos puedan subir comida y provisiones no sé qué va a ser de nosotros.

—Esclarmonde, ¿has visto a Frey Guillem? —pregunta él intentando cambiar el tema de conversación.

—No. Durante el ataque de esta mañana estaba en lo alto de la muralla, pero después no lo he visto más. Creo que ha pasado el resto del día con el obispo Bertrand y con Pierre-Roger.

—Voy a buscarlo. Necesito hablar con él —exclama mientras se levanta.

Fortalecido gracias al plato de sopa que le ha devuelto el calor, Víctor sale de la cocina y, protegiéndose con su capa marrón de la nevada, cruza el patio.

Mientras anda entre los remolinos que forma el viento con la nieve divisa la silueta de su maestro hablando con varios soldados. Pero cuando se acerca descubre que los soldados son en realidad templarios a los que no había visto hasta entonces. Guarecido de la nieve bajo la protección de un alero, y con el rostro muy serio, Frey Guillem escucha como los recién llegados le informan de los planes del senescal y de la frenética actividad que desarrollan las tropas del rey. Atendiendo las explicaciones que los caballeros dan a su maestro, Víctor descubre que los templarios han venido con la intención de advertirle que el fin se acerca, y de que sus vidas corren peligro dentro del castillo.

Al escuchar estas palabras, Víctor comprende con amargura que su estancia en Montsegur ha llegado a su fin, y que él y su maestro no tardarán en abandonar el castillo y a sus habitantes, a los que jamás volverán a ver.

Al advertir la presencia de su pupilo, Frey Guillem le explica que esta será la última noche que pasarán tras los muros de Montsegur.

Antes del alba abandonarán la fortaleza y proseguirán su viaje. Lo que han venido hacer ya está hecho, y su misión debe continuar.

Con los ojos llenos de lágrimas, Víctor se abraza fuertemente a Frey Guillem, y este, tomándolo entre sus brazos, le susurra:

—Debes tener valor, Víctor. La lucha será larga y te aguardan muchas situaciones amargas. Tienes que ser fuerte y no permitir que tus emociones te traicionen. El enemigo acechará cualquier debilidad para atacarte allí donde más pueda dolerte.

Ajeno a las palabras de su maestro, y con el corazón roto de dolor, Víctor rompe a llorar desconsoladamente.

Una noche dolorosamente triste y fría se abate sobre el glorioso símbolo del catarismo.

Y como si se tratara de una fatídica cuenta atrás, el reloj que marca las horas del fin de Montsegur empieza a caminar lúgubremente moviendo sus manecillas.

Ya nada lo puede detener.

El segundo viaje. Camino de Ávalon

Han pasado varias horas desde que abandonaron Montsegur, pero Víctor todavía tiene presente la emoción vivida al despedirse de Esclarmonde y de su familia. Apenas pudieron cruzarse unas palabras, pero la intensidad de la mirada que ella le dirigió expresó más que cualquier adiós. Nunca podrá olvidar el sentimiento que reflejaban los ojos de la muchacha, una mirada que le llegó hasta lo más profundo de su corazón, y su piel aún recuerda el escalofrío que sintió cuando los delicados labios de la joven le besaron la mejilla con ternura. Por ello, el primer tramo del camino se le hace duro y cabalga silencioso.

Al verlo así, Frey Guillem opta por dejarlo tranquilo con sus sentimientos y espera a que el sol marque el mediodía para hablar con él. Es entonces cuando le explica que Amiel y Constance, junto a otros dos jóvenes han sido encomendados para sacar el arca y el grial de Montsegur y llevarlos hasta un nuevo refugio. Con la ayuda de Bertrand Martí y de los templarios que vigilan una parte de la montaña, los cátaros están preparando una salida nocturna para poner a salvo el tesoro.

Mientras, Pierre-Roger de Mirepoix intenta ganar tiempo hasta la próxima Pascua. Todos los defensores son conscientes de que será imposible alargar el asedio por mucho tiempo y han decidido que una vez que el tesoro esté a salvo negociarán la rendición con el senescal para evitar una masacre.

Por la mente del muchacho cruzan las imágenes de la huida del castillo, antes del alba y por caminos llenos de nieve. En esta ocasión el joven Arnau de Castellnou no les acompaña. Se ha quedado en el campamento del Temple, en la base de la montaña para

ayudar cuando se produzca la salida. A cambio, un nutrido pelotón de caballeros es quien acompaña a nuestros amigos.

Con el paso de las horas y las explicaciones de su maestro, finalmente Víctor se ha repuesto y ahora vuelve a galopar vigorosamente junto al resto de caballeros, y, gracias al buen ritmo, a media tarde divisan la silueta de la ciudad de Foix. Desde allí cogen la ruta que les conduce hasta Tolousse, donde pasan la noche en la encomienda que el Temple tiene en la localidad.

A la mañana siguiente se levantan al romper el alba, y después de cumplir con las obligaciones en la iglesia del recinto y de un frugal desayuno, prosiguen cruzando la villa de Agen en dirección a Burdeos. Desde allí seguirán la costa atlántica hasta llegar a su destino, la ciudadela de la Rochelle, donde la orden domina el puerto de la ciudad.

Durante todo el viaje el grupo cabalga sin descanso, deteniéndose lo justo y solo en encomiendas de la orden para evitar toparse con los espías de la Inquisición. Es en una de estas paradas cuando Frey Guillem le anuncia a Víctor que embarcarán en una de las naves que atracan en la Rochelle, una nave de la poderosa flota templaria. Los ojos de Víctor han recuperado su vivacidad, pero en su rostro todavía se refleja la tristeza que le causó dejar a Esclarmonde en Montsegur, y a pesar de que el hecho de embarcar en una nave le excita, el dolor por el destino que aguarda a la bella joven y a todos los habitantes del castillo no le permite saborear la noticia.

Finalmente, el pelotón se acerca a la Rochelle y lentamente el tráfico aumenta. Enormes carros cargados de infinidad de productos y arrastrados por bueyes invaden los caminos, y una gran cantidad de hombres y mujeres transportando todo tipo de mercancías se dirigen hacia la población. En medio de un griterío cada vez mayor los aldeanos forman largas colas que avanzan lentamente, y una marea humana cubre el

camino. Todos se encaminan hacia la plaza del mercado cantando y bailando ajenos a la tragedia que sucede en el sur.

Mezclándose con la multitud nuestros amigos cruzan las puertas de la ciudad, y una vez dentro enfilan por estrechas callejuelas hacia el puerto. A medida que se acercan la brisa del mar les obsequia con un característico olor a salitre que les cosquillea en la nariz y ya una vez en los muelles Víctor se maravilla al ver la gran actividad que hay en ellos.

Gente luciendo ropas de todos los colores van y vienen dando órdenes, y trabajadores con el torso desnudo, a pesar de ser invierno, se afanan cargando y descargando barcos mientras entonan canciones en extrañas lenguas que el muchacho no ha oído nunca. Sobre la cubierta de los barcos Víctor descubre todo tipo de personajes. Algunos tienen la piel negra como el carbón y lucen grandes collares en el cuello. Otros se cubren la cabeza con turbantes de vivos colores. También los hay menudos y con rasgos orientales que se mueven chillando entre fardos. El puerto es como una pequeña ciudad, como una torre de Babel con su vida propia. Víctor mira hacia todas direcciones asombrado, hasta que en un extremo del malecón descubre una extraña nave, y sobre cubierta a varios gigantes de largas melenas rubias y espesas barbas.

Al acercarse a ellos el muchacho advierte que estos gigantes, de aspecto fiero y anchos brazos hablan ente ellos una rara lengua del norte, y además visten pieles de animales que les dan un aspecto todavía más feroz.

El muchacho observa divertido cómo el puerto de la Rochelle refleja un pequeño mundo, donde se mezclan todas las razas, culturas y religiones.

Pero no se da cuenta de que a medida que avanzan por los atestados muelles, los templarios se agrupan en torno a él, de forma que el elegido quede protegido en medio de la formación.

Con Frey Guillem al frente, la comitiva se abre paso lentamente entre el populacho que les corta el paso para pedirles limosna, deslumbrados por el brillo de los yelmos y los escudos de los caballeros, y es al pasar frente a una de las tabernas que pueblan el puerto, una de esas tabernas con olor a vino rancio y donde el sexo se consigue fácilmente a cambio de unas monedas, cuando varias mujeres, mostrando de forma lasciva parte de sus cuerpos, se asoman al balcón. Cuando las mujerzuelas ven pasar a los templarios, orgullosos en sus caballos, se ponen a chillar y a lanzarles provocativas invitaciones. Una de ellas, alzando la voz por encima de las demás, grita:

—¡Eh!, ¡vosotros!, ¡los caballeros del Temple!, ¡venid a gozar con esta humilde dama! Entre mis piernas hallaréis más placer y más penitencia que en mil batallas. Y si queréis, también podéis traer con vosotros al jovenzuelo. Tenemos alguna niña que sabrá cómo distraerlo y a la vez hacerlo un hombre.

Y tras estas palabras se frota obscenamente los pechos lanzando una sonora carcajada que es coreada por todas las demás.

Frey Guillem continúa impasible la marcha, pero al pasar bajo el balcón se detiene, mira arriba y ofrece a la mujer una sonrisa, a la vez que la saluda educadamente con una leve inclinación de la cabeza. La prostituta, que no esperaba esta reacción, deja de reír y se queda mirando al grupo. Disimuladamente, y sin que la vean sus compañeras hace la señal de la cruz, y por primera vez desde hace mucho tiempo siente en su interior vergüenza y frustración por la dignidad perdida. Es esta sensación la que provoca que le broten algunas lágrimas, y quizás sea a causa del reflejo del sol en sus húmedos ojos,

pero cuando vuelve a posar la vista en los doce caballeros rodeando a Víctor le parece ver que un halo dorado envuelve al grupo, como si quisiera proteger su pureza de la maldad y la impudicia que domina las calles del puerto.

Finalmente, al fondo de la bahía y encima de un promontorio, divisan la encomienda fortificada del Temple, desde donde se domina toda la ciudad. Además, en la misma entrada de la rada la orden tiene dos torres, una a cada lado, de forma que ningún barco puede entrar o salir sin cruzar entre ellas. Y a imagen de las dos columnas que protegían la entrada del templo de Salomón, las torres de la Rochelle impiden que ninguna nave enemiga pueda llegar hasta la ciudad. Desde ellas se pueden lanzar piedras, flechas o el temido fuego griego a cualquier embarcación que no sea bien recibida, y una enorme cadena de hierro que las une por debajo del agua bloquea la entrada.

De hecho, la orden cobra un impuesto a cada galera que entra o sale en función de su carga. A cambio, los mercaderes gozan de la protección del Temple, y como la ciudad de la Rochelle atrae a mucha gente por su mercado, el tráfico marítimo es floreciente.

Desde el camino que sube a la fortaleza, Víctor lanza una última mirada al puerto a tiempo de ver entrar en la ensenada un majestuoso barco. En lo alto del mástil, la *beaucent*, estandarte del Temple, ondea orgullosamente mostrando los colores blanco y negro como símbolo de protección.

Sobre la cubierta los marineros ya se preparan para ejecutar las maniobras de atraque, y en el castillo de popa, junto al timonel, un caballero de estampa noble y solemne que luce una cuidada barba controla todos los movimientos. Encaramados a los mástiles y recogiendo las velas, Víctor descubre a unos hombrecillos de piel morena y

rasgos achinados que desaparecen con rapidez bajo la cubierta cuando el barco se acerca al muelle, y que al momento son sustituidos por robustos marineros de tez blanca que terminan de ejecutar la maniobra.

Frey Guillem detiene su caballo y le dice que el barco que está llegando es el Santa María Magdalena, uno de los más grandes de la milicia del Temple. También le cuenta que el preceptor de esta encomienda flotante es, además de un buen hermano, un gran amigo suyo, pues los dos se iniciaron juntos, y juntos han luchado en incontables batallas.

—Entonces, maestro —pregunta Víctor dibujando una sonrisa—, ¿no será fruto de la casualidad el que hayamos llegado al mismo tiempo que él?

—Ya sabes que nada es casual —responde el templario riendo—. Además, debo confesarte que estaba perfectamente informado de su llegada.

—Y estoy seguro de que tendremos la oportunidad de visitarlo y conocerlo por dentro —añade Víctor viendo como la Santa María Magdalena destaca sobre el resto de naves en tamaño y majestuosidad.

—No te equivocas. Incluso tendrás oportunidad de navegar en él.

Mientras el muchacho sueña con el momento de zarpar a bordo de la impresionante nave, la comitiva llega a las puertas de la fortaleza.

Nada más cruzar la entrada un sargento acude a su encuentro y, tras rendirles saludo, ordena a unos sirvientes que se hagan cargo de las monturas. Una vez que los animales son conducidos al establo, él mismo les indica donde deben dirigirse para que sean atendidos.

Mientras se dirigen al encuentro de un caballero anciano, que hace las veces de hospitalario, Víctor se da cuenta de que su cuerpo acusa el cansancio de varios días de

viaje, y cuando el anciano les aloja en uno de los dormitorios del edificio central, y les aconseja que se laven para la cena, se da cuenta de que también está hambriento.

La encomienda de la Rochelle es lugar de paso para muchos templarios, y también hace las veces de albergue, con el fin de dar alojamiento al gran número de efectivos de la orden que parten o llegan a través del puerto.

Por ello, y sintiendo de nuevo la sensación de tranquilidad que le produce estar tras los muros de una casa de la orden, al abrigo de cualquier peligro, Frey Guillem acaricia el pelo de su pupilo de forma cariñosa al tiempo que le sonríe. Luego le pide que se lave bien antes de cenar, y bromeando le dice que tiene en la cara el polvo de todos los caminos de Francia. Por ello le aconseja que visite los baños de la encomienda, construidos de forma parecida a los que usan los árabes, de quienes los templarios aprendieron lo saludable que es la higiene.

Después de despojarse de las cotas de malla y las protecciones de cuero, el resto de caballeros decide también darse un baño. Para ello se dirigen junto a Víctor hasta una sala situada debajo de la cocina. Allí, excavada en la roca, hay una piscina de agua caliente de la que se elevan pequeñas columnas de vapor.

El muchacho observa con curiosidad el sistema que hace circular agua por el interior de la chimenea, calentándola, para luego verterla en la piscina de donde se escapa a través de un desagüe en el extremo opuesto.

Agradeciendo este reconfortante capricho, Víctor se frota el cuerpo con una pelota de cuerda a modo de esponja, limpiándose el sudor y el polvo de varios días. Cuando cree que ha quitado de su piel toda la mugre de los caminos recorridos sale y, tras secarse, se coloca con ropa limpia. Entonces advierte de nuevo el apetito que tiene y comenta a sus compañeros que sería capaz de comerse un buey entero, lo que provoca la

risa del grupo. Todo el grupo ríe la broma del pequeño personaje al que han dado escolta.

Envueltos en este ambiente de camaradería suben juntos hasta el patio para ver la puesta del sol y descansar antes de la cena. Tanto Frey Guillem como el comendador de la plaza les han dispensado de cualquier servicio para que puedan reponer fuerzas tras el viaje. Allí charlan y bromean hasta que cae la noche y se encienden las primeras luces en el interior de las casas. Abajo, en el puerto la actividad de los muelles cesa y el jolgorio se traslada al interior de las tabernas. De ellas sale una mezcla de gritos y música además de un fuerte olor a guisos condimentados, tufo que rivaliza con el suave perfume del mar que se respira en el muelle, donde la luz de las lámparas de aceite se ve reflejada en las aguas del puerto, dibujando extrañas formas entre los barcos que, como si fueran gigantes dormidos, reposan esperando el regreso de la mañana para volver a mecerse al compás del viento.

Dominando majestuosa el cielo, y acompañada de su corte de estrellas, la luna, en cuarto creciente, se refleja también de forma coqueta en las mansas aguas haciendo que su imagen simule una mancha de leche sobre la negrura de las aguas.

Con esta tranquilidad que trae la noche, en la encomienda, nuestros viajeros se dirigen hacia el refectorio. Ahora, después de descansar y sintiéndose limpio, Víctor reconoce a su maestro que está muerto de hambre. Por su parte Frey Guillem le anuncia que esta noche va a tener una sorpresa. Pues hoy, de forma excepcional, las normas de la orden van a ser alteradas, ya que el comendador ha preparado en su honor, y en el de los hermanos de la Santa María Magdalena, una recepción. Por ello hoy la cena será más generosa. También va a permitir que los hermanos puedan hablar durante el ágape, pues la Santa María Magdalena ha traído manjares de la lejana tierra de donde ha

llegado. Manjares que durante la cena van a tener ocasión de probar. Ante esta perspectiva, Víctor sigue encantado a su maestro mientras se dirigen a una sala iluminada por antorchas. En el fondo, creando un aire acogedor, un tronco crepita en el interior de la chimenea haciendo que la temperatura del comedor sea agradable, y dominando la estancia una larga mesa sostiene lámparas de aceite que terminan de crear una atmosfera seductora. Poco a poco todos los comensales ocupan sus plazas, y cuando el grupo de Víctor está acomodado entra el grupo que ha llegado en la Santa María Magdalena, y al frente de ellos su patrón, Freire Hugues de Champaña, quien saluda efusivamente a Frey Guillem con el habitual triple abrazo.

Una vez que están todos sentados empiezan a aparecer los primeros platos.

Esta vez, la sopa de verduras está cocinada con abundante carne de cordero y aromatizada con hierbas para deleite del paladar más exigente. El pan, recién hecho, está crujiente y todavía desprende un pequeño hilo de vapor al partirlo. Grandes fuentes llenas de aves de corral cocinadas con manteca y laurel compiten en sabor con deliciosos platos de pescado asados en sal.

Víctor está sorprendido por los alimentos que llegan de la cocina, y está sorprendido también por los pequeños hombrecillos de tez oscura y ojos ligeramente rasgados que sirven la cena. Vestidos con largas túnicas de piel adornadas con extraños jeroglíficos, y calzando unos curiosos mocasines, llaman la atención del muchacho ya que por su aspecto no los reconoce como habitantes de ningún país de Europa ni de Oriente. Mientras da buena cuenta de un muslo de pollo decide que después de la cena le preguntará a su maestro por estos curiosos personajes, que él identifica más como indios que de raza oriental.

Ajeno a los pensamientos de su pupilo, Frey Guillem charla animadamente con su viejo amigo y también con el hermano Guillaume de Sonnac, comendador de la Rochelle. Hacia mitad de la cena Víctor advierte como llegan fuentes rebosantes de patatas hervidas, y se sorprende al ver cómo los templarios muestran su curiosidad por ellas. Frey Hugues les cuenta que son unos extraños frutos que comen los nativos de las tierras de donde ha llegado, y que además crecen bajo tierra. El comandante también explica que según los nativos, estos frutos dan a quien los come mucha energía, y que para cocinarlos solo es necesario hervirlos en agua.

Víctor no termina de comprender cómo los templarios pueden sorprenderse al ver simples y vulgares patatas, y recuerda como su madre siempre se empeña en hacérselas comer con verdura para cenar. Entonces, y para colmo de las sorpresas, cuando una bandeja llena de mazorcas es servida se repite la sorpresa entre los caballeros. El muchacho no se explica cómo estos templarios, que han viajado por todos los territorios de la cristiandad, no habían conocido hasta entonces ni las patatas ni el maíz.

Al final de la cena, y cuando los comensales han saciado su apetito, siempre guardando la compostura y sin experimentar los excesos propios de los señores feudales o los jerarcas de la Iglesia en este tipo de banquetes, aparecen los sirvientes portando unas jarras llenas de un espeso y humeante liquido de color marrón. Como si este fuera el momento culminante del ágape, el maestre Guillaume se levanta y mirando a Frey Hugues le pide que explique cuál es esta bebida que van a tomar. Ceremoniosamente, el patrón de la Santa María Magdalena les explica que esta bebida espesa, y que debe tomarse caliente, se obtiene a partir del fruto de un árbol que los indígenas llaman cacao. Esta bebida, considerada manjar de dioses, solo está reservada para los reyes y

para los nobles de esta civilización, pues proporciona a quien la toma una energía fuera de lo común.

¡En ese instante un destello cruza por la cabeza de Víctor!

—¿Patatas, maíz, cacao? ¡Chocolate! ¡Claro, estos sirvientes son mayas! ¡La Santa Magdalena acaba de llegar de México! ¡No puede ser! ¡Esto es increíble! Si faltan siglos para que Colón descubra América.

Frey Guillem intuye desde el otro extremo de la mesa los pensamientos que cruzan por la cabeza de su pupilo, viendo como el rostro de Víctor se ilumina al adivinar el punto de procedencia de la nave, y sonríe observando la expresión de sorpresa y de incredulidad de su discípulo ante el descubrimiento.

Cuando la cena finaliza, con el mismo silencio y discreción mostrados al entrar, todo el mundo abandona el comedor retirándose a descansar. Por su parte, Víctor, acomodado en su camastro y con el cuerpo y el espíritu saciados, no tarda en caer en brazos de un reparador sueño.

Horas después, al amanecer, el sol lanza sus rayos de tal forma sobre la muralla de la fortaleza que el reflejo hace parezcan de oro, y durante unos minutos la encomienda, envuelta en un majestuoso tono áureo, semeja más un palacio surgido de *Las mil y una noches* que una fortificación militar.

Ajeno a esta visión, Víctor despierta aun dando vueltas al descubrimiento de la noche anterior. A su lado, todos los templarios se levantan y en silencio se dirigen a la capilla para cumplir con las oraciones, recuperando las rigurosas costumbres de la orden. Con el pensamiento fijo en la revolución que supondría el hecho de que se conociera que, doscientos cincuenta años antes de que América fuera oficialmente descubierta por Cristóbal Colón, la Orden del Temple ya se paseaba por el nuevo

continente, se levanta, se viste y corre tras sus compañeros. Y durante todo el oficio no deja de darle vueltas al tema.

Acabadas las oraciones, Víctor irrumpe en el patio en busca de su maestro, pero la fría mañana le provoca un escalofrío que le recorre el cuerpo. Levanta la vista y divisa unas nubes que se llegan desde el mar cubriendo todo el horizonte. El viento que las arrastra hace presagiar que la lluvia no tardará en aparecer, y como aviso, de repente una ráfaga de viento cruza el patio levantando nubes de polvo. Víctor se protege los ojos con las manos, por lo que no ve a un joven templario que corre hacia él. Cegado por el polvo, el joven caballero tropieza con Víctor y los dos caen al suelo. Turbados por el encontronazo se levantan, y mientras se sacuden el polvo de sus hábitos se piden disculpas mutuamente. Después el templario anuncia a Víctor que justamente venía a buscarlo por orden de Freire Guillem para informarle de que le espera en la biblioteca. Entonces Víctor se dirige hacia allí, pero como no ha desayunado, y no sabe cuándo tendrá ocasión de comer, al pasar por la cocina aprovecha, y evitando ser visto agarra una hogaza de pan recién hecho que engulle mientras camina en busca de su maestro. Al llegar a la puerta de la biblioteca Frey Guillem le invita a entrar.

—Buenos días. Pasa. Quiero que conozcas a mi buen amigo el hermano Hugues, patrón y comendador de la nave que vimos ayer.

La biblioteca tiene forma rectangular y está situada en un ala del primer piso. Todas las paredes están cubiertas de estanterías repletas de libros y pergaminos y en el centro hay una mesa con cartas de navegación extendidas. En un extremo unos atriles de madera sostienen textos a medio escribir junto a los accesorios necesarios para ello, incluyendo pequeños recipientes de tinta de variados colores. Recuerda haber visto este tipo de atriles en dibujos de antiguos monasterios, incluso en alguna película. En ellos

los frailes se dedicaban a copiar y traducir los primeros libros de forma artesanal. Pero para él es una sorpresa verlos dentro de una fortaleza del Temple.

Sentados en torno a la mesa Víctor ve a Frey Hugues y al preceptor de la encomienda, Frey Guillaume de Sonnac junto a Frey Guillem, y tímidamente se acerca a ellos inclinando la cabeza a modo de saludo.

Freire Hugues mira al muchacho y dice:

—Buen día, jovencito. Estoy contento de tener la oportunidad de conocerte. Frey Guillem me ha hablado de ti y de la difícil misión que te aguarda.

Ante la cara de circunstancia que pone el pupilo su maestro interviene para tranquilizarlo:

—No temas hablar libremente, Víctor. Los dos conocen perfectamente de dónde vienes y los detalles de tu vida. Tanto en tu época como en la nuestra.

—Sire —responde Víctor—, también es para mí un placer conoceros. Y dando a entender que está al corriente del secreto de la Santa María Magdalena agrega—: Especialmente conociendo el lugar de donde retornasteis ayer.

—¿Entonces ya conoces otro de nuestros secretos? —Exclama Frey Hugues complacido—. Ahora ya sabes que desde hace años los templarios surcamos el mar más allá de la tierra conocida. Navegando hacia el oeste, hasta ese mundo poblado de gentes sencillas con civilizaciones increíbles. Y que de allí traemos la plata que sirve para disponer de los recursos económicos para mantener la lucha en Tierra Santa y financiar nuestras inversiones. También es de esas tierras de donde obtenemos el dinero para sufragar los gastos de todas las catedrales que estamos construyendo. Catedrales en las que grabamos en piedra nuestro legado, mediante símbolos y siguiendo las técnicas de nuestros antiguos, a los que hemos sabido descifrar y traer de Tierra Santa para que las

cofradías de constructores puedan ser las depositarias cuando la orden sea exterminada. Ya ves. Todo un plan previsto con varios siglos de antelación.

—¿Así pues, no era una leyenda? ¿Entonces es cierto que la Orden del Temple viajó más allá del mar anticipándose a Cristóbal Colón? —pregunta Víctor.

—Así es —aclara Frey Guillem—. Para la historia serán otros los que recibirán el honor de descubrir el mundo que hay más allá del *finis terrae*. Aquel que será considerado como el gran descubridor, Cristóbal Colón, no hará nada más que seguir nuestros pasos al acceder a la información que le será revelada a través de los hermanos que, cuando caiga la desgracia sobre el Temple, se refugiarán en la Orden de Cristo en Portugal.

—Nuestros conocimientos marítimos —interviene Frey Hugues mostrando a Víctor una de las cartas de navegación que hay encima de la mesa—, serán enviados a las encomiendas de la Orden de Cristo, heredera del Temple en Portugal. Así podrán ser utilizados en el futuro. Aunque la Iglesia se ocupará de esconder nuestro mérito. El único consuelo que tendremos es que la cruz del Temple, bordada en las velas de las carabelas, las guiará hacia su destino.

—¿Tenéis contacto con las tribus que habitan el nuevo mundo? —pregunta el muchacho sorprendido.

—A diferencia de lo que acaecerá en el futuro, sí, efectivamente, mantenemos una relación buena con ellos, e intercambiamos información —explica el capitán de la Santa María Magdalena—. Les respetamos y no pretendemos que abjuren de sus dioses imponiéndoles una religión a sangre y fuego. La experiencia de las cruzadas nos ha enseñado que el diálogo y la convivencia son mejores armas que tratar de imponer a la fuerza un dios y una religión. Por desgracia, dentro de unos siglos los dominicos y su

temible Santo Oficio llegarán a esas tierras y aplicarán en estas pacíficas gentes, que para desdicha suya los recibirán con los brazos abiertos, toda la maldad de la Inquisición.

—¿Pero es que acaso no lucháis contra el moro en España y en Tierra Santa para imponer la religión cristiana? —exclama Víctor confundido.

—En efecto, querido muchacho. —Esta vez es Frey Guillaume quien toma la palabra—. Si debemos tomar partido lo hacemos. Somos una orden militar y la gente espera de nosotros ese papel. Pero siempre buscamos la salida dialogada antes que el combate. Lamentablemente, los reyes y el papa solo entienden el lenguaje de la guerra. Y debemos ser cautos en nuestro juego si no queremos que nos acusen de ir a favor del enemigo. Recuerda que la expresión "yihad" o *guerra santa* fue empleada por primera vez por los cristianos, en la primera cruzada, y al fin y al cabo, tan infieles son los árabes para nosotros como nosotros para ellos.

—Creo que empiezo a entender —responde el muchacho.

—Víctor —dice su maestro a la vez que se levanta y le muestra la riqueza de la biblioteca—, quisiera que los días que estaremos aquí dedicaras tiempo a leer alguno de los libros. Maestre Guillaume te indicará los que pueden serte más útiles. En ellos encontrarás respuestas y mucha información que te será provechosa. Por mi parte me encantará comentar contigo las dudas que te surjan y las reflexiones que hagas acerca de lo que encuentres en estas escrituras.

—No te asustes —aclara Guillaume de Sonnac al ver la cara de Víctor—, no pretendemos que leas todos los volúmenes, tan solo que conozcas unas copias muy interesantes de evangelios que no fueron reconocidos por la Iglesia, pero que te

ayudarán a encontrar la luz que iluminará tus conocimientos. Daré orden al hermano bibliotecario para que te permita la entrada y te facilite cuanto necesites.

Después de agradecerle al comendador su ofrecimiento, Víctor pregunta a su maestro:

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí?

—Puede que unos diez, o quizás doce días. Tenemos esperar una expedición que viene de la encomienda de Rennes con una carga muy especial. Una carga que procede de Montsegur, y que deberemos custodiar y transportar hasta las islas del norte, a Escocia, a las tierras célticas.

El muchacho nota cómo el corazón le da un vuelco cuando oye el nombre de Montsegur, y siente que su cuerpo se estremece de dolor al recordar a Esclarmonde, pero Frey Guillem, atento al sufrimiento de su pupilo, interrumpe sus pensamientos ordenándole que le acompañe al patio para reanudar los entrenamientos en el manejo de la espada.

Bajo un cielo gris y desafiando la lluvia, pero con el pensamiento perdido en lo alto del santuario cátaro, Víctor se entrega al arte de la lucha, y aunque su cuerpo se mueve con agilidad y su brazo maneja la espada con destreza, su mente está lejos. Vaga por lo alto del *pog* donde quedó la joven cátara y su familia, donde la luz de la luna ya no logra traspasar el manto de nubes que cubre la montaña y el viento aúlla arrastrando el frío aliento de la muerte por todos los rincones del bosque. La de hoy es una noche fría y oscura en la montaña de Montsegur, y ninguna criatura se aventura a salir.

Al pie del santuario la nieve y el hielo que cubren el campamento ha dificultado el movimiento de las máquinas de guerra, pero finalmente han ido ocupando la base y

están listas para lanzar su envenenada carga. Aunque no será esta noche, ya que todos los soldados huyen del frío cobijándose en sus tiendas.

En el castillo la situación ha empeorado y la comida se está agotando. Ya no hay amigos que se atrevan a sortear la vigilancia. Hace pocos días apresaron a un grupo intentando subir alimentos a la fortaleza, y el senescal, con el propósito de ofrecer un castigo ejemplar, ordenó lanzar a los desgraciados al interior de la fortaleza atados a enormes piedras después de cortarles las manos y los pies. Para ello utilizaron dos catapultas que desde hace días hostigan los muros del recinto.

La falta de alimentos y la escasez de leña hacen muy difícil la vida para los habitantes de Montsegur, y los rigores del invierno están empezando a causar las primeras bajas entre niños y ancianos. Pierre-Roger y el obispo Bertrand Martí son conscientes de que queda poco tiempo para que todo termine. Cada día es más difícil organizar la defensa, pues parte de la tropa ha desertado al agotarse el oro para pagarles. La fe en el tesoro cátaro ha desaparecido para los soldados de fortuna y poco a poco han ido cambiando de bando.

Por su parte, Bertrand Martí asiste espiritualmente a los doscientos fieles que están refugiados en Montsegur y da el *consolamentum* final a los moribundos, que cada día aumentan. Ante esta situación el espectro de la muerte se ha apoderado de lo que había sido el más bello santuario del catarismo, símbolo de paz y armonía. Así pues, en esta noche en que el aliento de la muerte es lo único que recorre los caminos nadie sospecha que una mujer y tres hombres han abandonado el castillo.

Amparándose en la oscuridad descienden cargando unos pesados fardos que les obligan a caminar lentamente. Vigilando donde pisan para no despeñarse por alguno de los precipicios que rodea la montaña. Los cuatro descienden silenciosamente hasta

donde está el campamento la Orden del Temple, y con los ojos llenos de lágrimas por todo lo que dejan atrás experimentan una mezcla de tristeza, rabia y alegría. Tristeza porque ya no volverán a ver nunca más a sus familias y por no poder evitar una matanza que consideran injusta. Rabia porque su santuario será profanado, y alegría porque con ellos se salvará su más preciado tesoro. Gracias a su atrevida operación podrán evitar que las huestes que asedian pongan sus sucias manos en el legado que Dios les ha transmitido.

Cuando faltan pocos metros para llegar se detienen y escuchan intentando oír cualquier sonido que pueda delatar la presencia de soldados enemigos. Pero el único ruido que oyen es el tétrico gemido del viento en las copas de los árboles, como si fuera el quejido de la muerte brindándoles su amargo saludo.

Amiel se adelanta unos pasos y se esconde tras un árbol. Escucha de nuevo con atención, pero el único sonido que le llega es el de su corazón latiendo aceleradamente. Convencido de que no hay ningún peligro acechando se pone las manos en la boca e intenta imitar el canto de una lechuza. Pero el frío y los nervios solo permiten que salga de él un ronco y silencioso estertor. Toma aire y vuelve a probar de nuevo. Al segundo intento consigue lanzar un verdadero aullido. Pero esta noche ni siquiera las lechuzas se atreven a salir.

Escucha y nada. Silencio.

De repente, surgiendo del interior de la negrura llega otro aullido como el que ha emitido él, y como por arte de magia aparecen tres templarios que, para evitar ser vistos van cubiertos con capas de color negro.

Andando despacio para no hacer ruido se acercan, y cuando llegan junto a él uno de ellos lo abraza y le besa tres veces en la mejilla.

—Salud, Freire Arnau, me alegro de veros en esta noche de lobos —murmura el joven cátaro.

—Salud, joven Amiel —responde el templario—. ¿Cómo está tu familia? ¿Cómo van las cosas arriba?

—De momento mi familia está bien, pero la situación es mala. No hay alimentos y el frío está siendo nuestro peor enemigo. Ya han muerto varios niños, y los ancianos están siendo castigados muy duramente por el hambre y las bajas temperaturas.

—Lo siento —dice Frey Arnau expresando impotencia en sus palabras—. Me gustaría poner fin a esta barbarie, pero no podemos cambiar el destino. Tan solo podemos aceptarlo aunque ello nos produzca un enorme dolor.

—Lo sé —solloza el cátaro—. Imagina cómo nos sentimos nosotros abandonando en manos de estos asesinos a nuestros seres más queridos.

—Te comprendo Amiel, y sé lo que debes sentir, pero ahora será mejor que nos pongamos en marcha. No tardará pronto empezará a clarear, y para entonces debemos estar lejos de aquí. Vamos, alejémonos de aquí. Tenemos el carro y los caballos en la linde del bosque. Os ayudaremos con la carga que vosotros debéis estar muy cansados.

Con la ayuda de los caballeros, el grupo no tarda en llegar a un pequeño claro donde espera otro templario vigilando un carro y varios caballos.

Después de depositar cuidadosamente la carga en el carromato y cubrir los fardos con pieles de oveja parten hacia el oeste. Constance y Amiel van sentados en el pescante y el resto monta caballos a los que han abrigado los cascos con tela para evitar que hagan ruido. Cuando por fin el sol asoma tímidamente ya han recorrido un buen trecho y varias millas les separa de Montsegur. Ahora el castillo es solo un punto en lo alto de la montaña.

Sentada en el carro, Constance se gira y antes de que los ojos se le llenen de lágrimas dirige una última mirada hacia la fortaleza donde ha quedado su padre. Estremecida por un temblor se abraza con fuerza a Amiel acurrucándose bajo su brazo y rompe a llorar desconsoladamente. Lenta pero firmemente el grupo se aleja de las tierras del Languedoc hacia el oeste, hacia las costas atlánticas.

La noche siguiente a la salida del grupo un extraño jinete cabalga al amparo de las sombras montando un nervioso corcel. Viste ropas negras para confundirse en la oscuridad, y se cubre el rostro con un pañuelo que solo le deja libre los ojos con los que escruta el camino, atento a cualquier peligro que le pueda acechar. Ha salido del mismo campamento que la noche anterior partió Amiel y el resto de fugitivos, pero al contrario que los cátaros, el misterioso jinete cabalga dirección al este. Con gran sigilo hace avanzar su caballo por la espesura del bosque y, dando un rodeo, evita el recinto de los cruzados.

Con la única compañía del sonido de su respiración se dirige hacia las montañas adentrándose en los Pirineos, y ya con las primeras luces del alba, sintiendo como el gélido amanecer le penetra en el cuerpo cruza un río. El agua es tan fría que provoca en su corcel una convulsión. Pero el jinete sujeta con fuerza las riendas calmando a su montura y de un salto los dos salen del agua. Una vez al otro lado se extiende ante ellos un enorme prado. El personaje se detiene un instante antes de dejar el amparo del bosque para mirar hacia atrás. Convencido de que nadie le sigue se yergue sobre su caballo. Vuelve a mirar al frente y, de repente, con un movimiento de las bridas y con la ayuda de un grito, lanza su montura al galope. Como una ráfaga de viento la figura cruza el prado en pocos segundos desapareciendo entre los árboles de un frondoso bosque al otro lado. A refugio de cualquier mirada detiene su caballo bajo un enorme

abeto y desmonta. Luego se quita los guantes de cuero y se frota las manos recuperando la sensibilidad y el tacto en los dedos. Después coge el casco con ambas manos y se lo quita produciendo un suave tintineo con los anillos de la cota de malla.

Cuidando de no hacer ruido lo deja con suavidad encima de una piedra y mira hacia arriba. Entre las ramas de los árboles distingue la silueta de una montaña cuyo pico está cubierto de nieve. La observa fijamente e intenta calcular la distancia que lo separa de la cima. Luego, recoge de nuevo el casco y tomando su caballo por las riendas empieza a andar. En pocos minutos alcanza un punto donde el terreno inicia la subida hacia la cima. Se detiene y ata al caballo en un árbol. A pocos metros descubre el tronco seco de un árbol y se sienta en él. Evitando hacer ruido escucha atentamente, pero solo oye el canto de los pájaros y el murmullo del viento al mecer suavemente las copas de los árboles.

Más tranquilo al comprobar que está solo saca de su zurrón un trozo de pan y un pedazo de tocino seco y se acomoda en el hueco del tronco a comer.

Mastica con lentitud su humilde manjar saboreándolo. No tiene prisa. Debe permanecer escondido en el bosque hasta que el sol vuelva a ocultarse por el horizonte.

Busca en el fondo de su bolsa y encuentra un queso envuelto en hojas de laurel. Con la ayuda de un cuchillo corta un trozo y lo mordisquea lentamente. Su reserva de provisiones es limitada y la jornada será larga. De repente le parece oír algo y deja de masticar. Escucha atentamente, pero no oye nada. Solo se aprecia a lo lejos el rumor del río al golpear las piedras que forman el cauce. Tranquilizándose vuelve a saborear otro pedazo de queso mientras reflexiona sobre sus próximos movimientos. Antes de la próxima medianoche tiene haber llegado a la cima de la montaña donde cumplirá su misión.

Cuando termina de comer comprueba que el caballo esté firmemente sujeto al tronco, luego se quita la espada y la clava en el suelo frente a él. Se acurruca en el agujero del tronco y cubriéndose con su capa cierra los ojos. Sin llegar a dormir, el caballero entra en un dulce estado de somnolencia que le permite descansar sin perder los sentidos. Así pasa todo el día sumido en una duermevela con la única compañía de los pájaros saltando entre las ramas. Pero cuando llega el atardecer y los rayos del sol pierden fuerza, el caballero negro despierta de su letargo y, moviendo lentamente los músculos, se incorpora hasta quedar sentado. Antes de levantarse dirige otra vez su mirada hacia el pico de la montaña y observa cómo los últimos rayos del sol se reflejan en la nieve dándole un color rojizo.

Al recordar la misión que debe cumplir se pone en pie y se ciñe la espada al cinto. Luego busca en su zurrón el último trozo de queso que acompaña con un poco de pan y, mientras los come, observa cómo el sol empieza a ocultarse.

Cuando termina se acerca a un pequeño hilo de agua que cruza por el interior del bosque y bebe un trago corto. Después de secarse la boca con la palma de la mano se dirige hacia el caballo, que al verlo llegar empieza a dar patadas al suelo impaciente por recobrar la libertad.

Una vez se ha colocado la cota de malla y el casco se ajusta los guantes. Después desata al animal y anda con él hasta el lindero del bosque. Allí monta de un salto y lo hace avanzar por un sendero entre rocas. Mientras asciende hacia la cima termina de caer la noche y un manto de estrellas viene a darle compañía y protección. Después de dos horas de lento caminar llega a la cumbre y se dirige hasta un saliente orientado hacia Montsegur. Entonces se detiene y mira a su alrededor. Convencido de que es el lugar adecuado descabalga y deja pacer libremente al caballo, que se aleja unos pasos.

Cerca de él descubre un grupo de piedras que la nieve no llega a ocultar. Con rapidez empieza a recoger pequeños trozos de madera que encuentra en el suelo y los apila entre las piedras que ha colocado formando un círculo. Cuando ha preparado una pequeña pira vuelve su vista hacia arriba y observa las estrellas. La visión del cielo le indica que todavía falta una hora para la medianoche, por lo que se sienta en el suelo y con tranquilidad se dispone a esperar mientras se cubre con la capa protegiendo su cuerpo del frío. Entre tanto, y en lo alto de una de las murallas del castillo de Montsegur tres figuras miran hacia la lejanía escudriñando el horizonte. Las tres figuras tienen la vista fija en la oscura silueta que la montaña de Soularac ofrece en la noche.

Desde que ha oscurecido, Pierre-Roger de Mirepoix, Bertrand Martí y maese Raymond se han ido turnando en la vigilancia de la montaña atentos a cualquier señal. A pesar de la baja temperatura que reina, la excitación que sienten les impide apreciar el frío, y a medida que avanzan las horas el nerviosismo se va apoderando de ellos. Los tres están absortos y con la vista fija en el pico de dos mil metros.

Mientras tanto, en la cima el jinete vuelve a mirar al cielo y ve que las estrellas le indican que ya es la hora. Se incorpora y busca en su zurrón dos pequeñas piedras. Seguidamente se arrodilla frente al montón de leña y lentamente, como siguiendo un mágico ritual, se quita los guantes y los deposita cuidadosamente a su derecha. Luego saca del interior de su camisa, protegida del frío y de la humedad, un montón de yesca que deposita con mucho cuidado en la base de la pira, entre los troncos más pequeños. Por último, cierra los ojos y respira profundamente encomendándose a Dios. Acto seguido y alzando una mano golpea enérgicamente una de las piedras con la otra. Al instante una chispa salta cayendo sobre la yesca y produciendo casi de inmediato una minúscula voluta de humo. Con la misma firmeza, y como si su vida dependiera de ello,

el caballero sopla hacia la base de la columna de humo que ha empezado a elevarse. Al momento aparece un puntito rojo que poco a poco va agrandándose. El hombre continúa soplando hasta que de repente, y como si fuera fruto de un mágico encantamiento, una llama de color naranja aparece extendiéndose por toda la yesca. Satisfecho, ve cómo los troncos situados en la base prenden. Entonces se incorpora y espera unos minutos. Ahora la pequeña llama se ha convertido en una espectacular hoguera que levanta hacia el cielo enormes lenguas de fuego a la vez que cientos de cenizas vuelan como demonios llenando de color la oscura noche.

La buena combustión de los troncos y la perfecta disposición en forma de pirámide hace que el fuego alcance en pocos minutos una gran altura. Y por fin, cuando la hoguera está en su máximo esplendor, el misterioso personaje vuelve a buscar en su camisa, pero esta vez saca una diminuta bolsa de cuero de la que extrae unos polvos negros. Con recelo, y como si pudiera haber alguien atento a sus movimientos, se aleja unos pasos del fuego y deja caer en la palma de la mano un puñado de los polvos, luego los arroja al fuego.

Al instante se produce un silbido seguido de un fogonazo brillante que se eleva en el cielo y la oscuridad se vuelve día. Por unos instantes la noche es vencida y el resplandor ilumina la montaña cegando momentáneamente al hombre. Pero pasados unos segundos la negrura vuelve a apoderarse de la noche. Es entonces cuando el hombre dirige su mirada a Montsegur como si buscara alguna respuesta a su acción.

— ¡Allí! ¡La señal! —grita en el castillo maese Raymond.

Los otros miran rápidamente hacia donde les indica el perfecto y ven el resplandor. Al recibir la contraseña que estaban esperando, los tres se abrazan alborozados mientras de sus ojos brotan lágrimas de alegría.

La luz confirma que el grial está a salvo, camino de las islas del norte. Ahora ya pueden preparar la rendición de la fortaleza. Los tres son conscientes de que van a morir, pero sus corazones están gozosos pues su tesoro más preciado está a salvo. Ya no podrá caer en las garras del mal.

Mientras tanto, en el campamento cruzado, el senescal y el legado del papa, alertados por uno de los vigilantes, también han visto el fogonazo, y saben que es algún tipo de aviso dirigido a los habitantes del castillo. Pero no pueden descifrar el mensaje, por lo que Hugues des Arcis decide que al amanecer se reanuden los bombardeos sobre el santuario.

Las últimas horas de Montsegur empiezan a correr.

Lejos de allí. A refugio de la biblioteca de la fortaleza templaria de La Rochelle las cosas son distintas.

Desde que Frey Guillem indicó que leyera alguno de los libros, Víctor pasa las horas inmerso entre viejos manuscritos. El hermano bibliotecario le ha ido facilitando ejemplares de evangelios apócrifos, y gracias a ellos el muchacho toma contacto con otra historia de Jesús. Evangelios que, guardados celosamente en la biblioteca de la encomienda, están escritos por personajes que en la mayoría de los casos fueron contemporáneos a la vida de Jesús y de sus discípulos. En ellos Víctor accede a pasajes que explican la vida del Mesías y de sus seguidores, explicando sin ningún tipo de censura la realidad de los hechos. Pero para la comunidad católica carecen de valor, ya que nunca han fueron reconocidos por Roma, e incluso estuvieron prohibidos y perseguidos durante siglos. También, a lo largo de los tiempos, los evangelios oficiales, es decir, los que forman parte de la Biblia, han sufrido diversos cambios y censuras, de

forma que hoy es muy difícil entender el mensaje que en su origen encerraban las sagradas escrituras.

Víctor se da cuenta que a causa de la ignorancia de las costumbres, del entorno por parte del censor de turno, o el desconocimiento de la historia y la cultura judía en tiempos de Jesús, algunos fragmentos aún conserven su contenido, haciendo posible entender parte del mensaje que encierran.

El estudio de la Biblia, combinado con escritos y evangelios no reconocidos nos da una imagen muy distinta de Jesús. Un Jesús que reclamó su derecho a ser rey de los judíos por su línea de sucesión directa de David.

Un Jesús que no siempre fue ejemplo de bondad, y que incluso llegó a empuñar la espada contra el ejército invasor de Roma, organizando militarmente un grupo de rebeldes, y emprendiendo algunas insurrecciones con el fin de restituir las costumbres judías, herencia de los antiguos egipcios, en un Israel libre.

Un día, con la atención del muchacho centrada en sus explicaciones, Frey Guillem explica a Víctor que para estudiar la vida de Jesús es importante situarse en la época y no olvidar que estamos en plena invasión. Los romanos, aunque permitían cierta libertad de costumbres, eran invasores, y por ello es posible encontrar en los escritos relatos de enfrentamientos entre facciones del pueblo judío. Por una parte estaban los que aceptaban la convivencia con los romanos y que pretendían modificar las antiguas tradiciones, adaptándolas a los nuevos tiempos, y por otra parte los que luchaban por recuperar la libertad, echar a los romanos y volver a las antiguas tradiciones. Entre estos se hallaba Jesús, sus apóstoles y los temidos zelotes, secta de actuación violenta que no dudaba en emplear sistemas terroristas para lograr sus fines, y a la que pertenecían varios de los discípulos. Lógicamente, los judíos que mostraban colaboración con Roma

ocupaban los cargos de mayor responsabilidad en la comunidad, pues estaban apoyados por el ejército invasor. En cambio, los que no aceptaban esta situación y reclamaban su independencia eran considerados rebeldes y enemigos de la paz, por lo que frecuentemente sufrían persecuciones en las que los cabecillas eran apresados, juzgados y ajusticiados.

La forma ejemplar y común que los romanos utilizaban para castigar a los jefes rebeldes era la crucifixión. De hecho, según los cronistas romanos hubo más de dos mil crucifixiones además de la de Jesús en la época. Todas por motivos políticos, y reservadas a cabecillas revolucionarios.

Tanto los textos oficiales, que integran la Biblia, como los que no están reconocidos por la Iglesia, fueron escritos de forma críptica, utilizando recursos y simbología que es necesario conocer para llegar a la comprensión de los relatos. El objetivo que perseguían era transmitir el mensaje sin que los profanos, en este caso las tropas invasoras romanas, entendieran el contenido. Por ello no deben interpretarse las escrituras de forma literal si se quiere entender el secreto que guardan.

En la soledad de la biblioteca, estudiando escritos encontrados por los primeros templarios, y gracias a las explicaciones de Frey Guillem Víctor descubre que Jesús fue un hábil líder político. Un líder capaz de organizar una trama con el objetivo de recuperar el trono del reino de Judá, del cual era el legítimo heredero. Y con sorpresa también descubre que la mujer de mayor importancia en su vida no fue su madre María, si no Magdalena, con quien contrajo matrimonio y de la que tuvo dos hijos y una hija.

A través de los escritos antiguos le es revelado que la imagen del apóstol Pedro no refleja la imagen real de este personaje. Así como que tampoco fue Pedro el brazo derecho de Jesús, pues el apóstol Simón, ya que este era su verdadero nombre, tuvo

muchos enfrentamientos con la esposa de Jesús por culpa de su intolerancia hacia las mujeres, rasgo que sumado a su terquedad le valió el apodo de "la piedra". Aunque posteriormente, y a través de los siglos este hecho se haya tergiversado para utilizarlo de forma distinta, y divulgar que las palabras de Jesús fueron: “Pedro, tú eres la piedra sobre la que erigiré mi templo”, justamente lo contrario al pensamiento del Mesías.

De esta forma, se legitimaba una línea sucesoria entre Pedro y todos los papas nombrados por el Vaticano y se lograba perpetuar el poder sobre la comunidad católica.

En una de las conversaciones, el templario manifiesta a su pupilo que, durante los primeros siglos la Iglesia católica fue sustituyendo de los evangelios aquellos párrafos donde se pudiera leer que era lícito que las mujeres tuvieran cargos religiosos. De esta forma, los príncipes de la Iglesia continuaron la misógina línea de Pedro, condenando a la mujer al ostracismo y siguiendo las ideas difundidas por "la piedra", siempre según la imagen de Pedro, creada por Pablo, quien a través de su evangelio fue el verdadero fundador de la nueva religión.

Desde los tiempos del máximo auge de la ortodoxia cristiana, padres de la Iglesia primitiva como Quinto Tertuliano, crearon la base de esta persecución a la mujer, acusando de herejía cualquier culto a los principios femeninos, y prohibiendo que las mujeres pudieran participar en cualquier función sacerdotal, y haciendo desaparecer de las sagradas escrituras toda referencia a las mujeres. Justo lo contrario de lo que las antiguas tradiciones habían seguido.

Lejos de estos pensamientos, Frey Guillem le hace ver a Víctor como el Temple rinde un culto especial a María, pero no a la madre, sino a la esposa, a Maria Magdalena, la princesa Magdala.

El templario le informa que hay muchas iglesias construidas o financiadas por la orden del Temple dedicadas a ella, incluyendo las catedrales como Notre Dame, consagrada a Magdalena, madre de los hijos de Jesús, a quien se consideraba el grial, pues contuvo la sangre de Cristo al llevar en su seno a los hijos del Mesías, verdaderos herederos del rey de Israel.

Con connotaciones esotéricas, pero dentro de la misma idea, Frey Guillem confiesa que las doscientas vírgenes negras existentes en Europa son parte de la adoración que el Temple profesa al principio femenino, queriendo simbolizar en ellas a la viuda de Osiris, la diosa Isis, con su hijo Horus en el regazo, siguiendo la tradición de antiguos cultos egipcios.

Con asombro, Víctor aprende que lejos de ser el hijo de Dios, Jesús fue un hombre que se convirtió en Mesías para conducir a su pueblo hacia la libertad. La libertad de la opresión de la Roma invasora. Su tortura y su muerte no se debieron al hecho de pretender ser hijo de Dios, si no por el hecho de querer ser el rey de los judíos y llevar a su pueblo a la independencia de Roma.

A medida que Víctor asimila estos conocimientos, en su mente de se van formando ideas distintas a la historia tradicional. Pero a la vez ideas más coherentes y reales que las bonitas leyendas de milagros y hechos incomprensibles con los que le han educado. No obstante, se da cuenta de que esta nueva visión no puede ser comunicada libremente, y que para no ser víctima de la intolerancia de sus semejantes deberá ser prudente y compartir sus conocimientos solo con un reducido círculo. Cuando regrese a su época deberá encontrar nuevos amigos con quien compartir estos conocimientos. Personas que piensen como él, y con los que pueda continuar la búsqueda de la verdad. Deberá buscar

alguna orden iniciática similar a la Orden del Temple donde desarrollarse como ser humano, y donde estos secretos puedan ser guardados.

Sin saberlo, Víctor se está convirtiendo poco a poco en un nuevo custodio del grial, del grial que contiene la verdad, y de la que solo unos pocos iniciados pueden beber y saciar su sed de conocimiento.

Uno de los hechos que maravilla al muchacho es conocer la historia de cómo José de Arimatea, hermano de Jesús, y que en realidad se llamaba Santiago, arribó a las costas de Francia acompañado de María Magdalena, y del hijo menor del matrimonio. Su llegada se produjo cerca de Marsella, huyendo de una de las represiones romanas. Todavía hoy hay señales del culto que existió a Magdalena en esta región, y que la Iglesia intentó hacer desaparecer.

En uno de los antiguos manuscritos en poder del Temple Víctor descubre cómo se cita el lugar exacto donde está la tumba de Magdalena, y en otro que el hijo menor de Jesús fue educado por druidas en la más pura tradición celta, al viajar con su tío a las islas del norte, a las frías y húmedas tierras de Britania y Escocia, siguiendo un camino marcado de antemano.

De él nació la dinastía de los merovingios, a quienes siglos después, y por una traición y un cobarde asesinato, Roma arrebató el reino de Francia.

En ocasiones la lectura se ve interrumpida por las visitas de Frey Hugues que le explica detalles de los viajes al otro lado del Atlántico, y de cómo el Temple mantiene contacto con las civilizaciones que habitan el otro mundo.

Una tarde, mientras está en la biblioteca Frey Guillem le entrega un cordel blanco con varios nudos.

—¿Qué es esto? —pregunta Víctor sorprendido.

—Es un cinturón muy especial y es para ti. Este cordón y los nudos simbolizan que has entrado en la luz y el conocimiento. Su color blanco refleja la pureza, y cada uno de los nudos indica el nivel de conocimiento alcanzado. Como tu maestro me hace feliz ser yo quien te lo ofrezca. Debes llevarlo siempre contigo. Debajo de la ropa y en contacto con la piel. Ahora, levántate la camisa y te ayudaré a ponerlo.

Víctor se anuda el pequeño cordón blanco alrededor de la cintura con la ayuda de Frey Guillem, y al instante siente en la piel el suave contacto de los nudos. Pero cuando vuelve a colocarse la camisa ve que su maestro tiene los ojos húmedos. Embargado por la emoción, el muchacho se abraza con fuerza al templario y siente la presión de las lágrimas que luchan por salir.

Una mañana que Víctor pasea por el patio de armas en compañía del bibliotecario, este le cuenta que los antiguos manuscritos se copian en libros que luego son enviados a otras encomiendas de la orden para difundir el mensaje que encierran. El anciano le explica la importancia que tiene esta biblioteca, ya que por ella entran al continente los textos antiguos que son encontrados en las excavaciones que el Temple realiza constantemente en Tierra Santa.

Dada la importancia estratégica, y del dominio que la fortaleza ejerce sobre la ciudad, la orden puede entrar por el puerto los objetos y documentos que llegan de Oriente sin que ningún espía ponga sus ojos en las naves que llegan, o en las caravanas de la orden que salen de la ciudad.

—Debes saber —dice con orgullo—, que en esta biblioteca hemos copiado cientos de volúmenes que han sido enviados a muchas encomiendas para que la luz del conocimiento llegue a todos nuestros hermanos. Además, hemos reproducido las reglas

de nuestra orden, y las hemos legado a todos los capítulos. Incluso la Casa de París y la Casa de Jerusalén tienen reglas copiadas por hermanos de esta encomienda.

—Los libros, ¿los escribís uno a uno? —pregunta Víctor.

—¿Acaso hay otro sistema? —exclama sorprendido el bibliotecario.

—No, hermano. No hay otro sistema —interviene Frey Guillem que se ha incorporado a la conversación—; es que el muchacho anda confundido.

Al momento Víctor se da cuenta de su torpeza, y recuerda que todavía faltan doscientos años para que la imprenta sea inventada por el herrero Johannes Gutenberg, e intentando arreglar su error empieza a murmurar una frase cuando un joven templario cuando llega corriendo.

—¡Maestre Guillem! Me envía el Freire Hugues para que os reunáis con él urgentemente en el puerto. Ah, y quiere que llevéis con vos al novicio.

—Gracias, hermano —responde Frey Guillem—, vamos de inmediato.

El sargento hace el saludo de rigor hincando la rodilla en el suelo, después se levanta y tras despedirse regresa a su puesto en el cuerpo de guardia.

Frey Guillem se gira hacia su Víctor y exclama:

—Sígueme, vamos a por los caballos. Algo importante debe ocurrir para que Hugues nos envíe recado con urgencia. —Y dirigiéndose al bibliotecario se disculpa—: os agradezco vuestra interesante charla, pero debemos dejaros. Espero tener ocasión de continuarla en otro momento.

—Id con Dios y tened cuidado —responde el anciano que, sorprendido, se aleja murmurando—. Esta juventud, siempre con prisas. ¡Qué tiempos!

Habituado a la paz y la tranquilidad de sus libros el bibliotecario no comprende que, a veces el mundo se mueve con rapidez sin que pueda evitarse.

Después de ensillar sus caballos Frey Guillem y Víctor se dirigen al puerto imponiendo a sus monturas un alegre galope. Cabalgan hasta el muelle donde la nave se balancea plácidamente en las aguas de la bahía. Al llegar, encuentran a un sargento cubierto con el característico manto pardo montando guardia al pie de la pasarela. Nada más verlos toma las riendas de los caballos y les franquea el paso. Mientras cruzan la plancha advierten que en el muelle hay un carro y varios caballos con aspecto de haber recorrido muchas millas. Pero es al saltar a cubierta cuando un grupo se gira hacia ellos y descubren que el maestre de la María Magdalena está rodeado de varios caballeros entre los que está Frey Arnau y ¡Amiel y Constance!

Al ver a Víctor, el hermano de Esclarmonde le sonríe y corre hacia él.

Víctor lanza un grito de alegría y se echa a sus brazos al tiempo que le interroga por su hermana y por las gentes de Montsegur. Amiel, sin poder evitar que los ojos se le humedezcan, explica que cuando ellos salieron, hace ya más de una semana, las cosas se estaban poniendo muy difíciles para los habitantes del castillo. La comida era escasa y no tenían leña para calentarse. Pues la poca de que disponían, y que provenía de los escasos muebles que todavía conservaban, la reservaban para cocinar. Con gran pena le cuenta que el plan trazado es que Pierre-Roger, una vez tenga noticias de que ellos y la carga que transportan están a salvo, iniciará los contactos con el senescal del rey para negociar la rendición del castillo.

—Así pues, debemos partir de inmediato —dice Frey Hugues—. Cuando el delegado del papa no encuentre lo que busca en Montsegur empezará a enviar a sus espías por todos los caminos de Francia, y no tardará en ser informado de vuestro viaje y de vuestra llegada a la Rochelle. Después, sacar conclusiones no le será difícil. Y relacionará este destino con el puerto y nuestra orden.

—Así es —asiente Frey Arnau.

—Pues estamos en vuestras manos —añade Frey Guillem—, querido Hugues, cuando lo consideres oportuno puedes dar la orden de partir.

—Zarparemos mañana, al amanecer, aprovechando la marea. Daré las instrucciones para que la nave esté lista.

Tras pronunciar estas palabras, el hermano Hugues baja a tierra y, dirigiéndose a los sargentos que montan guardia, ordena a uno que parta hacia la encomienda para que preparen provisiones para la travesía, añadiendo que sean llevadas a bordo antes del anochecer.

Al momento el sargento monta a caballo y sale al galope hacia la fortaleza presto a cumplir con rapidez el encargo de su maestre.

Al mismo tiempo, en cubierta, donde antes reinaba la más absoluta calma se desencadena una agitada actividad, como si de repente la nave hubiera despertado de un profundo letargo y empezara a mover sus músculos con fuerza y vigor.

Víctor, que ha seguido con atención la conversación, siente una inmensa emoción al oír que por la mañana embarcarán a bordo de la Santa María Magdalena con rumbo a tierras escocesas. Deseoso de que llegue pronto el momento, pasea su vista por los majestuosos mástiles que, firmes y desafiantes apuntan al cielo, mientras en lo alto, el estandarte del Temple ondea extendiendo su protección a la nave.

Han pasado unos días desde la partida, y Víctor todavía siente la emoción que tuvo cuando el viento del Atlántico hinchó las velas del barco y lo lanzó hacia mar abierto haciéndole dejar atrás la protección de la bahía de la Rochelle.

Apoyado en la borda, y saboreando la frescura del viento, experimenta bajo sus pies la solidez de la nave notando cómo desafía las olas trazando el rumbo a través de una estela de espuma. Cada mañana desde su puesto, disfruta mirando cómo trabajan los pequeños indios, y se da cuenta de que los mayas se encaraman a los mástiles con una seguridad increíble. Sin importarles ni el viento ni el vaivén del barco. Ajenos al riesgo, y sin temer precipitarse a las frías aguas del océano, los indios manipulan las velas a las órdenes del comandante con gran pericia.

Pero por las tardes, cuando el frío y la humedad del mar entran en su cuerpo, Víctor busca refugio bajo la cubierta, al calor de la lumbre, donde Constance ayuda al cocinero, un veterano sargento de servicio doméstico que descubrió tardíamente su vocación marinera. Allí, mientras recupera el calor en el cuerpo el muchacho escucha las historias de Montsegur y de sus habitantes que le cuenta la joven. En algunas ocasiones se les une Amiel, aunque este prefiere pasar la mayor parte del tiempo en cubierta ayudando a los marineros y aprendiendo de ellos el arte de la navegación.

Con el paso de los días, Víctor ha desarrollado la habilidad de ser un buen observador, y no se le ha escapa el detalle de que a su maestro le incomoda navegar. Sus largos silencios y su rostro reflejan la incertidumbre que siente el valeroso caballero al viajar por mar. Pero para no herir sus sentimientos, el muchacho guarda silencio y no hace comentarios. Aunque ve con tristeza cómo el mal estado provoca en su preceptor un desasosiego que intenta sobrellevar con la mayor discreción.

Al cabo de varios días de navegación el viento arrecia y unas alarmantes nubes negras empiezan a cubrir el horizonte. Entonces, Frey Hugues les informa de que están entrando en el brazo de mar que separa el continente de las islas, y que a partir de este punto el tiempo va a empeorar. Para tranquilizarles, el comendador de la nave les

anuncia que no deben temer, pues la Santa María Magdalena ha cruzado en muchas ocasiones este océano traicionero, y siempre ha salido victoriosa. Aun a pesar de las amables palabras del preceptor, y de los esfuerzos de este por infundirles confianza, Frey Guillem y Frey Arnau sienten cómo el mar se les mete en el cuerpo y les agita el estómago. Los dos sufren en silencio su malestar como si fuera una penitencia. En cambio, Víctor y Amiel, como si fueran experimentados marineros, aprecian la seguridad que la robusta embarcación les transmite y se colocan junto al timonel para disfrutar de cada instante de la travesía. Menos acostumbrados a este clima, los indios se protegen con gruesas camisas de piel decoradas con dibujos de vivos colores y se cubren con capuchas de lana que les cobijan de la lluvia que ha empezado a caer empujada por el fuerte viento.

A una orden del mariscal, responsable de la nave en batalla o en situaciones de crisis, toda la marinería repliega las velas dejando solamente una pequeña con forma triangular en el primer mástil. Ahora, al perder velocidad, el sonido que hasta entonces hacía el barco al cortar las olas es sustituido por crujidos provocados por los golpes de mar al azotar el casco. Pero con el cambio de velas la nave ha dejado de cabecear para dejarse conducir con suavidad. Escalando y descendiendo cada ola como si fueran pequeñas montañas de agua. Con el mar completamente embravecido las rugientes olas se acercan a la nave mostrando sus dientes de espuma como si la quisieran partir. Pero la afilada quilla de la Santa María Magdalena las dibuja con firmeza después de montar en ellas. Y cada vez que la proa ataca una cresta una nube de pequeñas gotas de agua barre la cubierta, dejándola mojada y resbaladiza, de forma que caminar por ella se convierte en una operación peligrosa.

Totalmente mareados por el oleaje, los dos templarios se han refugiado bajo la cubierta, en sus camastros, y aunque a Frey Guillem no le gusta la idea de que Víctor prefiera quedarse en el puente, junto al timonel, no se ha sentido con fuerzas para impedírselo.

Por fin, después de horas de lucha, cae la noche, y con la oscuridad el mar empieza a calmarse. La lluvia y el viento cesan y las nubes se alejan dejando ver entre sus claros las primeras estrellas.

Ahora, más dóciles y sin el fuerte viento que las lance contra el barco, las olas ya no rugen, solo se acercan suavemente hasta el casco lamiéndolo con delicadeza, y cuando finalmente llega la medianoche el cielo se ha cubierto de estrellas. Tantas que Víctor queda asombrado ante el espectáculo que supone observar la bóveda celeste en una noche tan limpia, mientras la luna, en cuarto creciente, les acompaña esparciendo su lechosa luz por cada rincón del barco.

La nave vuelve a navegar con todo el velamen, ahora, henchidas por la brisa nocturna, las velas reflejan la luz de la luna mostrando de nuevo orgullosas la cruz roja que tienen bordada en el centro.

Vencido por el cansancio, Víctor sigue la sugerencia de Amiel abandonando la cubierta, y después de aceptar del cocinero un poco de leche agria con miel se acuesta. No pasan muchos segundos hasta que se queda profundamente dormido mecido por el suave vaivén del barco. Pero a la mañana siguiente despierta bruscamente al sentir que alguien zarandea violentamente su litera. Abre sobresaltado los ojos y ve que es su maestro quién está agitando su pequeña hamaca. El muchacho se incorpora y mientras se frota los ojos pregunta:

—¿A qué viene este despertar tan destemplado?

—Buenos días, Víctor, ¿te has asustado?

—No. Bueno, un poco —responde Víctor—, pero estaba durmiendo tan bien. Ayer estuve hasta bien entrada la noche en cubierta, y cuando me acosté estaba agotado.

—El sol ya está en lo alto, y me imagino que querrás ver cómo ilumina las costas de Britania

—¿Ya se ve tierra? ¿Hemos llegado? —grita Víctor bajando de la litera.

—Se ve tierra, pero no hemos llegado. Navegaremos hacia el norte bordeando la costa. Hemos de llegar a nuestro destino evitando que nadie vea nuestra carga. Si desembarcamos y siguiéramos nuestro viaje por tierra todo el mundo sabría de nuestra presencia, y la noticia llegaría rápida a nuestros enemigos. Pues tienen agentes por todos los rincones. ¡Venga, sígueme!

Entonces los dos suben a cubierta y encuentran a Frey Arnau y Frey Hugues asomados por la borda mirando los blancos acantilados que recortan el litoral.

Los dos están comentando si la distancia que los separa de la orilla es suficiente para impedir ser identificados.

Sin que ello les aleje demasiado de su ruta e impulsada por viento del sur, la embarcación dibuja la costa mientras enfila rumbo al norte, a Escocia, escondiendo en su bodega uno de los tesoros más preciados de la humanidad.

Ante la visión de tierra firme Frey Guillem ha recobrado su jovialidad y Víctor se alegra al comprobar que vuelve a ser el atento maestro que era antes. Además, como su estómago ya no sufre, el caballero también ha recuperado su buen apetito, y comparte todas las comidas que Constance y el cocinero les preparan. Con el mar en calma, y navegando sin ningún contratiempo, la nave deja atrás la costa inglesa hasta llegar finalmente al estuario de Forth, en tierras escocesas. Allí, empujada por una suave brisa,

se desliza hacia el fondo del estuario hasta un recodo donde hay una pequeña playa escondida entre acantilados. El timonel conduce con gran maestría el navío hacia un extremo de la playa donde hay un pequeño muelle de madera que se adentra en el agua. Impulsada por la suave corriente la nave se coloca dulcemente al lado del embarcadero, y al instante varios marineros saltan a tierra llevando con ellos cabos con los que amarran la embarcación. Ahora la pequeña vela del mástil delantero, la única que quedaba izada y con la que el piloto ha maniobrado, es recogida con rapidez por los marineros mayas.

Víctor, desde su lugar preferido al lado del timón, ha seguido con atención como se desarrollaba la maniobra y se maravilla de la pericia con que el piloto ha varado el barco junto al muelle. Después observa cómo los marineros indios sitúan dos planchas de madera a modo de pasarela, y cómo de inmediato unos sargentos bajan por ella sus caballos. Al llegar a tierra firme montan y parten al galope. Frey Guillem le explica al muchacho que ha enviado una patrulla a la cima del acantilado para vigilar la salida de la playa y evitar encuentros desagradables.

Señalando hacia la orilla le indica el camino por el que han desaparecido los templarios detrás de una nube de polvo.

—¿Ves ese camino?, él nos llevará a nuestro destino, la fortaleza de Rosslyn. Ahora estamos en tierras escocesas, donde José de Arimatea arribó desde la Galia con Josefes, el hijo de Jesús y de María Magdalena.

—Josefes, ¿el hijo menor? —pregunta Víctor

—Sí —responde Frey Guillem—, el que fue educado en la cultura druídica antes de que este territorio se llamara Escocia.

—¿Y cómo se llamaba entonces?

—A las tierras que en tus tiempos se conocerán como Escocia se las llamaba Caledonia, aunque también tenían otros nombres algunos territorios, como Dalriada y Gwyr-y-Gogledd. En el del norte habitaban los escotos, de donde salió el nombre de *Escotia*, y también los pictos, llamados *hombres pintados*. Entre ellos y las islas Orcadas, en el mar del norte, estaban las *Highlands* o tierras altas. Todas estas tribus lucharon contra la opresión romana, y fue al unirse cuando lograron echar a los invasores. Pero la religión cristiana ya había arraigado entre ellos mezclándose con la Iglesia celta. Después de marchar los romanos, la Iglesia católica hizo todo lo que estuvo a su alcance para no perder su poder, y tomó algunas costumbres de la cultura celta, apropiándoselas y haciéndolas suyas. Algo parecido a lo que aconteció en la Galia cuando la Iglesia católica estuvo a punto de desaparecer frente al arrianismo. Hasta que en un golpe de efecto consiguieron convertir al catolicismo a Clodoveo tras su boda con la princesa católica Clotilde. Cuenta la historia que en una batalla en la que los merovingios estaban perdiendo, Clodoveo invocó el nombre de Jesús, y al acto el rey alemán cayó mortalmente herido. Al ver esto, los soldados alemanes huyeron y Clotilde convenció a Clodoveo de que había sido un milagro, por lo que a pesar de no estar del todo convencido, el rey merovingio fue bautizado por el obispo de Reims. La Iglesia católica consiguió su propósito ya que todos los súbditos, siguiendo el ejemplo de su rey, también se convirtieron al catolicismo, aunque de hecho ya eran cristianos y no paganos como cuenta la historia creada por Roma. Así de esta forma, utilizando a los reyes merovingios mientras le interesó, y eliminándolos cuando ya no los necesitó, la Iglesia católica se convirtió en la de mayor fuerza en Europa.

Al tiempo que Frey Guillem da estas explicaciones los trabajos de desembarco continúan, y en poco tiempo gran cantidad de fardos y caballos están ya sobre la arena de la playa. Entonces, maestro y pupilo se despiden de Frey Hugues mediante los tres abrazos simbólicos y bajan a tierra, donde Amiel y Constance les están esperando. Allí terminan de preparar las monturas y acomodar la carga en mulas. Entretanto, la majestuosa nave de la orden, con la misma suavidad con que efectuó la maniobra de atraque, se separa del muelle y empieza a navegar por el estuario en busca de mar abierto, dejando tras de sí solo una estela de espuma sobre las cristalinas aguas como única señal de su paso.

Mientras la Santa María Magdalena recupera su libertad y navega de nuevo a toda vela, el grupo que ha descendido abandona la playa llevando consigo unos bultos sospechosos repartidos en varias mulas.

Abre el paso Frey Guillem, acompañado de Víctor, que no se separa de él, y detrás, montando un solo caballo, siguen Amiel y Constance, acompañados de veinticinco templarios a los que se han unido los cuatro sargentos que montaban guardia a la salida de la playa. Con gran rapidez, los treinta y tres jinetes, junto a las mulas cargadas con los fardos, llegan a la cima del acantilado. Allí toman el camino que se dirige hacia el oeste adentrándose hacia el interior.

Víctor, deteniéndose un instante, dirige su mirada hacia atrás para ver, ya en mar abierto, la imponente nave orgullo del Temple y terror de sus enemigos, que, impulsada por la fuerza del viento, parece volar por encima de las olas.

Ahora, los caballos, con tierra firme bajo sus cascos y después de varios días encerrados en la bodega del barco, están ansiosos por galopar y a los caballeros les cuesta trabajo obligarles a mantener un paso que las acémilas puedan seguir sin poner

en peligro su carga. Manteniendo un ligero trote, la comitiva avanza con rapidez, pero transcurrida una hora de viaje las monturas ya han podido desfogar su ímpetu y el ritmo va descendiendo hasta que se convierte en un alegre paseo. No pasa mucho tiempo hasta que una fina lluvia les saluda y les da la bienvenida a la húmeda y fría Escocia. Víctor conoce así la tierra que vio crecer y vivir al legendario rey Arturo, siempre acompañado de su maestro y fiel amigo Merlín. La tierra que le vio combatir contra su propio hijo Modred, hijo que fue engendrado por su hermanastra Morgana. Y fue justamente a causa de la disputa de la Iglesia católica de Arturo contra la Iglesia celta de Modred que padre e hijo lucharon en una cruenta batalla en la que perecieron, además de ellos, según cuenta la tradición, la mitad de los escotos. Tras la batalla fue el cuerpo de Modred el que fue enterrado en Avalón, la isla mágica que nadie sabe dónde se encuentra, y no Arturo como cuenta la leyenda. A causa de su traición al convertirse al catolicismo, Arturo no fue llorado por la Iglesia celta. Pero en cambio fue reverenciado por la Iglesia católica hasta el punto de que los monjes de la abadía de Glanstonbury, cuando Ricardo I les cortó la subvención económica en el año 1189 para destinarla a las cruzadas, encontraron "casualmente" los restos de Arturo y de su segunda mujer, Ginebra, en una tumba al excavar en la cara sur de la capilla, al lado mismo de la abadía, hecho que provocó un aluvión de peregrinos que aumentaron los ingresos por los cuantiosos donativos que recibieron. Nunca un hallazgo fue tan oportuno, y como las reliquias se cotizaban bien, el negocio salió redondo.

Bajo una fría lluvia, y con la humedad metida en lo más hondo del cuerpo Víctor cabalga recordando el calor y la tranquilidad de la acogedora biblioteca de la Rochelle, donde pasó horas descubriendo la verdadera historia entre libros antiguos.

Los componentes del grupo avanzan en silencio soportando las inclemencias del tiempo y protegidos por el estandarte blanco y negro que, desafiando la niebla, va rompiéndola en pequeños jirones mientras ondea en lo alto de la pica que sostiene el gonfalón. Aterido por el frío y calado hasta los huesos, Víctor intenta darse friegas en las piernas. Cuando le parece ver en lo alto de una pequeña colina una figura que, confundiéndose entre la bruma, se esconde rápidamente. No le da importancia y siguen avanzando por un camino embarrado al final del cual la silueta de lo que parece una fortaleza va dibujándose cada vez con más claridad. Y cuando la noche empieza a mostrar sus primeras sombras el grupo llega a las puertas de un enorme castillo.

Envueltos entre la niebla, los jinetes no advierten que desde el interior un personaje vigila su llegada siguiendo todos sus movimientos. Desde una torre la figura observa cómo el grupo cruza las puertas y entra en el patio de armas, donde los soldados salen a su encuentro. Una vez dentro, las puertas del castillo vuelven a cerrarse al tiempo que los soldados atienden a los visitantes. Entonces la sombra se aleja de la ventana desapareciendo a través de un angosto corredor hasta un punto en donde se detiene. Allí tantea la pared y encuentra una pequeña argolla de la que tira. Frente a él, parte del muro se desplaza hacia atrás con un ruido seco, dejando un hueco lo suficientemente grande para que un hombre pueda pasar. Sin dudar un instante entra y desciende por una estrecha escalera de caracol iluminándose con una tea que ha encendido. Mientras baja oye a sus espaldas el ruido que le anuncia que la pared ha vuelto a su posición original cerrando la entrada del pasadizo. El personaje, un anciano de lento caminar, baja por la escalera meditando sobre los visitantes que acaban de llegar. Con una mano sostiene la antorcha y con la otra acaricia una extraña joya que cuelga de su cuello. Sobre su túnica de color negro, la medalla de oro que muestra una escuadra va produciendo destellos

brillantes al reflejar la luz ambarina de la antorcha. Entretanto, en el patio del castillo, Víctor entrega las riendas de su caballo a un joven soldado, que en su capa, además de lucir la cruz como todos los templarios, luce la figura de un compás bordada encima. Extrañado por este hecho, Víctor se vuelve hacia su maestro, pero entonces observa cómo el sargento de guardia brinda un saludo a Frey Guillem dibujando con la mano una extraña figura en el aire, al que su maestro responde de igual forma, para luego fundirse en un abrazo. Los dos han colocado su mano derecha abierta en el cuello, con la palma hacia abajo, y llevándola con fuerza hacia la derecha la han dejado caer al costado, dibujando un ángulo de noventa grados.

Cuando los dos se separan, Víctor observa cómo el sargento hinca su rodilla derecha en el suelo y baja la cabeza, lo que indica que sea cual sea esta hermandad dentro del Temple, su maestro ostenta algún alto cargo.

Ante ello decide guardar silencio y mantener la discreción, por lo que, vencido por el cansancio y el frío, el muchacho renuncia a preguntar y acepta la invitación de una cena caliente antes de acostarse.

Por la mañana, Víctor se siente como nuevo. La noche anterior, después de los saludos y de ponerse ropa seca todos pudieron degustar un generoso asado de cordero con miel y verduras, tras el cual pudieron dormir en una confortable habitación.

El muchacho echa un vistazo mientras por los ventanales entran los primeros rayos de sol que, tímidamente, asoma tras una capa de nubes. Incorporándose se da cuenta de que el dormitorio es una sala con tres hileras de camastros perfectamente alineados. Siguiendo su observación descubre distintos blasones colgados en la pared. Sin saber a qué casas pertenecen los observa intentando descubrir algún detalle en su simbología. Pero solo reconoce el escudo del centro que reproduce la cruz del Temple, aunque de

una forma distinta a la que hasta entonces había conocido. La cruz, también de color rojo, está sobre fondo blanco, pero solo tiene tres brazos, y los tres de distinto tamaño. Perplejo al descubrir que en esta fortaleza escocesa del Temple, las cruces y las enseñas son distintas a las que lucen los freires de la orden en el continente, se levanta y cruza el dormitorio. Cuando llega al pasillo distingue a su izquierda un grupo de puertas. Todas cerradas. Y a su derecha unas escaleras que descienden. Siguiendo su instinto, y el aroma a comida que le llega desde abajo, decide seguir este camino. Al llegar al piso inferior encuentra un amplio salón donde una mesa llena toda la estancia. Siguiendo el agradable olor cruza la sala hasta la puerta que comunica con la cocina. Duda si entrar o llamar. Finalmente, decide empujar la pesada puerta y se asoma al interior. Entre el humo que desprenden numerosas ollas colgadas de gruesas cadenas al fuego, Víctor distingue la silueta de un hombre ataviado con un delantal sucio. Tímidamente se acerca y mediante signos le indica que tiene hambre. Esforzándose en sus gestos también le pregunta si puede comer. El cocinero, mirando a Víctor y colocando los brazos en jarras, exclama:

—¿Qué te pasa muchacho? ¿Se te ha comido la lengua el demonio?

—No, no señor —responde sorprendido Víctor.

—En vez de gesticular como un poseso ya puedes hablarme en cristiano que te entiendo. Si tienes hambre, y quieres comer pídelo como todo el mundo. Venga, pasa y siéntate al lado del fuego.

Azorado, Víctor le obedece, y sorprendido pregunta:

—¿Vos no sois escocés, verdad?

—Eres buen observador muchacho —contesta el cocinero—. Efectivamente, no soy de aquí. Yo nací en un pequeño pueblo cerca de Carcassone, en el Languedoc. Pero llevo en Escocia veinte largos años.

—¿Sois templario? —pregunta de nuevo Víctor.

—Como tal me reconocen mis hermanos —responde el cocinero.

—¿Este castillo es del Temple, verdad? —interroga Víctor intentando averiguar las diferencias en los uniformes y los símbolos.

—Jovencito, estás en el castillo de Rosslyn. Una de las joyas de la orden.

—Pero el uniforme que vestís los hermanos es distinto. Y en el pecho lleváis la cruz con un compás.

—Es uno de los emblemas de nuestra orden —explica el cocinero—. Este castillo pertenece a la *prieuré*. Una orden dentro de la orden. Somos los guardianes del grial y de los *santos secretos*. Esta fortaleza, jovencito —apunta bajando la voz como si las paredes pudiesen oírle—, es la encomienda más secreta del Temple.

Y tras decir esto el cocinero se lleva el dedo índice a la boca indicándole que guarde silencio. Después lo baja un poco, y haciendo como si se lo clavara bajo el mentón, sin soltar ninguna palabra más, le sirve a Víctor un plato de sopa en el que flotan pedazos de pescado ahumado. Luego, como si la conversación anterior no hubiera existido, vuelve a sus quehaceres.

Víctor toma un sorbo reflexionando sobre las palabras del cocinero, y recuerda que en otra ocasión ya le hablaron de un círculo dentro del círculo. Pero, tanto el cocinero como Víctor ignoran que unos ojos les están observando, y que unos oídos están atentos a sus palabras.

Oculto detrás de la pared, el espía es el mismo que la noche anterior vigiló la llegada. Desde su escondrijo, el anciano ha seguido toda la conversación a través de un orificio. Incluso ha podido oír las palabras que el cocinero ha pronunciado en voz baja en la oreja del muchacho; y es que toda la fortaleza está llena de pasadizos que el anciano conoce como la palma de su mano.

Después terminar la sopa y rebañar la escudilla con trozos de pan, Víctor se despide del cocinero y se dirige al patio resuelto a encontrar a su maestro. Entonces los pequeños ojos negros desaparecen del agujero y una silenciosa sombra se esfuma deslizándose por un pasadizo tras la pared de la cocina.

Ya fuera, Víctor sube a la muralla y da varias vueltas observando con deleite los páramos escoceses. La vista del paisaje le transporta a un mundo desconocido. Un mundo mágico. Así pasa casi una hora hasta que decide volver al patio de armas, donde descubre a un grupo de caballeros ejercitándose con la espada y acompañados de un hombre de avanzada edad que viste una brillante túnica celeste. El anciano, a pesar de su edad, se mueve con gran agilidad y esquiva los mandobles que dos fornidos templarios le propinan bajo la atenta mirada del resto. El viejo salta, se agacha, se inclina a derecha y a izquierda esquivando cada uno de los envites mientras que, con un palo, asesta golpes en el pecho a sus adversarios. Estos, al propinar estocadas al aire intentando cazar al anciano, dejan sin protección el cuerpo, y si el viejo en vez de un bastón usara una espada ya les habría vencido sin dificultad, y estarían muertos.

Víctor se sienta en un peldaño para contemplar el espectáculo, maravillándose con la técnica que usa el anciano para evitar sin esfuerzo los golpes, mientras sus contrincantes jadean exhaustos. Al finalizar los dos caballeros clavan sus espadas en el

suelo y respiran hondo para recuperar el aliento. El anciano, en cambio, se apoya en su delgado bastón y sonríe complacido.

Luego, como si hubiera sabido en todo momento de su presencia, se vuelve hacía Víctor y le dedica un saludo con un ligero movimiento de cabeza y empieza a andar hacia él.

Víctor lo observa atentamente. Tiene el aspecto de un viejo de ochenta años. Pero quizás la causa de que parezca mayor sea su larga barba. Su rostro, surcado de arrugas, muestra un aspecto agradable y bondadoso, la mirada, en cambio, es firme. Bajo la túnica, Víctor adivina un cuerpo musculoso y bien conservado que a pesar de la edad se mantiene erguido. Su altura exagerada le hace sobresalir entre el grupo de caballeros dándole un aire de solemnidad, que se ve acentuado por su túnica de color celeste. Esta le cubre hasta los pies en los que calza sandalias de cuero. Se ciñe con un cinturón de cuero adornado con extrañas figuras doradas, y de las mangas asoman unas callosas manos de largos dedos que sujetan con firmeza el largo bastón nudoso. El mismo con el que ha rechazado los mandobles de los templarios, y con el que les hubiera podido abrir el pecho de un tajo si hubiera sido una espada.

Al acercarse Víctor aprecia en uno de sus dedos un anillo de oro con un símbolo formado por un compás y una escuadra que recuerda haber visto ya en otro lugar.

—Buenos días, muchacho —saluda al llegar—. Me he dado cuenta de que mostrabas interés en la pelea. ¿Eres acaso un voluntario que quiere ingresar en la Orden del Temple para correr aventuras en tierras lejanas?

Al oír la voz del anciano Víctor percibe un extraño acento que le recuerda al joven musulmán que conoció en una de las encomiendas en tierras catalanas, y usando una mano para protegerse del sol mira al viejo fijamente descubriendo que, bajo la espesa

barba, el rostro es de color aceitunado y sus rasgos son árabes. El viejo sonríe a Víctor mostrando unos labios muy finos bajo los cuales aparecen dos hileras de dientes bien cuidados. Ante el silencio del muchacho el anciano insiste:

—¿Sabes hablar chico? ¿Quizás te he asustado?

—No, señor, no me habéis asustado —responde con firmeza Víctor mientras se levanta—. Solo que vuestro aspecto y vuestro acento me han llamado la atención.

—Bueno, pues lo correcto será que nos presentemos. Soy Ibn al-Iran, y desciendo de una antigua familia que vive en unas tierras muy lejanas de aquí. Mi país está en Oriente, en una franja de terreno que separa los reinos de Occidente de los territorios de los bárbaros mongoles. Allí está Alamut, nuestra más insigne fortaleza, protegiendo nuestra cultura de las invasiones de las hordas salvajes a las órdenes del Khan.

—¿Venís de la fortaleza del Viejo de la Montaña? —pregunta Víctor sorprendido.

—Así es —responde el árabe complacido—. Hace ya mucho tiempo que llegué aquí siguiendo las órdenes de mi señor, el Viejo de la Montaña, como le llamáis vosotros. Veo que tienes conocimientos, y que no eres un patán que viene a buscar en el Temple solo refugio y comida fácil.

—Mi nombre es Víctor, y viajo con Freire Guillem de Cardona —exclama Víctor con orgullo—. Llegamos ayer por la noche.

—¡Ah! Así que tú eres el muchacho que viaja con Guillem. Encantado de conocerte. ¿Cómo has dicho que te llamas? ¿Víctor? Que nombre tan extraño. Nunca lo había oído. Y, ¿de dónde llegasteis?

—De La Rochelle. Hemos navegado a bordo de la Santa María Magdalena.

—Así que el bravo Frey Hugues os traído hasta las islas del norte. ¿Cómo has logrado que la orden te permita viajar en su mejor nave? ¿Cuál es la importante misión que justifica que el Temple ponga a sus mejores hombres a tu servicio?

El anciano somete a Víctor a una batería de preguntas ante las cuales el muchacho se da cuenta de que ha hablado más de la cuenta. Y como no debe compartir con nadie el motivo de su viaje, ni la información de que con ellos han viajado cátaros cargados con tesoros que provienen de Montsegur, intenta llevar la conversación por otro camino.

—No lo sé, señor. Eso lo deberéis preguntar a mi preceptor. ¿Por qué no me habláis acerca de vuestra tierra y de Alamut? Me gustaría saber si las historias que he oído son ciertas.

—Así que viajas con un preceptor particular. Entonces debes ser todo un personaje —exclama Ibn al-Iran—. Mejor que sea así, porque en mi país, a un joven tan curioso ya le habrían cortado la lengua por preguntar tanto. Dime, ¿qué quieres saber?

—Decidme, ¿es cierto que Alamut es el refugio de la secta de los ashassins?

—¿Qué conoces tú de los ashassins? —pregunta sonriendo el árabe.

—Que son unos enemigos terribles, y que su líder, el Viejo de la Montaña, es temido por todos los soberanos de la región.

—Es cierto, pero quizás la leyenda te confunda un poco. Verás, sentémonos y te contaré la verdadera historia.

Entonces el anciano narra a Víctor la historia de la secta de los ashassins y de su jefe, el Viejo de la Montaña.

Víctor escucha con atención mientras Ibn al-Iran le explica que Alamut es una fortaleza en lo alto de una montaña, a la que solo se accede por un camino que serpentea entre profundos barrancos. Y que todo aquel que quiere llegar tiene que subir por este

único camino, quedando a merced de los expertos arqueros que desde lo alto de los muros vigilan el acceso. La montaña, enclavada en una árida región cercana al mar Caspio, está rodeada de profundos valles y de altos riscos que hay que cruzar para llegar donde empieza el camino que sube a la fortaleza. Pequeños pueblos que se confunden con el paisaje, y cuyas casas, construidas de barro, dan un poco de vida a estos desolados valles. Y no hay ninguna familia en toda le región que no haya entregado un hijo a la secta de los ashassins para que sirva a las órdenes del Viejo de la Montaña, que es como se conoce al jefe y líder espiritual de esta secta religiosa. Tener un miembro entre las filas de los temidos soldados de Alamut da prestigio a las humildes familias. A la vez que de esta forma se sella un pacto por el cual el Viejo de la Montaña se compromete a proteger de cualquier invasión a las aldeas de los valles cercanos. Los muchachos reclutados entran a formar parte del pequeño ejército. Primero cumplen un año realizando las tareas más sencillas, mientras se ejercitan en el manejo de una pequeña espada, similar a una daga y que tiene la hoja ondulada. Esta es el arma preferida de los Ashassins. Durante este primer año, los postulantes deben superar diversas pruebas, hasta que sus superiores se convenzan del grado de fidelidad de cada uno de ellos. Después son destinados a distintos cuerpos del ejército en función de su entrega y práctica con la daga. Los más fieles, aquellos que son capaces de obedecer a ciegas las órdenes, y que están dispuestos a entregar su vida, son los que llegan a formar parte del cuerpo de elite. Este es el grupo más temido, pues son capaces, si sus oficiales lo ordenan, de llegar hasta el refugio más seguro para cortar el cuello, o apuñalar a cualquier rey, visir o califa que haya osado desafiar al Viejo de la Montaña.

Así, sin necesidad de enfrentar a ejércitos, ni de librar grandes batallas con miles de muertos, el señor de Alamut consigue que su palabra sea respetada, y que su territorio

esté a salvo de luchas. Entrenados especialmente para ello, estos jóvenes *fidais* son terriblemente efectivos, ya que lo importante para ellos es cumplir con éxito su misión. El hecho de regresar con vida carece de importancia. Conscientes de que van a sucumbir en el desempeño de su objetivo, los *fidais* se entregan contentos a la muerte. Pues están convencidos de que van a entrar en el reino de los elegidos, de los que han muerto en la yihad, la guerra santa. Y así disfrutarán la eternidad con bellas huríes en el más idílico de los paraísos. Para lograr esta fe ciega, antes de cada misión, El Viejo de la Montaña hace drogar a los jóvenes guerreros, y luego les introduce en un jardín secreto escondido en lo alto de la fortaleza. Este jardín está poblado por las más bellas aves que existen en la tierra, y decorado con las plantas más bonitas que nadie ha podido imaginar. En él todos los rincones se hallan engalanados con infinidad de fuentes de las que mana constantemente agua cristalina. Este rincón del paraíso también se encuentra habitado por las más hermosas muchachas que nadie haya podido juntar nunca. Ataviadas con preciosos vestidos de gasa transparente, y oliendo a rosas y a jazmín, estas jóvenes se entregan a excitantes juegos amorosos con todos los bravos guerreros que son introducidos en este vergel, donde además también se pueden degustar exquisitos manjares. Después de pasar una semana en este jardín, los guerreros son drogados nuevamente, y dormidos se les retorna a la realidad. Es entonces cuando sus superiores, después de explicarles la misión, les aseguran que si mueren en ella volverán al cielo que han conocido en sueños. Mediante esta técnica, y el consumo regular de *hassis*, de donde les viene el nombre, estos guerreros se convierten en suicidas a las órdenes de su líder, el Viejo de la Montaña.

La secta de los *asshassins* fue fundada por Nizar en 1090, cuando mediante una hábil estrategia se apropió de la fortaleza de Alamut, conocida como el nido del águila y

situada en la sierra de Elburz. Desde su refugio, el primer señor de Alamut quiso restituir una nueva edad de oro a los chiitas, fundando un imperio basado en las antiguas creencias. Los primeros adeptos, entre los que reclutó a su pequeño pero eficaz ejército, tenían una organización muy similar a la utilizada por la Orden del Temple, y a todos, desde el primer novicio hasta el gran maestre, se les clasificaba según su nivel de instrucción. El constante entrenamiento que recibían incluía tanto el ejercicio físico como el adoctrinamiento religioso.

La técnica usada por los temibles asesinos para cometer sus atentados consistía en disfrazarse de pacíficos ascetas, para transitar libremente por la ciudad donde deben cumplir su misión, familiarizándose con los lugares y las costumbres de sus víctimas sin levantar sospechas. Víctor queda impresionado al oír el relato de Ibn al-Iran cuando le cuenta que él mismo sirvió en varias misiones, y cómo la fortuna quiso que siempre regresara con vida. Y que con el tiempo se convirtió en uno de los fieles consejeros del Viejo de la Montaña.

El ingreso en la cúpula jerárquica en la secta de los *ashassins* le permitió tener acceso a todos los conocimientos secretos guardados tras los muros del palacio. Especialmente a la gigantesca biblioteca que a lo largo de siglos llegaron a reunir los distintos *Viejos de la Montaña* que gobernaron, la mayor biblioteca de Oriente, la que más volúmenes contenía. Allí conoció los arcanos de las tres religiones, y los mensajes que Dios envió a los hombres. Y cómo estos, ciegos en su soberbia, no supieron interpretar.

También aprendió en ella los secretos de las antiguas escuelas egipcias, y fue iniciado en los misterios de las antiguas civilizaciones de Mesopotamia, de las que solo

unos pocos elegidos pudieron recibir su transmisión. Como la del culto a Sumer, primer dios monoteísta en la historia de la humanidad.

La ciencia de la astronomía, de la medicina y de la geometría le fueron mostradas, y en ellas fue instruido antes de que su señor le enviara a Rosslyn para formar parte del consejo de la *prieuré*, junto a los más sabios y expertos maestres del Temple.

A lo largo de las charlas que sostienen tras los muros de la fortaleza, Víctor y el anciano ven cómo entre ellos crece un fuerte vínculo, y pasan muchas horas paseando mientras Ibn al-Iran le muestra al joven infinidad de detalles sobre la forma geométrica que tiene el castillo y cada uno de sus edificios.

De esta forma, Víctor tiene la oportunidad de conocer todo el esplendor que la geometría, aplicada al arte de la construcción, logra en las figuras erigidas a partir del número áureo, creando formas en las que la belleza adorna la fuerza de las edificaciones, cuando estas son elevadas siguiendo la sabiduría de los maestros.

En las ocasiones en que la noche de Escocia se muestra benévola y permite que luzcan las estrellas, los dos suben hasta la torre donde el anciano tiene instalado su pequeño observatorio, donde Víctor aprende a leer el cielo y sus constelaciones de la mano de un experto astrónomo. Es en el laboratorio donde el anciano muestra a Víctor unas esferas metálicas que reproducen las estrellas que forman las doce constelaciones; todas ellas unidas por unos aros que, mediante un movimiento constante que transmite un sistema de cuerda, imitan las diversas posiciones en el cielo, semanas antes de que se produzca. Este cachivache, como lo llama cariñosamente Víctor, es el artilugio que más le gusta de todos los que el anciano tiene en su laboratorio, y los dos pasan horas viéndolo moverse prediciendo las posiciones que adoptarán los astros.

—¿Te gusta? —pregunta el anciano.

—Sí. Es muy curioso. Nunca había visto nada igual.

—Este lo construí al llegar aquí. Pero en Alamut hay uno mayor. Tan grande que dentro de la esfera que representa la tierra cabe un hombre de pie.

—Me gustaría viajar un día a vuestra tierra y visitar Alamut —exclama Víctor.

—Ten paciencia. Eres joven, y todavía tienes camino por recorrer —responde el árabe sonriendo.

—¿Creéis que algún día Frey Guillem querrá que vayamos? —pregunta Víctor excitado.

—Maese Guillem ya conoce Alamut —responde Ibn al-Iran—. Ha estado varias veces en nuestra fortaleza. Allí le conocí. Y cuando emprendí camino a Rosslyn hice el viaje con él. Gracias a las hábiles negociaciones de maese Guillem, y a los muchos acuerdos establecidos entre el Temple y el señor de Alamut se ha evitado verter mucha sangre, tanto cristiana como musulmana. Por desgracia, no siempre ha sido posible contener las ansias de lucha de los nobles que, bajo el pretexto de recuperar los sagrados lugares del cristianismo, han viajado a Oriente para enriquecerse y practicar los más viles actos de pillaje.

El anciano se refiere a cuando llegaban a Oriente nobles europeos en busca de fama y dinero, empuñando la espada empujados por una nueva cruzada.

Una nueva cruzada bajo cuyo pretexto manchaban de sangre la tierra que Jesús pisó, para después regresar a sus hogares en Europa, dejando tras ellos la violencia, el dolor y la enemistad entre culturas.

—Supongo que ya sabrás que las cruzadas no han sido más que el pretexto para establecer nuevas rutas comerciales, y arrebatar mercados a la competencia. Date cuenta de que detrás de ellas, actuando en la sombra, siempre han estado las principales

familias de Europa. Cada vez que una cruzada ha llevado hasta Oriente a miles de hombres arrastrados por el fanatismo religioso promovido por Roma, los lombardos, los genoveses, los venecianos y los pisanos han multiplicado sus ganancias. Ningún tipo de remordimiento les ha impedido comerciar y hacer negocios con ambos bandos. Ahora, con la flota del Temple y sus redes comerciales por todo el mediterráneo se han acabado muchos monopolios. Pero ello ha causado a nuestra orden el problema de crearse enemigos. Temo que este esplendor que estamos viviendo no sea más que una etapa efímera. Recuerda, querido Víctor que, siempre que ha habido épocas de esplendor y de resurgimiento de la cultura ha sido en tiempos de paz, armonía y tolerancia. Jamás la flor de la sabiduría y el árbol de la abundancia han crecido en medio de las guerras, o bajo el reinado de reyes tiranos y dictadores.

—Maestro, decidme, ¿cómo es el Viejo de la Montaña?

—Nosotros le llamamos la *luz*, porque él es quien ilumina el camino de su gente, a la que cuida y protege. Los jefes cristianos y los emires le consideran un salvaje porque utiliza a sus *fidai* para acabar con la vida de sus enemigos, pero nunca envía a sus sicarios contra ningún hombre bueno. Siempre actúa contra el que amenaza nuestra paz o a nuestra gente. Para nosotros es más salvaje el rey que manda miles de soldados a luchar, haciendo que tras varias horas de batalla el campo quede cubierto de sangre y cadáveres. Tres o cuatro hombres a cambio de salvar cientos, o quizás miles de vidas es un precio bajo. Es lógico que, en su posición deba ejercer el poder con mano firme. Son tiempos difíciles, y a veces se ve obligado a aplicar castigos ejemplares. Otra de sus características es que, al contrario de los zafios señores de Occidente que no saben leer ni escribir, nuestro líder practica la cultura en todas sus formas, protegiendo el

conocimiento y la sabiduría de la barbarie; la que nos amenaza desde Occidente, pero también desde Oriente.

—Por lo contáis, la fortaleza de Alamut es inexpugnable.

—De momento hemos resistido a todos los ataques, pero esto no durará eternamente. Llegará un día en que la amenaza de los mogoles se hará realidad. Ese día nuestra fortaleza y nuestra cultura serán barridas. Lo sabemos. Por esto hemos transmitido a nuestros hermanos templarios nuestros valiosos secretos y nuestros más preciados conocimientos. De esta forma, cuando nuestra querida Alamut sea arrasada y su biblioteca quemada, nosotros podremos seguir viviendo en forma espiritual dentro de la Orden del Temple.

Víctor descubre por boca de Ibn al-Iran el proceso de transmisión que los magos de la secta de los *ashassins* han realizado a los maestres del círculo secreto de la Orden del Temple, la *Prieuré* de Sion.

Y sin sospechar el motivo por el cual el anciano le confía secretos que han sido celosamente guardados durante años, va asimilando las revelaciones que le transfiere. Desconoce que su nuevo maestro sabe perfectamente quién es y de dónde viene.

Por ello el árabe, que conoce la misión para la que el joven está siendo preparado, y que además es uno de los guías destinados a iluminar sus pasos le aclara:

—No te preocupes, Víctor, estoy seguro de que Guillem aprobará que comparta contigo todos estos conocimientos.

La inocencia de Víctor le impide ver que sus conversaciones han girado siempre hacia temas concretos. Ya que, siguiendo un plan trazado, los maestros que Víctor irá

encontrando en su peregrinaje le abrirán el acceso a conocimientos que jamás podría aprender solo en los escritos.

Otro hecho que ignora es que sus conversaciones siempre han tenido un testigo, pues la enigmática figura que le vigiló la noche de su llegada, y que espió la conversación en la cocina, no le ha quitado nunca los ojos de encima.

Sin que se dé cuenta, y siguiendo un destino ya dispuesto, Víctor está siendo preparado para ser iniciado en el Círculo.

El rostro de Asmodeo

Ha sido una larga noche, pero finalmente, los primeros rayos de sol asoman detrás de las montañas esparciendo tímidamente su luz. Aunque hoy, para los habitantes de Montsegur la mañana no trae la alegría y el calor de otros días. Nadie en la fortaleza ha podido dormir y todas las familias han pasado la noche rezando juntas.

Incluso el hielo y la escarcha añaden una nota gélida a esta amarga mañana de marzo. La última mañana que verán amanecer en el castillo, y para muchos de ellos la última de su vida. Las madres se estremecen abrazando a sus hijos y los niños lloran al ver lágrimas en los ojos de sus madres.

Mientras tanto, los hombres, a los que se les refleja la derrota y el cansancio en el rostro, rodean con sus brazos a sus mujeres e hijas, temiendo las barbaridades que las tropas del rey, que aguardan como hienas, les puedan hacer. Este es el desolador aspecto que ofrece hoy Montsegur cuando las primeras luces señalan que el día más temido por todos ha llegado.

Siguiendo el acuerdo alcanzado por el comandante defensor, Pierre-Roger, con el senescal del rey y el legado del papa, los habitantes de Montsegur rendirán la fortaleza a la tropa cruzada, y se entregarán a la justicia de la Inquisición.

A pesar de que el legado papal ha jurado respetar su vida, nadie confía en su palabra. Todos saben que van a morir.

Un numeroso grupo de cátaros ha recibido el *consolamentum* durante la noche, en la cueva secreta y a manos del obispo Bertrand Martí. Después han salido en procesión hasta el patio del castillo, cantando y rezando para encabezar el descenso hasta la base de la montaña, donde aguarda el ejército del rey.

Poco antes de abandonar los muros del castillo, un grupo de perfectos ha enterrado a los muertos de la última noche y después han sellado la cripta de forma que nadie pueda encontrar la más mínima señal de su existencia.

En peregrinación, y guardando silencio todos los habitantes del castillo han empezado el descenso por el estrecho sendero. Los fuertes ayudan a los débiles y las madres llevan a sus hijos en brazos.

En el campamento, la tropa había empezado a gritar alardeando de su victoria, pero ha callado impresionada por el espectáculo. Los soldados estaban convencidos de que los cátaros se entregarían rogándoles y suplicándoles piedad, pero se sobrecogen al ver con qué serenidad llegan los primeros de ellos en un dramático silencio, roto solamente por el ruido del roce de sus túnicas blancas. Todos andan mostrando en el rostro tranquilidad paz.

En un extremo del campo, los carpinteros se detienen y en silencio se hacen la señal de la cruz. Han estado toda la noche construyendo una enorme plataforma de madera en forma de gigantesca pira, en la que varios soldados están apilando fajos de leña. Al ver la construcción y lo que representa, los perfectos que abren la marcha se dirigen hacia ella sin que nadie les dé ninguna orden y, como si una misteriosa voz les hubiera hablado, en ese instante empiezan todos a cantar al mismo tiempo. Los cánticos cruzan el campamento hasta llegar a una tienda de color negro que esta plantada en un extremo. Justo en la linde del bosque, donde un estandarte, también de color negro, ondea en la puerta, indicando a quien se atreva a acercarse que un alto cargo de la inquisición es su inquilino.

Al oír los melodiosos cánticos que se elevan hacia el cielo, Andrés del Orbe, dominico español y máximo responsable de la Inquisición en esta cruzada, sale de la

tienda. Y mientras se ajusta el hábito se dirige a la enorme pira razonando que es hora de terminar el trabajo que ha venido a hacer:

—Ha llegado el momento de salvar las almas de estos herejes. Bien sea con la conversión, o con el fuego purificador.

Al ver que su amo sale del pabellón, los soldados que acompañan al inquisidor se levantan y echan a correr tras él, entonces, Andrés lanza una mirada a su pequeño ejército y sonríe satisfecho.

Cedida al papa por el rey para que le ayuden en su cometido, la tropa está formada por los soldados más crueles que se haya podido reclutar, y su fama es tal, que la sola visión de sus uniformes, acreditativos de que están a las órdenes de la Inquisición, bastan para que la gente enmudezca a su paso. O al contrario, empiece a hablar acusando a amigos y vecinos si son interrogados por los miembros del Santo Oficio.

Hundiendo sus sandalias de cuero en la escarcha que cubre la hierba, Andrés del Orbe se dirige con rapidez hasta donde los prisioneros están siendo rodeados por los soldados. El inquisidor no está dispuesto a que Hugues des Arcis, el senescal y perro fiel del rey, le quite ni un ápice de protagonismo.

—¡Estos herejes son míos!

Por algo él es el más alto inquisidor nombrado por el papa. Entre tanto, sentado en un sillón, sobre una tarima de madera, el senescal observa rodeado de sus fieles soldados cómo llegan los últimos cátaros, y cómo su tropa, amenazándolos con las picas, los va rodeando.

Es en ese instante cuando oye a su espalda unos gritos. Se vuelve para ver cuál es el motivo de tal algarabía y ve cómo Andrés del Orbe se está enfrentando a un soldado que le impide el paso. Antes de que el senescal pueda intervenir, el sargento que manda la

tropa de la Inquisición, un bretón de más de dos metros de altura, saca su espada y asesta un tajo en el cuello al sorprendido soldado. El golpe es tan violento que hace que soldado se desplome sin vida sobre un charco de sangre mientras su cabeza rueda a varios metros. El resto de soldados miran con pánico a su señor buscando una excusa para no tener que enfrentarse al gigante. Entonces el senescal se levanta y haciendo una señal indica que dejen paso al dominico. Los soldados respiran tranquilos y obedecen.

Subiéndose ligeramente el hábito, Andrés del Orbe se encarama a la tarima de un salto, y plantándose frente a Hugues des Arcis le grita con insolencia:

—Señor, os ordeno que por la autoridad que me han conferido el papa y el rey de Francia cedáis estos herejes a mis hombres para que la Inquisición pueda cumplir con su sagrado deber.

—Señor inquisidor —responde el senescal—, debéis saber que el legado del papa y yo mismo hemos dado nuestra palabra de respetarles la vida si esta gente rendía la fortaleza.

—A la Santa Inquisición no le atan vuestras promesas ni las de ese obispo mujeriego —exclama Andrés del Orbe—. Haremos nuestro trabajo. Y a fe de Dios que hoy purificaremos unas cuantas almas en este lugar. Ahora debéis poner vuestra tropa bajo mis órdenes para que se cumpla el interrogatorio. Todos aquellos que no abjuren de su falsa religión, y no quieran apartarse de la herejía serán quemados.

—Haced como os plazca —responde el senescal—. Yo prometí al rey tomar el castillo antes de Pascua, y justo en el término he cumplido mi misión. De lo que aquí se cometa deberéis ser vos quien se responsabilice ante el rey, el papa y la historia.

Tras decir esto el senescal abandona el estrado justo en el momento en el que llega el legado del papa jadeando y sudoroso. Cuando prelado descubre al soldado muerto y

junta las manos cerrando los ojos como si rezara. Después las abre, se hace la señal de la cruz, y sube al estrado hasta llegar a presencia del inquisidor.

—Hermano, ¿es necesaria tanta violencia? Hemos ganado la batalla, ¿para qué entonces continuar con las muertes?

—Señor obispo —le responde el inquisidor despectivamente—, la batalla contra el demonio continúa. Ahora es el turno de la Inquisición. Debemos arrebatar estas almas a Satanás.

Al ver el fanatismo que muestra el dominico, el obispo decide no contrariarle y opta por seguir el juego. No desea perder sus prebendas a causa de un contratiempo con la Inquisición.

—Bien, pues si es así, quememos a estos herejes y volvamos a casa. Ya tengo ganas de dormir en una buena cama y no en el catre de campaña que tengo en mi tienda.

—Hermano —dice Andrés del Orbe—, os ruego que os mantengáis al margen. Vos dejadme hacer mi trabajo, y yo no hablaré al papa de vuestra afición a salvar almas de jovencitas en el calor de vuestra tienda.

—Estad tranquilo, hermano inquisidor —contesta el obispo sonrojado y aguantando su ira—, aplaudo y admiro el sagrado trabajo de vuestra orden. Por mi parte no os estorbaré. Quedad con Dios.

Y diciendo esto el obispo se retira, pero antes no puede evitar dirigir una mirada hacia los prisioneros, que continúan cantando. Y entonces, entre ellos descubre sobre la fría hierba a una bella joven de cabellos rubios. Vestida con una túnica que apenas cubre su virginal cuerpo, la visión de la muchacha despierta en él los más bajos instintos. Se detiene y frotándose lascivamente los genitales siente crecer en su interior la pasión que le produce la posibilidad de pasar una noche con esta tierna criatura intentando salvar su

alma. Pero al momento, la sola idea de enfrentarse a Andrés del Orbe le hace desistir y, sacudiendo la cabeza, retorna de nuevo al camino hacia su tienda mientras aleja de su mente estos sucios pensamientos. Ya habrá otras jovencitas a las que convertir.

Esclarmonde, que ha percibido la mirada lasciva y la maldad que los ojos del legado del papa reflejaban se abraza a su madre, y no puede impedir que una lágrima resbale por su mejilla.

Mientras tanto, el inquisidor disfruta de la situación. Ahora es él quien está al mando de la tropa. Baja de la tarima saboreando su triunfo, y se dirige dónde están los prisioneros. Allí ordena a sus oficiales que separen del grupo a los soldados que estaban a cargo de la defensa del castillo, y establece que los entreguen al senescal para que este los venda como esclavos o haga con ellos lo que le plazca. Con ello hará que Hugues des Arcis tenga su parte de protagonismo y no se sienta relegado a un segundo plano en la victoria.

Aunque su autoridad está suficientemente clara, el inquisidor no quiere provocar una disputa con el senescal. Todavía queda cruzada por delante, y a buen seguro deberán trabajar juntos en el próximo objetivo, cuando dirijan sus pasos hacia el castillo de Queribús, cuyos habitantes resisten y se niegan a entregar a los cátaros que en él se refugian. Ahora, la prioridad es averiguar dónde están los objetos que ha venido a buscar. Debe encontrar aquello que los cátaros llaman el grial antes de que la tropa saquee la fortaleza. Quiere apoderarse de aquello que es conocido como el tesoro cátaro. Conocimientos a los que el pueblo no debe tener acceso y que pondrían en peligro la legitimidad de la Iglesia y de Roma.

Por ello ordena que todos los prisioneros se sienten en el suelo. Luego hace separar del grupo a tres hombres y a tres mujeres entre los cuales se encuentra el obispo

Bertrand Martí. Después los hace llevar hasta su presencia y les pregunta directamente por el grial y por el tesoro de Montsegur. Ante el silencio de los interrogados se gira dándoles la espalda y sube a la tarima. Allí se sienta con gran pompa en el lujoso sillón de terciopelo y oro que su guardia personal ha traído de su tienda. Con tranquilidad baja la cabeza y cierra los ojos como si estuviera reflexionando. Al cabo de unos segundos que los abre y apoya la cabeza entre las dos manos. Muy discretamente hace una señal a su sargento, el bretón, quién cogiendo a una de las mujeres por los hombros la hace arrodillarse e inclinar la cabeza, lo que deja a la vista un cuello fino y delicado. El inquisidor, sin levantar la vista del suelo, vuelve a repetir la pregunta. Al no obtener respuesta lanza una mirada hacia su hombre, y este, como si hubiera estado esperando la señal, asesta un fuerte golpe con la espada en el cuello de la mujer.

Como si fuera de papel, el cuello se parte con un chasquido y la cabeza cae al suelo separándose del cuerpo. La leve pendiente y el tremendo golpe que el verdugo ha asestado hacen que la cabeza ruede hasta los pies de Bertrand Martí. Los ojos sin vida de la mujer miran asustados al obispo cátaro.

Este, horrorizado, cierra los suyos y empieza a rezar en silencio. Después, el verdugo, que todavía sostenía el cuerpo de la mujer lo suelta. Y este cae lentamente mientras la sangre sale a borbotones del cuello, tiñendo de rojo el incipiente verdor de la hierba. El sargento se dirige de nuevo al grupo. Y después de separar a uno de los hombres vuelve a repetir la maniobra haciendo que se arrodille. Esta vez, sin esperar ninguna señal, asesta un certero golpe al pescuezo del cátaro y lo secciona separando la cabeza del tronco. Andrés del Orbe mira a los dos hombres y a las dos mujeres que quedan, y por tercera vez repite la pregunta. Como respuesta, los cuatro se arrodillan y bajan la cabeza ofreciendo sus cuellos al sanguinario gigante. Este, sosteniendo en su

mano la ensangrentada espada mira a su señor, sorprendido por el sometimiento que muestran los cátaros. Presa de cólera, el inquisidor se levanta de su sillón, se acerca a los prisioneros y los golpea con las manos. Fuera de sí, y en medio de un arrebato, agarra violentamente a una de las mujeres por el pelo y la sacude con saña perdiendo los estribos frente a su tropa. Pero cuando se da cuenta de la imagen que está ofreciendo se detiene. Entonces respira hondo para recobrar la calma y mira desafiante a los cátaros en un intento de recuperar la autoridad que momentáneamente ha perdido. Una vez repuesto mira donde está el resto de los herejes y descubre una joven madre que sostiene a su bebé en brazos. Habla con el sargento y este ordena a uno de sus hombres que vaya en busca de la mujer.

A empujones, el soldado la lleva a presencia del inquisidor. Andes del Orbe la mira fijamente a los ojos esbozando una sonrisa, en un intento de ganarse la confianza de la prisionera, y le repite la pregunta sobre el escondite del grial.

Pero la mujer le responde solo mirándole a los ojos al tiempo que sus labios permanecen mudos.

—Mujer, decidme, ¿dónde está guardado eso que llamáis grial? Responde o me veré obligado a ordenar a mis hombres que os corten el cuello. A vos y a vuestro hijo, fruto del demonio y nacido en la herejía.

Al oír la amenaza, la joven madre abraza con fuerza a su bebé y rompe a llorar, pero sigue sin dar respuesta a su interrogador. Entonces el inquisidor se da cuenta de que es inútil continuar. Ve que ninguno de estos herejes le dirá jamás el paradero del misterioso grial, y que tampoco ninguno de ellos abjurará de su apostasía. Contrariado, se levanta de su sillón y ordena que los conduzcan hasta la inmensa pira.

La tropa empieza a empujar a los cátaros hasta la plataforma de madera, y amenazándoles con sus lanzas les hace subir. Mientras lo hacen los cátaros vuelven a entonar sus cánticos, y en pocos segundos una melodiosa letanía sale de doscientas gargantas elevándose al cielo como una triste canción de despedida. Rápidamente el cadalso se llena con los prisioneros cuyo peso amenazan con hundirlo. En silencio, las familias se agrupan conscientes de que las llamas les arrebatarán la vida dentro de pocos minutos. Los niños, sin comprender la situación, lloran como si el instinto les avisara de un grave peligro. Inútilmente sus madres los abrazan y los estrechan contra su pecho, como si de esta forma pudieran protegerlos del fuego.

Por primera vez en su carrera, Andrés del Orbe se siente flaquear. Y nervioso se revuelve en su sillón mientras sus soldados, sosteniendo en lo alto las antorchas, le miran esperando la orden para encender la gigantesca hoguera.

Finalmente, sintiendo sobre sí el peso de cientos de miradas levanta la mano derecha, y lentamente hace la señal de la cruz. En ese instante los soldados acercan las antorchas a la base de madera y, con una rapidez fulgurante, la leña impregnada con brea prende con gran virulencia.

En pocos segundos enormes llamaradas se extienden a gran velocidad por toda la superficie. El calor es tan fuerte que obliga a los soldados a retirarse, y la potencia del fuego se siente con fuerza por todo el prado.

Sobre la plataforma, las llamas muerden con furia los cuerpos de los prisioneros, y las madres, en un intento desesperado, elevan a sus pequeños todo lo alto que les permiten sus brazos, pero cuando finalmente el fuego las consume a ellas también sus hijos mueren abrasados. En pocos minutos un repugnante olor a carne quemada invade el ambiente, y Andrés del Orbe, tapándose la nariz para no sentir el aroma de muerte

que flota en el aire, se sobrecoge al comprobar que ningún grito escapa de las gargantas de los herejes. Muy al contrario, los que todavía están vivos continúan entonando las mismas canciones mientras el fuego los abrasa. Estremecido, el dominico ve un prisionero que, con la cara ennegrecida y el pelo en llamas sigue cantando. Ante la atónita mirada del inquisidor, de la boca del cátaro siguen brotando dulces cánticos, como si su espíritu se hubiera separado y no sintiera el dolor del cuerpo.

El senescal y el legado del papa, que han seguido con horror los detalles del sacrificio desde un rincón del campamento, son testigos de las terribles escenas que se producen entre las llamas.

Las imágenes de bebés ardiendo junto a sus madres han quedado tan grabadas en su mente que difícilmente podrán olvidarlas jamás.

Al cabo de un par de horas las llamas van desapareciendo, y en el lugar donde antes había seres humanos tan solo queda un montón de cenizas humeantes.

La Santa Inquisición, el instrumento creado por Roma para perseguir a las herejías que osan desafiar el poder del papa, ha purificado mediante el fuego a más de doscientas almas. Una vez más, el poder de la Iglesia ha quedado grabado en la historia a sangre y fuego.

Con este sacrificio, Andrés del Orbe da por concluido su trabajo y abandona el prado acompañado de su fiel sargento y de un reducido número de soldados. Con paso rápido se dirigen hacia el camino por el que han llegado los cátaros y empiezan a subir hacia el castillo. Mientras asciende el inquisidor piensa que el triunfo solo le corresponde a él.

—No quiero que nadie me arrebate el éxito. Y mucho menos este senescal inútil, ni tampoco ese libidinoso legado del papa.

Además de su trabajo como inquisidor Andrés del Orbe debe cumplir una delicada misión encomendada personalmente por el brazo derecho del papa, el cardenal Gualtieri. Tiene que encontrar el misterioso tesoro de los herejes.

El tesoro tras el que va todo el mundo y que puede poner en peligro la continuidad de la Iglesia de Roma. Debe encontrar el llamado grial y llevarlo a Roma evitando que pueda caer en manos del ambicioso rey de Francia. Sin conocer cómo es, ni dónde está lo que busca, sube por el estrecho camino acompañado de su escolta pisando las huellas que los cátaros han dejado marcadas en la nieve al bajar. Una vez arriba echa un vistazo y ve la desolación que reina en lo que antes era el más preciado santuario del catarismo. Usando un tono enérgico ordena a sus hombres que se separen y busquen. Mientras él, siguiendo un presentimiento, encamina sus pasos hacia donde está tapiada la puerta de acceso a la cripta secreta. Cuando llega no ve nada raro, pero siente que algo le ha conducido hasta ese punto concreto del muro. Distraídamente pasea su mano por la fría pared de piedra y percibe una sensación. Algo le dice que está cerca. Cierra los ojos y continúa acariciando las piedras. Hasta que al poner su mano sobre una roca, esta cede hundiéndose unos milímetros.

Abre los ojos y la mira detenidamente. Luego apoya la palma de la mano sobre la superficie plana de la piedra y la empuja con fuerza. Al segundo intento la piedra se hunde por completo y deja un agujero en la pared. Mientras un escalofrío le recorre la espalda repite la operación con otra piedra, y esta se hunde también. Varias veces hace la misma operación, y en todas ellas las piedras caen detrás de la pared haciendo un ruido seco. Ahora la abertura es lo suficientemente grande para ver el interior, y en la oscuridad distingue una escalera tallada en la roca que se hunde en el suelo. Con un grito llama a sus hombres, que acuden corriendo, y encarga a uno de ellos buscar algo

con que alumbrarse. Mientras los soldados terminan de quitar las piedras suficientes para permitir el paso de un hombre, Andrés del Orbe se deleita con el pensamiento de haber vencido a los herejes. De haber encontrado el escondite del tesoro que tan secretamente han ocultado. Cuando el soldado al que envió a buscar una antorcha regresa con ella, Andrés la toma y cruza el hueco del muro. La luz ambarina de la tea ilumina una estrecha y corta escalera que termina en una puerta de madera. Desciende hasta llegar a ella y la empuja con la mano.

Se sorprende de la facilidad con que se abre. Piensa que los herejes estaban seguros de que nadie encontraría el agujero tapiado en el muro, y por ello no se molestaron en bloquear la puerta.

Con este pensamiento la cruza y entra en la cripta. Cuando la débil luz de la antorcha se expande por la sala da un respingo y grita al descubrir varios rostros que le están observando en la oscuridad.

Su primera reacción es salir corriendo, pero pasados unos segundos ve que las figuras que le han sobresaltado no se mueven. Tan solo es la oscilación de la llama la que causa el efecto de movimiento, provocando que las formas que le observan parezcan estar bailando. Pero tan solo es una ilusión óptica. Se acerca despacio hacia las figuras y descubre con horror que, antes de sellar la entrada, los herejes han sepultado a sus muertos en esta cueva subterránea. Pero en vez de depositarlos en el suelo los han dejado apoyados de pie en la pared, como si fueran momias. Los cadáveres tienen los brazos cruzados sobre el pecho, y el cuerpo envuelto con vendas que los mantiene rígidos. Andrés del Orbe los observa y piensa que esta curiosa forma de enterramiento debe obedecer a algún ritual herético, y como si estuviera delante del mismo demonio se separa de las momias y se persigna. Después se gira alumbrando con la antorcha los

rincones de la sala y descubre que, a pesar de que en las paredes y en el pavimento hay señales de que ha habido muebles y tapices, la sala está vacía. Mira el suelo y no descubre signos de que haya sido excavado. Decepcionado recorre todos los rincones, pero no encuentra nada a excepción de los cadáveres que continúan mirándolo en silencio. Intentando descubrir qué misterios encerraba la cueva, y por qué la habían sellado a pesar de estar vacía, cierra los ojos e intenta reflexionar sobre ello, pero un grito llegado desde arriba lo saca de su trance. Escucha y oye que su sargento le está llamando a gritos. Mira una vez más a las momias, mudos testigos de su fracaso, y finalmente sube por la escalera mientras enfurecido espera que su fiel sargento tenga un buen motivo para molestarle.

—Señor, hemos encontrado a este hombre merodeando por las dependencias del castillo. Cuando le hemos interrogado ha confesado que el tesoro de los herejes ya no está aquí. Que se lo han llevado muy lejos.

Arrojando al suelo la antorcha, el inquisidor observa al aldeano que, asustado, se arrodilla entre dos de sus soldados. Después lo mira fijamente a los ojos y con voz grave le pregunta:

—¿Quién eres y qué haces en el castillo? ¿Acaso eres alguno de estos herejes, y te has escondido para librarte de la hoguera?

—No, eminencia —responde el aldeano muerto de miedo—, no soy ninguno de estos cátaros hijos del demonio. Soy un buen cristiano, podéis creerme.

—Entonces, ¿qué andabas haciendo cuando mis hombres te han encontrado? ¿Acaso has venido a robar?

—Mi excelencia, la vida es dura y este año, con tanta guerra la cosecha no ha sido buena. Solo buscaba algo para dar de comer a mi familia. He pensado que quizás, en este nido de serpientes, los hijos de Satán tuvieran algo de comida escondida.

—Explícame —exclama Andrés del Orbe—, ¿por qué que llevabas contigo estos pañuelos de seda y estas telas cuando te han detenido? Creo que lo mejor será que te colguemos por ladrón.

—No, mi buen señor, os lo suplico, perdonadme la vida y os seré útil —implora el hombre.

—No sé cómo podría serme útil un patán como tú. Además, ya he perdido demasiado tiempo —el inquisidor se da la vuelta enfurecido por haber sido interrumpido a causa de un vulgar ladrón mientras le hace una señal a su fiel sargento. Al ver el gesto de su señor el bretón se acerca al aldeano llevando en la mano un enorme cuchillo y dispuesto a rebanarle el cuello.

—¡Señor! —Grita el hombre aterrado— ¡Si lo que buscáis es el tesoro yo os puedo ayudar! —Al decir esto el aldeano intenta levantarse, pero es sujetado por dos soldados que vuelven a arrodillarlo dejándolo a merced del sanguinario sargento. Rápidamente el bretón le agarra el cabello con una mano mientras con la otra acerca la afilada hoja del cuchillo al cuello.

—¡Esperad! Dejadle hablar —ordena Andrés del Orbe a sus hombres— Y tú, patán, no intentes ninguna treta o mis hombres te colgarán de las entrañas desde lo alto del muro. ¿Qué sabes del tesoro?

—Mi señor, prometedme que mi vida será respetada y os diré lo que queráis saber.

—No estás en condiciones de imponer nada. ¡Habla u ordeno que mi sargento cumpla su trabajo y te corte el cuello como a un vulgar puerco!

—Mi eminencia —empieza a contar atropelladamente—, hace ya varias semanas, una noche fría y oscura en la que ninguna criatura se atrevía a salir, tuve que meterme en el bosque en busca de un cordero que se me había extraviado. Muerto de miedo me adentré en la espesura siguiendo el rastro del animal. Cuando estaba en lo más profundo del bosque oí ruidos, y creyendo que era el diablo que andaba buscando almas me escondí tras unas zarzas. Al poco vi cómo llegaba un grupo de hombres por el lugar al que llega el camino que baja del castillo. Intentando no hacer ningún ruido me acurruqué en mi escondite y observé que todos iban cargados con unos fardos que sin duda provenían de Montsegur. Ellos también iban con gran sigilo, y se detuvieron cerca de mi escondite. Allí dejaron los fardos. Luego, uno de ellos se acercó hasta donde yo estaba. Se acercó tanto que a punto estuvo de pisarme la mano. Yo, muerto de miedo, no me atrevía ni a respirar. Recuerdo que después de mirar hacia el interior del bosque silbó como las lechuzas. Creyendo que era un hijo de Satán llamando al Diablo me apreté tanto como pude en mi agujero. Pasados unos minutos que me parecieron horas se oyeron ruidos de pisadas. Convencido de que las puertas del infierno se habían abierto y que todas las terribles criaturas de él venían hacia mí me despedí de mi familia, convencido de que ya no la volvería a ver. En cambio, jamás adivinaríais quiénes aparecieron respondiendo a la llamada del hereje. ¿A qué no podéis imaginar qué criaturas fueron las que llegaron?

—Creo que me hago una idea, pero vos me lo vais a decir —responde el dominico.

—Nada menos que un grupo de caballeros del Temple. Iban guiados por un joven preceptor que, a juzgar por los abrazos que le dio al hereje, debía conocerlo muy bien. Al ver que eran templarios, caballeros cristianos y no criaturas del infierno, estuve tentado de salir de mi escondrijo y darme a conocer, pero algo me decía que al amparo

de la noche no podía ser nada limpio lo que estaban tramando. Por ello seguí escondido observando lo que ocurría. No me equivoqué, porque los templarios, lejos de detener a los fugitivos, que sin duda intentaban escapar del castillo, los ayudaron a transportar su pesada carga hasta un pequeño claro donde otro caballero les esperaba con un carro y caballos. Con rapidez cargaron los fardos y partieron por el camino que bordea el bosque y enlaza con la ruta de Foix. Intrigado les estuve siguiendo un buen trecho. Pero al ver que no se detenían y que posiblemente no lo harían en muchas horas, abandoné la persecución pues empezaba a clarear y corría el riesgo de ser descubierto.

—¿Pudiste ver la carga de los fardos? —pregunta ávidamente el inquisidor.

—No, señor. No pude ver qué era lo que ocultaban en ellos —continúa más tranquilo el aldeano al ver que su relato interesa al fraile—. Pero lo que fuera debía de ser muy valioso, pues trataban los bultos con gran delicadeza a pesar de que alguno tenía aspecto de ser muy pesado, pues las ruedas del carro se marcaban profundamente en el camino.

Andrés del Orbe se queda un instante meditando la información que el aldeano le ha facilitado, e intenta imaginar cuál es el complot que tenían preparado los herejes y en el que han involucrado a los caballeros del Temple. Se preguntaba por qué los templarios habían actuado en contra de las órdenes del papa. El cardenal Gualtieri ya le había advertido que el enemigo estaba infiltrado por todas partes. Que desconfiara de las órdenes militares, en especial de los templarios. Le había prevenido que esos arrogantes monjes se estaban convirtiendo en una amenaza, y que el hermetismo con el que llevaban sus turbios asuntos no auguraba nada bueno.

—¡Qué inteligente es el cardenal Gualtieri al descubrir quiénes son los enemigos de la Fe!

Ahora tenía la prueba que demostraba las sabias palabras del cardenal.

Él, Andrés del Orbe, gran inquisidor, había descubierto que la Orden de los Pobres Caballeros del Templo de Salomón, conocidos como templarios, se habían apartado del camino y habían abrazado las más horribles herejías. Ahora él, como humilde siervo del papa tenía el deber y la obligación de investigar hasta dónde llegaba la traición e informar a sus superiores.

Para ello, lo primero era seguir la pista de ese carro misterioso. Y también enviar un mensaje al cardenal poniéndole al corriente de la traición, para que el papa fuera informado y tomara las medidas oportunas. Medita los pasos a dar cuando su fiel sargento interrumpe sus pensamientos.

—Señor, ¿qué hacemos con este hombre?

El inquisidor mira el rostro del aldeano, quien sonríe convencido de que el clérigo le entregará una cuantiosa recompensa por su valiosa información.

—¡Deshaceos de él! —grita Andrés del Orbe mientras se dirige hacia el camino de regreso.

—¡No, mi señor! Os lo suplico...

La frase queda interrumpida en la garganta del hombre al ser seccionada de un tajo por el bretón y, mientras el desgraciado todavía agoniza, arroja su cuerpo por el hueco del muro. Después limpia la sangre de su cuchillo y ordena a dos soldados que se queden a cerrar el agujero de la pared mientras él echa andar de su señor con el resto de tropa detrás.

Los Druidas

Víctor se agita inquieto en su camastro. Durante toda la noche ha estado sufriendo terribles pesadillas y apenas ha podido dormir. Suda y jadea hasta que finalmente se incorpora en su jergón. El muchacho se siente intranquilo y nervioso, pero no sabe cuál es el motivo. No acierta a explicarse el origen de tanta inquietud, qué peligro es el que le amenaza. Entonces mira a su alrededor y ve que el resto de los caballeros duermen plácidamente. Con los ojos enrojecidos dirige la mirada hacia arriba y ve que por las ventanas se cuela la lechosa luz de la Luna dando un aspecto fantasmagórico a los bultos que ocupan los otros camastros. Todavía falta una hora para el amanecer. Finalmente, se levanta y, descalzo, se dirige a la puerta. El contacto del suelo le causa un espasmo que le recorre el cuerpo, pero a pesar del frío que siente agradece la sensación. Pues le hace sentir que está despierto y que las pesadillas han terminado. Andando con cuidado para no tropezar en la oscuridad y sin hacer ruido para no despertar a sus compañeros, baja por las escaleras y sale al patio en busca de aire fresco. Allí un soplo de brisa nocturna le acaricia el rostro mientras millones de estrellas le saludan desde el cielo brindándole sus últimos fulgores antes de que el amanecer esparza los primeros rayos. Entonces se sienta en el suelo y, apoyando la espalda en el marco de la puerta, mira hacia el firmamento. Primero busca la luna, después la constelación del león y poco a poco va identificando todas las estrellas que Ibn al-Iran le ha enseñado mientras el frescor de la noche se le cuela por el camisón. Pero él no lo siente. Otro frío que le sale desde lo más profundo de su corazón le hace sentir una desagradable sensación de desasosiego. No sabe el motivo, pero siente deseos de llorar. Y aunque intenta evitarlo no puede impedir que una lágrima le resbale por la mejilla.

Después de tiempo observando el cielo en un estado de trance, un resplandor rojizo en el horizonte indica que el nuevo día está a punto de nacer.

Dieciséis de marzo. Esta fecha le dice algo, pero no recuerda qué es.

Entonces se levanta y se dirige de nuevo al dormitorio. Quiere vestirse y regresar al patio para ver cómo sale el sol. Quiere disfrutar viendo cómo la luz vence una vez más a las tinieblas. Entonces se acuerda de Esclarmonde y piensa cómo le gustaría disfrutar con ella de este amanecer. Cuando entra en el dormitorio todos los templarios ya se han levantado y se dirigen en silencio a la capilla para sus primeros rezos. Víctor se une a ellos y camina detrás de la fila. Tiene deseos de sentir la paz y la quietud que le inspira la pequeña capilla del castillo de Rosslyn. En forma octogonal y con una cúpula redonda, reproduce la mezquita de la roca de Jerusalén. La misma cuya efigie utilizaron varios grandes maestros del Temple en sus sellos.

Una vez dentro, Víctor se queda en un rincón mientras los hermanos asisten a la misa que el capellán de la Orden oficia, pero Frey Guillem, que lo observa, se ha dado cuenta de que algo extraño le pasa a su pupilo. No tiene el semblante alegre de todos los días, ni tampoco es habitual en él que se levante el primero.

El templario sí conoce el motivo que causa tal estado en el muchacho.

Sabe perfectamente qué día es, y es consciente de la desgracia que dentro de pocas horas acaecerá en el prado "*dels cremats*", en la base del *pog* en el que se asienta Montsegur. Sabe que hoy sucederá uno de los hechos más luctuosos de la historia.

Discretamente Frey Guillem se escabulle por uno de los laterales de la capilla y se dirige hasta el fondo para reunirse con su discípulo. Cuando llega junto a él le mira y se da cuenta de que tiene los ojos húmedos. Entonces le toma la mano y se la aprieta con dulzura mientras le dedica una sonrisa. Hundido en la tristeza, Víctor se abraza

fuertemente a su maestro sintiendo que el contacto con su compañero le alivia y le inspira confianza. Y así permanecen en silencio hasta que termina el oficio.

Ya una vez fuera, Víctor le comenta a su maestro que hoy ha dormido mal. Que se ha levantado lleno de tristeza. Pero que no sabe cuál es el motivo.

—Víctor, ven, siéntate. Debemos hablar —le dice Frey Guillem con voz grave.

—¿Dime maestro, pasa algo?

—¿Sabes qué día es hoy? —pregunta Frey Guillem.

—Si no me fallan los cálculos hoy es 16 de marzo.

—¿De qué año? —vuelve a preguntar Frey Guillem.

—¿De 1244? —responde Víctor dudando.

—Efectivamente, y ¿no recuerdas qué pasó? O mejor dicho, ¿qué pasará esta mañana?

—Maestro, la fecha me es familiar, pero no recuerdo qué significa —exclama Víctor—. Sé que es importante, pero por más que lo intento no consigo acordarme de lo que representa. En cambio, hay algo en el recuerdo que me hace sentir muy mal. Como si dentro de mí alguna cosa hubiera muerto. Siento una gran tristeza y una gran rabia al mismo tiempo. Siento unas ganas terribles de llorar, pero no sé cuál es el motivo de mi estado.

—Intenta recordar —dice Frey Guillem—. Tu subconsciente sabe qué día es hoy, y de ahí viene tu desasosiego. Por esto tienes que hacer un esfuerzo y traer a tu mente el recuerdo. Será doloroso, pero al fin y al cabo es mejor conocer cuál es el problema que vivir intranquilo y no saber por qué.

Mientras Frey Guillem pronuncia estas palabras, en la mente de Víctor se abre un rincón que había permanecido a oscuras y, como un terrible rayo, de repente le viene el

recuerdo del espantoso suceso, mientras una punzada le desgarra el corazón y le recorre el cuerpo. Entonces lanza un grito y cayendo de rodillas rompe a llorar.

—¿Por qué, Frey Guillem?, ¿por qué?

—Víctor —prueba a consolarle el templario—, tu reacción es normal, pero no intentes luchar contra ello, debes aceptarlo. Tú ya conocías lo que iba a pasar, pero recuerda que aquí nadie sabe lo que está ocurriendo en Montsegur. Debes esforzarte en que no se note nada en ti. Y en especial debes hacer que Amiel y Constance no sospechen nada. En su momento ya les llegará la noticia.

—Pero, sabiéndolo ¿por qué la Orden no lo ha impedido? ¿Cómo hemos podido consentir que esos asesinos llevaran a cabo su matanza? ¿Acaso somos cómplices de ellos?

—No —aclara Frey Guillem—, no podemos luchar contra el destino. Debemos aceptarlo aunque a veces no lo entendamos, o no estemos de acuerdo con él. Piensa que desde los tiempos antiguos se está librando una batalla entre el bien y el mal, y en todas las batallas hay pérdidas para ambos bandos. Intenta recordar las enseñanzas de Bertrand Martí, y no le des tanta importancia a la perdida de los cuerpos. Debemos luchar para que la maldad, la parte negativa y el oscurantismo no se apoderen de las almas. Y ello solo lo lograremos no cayendo en sus trampas y evitando responder a su maldad con más maldad. Paciencia y tolerancia deben ser nuestras armas, querido Víctor. Sé que es muy duro no responder con la intolerancia a los intolerantes, pero hemos de ser fuertes y tener paciencia. La ira es fruto del demonio, y debemos evitarla.

—¡Pero es que no puedo dejar de pensar en Esclarmonde, en sus padres, en Bertrand Martí y en todos los habitantes de Montsegur!¡Es horrible! —solloza Víctor.

—Lo sé, y mi corazón también está triste. Llora si ello te ayuda, pero intenta contener tus pasiones. Tú debes ser el dueño de tus emociones y no ellas de ti. Si no, el mal te dominará a través de ellas.

Las llamas arañan su delicado rostro quemando los bucles del pelo mientras el humo se le cuela por la garganta y no la deja respirar. Siente cómo el fuego devora su cuerpo como si miles de agujas se le clavaran y le desgarraran la piel. El fuerte calor le abrasa las entrañas. Pero ella, después de dirigir una última mirada a sus padres muertos a su lado, cierra los ojos, y juntando las manos dedica su último pensamiento a Víctor:

—*¡Lucha y véncelos amor mío! Que la muerte de tu doncella no te ofusque y no te impida luchar bravamente como corresponde a un caballero. Vence al dragón, pero guárdate de sus múltiples cabezas. Pues mientras luches contra una la otra intentará acabar contigo. Empuña la espada de la fuerza. Protégete con el escudo de la sabiduría y arrópate con la capa de la belleza. Solo así vencerás.*

Finalmente, Esclarmonde siente cómo la vida abandona y su cuerpo se desploma devorado por el fuego y las llamas del odio.

Víctor regresa a la capilla en busca de recogimiento. Allí, envuelto en el silencio y arropado por la quietud del lugar, también siente el calor del fuego en su cuerpo al tiempo que un desagradable olor a humo le irrita la garganta.

Sabe perfectamente qué significado tienen estas sensaciones. Y en la soledad de la capilla llora amargamente la muerte de la bella Esclarmonde.

Han pasado varios días desde aquel triste dieciséis de marzo. Días en los que Víctor ha estado más silencioso de lo habitual. Días en los que Frey Guillem e Ibn al-Iran, a

pesar de mostrarse más afectuosos con él, le han dejado arrastrar su dolor solo para que así pudiera reflexionar y afrontar el duro golpe recibido. Hasta que finalmente, una mañana llega a Rosslyn la fatídica noticia que confirma la caída de Montsegur y del cruel sacrificio de sus habitantes.

El templario que la ha traído ha atravesado toda Francia a caballo, cruzado el canal en una nave, y ya en tierras inglesas ha cabalgado varias jornadas para traer el mensaje a Escocia. El mensajero ha prevenido también a Frey Guillem de que el inquisidor Andrés del Orbe, máximo responsable de la matanza, va tras los pasos de un carro que huyó de Montsegur con rumbo desconocido. Y que además, sabe de la existencia de un misterioso muchacho y de un maestre del Temple que viajan juntos, y que salieron de la fortaleza cátara días antes.

Sin mostrar preocupación por esta última parte del mensaje, Frey Guillem indica a Víctor que consuele a Amiel y a Constance, quienes han recibido con amargura la noticia de la muerte de sus familias. El templario aconseja a Víctor que no les cuente que a Pierre-Roger, el padre de Constance, le cortaron el cuello como venganza y que luego clavaron su cabeza en una pica que enviaron al castillo de Queribús, último reducto cátaro, para desmoralizar a la tropa defensora que aún resiste.

Haciendo caso a su maestro, Víctor pasa el día con la joven pareja de cátaros. Los tres se consuelan mutuamente mientras rezan por los seres queridos que han perdido.

Pero esa misma noche, cuando las sombras han cubierto Rosslyn y todo el mundo está acostado, es cuando tiene lugar una reunión en una cripta bajo tierra. Los asistentes han ido llegando por separado hasta la robusta puerta situada entre dos columnas talladas en la misma roca. Y, envueltos en capas oscuras para ocultarse, van llamando según un código secreto de golpes. Una vez dentro, todos los convocados se saludan

mediante signos rituales, para después sentarse alrededor de una mesa circular ocupando cada uno de los trece asientos, dejando libre el lugar que preside la mesa.

Cuando los doce asistentes, entre los que se encuentran Ibn al-Iran y Frey Guillem, ocupan sus respectivos puestos, se abre una puerta disimulada en la pared y aparece un anciano que viste una túnica de color oscuro y que mira a los presentes a través de unos pequeños ojos. El anciano, extremadamente delgado, camina apoyándose en un bastón de madera de cedro terminado en una empuñadura de plata con forma de bola, donde está grabado dentro de un círculo el sello de Salomón. Después de cruzar la estancia con pequeños pasos, y de observar a los presentes, el anciano llega hasta el sillón que preside la mesa y se sienta en él. Y como si hubiera realizado un gran esfuerzo, y necesitara descansar cierra los ojos y respira profundamente.

Después de un par de minutos de silencio vuelve a abrirlos y lentamente, muy lentamente, empieza a hablar.

—Hermanos, todos sabéis qué tristes noticias han motivado esta reunión, y no vamos a entrar en detalles que nos causen más dolor por algo que ya es inevitable. Creo que es mejor que nos centremos en la amenaza que representa el hecho de que Andrés del Orbe, brazo ejecutor del cardenal Gualtieri, esté siguiendo los pasos del grial, y que además sepa de la existencia de Víctor.

»El grial, el arca y el resto del tesoro están a salvo aquí en Rosslyn, y aquí permanecerán por los siglos, pues pase lo que pase en el mundo, en este rincón de tierra no sufrirán daño. Además, las pistas que enviaremos a nuestros enemigos les llevarán muy lejos de aquí. En cambio, la presencia del *elegido* es otra cuestión. Andrés del Orbe no sabe quién es, ni de dónde procede. Y mucho menos cuál es la misión que está

destinado a cumplir, pero para asegurar que pueda ser realizada, la existencia de Víctor debe ser ocultada. Por el momento tan solo está buscando a un maestre del Temple y a un joven muchacho procedente del Languedoc, y que en el camino se han juntado con un grupo de templarios que escoltaban una carreta con unos misteriosos fardos. Aunque no tiene todas las piezas del rompecabezas, el inquisidor o el cardenal no tardarán en atar cabos. Bajo ningún pretexto podemos permitir que se precipiten los hechos y que la Orden del Temple sea atacada antes de la fecha prevista. Debemos buscar la manera de que el *elegido* pueda proseguir su educación e iniciar su tercer y último viaje. El que le ha de llevar hasta Tierra Santa, para que reciba la luz en Jerusalén, en nuestra casa central.

Tras esta exposición, el anciano fija su mirada hacia el lado derecho, donde Frey Guillem ocupa su silla.

—Venerable maestro —interviene el templario—, en mi humilde opinión el *elegido* ya está listo para su tercer viaje. Cuando vos dispongáis podemos partir, y aunque estoy seguro de que habréis seguido con atención su formación, imagino que antes de su marcha querréis conocerlo personalmente.

—Estás en lo cierto, Guillem —responde el anciano sintiendo el peso de todas las miradas, y prosigue—: Sabes que estas paredes y estos muros no tienen secretos para mí, pero es cierto que antes de partir quisiera pasar algunos momentos con él. Mi querido Ibn al-Iran, ¿cuál es vuestra opinión al respecto?

El árabe se levanta, y mientras se acaricia la barba en un gesto de reflexión, mira a los presentes. Luego se dirige al anciano:

—Venerable maestro, me conocéis desde hace muchos años. Hemos pasado juntos miles de horas y sabéis que en otras circunstancias me reservaría el entregar mi opinión

al capítulo tan libremente, pero como Frey Guillem, pienso que el recipiendario ya está preparado para afrontar su nueva prueba. Confío plenamente en este muchacho y sé que llegará hasta el final salvando todas las dificultades.

Después de escuchar atentamente las palabras del árabe el anciano se toma unos segundos y luego pregunta a todos los presentes:

—¿Alguno de vosotros quiere expresar su opinión, aportar alguna idea o no está conforme con lo expuesto? —Todos los asistentes se miran en silencio, y después asienten con la cabeza en señal de aprobación, mostrando su conformidad con los juicios emitidos. Entonces el anciano los mira uno a uno con sus pequeños ojos y finalmente les anuncia—: mañana tendré una charla con el *elegido*, y si su nivel es el correcto dispondré su marcha para dentro de dos semanas. Preparaos para este plazo, Frey Guillem, y vos, mi fiel Ibn al-Iran, partiréis con ellos, así durante el viaje podréis continuar vuestro trabajo con el postulante.

Y mostrando por primera vez su sonrisa añade:

—De esta forma, también podréis volver a vuestro querido Alamut, donde quiero que transmitáis un mensaje muy importante a mi querido hermano el Viejo de la Montaña. Ahora, con esta decisión, podemos dar por terminada la reunión.

Tras estas palabras con las que finaliza el cónclave, y con la ayuda de su bastón, el venerable maestro se levanta mientras todos le imitan. Y después de dedicarles una sonrisa, algo muy poco habitual en él, se retira por la misma abertura por la que hizo su aparición.

A continuación, los componentes del consejo salen al exterior cubiertos con sus capas para desvanecerse en la oscuridad de la noche, y en pocos segundos desaparece

todo rastro de la reunión. Nadie más excepto los trece asistentes conocerá nunca la celebración del capítulo y los temas hablados en él.

Una mañana gris y plomiza despierta a los habitantes de Rosslyn. Mientras la lluvia se desliza por los muros del castillo empapando las piedras cubiertas de musgo, en el patio de armas, totalmente cubierto por el barro, solo los componentes de la guardia desafían al viento mientras efectúan su ronda. Encima de sus cabezas, en la torre del homenaje y sujeta a un mástil, la *beaucent* resiste al mal tiempo y ondea orgullosa indicando la presencia de un Maestre en la fortaleza. Al otro extremo, en una de las torres, Ibn al-Iran está absorto mirando por la ventana cómo la lluvia cae sobre las paredes formando pequeños torrentes de agua. A su espalda unos viejos arcones contienen cientos de manuscritos, mientras en un rincón sus extraños utensilios de alquimia esperan para emprender el largo viaje. Y aunque la mirada del árabe está clavada en este pequeño rincón de Escocia, su mente está lejos, muy lejos, vagando por las cálidas tierras que rodean a su añorado Alamut.

Tras la decisión del venerable maestro su corazón está dividido. Por una parte siente alegría ante la idea de volver a recorrer las blancas arenas del desierto, pero al mismo tiempo siente tristeza, pues sabe que jamás volverá a Rosslyn. Para él y para el venerable maestro el tiempo se está agotando, y su cometido en este mundo está llegando a su fin. Mientras tanto, y ajeno a los últimos acontecimientos, Víctor se resguarda de la lluvia en la biblioteca leyendo un viejo códice en el que están recopilados todos los hechos más importantes de la fundación de la Orden del Temple. Reflexiona una vez más los pasos dados por los nueve caballeros en sus primeros años de existencia. Años que han permanecido ocultos para la historia, mira distraídamente el

entorno. La biblioteca de Rosslyn, a diferencia de la que conoció en la Rochelle, es mayor y mejor equipada.

Las paredes están cubiertas de estanterías repletas de libros escritos en varios idiomas. Y en el centro una mesa de grandes dimensiones sirve para que los freires puedan trabajar traduciendo textos, estudiándolos o clasificándolos. Los grandes ventanales dejan que la luz ilumine toda la estancia durante el día, y unos candelabros repletos de velas permiten trabajar cuando el sol se ha ocultado. En un anaquel situado cerca de la entrada, Víctor distingue gran cantidad de pequeños recipientes de barro con tinta de diversos colores. Y junto a ellos hay infinidad de plumas y pinceles cuidadosamente ordenados en cofrecillos de madera adornados con finos detalles de latón. En un rincón, un armario de madera con profundos huecos sirve para guardar mapas. Y es gracias a ellos que Víctor averigua todos los nombres y la situación de los castillos que el Temple tiene en Tierra Santa.

En varias cartas marinas archivadas junto a los mapas, Víctor descubre las distintas rutas que siguen las naves de la Orden para llegar hasta más allá del mar. Hasta la tierra que siglos más tarde se llamará México. Finalmente, y vencido por la curiosidad, Víctor deja el manuscrito de la fundación del Temple y toma uno de los mapas de Tierra Santa. Lo extiende con delicadeza sobre la mesa y con el dedo recorre los puntos donde unas manos hábiles han dibujado pequeñas torres junto al nombre de cada fortaleza. Su mente se llena de nombres que le resultan evocadores como el Krak, el Vado de Jacob, La Blanca Guardia, el Castillo Peregrino o La Piedra del desierto. Nombres que expresan el poder de la Orden y que, dibujados en el mapa, manifiestan la disposición de cada una de las fortalezas formando una extraña figura que para nada obedece a una caprichosa casualidad.

El pequeño descubrimiento le recuerda la posición de las más importantes catedrales, erigidas en Francia por los gremios de constructores, y que reflejan la misma figura que la constelación de Virgo dibuja en el cielo. El hecho también le hace acordarse de que en algún mapa vio cómo las abadías del Cister, la Orden fundada por un personaje íntimamente ligado al Temple, san Bernardo de Claraval, reproducen en la tierra la misma figura que la Osa Mayor refleja en el cielo.

Luego, con cuidado, Víctor devuelve el mapa a su sitio y toma una carta de navegación en donde está escrito el nombre de la Santa María Magdalena.

Los trazos del pergamino le recuerdan sus clases de geografía, y se sorprende de la fidelidad con que el contorno de la costa americana está reproducido en la carta que tiene ante él.

Como si estuviera haciendo algo que no debe, y sintiendo en su conciencia una pequeña sensación de culpa, Víctor retorna las cartas y los mapas a su lugar y vuelve a tomar otra vez el viejo manuscrito de la fundación.

Con él en sus manos se fija en un pequeño agujero de la pared, justo encima de la estantería que tiene enfrente. Por un instante le ha parecido ver algo que brillaba dentro del hueco. Deja el documento encima de la mesa y se acerca. Pero si había algo brillante en el interior del agujero ha desaparecido. Mira a su alrededor buscando con que encaramarse y se dirige hacia una de las pesadas sillas que rodean la mesa. Haciendo un gran esfuerzo, y evitando hacer ruido la arrastra hasta situarla debajo del orificio. Luego se sube a ella, y poniéndose de puntillas y estirando su cuerpo se sitúa muy cerca del hueco buscando el motivo del brillo que le ha parecido ver. Pero no advierte nada extraño.

Se estira más sujetándose con la estantería, y acercando su cara a la pared cierra un ojo intentando ver con el otro el interior.

Entonces, detrás de él suena una voz:

—Jovencito, ¿puedo saber qué es lo que despierta en ti esa curiosidad que por ella estás dispuesto a arriesgar tu físico?

Al oír la voz Víctor da un respingo y está a punto de caer de su atalaya. Pero finalmente recupera el equilibrio y se gira descubriendo plantado frente a él al venerable maestro de la *prieuré* apoyado en su bastón. Con el rostro surcado por las arrugas, un rostro en el que dos pequeños ojos observan al muchacho mientras desciende hasta el suelo, y con unos finos labios dibujando una sonrisa, el anciano tiende a Víctor una mano huesuda y callosa para ayudarle a bajar.

Una vez en el suelo le vuelve a preguntar:

—¿Me puedes confesar que es lo que te impulsó a subir a esta improvisada torre?

—Sí, señor. Me pareció que de aquel agujero salía un brillo extraño, como si tras la pared hubiera luz.

—¿Luz detrás de una pared? —pregunta el anciano sorprendido—. Qué cosas tan extrañas dices muchacho. Dime, ¿quién eres y qué haces aquí?

—Me llamo Víctor, y viajo con Frey Guillem de Cardona, mi maestro. Llegamos hace varias semanas de Francia, y estaba leyendo un manuscrito aquí en la biblioteca cuando he visto ese extraño brillo.

—Bien, joven Víctor —exclama el anciano señalando la silla—. Siéntate y permite que yo me acomode a tu lado. Quiero hablar contigo y ni mis viejas piernas ni la humedad del castillo perdonan el paso de los años. —Obediente, Víctor toma asiento. Y mientras el anciano lo hace a su lado el muchacho lo observa calculando que su edad

debe rondar los ochenta años—. Te debes preguntar quién soy. Pues déjame presentarme. Mi nombre es Ian Sinclair, y mi familia vive en estas tierras gobernando a sus habitantes y protegiéndolos de cualquier peligro desde el inicio de los tiempos. Hace muchos años que construimos este castillo, para que la Orden del Temple tuviera aquí su cuartel general. Quizás te sorprenda oír lo que te estoy contando, pues como todo el mundo sabe, el Temple tiene su cuartel general en Jerusalén. Y su casa central en París, ¿verdad?

—No, señor —responde Víctor—, mi maestro ya me ha explicado que dentro de la Orden hay un segundo círculo llamado la *prieuré*, y que tiene en este castillo su base de operaciones.

—¡Ah, sí? Qué interesante, y ¿qué más te ha contado tu maestro? —pregunta el anciano sonriendo.

—Imagino, señor, que todo lo que me ha contado mi maestro vos ya debéis saberlo, y si no fuera así, yo no soy quién para darlo a conocer —responde Víctor mostrando confianza.

—Veo que eres prudente con los extraños, y eso es bueno. Has aprendido a contener la lengua, y a reservar solo para los hermanos iniciados tu información. Pero no temas, no soy ningún viejo curioso. Yo soy el que ha regido tu destino desde el mismo día de tu nacimiento. Yo soy el que ha velado por tu educación y tu preparación durante toda tu vida. En tu mundo y en este. Yo soy el venerable maestro de la *prieuré*. Puedes hablarme con toda franqueza, pero debes saber que admiro tu reserva. He dispuesto que dentro de una semana emprendas viaje a Outremer, a Jerusalén, con tu maestro y con mi fiel amigo Ibn al-Iran. Para ello, embarcaréis en la Santa María

Magdalena, que os llevará hasta Tierra Santa. Desde que llegaste a Rosslyn no he dejado de observarte y de seguir tu formación.

—¿Así que vos sois quien observaba mis movimientos a través de los agujeros en las paredes? —pregunta mirando fijamente al anciano.

—¿Te has dado cuenta? No lo creo —responde este dudando.

—¡Sí señor! Desde el día que llegué he tenido la sensación de sentirme observado —afirma Víctor—. Y al pasar los días me fijé que, en las paredes de todas las salas, incluyendo la cocina, hay pequeños agujeros disimulados que a veces brillan y que parecen vigilar todo lo que ocurre en el castillo.

—Eres despierto muchacho, y me gusta —asiente el anciano—, veo que tu instinto te ha prevenido, y que tu cabeza te ha guiado con prudencia manteniéndote alerta y sin dar a conocer tu hallazgo. Efectivamente, existe una red de pasillos detrás de las paredes de todo el castillo que permiten que me desplace por toda su extensión y ver qué ocurre en cada sala sin ser visto. Antes de que te marches te los mostraré, pero deberás prometerme que jamás revelarás su existencia a nadie.

—Podéis estar tranquilo, señor, sabré guardar el secreto —exclama Víctor orgulloso.

—Si no lo hicieras te mandaría la maldición de los druidas —le amenaza el anciano— ¿Sabes lo terrible que puede ser?

—No señor, jamás he oído hablar de ella —responde Víctor asustado.

—Es que esta maldición no existe —aclara el anciano soltando una carcajada que se esparce por toda la biblioteca—. Pero me fío de tu palabra. Hasta hoy he sabido juzgar bien a las personas, y creo que tú no me fallarás. Por algo se me considera el *merlín*.

—¿El *merlín*, señor? —pregunta Víctor sorprendido por la expresión.

—Sí, para nosotros *merlín* es un título. Como una especie de consejero del rey. Antiguamente era ostentado por un druida anciano, para que pudiera guiar al monarca en sus decisiones. Pero ahora esta práctica ha desaparecido. Pertenece a las antiguas costumbres de la cultura celta.

—En mis tiempos —explica Víctor—, Merlín es el nombre de un mago que acompaña al rey Arturo en el legendario reino de Camelot.

—¿Te refieres a las historias que han sido escritas por los trovadores? Bueno, también entraba la magia dentro de los atributos del *merlín*. Pero desde que la Iglesia católica persiguió a los druidas esta cultura solo ha subsistido escondida. Y con el paso del tiempo el pueblo está perdiendo todo su conocimiento. ¡Mira! Aquí llega tu maestro.

Víctor se gira hacia la puerta a tiempo de ver entrar a Frey Guillem, quien se postra delante del anciano y le dirige el típico saludo de obediencia del Temple hincando la rodilla en el suelo.

—Levántate, querido hermano. Estoy conversando con el joven Víctor y nos gustaría que te unieras a nosotros.

—Será un placer, venerable maestro —responde este tomando asiento junto a ellos.

—Iba a contarle a tu pupilo cuál es la finalidad de este castillo, y cómo desde él la *prieuré* vela por la seguridad del mundo frente al Maligno. Pero pienso que tú, como su maestro, lo harás mejor que yo.

—Vuestras palabras me honran —manifiesta Frey Guillem—. Espero enseñarle estos conocimientos tan bien como lo haríais vos, mi venerable maestro. Como sabéis, la educación de Víctor se está desarrollando día a día, y el aprendiz progresa con rapidez. Ahora, si me lo permitís, quisiera pedirle a mi discípulo que me acompañe a

cabalgar por la región para que la conozca, pues pronto dejaremos Escocia para tomar rumbo a Jerusalén.

—Id, buen Guillem, y mostradle al joven lo hermosa que es esta tierra y los misterios que esconde.

Tras estas palabras Frey Guillem y Víctor saludan con respeto al anciano maestro y abandonan la biblioteca dejándole entre antiguos manuscritos.

Luego se dirigen hasta los establos en busca de sus caballos, y cuando los han preparado parten escoltados por cinco sargentos que lucen la cruz del Temple con el compás en sus mantos de color pardo.

Después de pasar varias semanas tras los muros del castillo, Frey Guillem agradece sentir nuevamente la caricia del viento en el rostro mientras cabalga, y a buen paso los siete enfilan el camino que se dirige hacia el oeste.

Mientras cruzan los páramos que rodean la fortaleza, el sol empieza su ascenso hacia el mediodía, y a las dos horas de viaje alcanzan un pequeño pueblo formado por dos hileras de casas de barro con el techo de paja que están alineadas a cada lado del camino. A su paso, por las pequeñas ventanas van asomándose los rostros sorprendidos de los habitantes de la aldea, mientras los chiquillos empiezan a correr detrás de ellos haciendo ver que montan corceles imaginarios y que también son elegantes caballeros en busca de excitantes aventuras en lejanos países. Entonces, Víctor se fija en los campesinos y se da cuenta de la diferencia que existe con la gente que descubría mientras cruzaba Francia. Además de las ropas, la expresión de la cara es distinta. Quizás sea por el clima, o por las luchas y opresiones que han soportado, pero observa que la mirada de estas gentes denota cierta desconfianza.

Finalmente, y cuando el sol inicia su descenso hacia el nadir, llegan a la populosa ciudad de Edimburgo. El aspecto que muestra la bulliciosa ciudad y sus gentes es distinto del que han visto en las aldeas que han ido encontrando por el camino.

Especialmente concurrida a causa de las fiestas de primavera, la ciudad está engalanada, y por sus calles reina un ambiente de fiesta y celebraciones. Grupos de muchachos y muchachas, ataviados con túnicas blancas y con flores en el pelo, recorren las callejuelas cantando y danzando mientras druidas de aspecto respetable, y con largas melenas cubriéndoles los hombros, se mezclan con la muchedumbre. Las calles se llenan de campesinos cargados con todo tipo de productos vociferan para llamar la atención sobre su mercancía y anunciar las excelencias de sus artículos. Lentamente, Víctor se contagia del ambiente y empieza a sonreír mientras Frey Guillem lo observa complacido, y se alegra de que el muchacho haya recuperado la luz en su rostro.

—Ven, Víctor, sígueme —exclama el templario—. Vamos a buscar alojamiento para pasar la noche. Mañana tendremos tiempo de recorrer las calles y conocer las fiestas de la primavera. Esta semana se juntarán aquí la mayoría de los druidas del país para rendir culto a sus antiguos dioses.

—¿Dónde dormiremos?, ¿en algún albergue del Temple? —pregunta Víctor.

—No —responde Frey Guillem—, lo haremos en una posada de las afueras cuyo propietario mantiene buenas relaciones con la Orden.

Después de cruzar la ciudad, entre el jolgorio y las danzas paganas que empiezan a celebrarse, a medida que el sol se esconde y las antorchas se apoderan de las calles, llegan a una pequeña loma. Allí encuentran el hostal que ha nombrado Frey Guillem.

La edificación es más parecida a una construcción militar que a una posada para viajeros. Pero cuando desmontan de sus caballos y se acercan a la puerta los gritos y la

música que llega del interior les hace ver que allí, lejos de la disciplina propia del ejército, también se está celebrando la fiesta del equinoccio que marca el inicio de la estación de las flores. Mientras aguarda a que Frey Guillem hable con el dueño, Víctor se fija como abajo, en la ciudad, miles de luces y antorchas iluminan la noche. La multitud abarrota las estrechas callejuelas y el ruido y la música son cada vez más estridentes. Ahora la gente danza como loca al son de alegres músicos que entonan melodías acompañados de extraños instrumentos de cuerda. Frey Guillem comenta que ha solicitado un cuarto donde puedan alojarse todos juntos, y que esté apartado, para que el bullicio del salón no les perturbe la tranquilidad y el descanso. Pese a la dificultad por encontrar alojamiento a causa de la gran cantidad de gente llegada de toda la región, el posadero les ha facilitado una sala que normalmente se usa para banquetes privados, pero que ha sido acondicionada como dormitorio especialmente para ellos. Una vez atendidos los caballos, dejados al cuidado de uno de los mozos de la posada, los seis templarios y Víctor se retiran a su habitación donde les es servida una sencilla cena. Hortalizas hervidas y queso agrio de la comarca. Una vez han terminado, y finalizados los rezos, todos se acuestan. A pesar del cansancio que siente, a Víctor no le es posible conciliar el sueño a causa de la música y las risotadas que llegan desde el salón. El muchacho no logra dormirse hasta bien entrada la noche, cuando el alboroto cesa.

A la mañana siguiente, poco antes de salir el sol, todos se levantan y en voz baja rezan sus oraciones matinales. Al terminar, Frey Guillem advierte que Víctor refleja en su rostro el cansancio debido a lo tarde que se durmió. Entonces le pone una mano sobre el hombro y le aconseja que antes de desayunar vaya hasta el patio y se lave en el pozo para sacudirse el sueño.

Haciendo caso a su maestro, Víctor sale al exterior y cruza el patio de la posada. Es entonces cuando se cruza con un hombre cubierto con un raído hábito marrón que, escondiendo el rostro bajo la capucha, hace ver como si no hubiera visto al muchacho mientras con una mano sujeta una daga que hace aparecer de entre sus ropas. Al instante, Víctor repara en un movimiento extraño del encapuchado cuando un destello metálico le alerta de la amenaza, y avisado del peligro por su instinto da un salto hacia atrás esquivando por pocos centímetros la afilada hoja. Al fallar el golpe, el atacante da un traspié y pierde momentáneamente el equilibrio, lo que da al muchacho unos preciosos segundos para salir corriendo. Por su parte, y al ver que su misión ha fallado, el agresor da media vuelta y desaparece mezclado entre el gentío que se dirige a la ciudad en busca de los primeros festejos matinales. Una vez a salvo, el criminal continúa calle abajo mientras piensa cuál es la forma más rápida de hacer llegar un mensaje al inquisidor Andrés del Orbe para decirle que el muchacho, y el grupo de templarios que está buscando están aquí, en Edimburgo, en mitad de las fiestas de primavera, rodeados de estos horribles y diabólicos druidas.

Debe comunicar con urgencia a su superior que, él, William, uno de los más fieles servidores del Santo Oficio, ha estado a punto de acabar con la vida del pequeño hereje. Y si no fuera porque el mismo demonio se ha cuidado de avisarle en el último momento de su ataque, habría podido cumplir su misión.

Entre tanto, y resoplando a causa del susto, Víctor llega donde los templarios le esperan para desayunar. Tartamudeando intenta explicarle a su maestro la escena que acaba de vivir en el patio. Frey Guillem, al ver el rostro encendido de su pupilo y no entender lo que este intenta decirle, pregunta:

—Víctor, ¿qué ha pasado? Respira hondo y habla más despacio. Parece que hayas visto un fantasma.

—A un fantasma no. Pero a la muerte sí —responde con dificultad—. Un horrible hombre vestido de monje me ha atacado y ha querido matarme con un cuchillo. He podido esquivar el golpe y correr hacía aquí. Él, en vez de seguirme, ha huido.

—¿Estás seguro, Víctor? —pregunta Frey Guillem llevando su mano hacia el pomo de su espada.

—Completamente —asiente Víctor—. Jamás olvidaré el brillo del cuchillo, y el siniestro rostro del hombre que lo empuñaba.

—Eso quiere decir que nuestros enemigos nos siguen los pasos muy de cerca. Andrés del Orbe debe haber lanzado a todos sus espías a buscarnos —exclama Frey Guillem—. A partir de ahora deberemos ser muy cautos. No quiero que te quedes solo ni que te alejes del grupo. ¿Llevas contigo la pequeña espada que has usado en los entrenamientos? —le pregunta.

—Sí. Está en mi equipaje —responde el muchacho.

—Pues quiero que a partir de ahora la lleves siempre al cinto —ordena Frey Guillem.

—Pero maestro, exceptuando las peleas en los entrenamientos, jamás he luchado con nadie. No sé si seré capaz de usarla contra alguien —se lamenta asustado.

—Quizás haya llegado el momento de que debas luchar por defender tu vida. Recuerda en qué tiempo estamos —exclama Frey Guillem muy serio mientras indica a dos templarios que monten guardia en la entrada del patio por si el asesino tiene intención de regresar.

—Tengo miedo, Frey Guillem —dice sollozando Víctor.

—Estoy seguro de que si llega el momento sabrás salir victorioso del lance, pero no te confíes demasiado y sé prudente —le anima Frey Guillem—. Debes recordar cuanto te hemos enseñado. Ahora comamos un poco y partamos. Nuestra presencia es conocida, y este ataque ha sido un aviso. Debemos alejarnos cuanto antes de la ciudad.

—Qué pena, quería ver las fiestas en la calle —se lamenta Víctor.

—Yo también quería que conocieras las fiestas celtas en celebración de la primavera, pero es demasiado peligroso. Las calles están atestadas de gente y nos pueden sorprender en cualquier esquina. Hemos de evitar enfrentamientos con los esbirros de Gualtieri.

Fr Guillem se dirige entonces al resto de los templarios y les ordena:

—Ensillad los caballos mientras hablo con el posadero.

Con paso decidido, Frey Guillem sale de la habitación y se dirige al encuentro del dueño para intentar averiguar algún detalle del agresor mientras el resto de los templarios baja con Víctor hasta las cuadras. Cuando Frey Guillem regresa todos están montados y listos para partir.

—El posadero me ha dicho —comenta Frey Guillem— que un extraño fraile se ha alojado esta noche en el hostal. Pero que ha partido esta mañana muy temprano. La descripción que me ha hecho concuerda con el atacante de Víctor, pero a causa de las fiestas han llegado muchos forasteros a la ciudad, y aunque el posadero no recuerda haber visto con anterioridad a este fraile está seguro de que llegó solo. Eso nos da una ventaja, pues no se atreverá a hacer nada hasta que no cuente con refuerzos. Para cuando pueda avisar al inquisidor Andrés del Orbe nosotros estaremos muy lejos.

—¿Creéis que pida ayuda al obispo? —pregunta uno de los templarios.

—Si se da a conocer y el obispo le ayuda, puede presentarse con un grupo de soldados en poco tiempo —exclama otro.

—No creo que el obispo quiera meterse en líos con la Orden y sacar a la calle a sus soldados en plenas fiestas —responde Frey Guillem—. Aunque tampoco querrá enemistarse con la Inquisición, ni con el sanguinario Andrés del Orbe y sus esbirros. Posiblemente haga ver que le ayuda cediéndole algunos soldados, pero tomándose su tiempo para que podamos poner distancia por en medio. El obispo vive muy bien, y sabe nadar y guardar la ropa. Así que hagamos lo mejor que podemos hacer y marchémonos rápidamente.

Dicho esto Frey Guillem conduce su caballo hacia la salida del patio seguido por el resto del grupo. Todavía con el miedo en el cuerpo, Víctor se coloca al lado de su maestro. Ahora lleva su pequeña espada sujeta al cinto, y un pequeño puñal oculto dentro de su ropa.

Mientras cabalga mira hacia todos los lados buscando el rostro siniestro de su atacante, y cuando cruzan a las callejuelas más estrechas de la ciudad tiene la horrible impresión de que el fraile está escondido en cada esquina, agazapado para saltarle encima por sorpresa y hundirle su afilada daga.

Cerca de allí y mientras el grupo abandona la ciudad, William sube las empinadas escaleras del palacio del obispo sujetándose con las manos el hábito para no tropezar. A pesar de que corre todo lo rápido que sus sandalias le permiten, dos fornidos soldados le cierran el paso cuando intenta entrar en la residencia.

—¡Alto!, ¿quién sois? —pregunta uno de ellos mientras lo sujeta por el brazo.

—Soy el hermano William de Roxbury, de la orden de los dominicos, y debo ver al obispo con toda urgencia —responde el fraile intentando zafarse.

—No tan rápido, hermano. ¿Tenéis cita con su eminencia?

—No, pero vengo cumpliendo una misión especial del Santo Oficio, y es muy urgente que vea al obispo. Dejadme pasar u os arrepentiréis —grita William a los soldados dándose la mayor importancia.

—Decidme, ¿qué misión es la que obliga a un dominico a vestirse con los pobres hábitos de un franciscano? —La voz del soldado suena a burla al darse cuenta del error cometido por William, y que hace que la guardia lo tome por un impostor.

—¿Acaso no os he dicho que estoy cumpliendo una importante misión para la Santa Inquisición? Es por ello por lo que debo vestir de incógnito ¡Dejadme pasar! Os lo ruego, es muy importante que vea al señor obispo.

Esta vez la voz de William suena suplicante, pues ve que nada podrá por la fuerza ante la terquedad del soldado. Desesperado por la insistencia del fraile el soldado le ordena esperar y envía a su compañero en busca del sargento de guardia.

Pero cuando el superior llega vuelve a interrogar a William haciéndole las mismas preguntas que el centinela. Desesperado, el dominico responde otra vez con las mismas respuestas, y les ruega que avisen al obispo con toda urgencia, que el enviado del inquisidor Andrés del Orbe quiere verle.

Después de esperar varios minutos llega por fin la respuesta de que pueden dejar entrar al fraile y conducirle hasta la sala de audiencias. El obispo se reunirá con él en cuanto pueda.

Siguiendo las órdenes del sargento, los dos soldados conducen a William hasta el interior del palacio a través de pasillos bien iluminados, y lujosamente decorados hasta llegar a una gigantesca puerta dorada finamente tallada que da paso a un gran salón. Al entrar en él, William advierte que todo el techo está bellamente decorado con multitud

de escenas extraídas de las sagradas escrituras, y que tres de las paredes están coloreadas con un suave color mostaza excepto la que está frente a la entrada, que está cubierta de frescos en los que se reflejan también varios hechos bíblicos. El realismo con el que están pintadas las figuras es tal que, por un instante, William duda si son figuras reales o personajes ficticios. El suelo es de fino mármol color salmón especialmente traído desde Italia, y varias lámparas de oro repletas de velas alumbran la estancia. En un rincón, y entre dos anaqueles repletos, hay una mesa repleta de legajos, y detrás de ella William descubre la presencia de un monje, también vestido con los hábitos de la orden de los dominicos, que le observa desconfiadamente. Encorvado por las largas horas dedicadas a la escritura, y con un aspecto enfermizo debido a su extrema palidez, el delgado secretario vuelve a hacerle las mismas preguntas por tercera vez, para fastidio de William. Con gran lentitud y poniendo en ello toda su atención, el secretario escribe el nombre de William y todas sus respuestas en un pergamino, pero cada vez que se detiene a mojar la pluma en la tinta y levanta la vista hacia Willliam este le mira con gran enojo. Después, el monje se levanta y acompaña renqueante a William hasta un banco situado en otra sala. Justo al lado de la puerta que da acceso al salón de audiencias. Luego, con voz floja, y con un marcado acento italiano le pide que espere allí hasta que le llamen. Los dos soldados, siguiendo las órdenes de su sargento, permanecen cerca de William, pero guardando una distancia prudente para no ser blanco de las miradas de ira que el fraile les dirige exasperado por tanta lentitud. Sentado en el banco, el enfurecido fraile observa la antesala donde se encuentra: las paredes están repletas de lujosos tapices, y unas lámparas de plata que cuelgan del techo iluminan la cámara a pesar de que ya es media mañana, y de que el sol se cuela con fuerza por los ventanales. Bellos retablos con escenas de la crucifixión de Jesús decoran

los muros, y una imagen de la Virgen María sosteniendo a Cristo muerto a los pies de la cruz preside la entrada.

Con gran exasperación, William ve cómo el tiempo va pasando y el obispo no lo hace llamar.

—*A estas horas seguro que la presa ha volado* —piensa con desesperación.

Pero cuando tiene la impresión de llevar esperando una eternidad por fin se abre la puerta y el encorvado secretario sale otra vez a su encuentro.

Y utilizando una mezcla de italiano y de latín le invita a seguirle anunciándole que su eminencia va a recibirlo ahora. William marcha nervioso detrás del monje que camina despacio y con la espalda tan doblada que da la impresión de que se va a partir en cualquier momento. Los dos entran en la sala de audiencias mientras detrás de ellos las puertas se cierran. Luego cruzan la estancia y se dirigen hacia el fondo, donde detrás de una mesa con detalles de oro les espera el obispo sentado en un mullido sillón, con las manos cruzadas sobre su regazo y con los ojos cerrados como si estuviera orando. Su eminencia va vestido con finas ropas de seda roja y muestra bajo ellas una rolliza figura. Sus mofletes, abultados y sonrosados, iluminan una cara redonda donde los labios se ven extremadamente pequeños, casi femeninos.

William y el secretario se detienen a unos pasos de la mesa y aguardan. William, impaciente mira fijamente a los ojos del obispo que permanecen cerrados.

Después de unos segundos que parecen siglos el obispo respira hondo y abre sus ojillos dirigiéndolos primero a su secretario y después a William.

—Eminencia —habla el secretario—, el hermano William, de la muy querida orden de los dominicos ha solicitado ser atendido por vos a la mayor urgencia.

—Gracias, hermano secretario —responde el obispo dibujando una infantil sonrisa en sus finos labios colorados. Después se dirige a William y pregunta—:

Decidme, hermano William, ¿por qué vais vestido con el hábito de los franciscanos si vos sois dominico?

—Eminencia —responde el fraile por cuarta vez—, estoy cumpliendo una delicada misión para Andrés del Orbe, Inquisidor General, y es preciso que guarde mi identidad. Por este motivo acudo a vos y solicito vuestra valiosa ayuda.

—Querido hermano, ¿qué podemos hacer Nos para contribuir a vuestra causa?

—Necesito que me facilitéis tropas con urgencia. Con un centenar de soldados bastarán.

—¡Por los clavos de Cristo, Hermano! —Exclama el obispo— ¿Qué queréis conquistar con este pequeño ejército?

—Estoy tras la pista de un muchacho que procede de una de las más peligrosas herejías del continente —informa William haciendo resonar sus palabras por toda la sala.

—¿Y para capturar a un solo muchacho os hace falta tal cantidad de soldados? —Interroga sorprendido el obispo—. Más que un muchacho se diría que queréis capturar al mismísimo Satanás.

—Eminencia —dice William intentando suavizar su voz, y no reflejar la ira que siente por la inútil conversación que el obispo le obliga a mantener—, este hereje viaja escoltado por un grupo de templarios, y si os pido estos refuerzos es porque ya conocéis cómo se baten esos monjes guerreros.

—¿Así que queréis que os ceda cien soldados para entablar una lucha con un grupo de templarios en la ciudad, y en mitad de la celebración de las fiestas de la primavera?

Vos debéis estar loco, hermano William —exclama el obispo ante la petición del fraile—, ¿cómo me pedís que participe y colabore en tamaña felonía? ¿Acaso no conocéis que la estimada Orden del Temple está bajo las órdenes y protección directa del papa, y que además cuentan con el apoyo del rey y del cariño del pueblo? ¿No habéis oído nunca hablar de las gestas de estos nobles caballeros en Tierra Santa?

—Mi señor obispo —explica William intentando que sus palabras suenen convincentes—, debéis saber que el grupo de templarios que persigo ha caído bajo el influjo del demonio, y que además están conjurados con los herejes que habitan en el sur del país de los francos. Para desgracia de la cristiandad, la semilla de la herejía ha corrompido a algunos hermanos de la Orden del Templo de Salomón, por ello es preciso detener a este grupo de rebeldes. Y ahora decidme, ¿acaso me negará vuestra eminencia la ayuda que os solicito en nombre del Santo Oficio y de su inquisidor general Andrés del Orbe?

El obispo, viendo que negar la ayuda a este fraile puede acarrearle problemas con la Inquisición intenta reconducir la conversación.

—No toméis mis palabras como una falta de respeto a la Santa Inquisición, os lo ruego, tan solo quiero que reconsideréis vuestra petición. Pues la acción que pretendéis puede ser muy negativa para los intereses de Roma en Escocia. Pero si insistís en llevar a cabo vuestra acción no os lo voy a impedir. Sino que al contrario, os voy a facilitar la ayuda que habéis venido a buscar.

—Os lo agradezco, eminencia. —William sonríe al ver que finalmente el obispo ha comprendido la importancia de su misión.

—No obstante —añade el obispo—, necesitaré dos días para reunir esta milicia, así que si sois tan amable de volver pasado mañana tendré mucho gusto de facilitaros el centenar de soldados.

—Pero eminencia —balbucea William trocando la sonrisa en una mueca de disgusto al oír estas palabras—, dentro de dos días el hereje y los templarios pueden estar muy lejos de aquí, y su rastro se perderá definitivamente.

—Es cuanto puedo hacer por vos, hermano William. Son las fiestas de la primavera, y he dado licencia a la mayor parte de mi guardia. Estamos con los efectivos mínimos. Hasta pasado mañana no volverá el grueso de mi tropa.

—Pero ¡esto es increíble! —exclama gritando William. El hereje va a escapar delante de nuestras narices. ¿Qué le puedo decir al Inquisidor?

—Paciencia, hermano —responde el obispo tranquilizando al fraile—, Dios proveerá y sabrá iluminaros el camino. Estoy convencido de ello, y de que también sabréis qué decirle a nuestro bien amado hermano Andrés del Orbe. Y ahora, si me disculpáis, voy a retirarme a orar antes del almuerzo.

Dando por finalizada la conversación, el obispo se levanta y le dedica una sonrisa a William. Luego, después de extender su regordeta mano para que le bese el anillo, se dirige con paso cansino hacia la puerta mientras le indica con una señal a su secretario que acompañe al dominico hasta la salida.

William no espera al encorvado monje, y como conoce el camino se dirige indignado hacia la puerta presa de una incontenible furia. Abre las dos puertas con violencia ante la mirada atónita del secretario y corre hacia las escaleras.

Al verle aparecer los soldados se miran y le siguen corriendo, pero cuando por fin lo alcanzan el fraile ya está cruzando las puertas del palacio y saliendo a la calle. Desde

lo alto los atónitos soldados le ven bajar las escaleras hasta la calle echando maldiciones, para luego desaparecer en un callejón.

Solo entonces respiran tranquilos y regresan junto a sus compañeros.

Al cabo de una hora unas manos abren una ventana en una sencilla habitación de un hostal dejando salir una paloma mensajera con un pequeño cilindro metálico fijado en la pata. El ave asciende con rapidez hasta superar el techo de todas las casas, y después de volar en círculos durante un minuto enfila hacia el sur como si de repente se le hubiera revelado el camino.

William observa el vuelo hasta que el ave desaparece de su vista, cierra el portón y después se sienta en el camastro reflexionando los pasos que debe dar.

—Ya he enviado un aviso a Andrés del Orbe, y a pesar de que no puedo contar con la ayuda de ese obispo gordinflón, no puedo enfrentarme solo a un grupo de templarios, aunque tampoco puedo perder la pista del hereje. Lo mejor será conseguir un caballo e intentar seguirlos sin que se den cuenta. ¡Sí, esto es lo que haré!

Convencido del acierto de su decisión, William recoge sus escasas pertenencias y se lanza a la calle para hacerse con un caballo.

Entre tanto, tanto Frey Guillem guía al grupo por un camino que discurre entre campos de cereales. Su destino es un bosque que se encuentra a pocas millas de Edimburgo. Sin llamar la atención cabalgan tranquilos, pero cuando alcanzan los primeros árboles abandonan el sendero para desaparecer en la espesura del bosque. Continúan la marcha en silencio entre árboles centenarios que a cada metro estrechan más el paso hasta llegar a un punto en que deben apearse y continuar a pie. La vegetación se ha vuelto tan tupida que les impide avanzar a lomos de sus caballos. Abriéndose paso entre enormes hojas de helechos con la ayuda de su espada, el maestre

avanza hasta un claro que es como un pequeño oasis de luz en medio de la penumbra del ancestral bosque. Una vez allí se detiene, monta su caballo y espera.

A medida que los componentes del grupo van llegando siguen su ejemplo y también vuelven a montar en sus caballos. Sin decir palabra y escrutando la maleza que les rodea, cruzan el claro hasta encontrar un sendero donde se distinguen huellas de pisadas. Todavía asustado por el encuentro de la mañana, Víctor sigue a su maestro que cabalga entre gigantescos árboles que parecen vigilar al grupo. Angustiado, el muchacho se da cuenta de que la ruta que están siguiendo no es el camino más adecuado para alejarse con rapidez y distanciarse de sus perseguidores. Le extraña el hecho de que Frey Guillem haya querido adentrarse en la espesura de un bosque donde es fácil perderse o ser víctimas de una emboscada.

A medida que se internan los árboles son tan frondosos que apenas dejan penetrar los rayos del sol, y a pesar de que ya es mediodía una misteriosa negrura cubre el ambiente haciendo que los colores sean irreales, casi mágicos, al tiempo que una neblina envuelve el entorno haciendo todavía más sugerente el ambiente.

Finalmente, Víctor se relaja y empieza a apreciar los colores que la vegetación ofrece, mientras una agradable sensación de paz le fluye por el cuerpo.

Por primera vez desde que entraron en el bosque se siente bien. No sabe por qué, pero se siente a gusto, y su espíritu, en completa armonía, conecta con las fuerzas que emanan de la tierra a través de los centenarios troncos.

El bosque ahora le recuerda las imágenes de los cuentos que ha leído sobre elfos y duendes.

Más relajado, Víctor conduce su caballo buscando entre los helechos algún personaje de leyenda, dejándose llevar por la magia del bosque y permitiendo que la fuerza de la naturaleza le penetre. La fuerza que le transmiten los árboles es tan potente que comprende por qué los celtas vivían adorando y respetando a la naturaleza.

Con un fuerte arraigo en sus creencias, los componentes de esta antigua cultura estaban convencidos de que dentro de cada árbol vivía un espíritu. Por ello solo cortaban los esenciales para sus necesidades, y siempre después de una ceremonia en la que pedían perdón al espíritu del árbol por hacerlo.

A pesar de ser considerados medio salvajes por la historia, los celtas sabían apreciar y respetar el medioambiente, considerando a la madre naturaleza como la primera fuente generadora de vida.

Y así, en pleno éxtasis, los oídos de Víctor captan una dulce música que parece llegar de lo más profundo del bosque. Entonces se incorpora sobre su caballo buscando el origen y, al mirar hacia delante, le parece ver en la lejanía una luz brillante.

A medida que se acercan la música suena más fuerte y ahora el brillo se transforma en una hoguera, alrededor de la cual varios druidas, cogidos de las manos y envueltos en sus túnicas blancas, forman un círculo.

Frey Guillem se detiene para no perturbar el ritual y ordena a todos que hagan lo mismo. Después desmonta, entrega las riendas a Víctor y respetuosamente se dirige hacia el lugar donde se está desarrollando la ceremonia. Allí espera en silencio a que finalice el rito de la cadena de unión, rito mediante el cual los sacerdotes celtas comparten sus energías de protección, simbolizando la hermandad existente entre todos los druidas que habitan la tierra. Luego, cuando finaliza la ceremonia, el templario se dirige hacia uno de los ancianos ante la mirada de sorpresa de los asistentes.

—¡Frey Guillem! —exclama el anciano al apercibirse de la presencia del caballero— ¡Qué sorpresa!, decidme, ¿cuál es el motivo de vuestra presencia en el bosque el día de la reunión de primavera?

—Hermano Fox —responde Frey Guillem—, esta mañana un agente de la Inquisición ha detectado nuestra presencia y ha intentado acabar con la vida del *elegido*. Por ello hemos decidido volver a Rosslyn y preparar el tercer viaje como ha dispuesto el venerable maestro. Así pues, y ya que no vamos a poder estar juntos, he pensado que quizás querríais ver al muchacho antes de su marcha, y aun a riesgo de crear alguna confusión he decidido guiar a mi grupo hasta este punto del bosque. Pero estoy convencido de que vos podréis arreglar cualquier malentendido que mi acción haya producido entre vuestros hermanos.

—No os preocupéis. Y ahora, haced venir al joven hasta aquí —sugiere el druida.

A una señal de su maestre uno de los sargentos hace avanzar el grupo hasta el lugar donde está Frey Guillem con el venerable anciano. Una vez allí el druida se dirige a Víctor:

—Así que tú eres el muchacho del que tanto me han hablado. Ven, acércate y déjame que te vea.

Él deja su caballo al cuidado de uno de los templarios y se acerca interrogando con la mirada a su maestro.

—Víctor —dice Frey Guillem—, este es el respetable hermano Fox. Quiero que antes de regresar a Rosslyn le conozcas. Pero no debes temer nada, mientras nos hallemos dentro del bosque estamos a salvo. Aquí tu perseguidor jamás podrá encontrarte.

—Así es, muchacho —interviene el druida—. Puedes estar tranquilo. Este bosque es mágico, y mientras tenga la energía de los druidas que estamos en él, ninguna fuerza del mal puede entrar. Y si lo hiciera solo vería maleza y vegetación. Nosotros somos invisibles a sus ojos, pues vibramos a la misma frecuencia que la naturaleza que nos rodea, y al vibrar en perfecta armonía formamos parte de ella.

—Pero respetable anciano, cuando hemos llegado, yo he podido veros sin problema —advierte Víctor que no entiende las palabras del celta.

—Muchacho, cuando has ido penetrando en el corazón del bosque ¿no has percibido ninguna sensación? —Mientras habla, el druida toma la mano de Víctor y le conduce hacia la hoguera que crepita lanzando cientos de chispas al cielo—. ¿Acaso no notaste nada en tu cuerpo y en tu mente?

—Tuve una profunda sensación de paz y bienestar. El miedo que sentía por el desagradable encuentro de la mañana desapareció, y mi cuerpo se relajó hasta el punto que parecía que no pesaba nada y que flotaba en el aire. Era muy agradable. Incluso me parecía oír como los árboles me hablaban.

—Bien, pues ahí la tienes —afirma satisfecho el anciano—. Ahí tienes la explicación de por qué tú podías vernos y oírnos. Entraste en armonía con el bosque y empezaste a vibrar con su misma frecuencia, y te fundiste con él. Este estado es el que tienes ahora, por eso podemos mantener esta conversación. Debes saber que todo lo que existe, sin excepción alguna, está formado por energía y por vibraciones. Energía que vibra a diferentes frecuencias. Eso incluye a las plantas, los animales, las rocas, al agua, y también al aire. Todo y todos somos vibraciones, y estas vibraciones, si la sabes apreciar, son música. Toda la creación es pura música. —Viendo la cara de asombro en

Víctor el druida sonríe y añade—: Para que puedas entender mis palabras te diré que, cuando sentiste la sensación supiste oír la música, y entraste en la canción.

—¿Cómo? —Pregunta Víctor—. No recuerdo haber hecho nada.

—No lo hiciste tú, o al menos no de una forma consciente. Fuiste guiado hasta este estado, y como tu espíritu ya vibraba con tu maestro-guía, a este no le costó ningún esfuerzo conducirte hasta este plano.

Al oír esta afirmación mira a Frey Guillem, convencido de que ha sido él quien le ha transmitido la energía para guiarle hasta este plano metafísico, y este, viendo la cara de asombro de su pupilo le guiña un ojo al tiempo que esboza una sonrisa de complicidad.

—Muchacho —continúa el druida—, tienes que aprender a sentir estas vibraciones, y a entrar en consonancia con ellas, para que tu cuerpo pueda recibir estos impulsos y tu mente sepa descifrarlos. También tienes que conseguir leer a la naturaleza y usar sus fuerzas y energías. Desde tiempos antiguos, los hombres siempre han vivido en paz con estas fuerzas y han sabido sacar provecho de ellas. Recuerda que en tiempos remotos, los primeros hombres moraban en cuevas, donde la energía de la madre tierra se les manifestaba con fuerza. También enterraban a sus muertos donde las fuerzas eran mayores, y marcaban el punto con monumentos de piedra que aparte de indicar el lugar donde reposaban sus ancestros también mostraban los puntos donde la madre tierra se manifiesta con mayor poder.

—¿Cómo puedo controlar estas sensaciones? —pregunta Víctor.

—Debes dejar que tu cuerpo te guíe —responde el anciano— Tienes que desprenderte de tus prisas, de tus preocupaciones mundanas y de todo aquello que te atenaza. Hay que limpiar la mente de pensamientos vanos, y entonces, cuando hayas

logrado esto, percibirás las sensaciones. Ahora las tienes, pero como tu mente está ocupada en frivolidades no las puedes distinguir. Están bajo miles de emociones falsas que las ocultan. Piensa que a medida que la humanidad avanza hacia esta falsa sensación de evolución pierde su capacidad de comunicarse con la naturaleza. La evolución solo se produce en un plano material, y en cambio, en el plano espiritual, esta evolución avanza en sentido inverso. Tienes que esforzarte mucho, pues en tu tiempo este desfase entre la evolución material y la espiritual será más fuerte.

Víctor se sorprende al ver que el druida conoce su secreto y de donde procede. Pero no le causa ningún tipo de preocupación, y escucha atentamente las explicaciones que le proporciona sobre cómo influyen las fuerzas de la naturaleza en los actos de los hombres, y como las energías telúricas se manifiestan con mayor intensidad en manantiales, ríos y montañas.

Oyéndole advierte que el druida debe formar parte del segundo círculo secreto y se convence de que también es miembro de la *prieuré*.

Después de pasear dos horas largas por el bosque, tiempo en el que el druida le muestra los conocimientos básicos para vivir en armonía con la naturaleza, regresan al claro, donde la hoguera agota los últimos rescoldos. Allí encuentran a Frey Guillem, y al resto de templarios sentados alrededor del fuego y conversando plácidamente con el resto de druidas. Al verles llegar el grupo se levanta y, seguidamente, templarios y druidas se despiden con gran profusión de abrazos. Pocos minutos más tarde, Frey Guillem, Víctor y el resto de caballeros se alejan en sus caballos por el camino que les conduce a la salida del bosque.

El regreso hasta Rosslyn se hace con rapidez. Frey Guillem no quiere riesgos, y es consciente de que viajando al descubierto por transitados caminos su presencia no pasará inadvertida para los espías que les están buscando.

Mientras tanto, Víctor cabalga sumido en una profunda reflexión. Piensa en todo lo que le ha contado el anciano, y a pesar de que Frey Guillem imprime a la cabalgada un ritmo veloz, la experiencia que ha adquirido Víctor en las últimas semanas le permite seguir al grupo sin problemas mientras su mente reflexiona sobre las sabias palabras del druida.

Finaliza ya el día cuando por fin llegan a las puertas del castillo.

Es entonces cuando se abate sobre ellos una intensa lluvia. Una lluvia que llega acompañada de unos relámpagos tan brillantes que devuelven al páramo la luz que el crepúsculo oculta, como si el cielo quisiera borrar sus huellas e impedir a sus enemigos seguir el rastro.

Pero Víctor y Frey Guillem, creyéndose seguros tras los muros de Rosslyn, ignoran que William les observa atentamente desde una pequeña loma desde donde se divisa el último tramo del camino. Oculto tras unas rocas, el dominico se alegra de haber acertado hacia donde dirigirían sus pasos el hereje y el grupo de templarios que lo protege.

Sin dudarlo un instante, el fraile ha pensado que los fugitivos buscarían refugio en esta sospechosa fortaleza del Temple. Fortaleza alejada de cualquier población y sobre la que circulan los más extraños rumores.

William sonríe al ver que su superior Andrés del Orbe deberá reconocer que el humilde hermano William está preparado para desempeñar misiones de mayor importancia.

Con sigilo para no ser descubierto, y satisfecho por su acierto, el monje abandona su escondrijo y desciende por el lado opuesto de la colina hasta donde un viejo caballo aguarda paciendo mansamente. Allí se asegura de que la jaula de madera con sus palomas mensajeras esté bien sujeta a la silla del caballo, y de un salto monta a lomos del viejo rocín. Después, con paso lento y hundiendo a cada pisada sus desgastadas pezuñas en el barro, el maltrecho animal camina guiado por su inexperto jinete hasta una choza. El chamizo, medio derruido y abandonado por sus dueños está situado a una milla escasa del camino, y ha sido descubierto por William cuando estaba buscando un lugar desde donde espiar el acceso al castillo. El lugar, convertido en improvisado albergue, es ideal para guarecerse de la lluvia, y también de la noche, que ya extiende sus sombras por los solitarios campos.

Una vez dentro, el monje enciende fuego para calentarse, luego, tras quitarse y sacudir las ropas mojadas, planea enviar a su superior una paloma con un mensaje indicándole dónde se encuentra el pequeño hereje.

El tercer viaje. Tierra Santa

Varios días después, la Santa María Magdalena leva anclas y abandona el estuario de Forth dejando en lo alto del acantilado a un sorprendido William, que ve impotente cómo su presa vuelve a escapar a bordo de la herética embarcación. Sin posibilidades ni medios para seguir a su presa, el dominico ha seguido con la vista la huida hasta que las velas solo eran un punto en el horizonte. Y allí, en lo alto del acantilado, tan solo ha podido lanzar sus inútiles maldiciones antes de dar media vuelta, y regresar vencido a rendir cuentas a su superior.

Mientras tanto, a bordo de la nave Víctor encuentra a viejos conocidos como los jóvenes cátaros Amiel y Constance, y también al joven Arnau de Castellnou y el experto capitán Hugues de Champaña. Todos celebran con abrazos volver a estar juntos, y en cubierta disfrutan de las vistas que la costa escocesa les ofrece.

Pero cuando la nave deja atrás los blancos acantilados, Amiel y los dos templarios acuden en ayuda de la tripulación a enarbolar todo el velamen.

Por su parte, Constance le explica a Víctor que durante el tiempo que él ha permanecido en Rosslyn, ellos han estado viajando por las tierras altas, en compañía de un grupo de druidas aprendiendo las tradiciones antiguas, y que ahora regresan de nuevo a su tierra con el propósito de transmitir los arcanos en los que han sido iniciados.

Así, Víctor descubre por boca de la pareja de cátaros que el culto a las vírgenes negras que se profesa en muchos lugares de Europa, culto que fue introducido por la Orden del Temple, proviene en realidad de las ancestrales costumbres celtas mezcladas con creencias que arrancaban de los antiguos misterios egipcios. Los dos explican a

Víctor las maravillas que encierra la abadía de Gladstonbury, situada entre Cornualles y el País de Gales y que han visitado.

Fue allí donde Bernardo de Claraval, monje benedictino creador de la Orden del Císter, y sobrino de uno de los fundadores de la Orden del Temple, realizó grandes estudios druídicos que le permitieron llegar a conocer los enigmas más secretos de la cultura celta.

—Víctor — comienza la joven emocionada — ¿Sabías qué la religión celta tiene grandes puntos de contacto con el cristianismo? ¿Y que los druidas también creen en una Trinidad? Además, veneran una virgen negra y piensan que el mundo está creado de forma que el hombre es libre para salvarse o condenarse. Es fascinante ver cómo nuestras creencias son tan parecidas a pesar de que nuestras culturas sean tan distintas.

—Constance —responde el muchacho—, ¿qué importa la religión? celta, católica, cátara, islámica o judía, todas vienen de la misma semilla, y todas son vehículos para acercarse a Dios. La verdadera lucha no es la de una religión contra otra, si no la que existe entre profanos e iniciados. Entre los que creen y los que reniegan. La lucha del bien contra el mal, pues cada una de estas religiones por separado no son más que el pétalo de una misma flor, de una flor que se creará cuando todas ellas se vuelvan a fundir en una sola. Todas las luchas habidas a lo largo de la historia entre las religiones, y que tanta desgracia han traído a la humanidad han sido obra del mal. Pero llegará un día en el que todos los hombres se darán cuenta de cómo han sido manipulados a lo largo de los siglos, y entonces serán capaces de vencer el odio que los falsos profetas y líderes religiosos les han inculcado hacia su vecino. Pero hasta que no llegue ese momento, hasta que vean a su semejante como a un hermano, el mal será el dueño de todas las religiones, y seguirá gobernando y manipulando a sus fieles. Cuando llegue el

momento en que los integrismos den paso a la tolerancia, el bien habrá vencido finalmente la batalla. Hasta entonces, el camino es largo y queda mucho por sufrir. Pero, querida Constance, ese día llegará. Ese día en que toda la humanidad siga un mismo camino dentro de una misma creencia. Que no será otra que la unión de todas las religiones. Juntando a todo el mundo en una gran cadena fraternal. Ese día llegará, te lo aseguro.

Constance escucha asombrada las palabras de Víctor sorprendiéndose de la sabiduría que encierran. Es entonces cuando la muchacha advierte la transformación sufrida por el niño que conoció meses atrás en Montsegur, y se da cuenta de que en el tiempo transcurrido Víctor se ha convertido en alguien especial, en alguien que podría ser tomado como un *perfecto* cátaro o un venerable druida. Oyéndole, la muchacha empieza a ver cuál es el papel de Víctor en la historia. Es el elegido.

La joven y su marido disfrutan de largas charlas con él mientras toman el sol en cubierta, hasta el día en que la nave alcanza las costas de los Astures, al norte de la península, donde los dos cátaros desembarcarán, pues antes de regresar a la tierra de la *langue d'oc*, su Occitania natal, quieren completar el aprendizaje iniciático recorriendo la mística ruta que conduce hasta el *campus stelae*, y seguir el camino de los peregrinos neófitos.

Aquel camino que lleva a la ciudad de Santiago y sigue hasta el *finis terrae*, donde la tierra termina y el mar no permite avanzar más, donde el profano muere a la ignorancia y el nuevo ser humano renace a una nueva vida, una vida en el conocimiento.

Aunque, gracias a los conocimientos recibidos, en su caso ellos sí estarán capacitados para descifrar los mensajes que esconden las ermitas que jalonan el trayecto. Los símbolos y mensajes que los canteros han dejado para la posteridad no les

serán velados, y gracias a ellos completarán su viaje a la luz del Conocimiento que llevarán de nuevo a su tierra, ahora que tras la barbarie de la cruzada albigense esta se ha sumido en la oscuridad.

Antes de la despedida, Frey Guillem les hace entrega un documento a modo de salvoconducto, un pasaporte en el que están trazados unos jeroglíficos que podrán mostrar si necesitan ayuda. Escrito con el código secreto de la Orden, el documento les facilitará refugio y ayuda en cualquier encomienda que hallen a lo largo del camino. También les facilita un mapa dibujado sobre un trozo de cuero con la situación de cada uno de los enclaves templarios a los que pueden dirigirse. Al verlo, Víctor se da cuenta de que la ubicación de las encomiendas guarda relación con la posición de las constelaciones, y que las figuras que componen las casas de la Orden diseminadas a lo largo del camino no son fruto del azar.

Una vez que dejan en tierra a la pareja, tras una emotiva despedida en la que nadie ha podido evitar expresar con lágrimas sus sentimientos, sabedores de que este adiós es definitivo, la nave busca de nuevo mar abierto.

Y tras dos horas de navegación, en las que dejan atrás la playa donde quedaron los dos cátaros, la Santa María Magdalena vira aprovechando el viento favorable enfilando su proa hacia el oeste. Durante varias jornadas el timonel conduce la nave dibujando la costa norte de la península. Siguen navegando paralela al litoral hasta que una mañana avistan el cabo del Finisterrae. Entonces vuelve a virar, pero esta vez hacia el sur.

Transcurridos varios días al amparo de las costas de Portugal, la nave deja por fin el Atlántico para adentrarse en aguas del Mediterráneo cruzando entre las columnas de Hércules.

Impulsada por un fuerte viento de levante, la embarcación no tarda en superar la península y la costa africana. Frey Hugues ha ordenado a la tripulación enarbolar todo el velamen y navegar a la máxima velocidad para evitar cualquier encuentro con naves piratas que pudieran salir a su paso alertadas por los vigías de la costa africana. Pues a pesar de que en la península se lucha con vigor, y cada día se recuperan más terrenos a los árabes, las aguas por las que navegan son de dominio musulmán. Y además están infestadas de piratas que no dudarían en atacar una nave cristiana con el propósito de lograr un buen botín además de unos cuantos prisioneros que luego serían vendidos como esclavos en cualquier mercado. Por lo que lo mejor es no tentar a la suerte y perderse en el Mediterráneo lo más rápidamente posible.

Ahora, sin la compañía de Amiel y Constance, Víctor dedica las horas a seguir su entrenamiento en el manejo de la espada y a mantener profundas conversaciones con Ib-al -Iran y con Frey Guillem.

Los días pasan y cada vez la navegación se hace más pesada, pues con la inminente llegada del verano, y navegando por latitudes más cálidas, el sol muerde con fuerza la madera del barco y el calor es intenso. Por ello todos buscan refugio bajo los toldillos que el comendador ha hecho colocar.

Allí, buscando el frescor, Víctor ha podido entablar amistad con los indígenas que componen la tripulación, y utilizando una mezcla de idiomas y lenguaje por signos también ha penetrado en las enseñanzas de la cultura maya.

Una mañana, cuando el sol empieza a asomar frente a la proa, Frey Guillem zarandea suavemente a Víctor para despertarle y le pide que suba a cubierta, pues quiere mostrarle algo. Una vez arriba, el muchacho se frota los ojos medio dormido y mira hacia el horizonte, donde su mentor le muestra, distinguiendo entre las primeras luces

del alba, una mancha oscura. Fijando más la vista descubre en la lejanía una enorme silueta que se eleva sobre el mar.

—Frey Guillem, ¿qué es lo que se ve a lo lejos? —pregunta.

—Esa sombra en el horizonte es una de las islas Pitiusas —responde sonriente su maestro—. Ahora navegaremos hacia el norte y la sobrepasaremos, dirigiéndonos hacia Majorica, la mayor de las islas, allí pasaremos unos días.

—¿Desembarcaremos en Mallorca? ¿No será peligroso? —profiere Víctor.

—Quizás sea arriesgado, pero debemos aprovisionarnos de agua fresca y comida, y para ello el mejor sitio es Mallorca. Allí el Temple tiene importantes posesiones, y por el movimiento habitual del puerto quizás logremos que nuestra presencia pase desapercibida.

—¿Cuántos días pasaremos en la isla? —pregunta el muchacho.

—Solo dos o tres, pero me apena decirte que para no correr riesgos posiblemente nos quedaremos en el barco y no bajaremos a tierra.

—Pero, Frey Guillem, ¿ni un solo instante? —Implora Víctor—. Con las ganas que tenía de tomar un baño y dormir en una cama que no se balancee.

—Ya veremos, yo también tengo ganas de pisar tierra firme, pero lo decidiré según las noticias que me den cuando lleguemos al puerto —responde Frey Guillem meditando sobre las palabras del muchacho.

La tentación de tomar un baño y dormir en una cama sólida que no se mueva al vaivén de las olas, causa su resultado en Frey Guillem. Por ello Víctor sonríe para sus adentros al ver el cambio que experimenta el rostro de su mentor al oír las palabras baño y cama.

Las posesiones del Temple en Mallorca se iniciaron gracias a las donaciones recibidas por su participación en la reconquista de la isla. Participación que fue llevada a cabo por algo más de un centenar de caballeros que, combatiendo bajo el *beaucent* y a las órdenes de Jaime I, expulsaron a los sarracenos de la isla.

Por ello, en abril de 1230, pocos meses después de la conquista el rey concedía a la Orden del Temple el castillo de la Almudaina y el puerto de Almonetir, donde había dos torres y una fuente de agua potable. Aunque el dominio templario más importante de Mallorca estaba situado en Pollença, lugar donde habitualmente residía el lugarteniente del comendador de la isla. A partir de 1240 también pasó a pertenecer a la Orden la iglesia parroquial de Pollença. La de Mallorca fue la segunda encomienda de mayor importancia en la provincia de Cataluña y Aragón.

Los templarios dividieron Europa en provincias mucho antes de que existieran los actuales países, y que estas provincias estaban perfectamente organizadas como estados federales. Las divisiones fueron hechas siguiendo los parámetros que mejor guardaban la cultura, la economía, las rutas y la posible defensa, desafiando las fronteras de los reinos existentes, creando una Europa federal bajo un único mando y una única unidad económica mil años antes de crearse la Unión Europea.

Después de cruzar la bahía de Palma, la Santa Magdalena enfila hacia un rincón tranquilo del puerto, lejos de los trasiegos de las naves genovesas, reinas del comercio en la ribera mediterránea.

Cuando la nave es amarrada al muelle y se ha colocado la pasarela, tres sargentos que aguardaban en el malecón suben a bordo, saludan militarmente al hermano Hugues y solicitan presentar sus respetos también a freire Guillem. Una vez en su presencia, los

recién llegados le informan de que ya estaban avisados de su llegada y de que todo está dispuesto para aprovisionar la nave, pero que al comendador le gustaría ofrecerles su hospitalidad y gozar de su compañía. También le comunican que no deben temer nada. Pues no hay ningún agente de Andrés del Orbe en la isla. Además, toda la guarnición está prevenida para que en caso de que se produzca la llegada de algún espía de la Inquisición, el aviso sea transmitido de inmediato a la preceptoría.

Ante estas noticias, Frey Guillem decide aceptar la invitación y anuncia a Víctor que bajarán a tierra. Por su parte, Frey Hugues deja en manos de su mariscal las labores de avituallamiento y se dispone a acompañarlos.

Tras desembarcar, los tres parten hacia la Almudaina, sede principal de la Orden en la isla cabalgando bajo la protección de los tres sargentos. El grupo enfila un camino que desde el puerto asciende dando un rodeo hasta el castillo, evitando de esta forma cruzar la ciudad. Pues aunque les han asegurado que la isla está libre de espías, el constante ir y venir de barcos hacen del puerto de Mallorca uno de los más transitados de los reinos cristianos.

Y así de esta forma logran pasar dos días agradables en el castillo de la Almudaina en compañía de Guillem de Pontons, comendador de la isla, quien se muestra un magnífico anfitrión. Los tres se alojan en una sencilla, pero confortable celda, y aunque la estancia es corta, logran olvidar por unas horas las duras condiciones de vida en el barco.

Al amanecer del tercer día, una vez aprovisionada y como estaba previsto, la nave abandona la bahía, y con nuestros viajeros a bordo pone proa al este, perdiéndose en las tranquilas aguas del *Mare Nostrum*.

En los dos días que ha permanecido en tierra, Víctor ha conocido la perfecta organización de la encomienda mallorquina, y ante la evidencia de que no había enemigos, Frey Guillem incluso le ha permitido recorrerla para que viera cómo se desarrolla el trabajo en las explotaciones agrarias, aunque siempre bajo la protección de varios caballeros. Capitaneando a este pequeño ejército, Víctor se ha sentido como si fuera un auténtico visitador del Temple, aquel que ejerce las funciones de inspeccionar las posesiones de la Orden.

Viendo las haciendas del Temple en Mallorca, al muchacho le sorprende descubrir que en la mal llamada " época del oscurantismo" sea posible encontrar un sistema de cultivos tan organizado como el que desarrolla la Orden, y se maravilla viendo cómo se aprovechan los recursos naturales para lograr las mejores cosechas. Y como se consiguen los mejores ejemplares en la cría de ganado. Allí donde Víctor mira, si está la mano del Temple, solo ve abundancia, pues gracias a las técnicas de almacenamiento que se aplican a las cosechas, donde los templarios ejercen su influencia las hambrunas han desaparecido.

Otro de los hechos que le llama la atención es que todos los campesinos que trabajan para la Orden se muestran felices y contentos, pues los templarios no les tratan como siervos, sino que les dan trato de hombres libres que trabajan por un sueldo digno. Precursores en sus tiempos, los máximos responsables del Temple tuvieron muy presente que un trabajador motivado rinde más que un esclavo que trabaja bajo el miedo o la opresión.

Víctor ve en la encomienda de Mallorca un ejemplo de cómo la hermandad controla todo el sistema para que la Orden no tenga que depender de nadie, y para que todos los beneficios reviertan siempre en ella.

Siguiendo un esquema de organización más propio de una multinacional, o de un grupo de empresas del siglo veintiuno, el Temple se ocupa de todos los procesos que intervienen en su sistema económico. Empezando por la explotación racional de los campos. Siguiendo por los molinos de su propiedad donde muelen el grano. Continuando en los almacenes donde lo guardan, y finalmente en sus propias naves que lo transportan allá donde hace falta.

Navegando de nuevo por las azules aguas del mediterráneo, y todavía con el agradable recuerdo de Mallorca en su mente, Víctor reanuda su entrenamiento en el manejo de la espada con su maestro. Y también las conversaciones en los atardeceres con el respetable Ibn al-Iran, con quien el muchacho está empezando a forjar un lazo de unión muy especial.

—Maestro —exclama una tarde Víctor—, imagino que estaréis contento por regresar a vuestra tierra.

—Mi querido muchacho —responde el árabe—, por una parte mi corazón se alegra por aquello que recuperaré, y que hacía tiempo que no tenía, como el agradable aroma de mi tierra, el sonido de las voces de mis amigos y el abrazo de mis hermanos. Pero por otra parte, mi corazón se entristece por todo aquello que estoy dejando atrás y que nunca volveré a ver.

—¿Qué queréis decir? ¿Acaso ya no volveréis nunca a Rosslyn?

—Me temo que no —afirma el anciano—. Ya soy viejo y mi cuerpo no tardará en pedirme el descanso eterno. De forma que pronto llegará el día en que mi espíritu se separe definitivamente de él. Pienso que ninguno de los que estamos en esta nave, excepto tú, volvamos jamás a Rosslyn. Ni siquiera Frey Guillem, que deberá completar

tu formación y permanecer contigo hasta que se inicie tu misión. Solo en ese momento quedará libre para descansar eternamente. Nadie más que tú tendrá la oportunidad de volver. Regresarás para descifrar sus misterios y recuperar el tesoro. Pero no será el Rosslyn que conoces. En tus tiempos el castillo habrá desaparecido, y la magnífica fortaleza que has conocido será tan solo un montón de viejas ruinas. Tu búsqueda deberá concentrarse en la iglesia de Rosslyn.

—¿Iglesia?, ¿qué iglesia? No recuerdo haber visto ninguna iglesia cerca del castillo.

—Todavía no existe —aclara Ibn al-Iran—. La iglesia de Rosslyn será construida en el futuro por los sucesores de mi viejo amigo Ian Sinclair. Y lo harán según las indicaciones que él les dejará, para que en ella se preserven nuestros más preciados tesoros. El grial y el arca con las tablas del testimonio, y también para que en ella queden a salvo los fundamentos de la Orden cuando esta sea destruida por dos títeres de las fuerzas del mal, el codicioso rey de Francia, Felipe el Bello, y el corrupto papa Clemente V.

—Así pues, maestro, ¿qué debo buscar?

—Primero deberás viajar hasta esta iglesia, y luego encontrar su cripta secreta y estudiarla a fondo. Bajo las losas, y esculpidas en sus piedras hallarás las respuestas. Pero no debes preocuparte, cuando llegue ese momento estarás preparado para descifrar las claves. No te inquietes. Lo que para otros no serán más que vulgares piedras, para ti serán exquisitas perlas de sabiduría y conocimiento.

—Espero no fallar —responde Víctor con semblante serio—. Me da miedo que pueda ser demasiada responsabilidad para mí.

—No te alarmes. Ahora es posible veas demasiadas dificultades, pero llegado el momento te aseguro que dispondrás de todos los elementos para salir victorioso de tu misión. Tú eres nuestro Perceval y tu búsqueda será un éxito. Estoy convencido de que sabrás cumplir tu cometido con satisfacción.

—Espero que así sea maestro —asiente Víctor.

—Pero antes de que puedas coronar con éxito tu misión en Rosslyn deberás viajar por el esoterismo templario que encierran las ermitas del Camino construidas por la hermandad de la oca. Tendrás que recorrer la ruta de Santiago por los reinos de Navarra y Castilla, pero no como un peregrino más, si no como un verdadero iniciado. Por San Saturio y San Bartolomé en el reino de Castilla. Y hasta Eunate en el reino de Navarra. En estos lugares encontrarás las claves que te abrirán las puertas de las fuerzas encerradas en el Arca, y con ellas en tu mano venceremos al mal para siempre.

Y con estas palabras flotando en sus oídos, Víctor reflexiona sobre la responsabilidad que recae sobre sus espaldas.

Desde que dejaron atrás la isla de Mallorca los días se suceden con tranquilidad, y una vez que la nave ha sobrepasado las costas griegas, avanza con pereza por un mar totalmente encalmado. Las velas cuelgan flácidas de sus mástiles y apenas tienen fuerza para empujar el barco que se mece mansamente sobre las quietas aguas. Durante el día la sensación de bochorno es tan fuerte que obliga a los pasajeros a buscar un poco de frescor bajo la sombra del toldo instalado en cubierta. Incluso Víctor ha perdido interés por el timón y se protege del sol bajo la lona. Más acostumbrados, a los mayas parece no afectarles las altas temperaturas ni la intensa humedad. Los pequeños seres de piel

morena se mueven con vivacidad por el barco subiendo y bajando de los aparejos y desplegando toda la arboladura con el fin de aprovechar el mínimo soplo de brisa. Pero por las noches, en cambio, Víctor puede refrescarse contemplando la bóveda celeste acompañado de sus maestros. La visión de las estrellas desde la cubierta del barco es un espectáculo fastuoso. Miles de pequeños puntos centelleantes resplandecen sobre sus cabezas, y con la ayuda del pequeño catalejo de cuero de Ibn al-Iran el muchacho contempla el panorama que las estrellas ofrecen.

Así pasan los días, hasta que una madrugada Víctor despierta al oír una fuerte algarabía en cubierta. Salta de su hamaca y se lanza escaleras arriba. Al salir al exterior la fuerte claridad del sol le ciega momentáneamente y cierra los ojos. Pero cuando por fin puede abrirlos descubre a su maestro y al comendador de la nave que, junto a varios caballeros se asoman por la borda señalando hacia el horizonte. Frotándose los ojos, todavía turbios por el brusco despertar, Víctor se acerca y también mira hacia el punto donde todos indican.

Al primer instante no ve nada aparte del reflejo del sol sobre el mar, pero luego, lentamente, ve cómo se van formando unas figuras que asemejan velas. Efectivamente, en la lejanía y por proa se aprecian tres velas que se acercan. Desconociendo quiénes son, y qué intenciones traen, todos intentan descubrir el estandarte bajo el cual navegan. Es entonces cuando Ibn al-Iran discretamente hace aparecer de debajo de su túnica un catalejo. Mira a través de él durante unos instantes y después lanza una sonora carcajada. Al oírlo todos se giran perplejos creyendo que se ha vuelto loco. Tan solo Víctor y Frey Guillem, que ya conocen el prodigio capaz de realizar su invento, comprenden por qué ríe el anciano.

—Maese Hugues —dice el árabe tendiéndole su catalejo—, si queréis hacer el favor de mirar hacia las naves a través de mi aparato podréis ver con claridad quiénes son.

Frey Hugues toma el artilugio con curiosidad y lo mira intentando averiguar qué es este artefacto de cuero en forma de tubo y con un cristal en cada extremo. Finalmente, se lo lleva al ojo derecho como le indica el anciano y mira. Lo que ve le produce tal impresión que retrocede dos pasos y grita:

—¡Por todos los santos, esto es prodigioso! ¡Puedo ver a esas naves como si estuvieran a la distancia de mi brazo!

Y al decir esto el templario lo agita abriendo y cerrando la mano como si quisiera atrapar a las naves que se acercan.

Al ver la cara de satisfacción del árabe, Frey Guillem se convence de que las tres naves no representan ninguna amenaza, y soltando una carcajada pregunta:

—Hermano Hugues, ¿podéis decirnos qué estandarte ondea en esas naves? ¿Acaso son infieles turcos y deberemos batirnos con ellos?

—¡Por san Jorge! Hermano Guillem, os juro que puedo ver a esas embarcaciones como si estuvieran a tiro de flecha. No os preocupéis. La *beaucent* ondea en ellas. Son tres naves de la Orden, y si no me equivoco son la Luz de Oriente, la Santa María y la Virgen de la Espina.

—Veo, maese, que mi pequeño juguete os ha gustado —exclama Ibn al-Iran sonriendo maliciosamente a Víctor que observa divertido la escena.

—¡Es prodigioso! Acerca los objetos como si estuvieran a dos pasos. Decidme, ¿dónde lo habéis conseguido?

—En nuestra cultura es de uso común. Este lo construí yo mismo. En Alamut tenemos uno tan grande que podemos ver a cientos de millas, y distinguir quien se acerca a la fortaleza. También podemos enfocarlo al cielo y observar las estrellas, como si estas estuvieran a un paso. Comendador, si me hacéis el favor de aceptarlo me gustaría regalaros este para que en vuestros viajes os preste servicio.

—Respetable maestro —dice Frey Hugues mirando a Ibn al-Iran y dedicándole una sonrisa de gratitud—, os agradezco profundamente vuestro presente. Tenéis mi palabra de que sabré cuidarlo, y de que también lo utilizaré con provecho.

—Estoy convencido de ello, hermano. Ahora quizás deberíamos prepararnos para recibir a nuestros visitantes y conocer el motivo que les lleva a navegar tan veloces como para darnos alcance. Deben ser noticias muy importantes las que les impulsa a ello.

—Tenéis razón, si me disculpáis. —Y tras decir esto el comendador sube al puente y da instrucciones para que la nave se detenga.

Al momento, los indios ejecutan con energía las órdenes de Frey haciendo que la nave afloje su marcha y ofrezca su costado para que las otras embarcaciones puedan acercarse. Al ver la maniobra, la Luz de Oriente se adelanta a las otras y se acerca al costado hasta quedar al pairo de la Santa María Magdalena mientras las otras dos naves se mantienen a distancia, pero vigilantes ante cualquier peligro que pueda surgir del horizonte.

Desde lo alto del mástil, Víctor observa cómo la operación es ejecutada con gran precisión, y finalmente las dos embarcaciones quedan unidas. Es entonces cuando unos marineros colocan con rapidez una pasarela desde la María Magdalena sujetándola con

cabos. Y una vez fijada, un templario de la Luz de Oriente cruza por ella y de un salto se planta en cubierta.

Frey Hugues observa a su visitante y se acerca seguido de Frey Guillem. El recién llegado les saluda militarmente y después les informa del motivo de su visita.

—Maestre Guillem de Cardona, comendador Hugues, soy Jean Darc, comendador de la Luz de Oriente, y vengo acompañado de la Santa María y de la Virgen de la Espina para daros escolta hasta el puerto de Haifa. Nuestro gran maestre así lo ha dispuesto. Al parecer, el gran inquisidor está al corriente de vuestros pasos y ha movilizado a todos sus espías. No conocen vuestra misión ni vuestra identidad, pero el Gran Capítulo ha decidido no correr riesgos. Toda nuestra tripulación está a vuestra disposición. En total sumamos cuarenta hermanos y sesenta sargentos de armas.

—Hermano Jean, os agradezco el celo que ponéis en desempeñar el servicio. Estoy convencido de que la travesía será más placentera con vuestra compañía. Si me hacéis el favor de acompañarme os mostraré la ruta que tenemos prevista.

—Será un honor para mí visitar vuestra nave, la más brava de la Orden.

Mientras los comandantes se dirigen hasta el pequeño compartimento donde están guardadas, como un preciado tesoro, las cartas de navegación que los judíos de la cábala mallorquina, los más expertos de Occidente, reproducen para la Orden del Temple, Víctor no deja de mirar. Poco podía imaginar que llegaría a tener la oportunidad de ver navegar juntas a las mejores naves de la Orden, y ahora, emocionado, asiste al espectáculo de las cuatro mecidas por las suaves aguas reflejando en su superficie sus velas y sus cruces.

Tras ser informado de la ruta por el capitán de la Santa María Magdalena, el joven Jean Darc regresa a su nave, y las dos embarcaciones se separan con la misma habilidad con que fueron unidas.

Después, los cuatro navíos enarbolan las velas y enfilan sus proas hacia el este.

Mientras la María Magdalena marca el rumbo las otras navegan en formación dibujando un triángulo sobre el mar.

Con la *beaucent* como estandarte y la cruz del Temple bordada en las velas, la flota cruza majestuosamente las aguas del Mediterráneo oriental segura de que ningún enemigo se atreverá a interponerse en el camino de una escuadra templaria.

Mientras, desde cubierta, Frey Guillem mira a las tres embarcaciones que les protegen, y aunque se alegra por la seguridad que ofrecen, también se preocupa, pues ahora la travesía no pasará desapercibida a los ojos de los esbirros de la Inquisición. Las cuatro mejores naves del Temple navegando juntas no es algo habitual, y a buen seguro que los espías de Andrés del Orbe tendrán noticias de ello.

La transmutación, recibiendo la luz

Después de dos semanas de travesía en las que la monotonía ha sido la nota dominante con la sola excepción de alguna embarcación genovesa con la que se han cruzado, las cuatro naves llegan por fin a la entrada de la bahía de Haifa.

Las tres naves escolta permanecen en el exterior de la ensenada mientras la Santa María Magdalena cruza la rada hasta el muelle. Allí es amarrada con ayuda del personal de tierra, quienes de inmediato colocan una pasarela que la une a tierra para que puedan desembarcar.

Apreciar tierra firme bajo sus pies después de días y días de navegación le produce a Víctor una agradable sensación. Pero sobre todo es Frey Guillem quien agradece más sentir que el suelo ya no se balancea, y con rapidez equipa su caballo mientras el resto hace lo mismo. Junto a ellos, el anciano Ibn al-Iran se muestra un ágil jinete a pesar de su edad, y cuando parten a lomos de sus monturas no tiene dificultad para seguirles.

Junto a ellos también han bajado a tierra seis caballeros para escoltarles hasta la ciudad de Jerusalén. Entre estos caballeros se encuentra el hermano Miguel de Bembibre, nacido en tierras leonesas y recibido templario en el convento de Ucero, en tierras de Soria, con quien Víctor ha entablado amistad durante la última semana de viaje.

De esta forma, y siendo nueve los jinetes, como hace más de cien años lo hicieran los fundadores de la Orden, el grupo sale del puerto camino de la Ciudad Santa.

Discretamente para evitar llamar la atención el grupo abandona la ciudad, dejando a sus espaldas el bullicio que una ciudad portuaria ofrece, pues al caer la noche, al igual que en los puertos de Occidente, también las tabernas de Haifa se llenan de navegantes

en busca de vino en el que ahogar sus penas. Es la hora en que un ejército de mujerzuelas, de turgentes pechos entre los que por unas horas los marineros podrán olvidar su duro trabajo a cambio de unas monedas, se convierte en el rey de la noche.

Ajeno a este tipo de actividad, pero buen conocedor del terreno, Frey Guillem guía al grupo por un camino que asciende hasta lo alto de una colina, donde una fortificación que se confunde con el terreno parece vigilar los excesos que se cometen en los suburbios de la ciudad. Una vez que la alcanzan Víctor descubre que la pequeña fortificación es en realidad una encomienda amurallada de la Orden. Pero esta, a diferencia de las que hasta ahora había visto, tiene más aspecto de albergue que de granja.

Al cruzar las puertas y entrar en el patio de armas son recibidos de inmediato por un sargento que, con gran deferencia, les conduce a presencia del comendador. Este, después de saludar efusivamente a Frey Guillem, ordena que les sea proporcionado alojamiento.

—Maestro, ¿conocíais este lugar? —pregunta Víctor a su preceptor.

—Sí, en otras ocasiones ya he pasado por esta encomienda camino de Jerusalén. Este fuerte sirve de protección a la ciudad ante cualquier ataque por tierra. Pero también cumple otra importante función, como la de albergar a los hermanos que llegan a Tierra Santa por el puerto. Así pueden alojarse entre los muros de la Orden lejos de los lupanares de la ciudad. —Y guiñando el ojo añade—: Además, también sirve para controlar a todo el que llega por el puerto y toma la ruta hacia Jerusalén.

Una vez que atienden a los caballos, proporcionándoles forraje fresco, los nueve vuelven al edificio principal y se dirigen al refectorio para tomar su primera cena en Tierra Santa. Después, siguiendo la estricta norma que rige en un recinto militar, se

retiran a descansar, pues todavía les aguarda un largo viaje hasta alcanzar las puertas de Jerusalén. Pero antes de acostarse, Frey Guillem y su discípulo cumplen con la última de las obligaciones del día en compañía del resto del grupo, y acuden a la pequeña capilla de la encomienda. Con discreción, Miguel de Bembibre se sitúa a la izquierda de Víctor, y cuando el capellán entona un dulce canto en latín que se oye por encima del murmullo de los rezos, le muestra con la mirada a Víctor algunos recién llegados que también pasarán la noche en la fortaleza, antes de partir a sus puntos de destino, la franja de terreno donde se están librando terribles batallas para contener el avance de las tropas de Al-Kamel, sobrino del temible Saladino.

Embriagado por la tranquilidad que se respira en la capilla Víctor deja que su mente se relaje y reflexiona acerca de las responsabilidades que la Orden cumple en las lejanas tierras de Occidente, entre las que están las de proveer de material, dinero y hombres a la lucha en Oriente.

Ahora comprende por qué las granjas, los molinos y las explotaciones de la Orden deben trabajar duro, soportando el coste que supone sufragar tantos años de guerra. También recuerda la labor que realiza para adiestrar a cientos de caballeros que son enviados a luchar en las duras arenas del desierto, en los traidores estrechos de Siria o en las marismas del Nilo en Egipto.

Al recordar las enseñanzas que ha recibido y las encomiendas que ha visitado, Víctor empieza a tomar una idea de la perfecta organización externa de la Orden, dándose cuenta de que funciona como cientos de pequeños engranajes que encajan con precisión. Existe un temple exotérico que cultiva campos, cría ganado, explota molinos y maneja los recursos que la Orden tiene en Europa. Todo ello con el fin de generar los medios económicos que sustenten la lucha, la construcción de castillos y el suministro

de armas y caballos a las tropas en Tierra Santa. En esta misma Orden externa también se recluta a los nuevos novicios, que son destinados a la explotación de estas encomiendas según la habilidad que muestre cada uno de ellos, o por el contrario son enviados a luchar a ultramar.

Entre los murmullos de los rezos, Víctor sonríe al recordar una de las advertencias que recibe todo candidato antes del ingreso en la orden:

"Sabed señor, que de nuestra Orden solo veis la corteza exterior, y que este lujo aparente no os debe engañar, pues ningún hermano es propietario de nada, y todo cuanto tiene se lo debe al Temple, estando obligado a cuidarlo y devolverlo en perfecto estado. Ningún hermano es propietario ni de su propia voluntad, pues cuando deseéis dormir se os ordenará velar, cuando queráis velar deberéis descansar, y si queréis ser destinado a Tierra Santa se os mantendrá en Occidente. Si por el contrario queréis quedar en vuestra tierra, se os destinará a tierras lejanas, o incluso a Oriente, a luchar en las ardientes arenas para verter vuestra sangre en la conquista y la defensa de los Santos Lugares"

Víctor comprende entonces lo listos que fueron los que, desde el anonimato crearon la Orden, convirtiendo en una regla de fe y de obediencia ciega la elección que se hacía desde la misma fundación, seleccionando bien a los hermanos que, por sus cualidades pudieran ser candidatos a ser iniciados en el círculo interno, el círculo esotérico.

Una vez escogidos, y por medio de la segunda iniciación, aquella cuya regla es secreta y nunca no ha sido transmitida, los elegidos pasaban a formar parte del verdadero Temple. Cumpliendo el auténtico objetivo para el cual fue creada la Orden

por aquellos que, en el año 1118, enviaron a Hugues de Payens y a los otros ocho *fundadores* a Jerusalén a excavar durante nueve años los pasadizos subterráneos del templo de Salomón.

Pero el ruido que produce el roce de las capas cuando los hermanos se incorporan dando por finalizada la oración devuelve a Víctor a la realidad. Entonces, y siguiendo cual fiel discípulo a su maestro, abandona la iglesia seguido de cerca por Miguel de Bembibre, quién imaginando los pensamientos en los que el joven muchacho ha estado concentrado, sonríe con satisfacción.

A la mañana siguiente, nada más despuntar el día, Víctor se levanta y ve que el resto de los camastros están vacíos. Todos se han levantado antes del alba para dirigirse a la capilla de la encomienda. En consideración a la edad del muchacho, y de que todavía no ha sido iniciado, a Víctor se le permiten pequeñas licencias como la dispensa de asistir a los primeros oficios del día. Pero él también abandona la celda y, después de lavarse en una fuente que hay en el patio, entra en el refectorio donde se une a sus compañeros.

Con las primeras luces del día les sirven un desayuno compuesto de hortalizas hervidas y un oloroso queso de cabra.

Un templario le ofrece la fuente con los dátiles y Víctor duda, y él le dice, come algunos, te darán mucha energía, muchacho, te hará falta ahí fuera.

A pesar de las pocas horas transcurridas desde que han desembarcado, Víctor se da cuenta de que las normas son mucho más rígidas en Tierra Santa que en las encomiendas y castillos de Occidente, y que todos comen en un estricto silencio.

Pero es al salir del comedor cuando el muchacho repara en que el anciano Ibn al-Iran no está con ellos, y al hacer memoria no recuerda haberlo visto tampoco durante la

cena la noche anterior. Extrañado por la falta de su venerable amigo pregunta a Frey Guillem:

—Maestro, ¿dónde está Ibn al-Iran?, ¿es que no vendrá con nosotros a Jerusalén?

—Sí, Víctor —responde Frey Guillem—, sí que viajará con nosotros, pero esta noche ha preferido visitar a un amigo suyo en la ciudad para compartir sus últimos descubrimientos y recoger información de cómo están las cosas. Piensa que hace muchos años que salió de esta tierra dejando atrás a grandes amigos que querrá recuperar. Ahora tenemos que preparar nuestros caballos. No te preocupes, antes de tomar el camino hacia Jerusalén nuestro viejo amigo se reunirá con nosotros.

—Me alegro —exclama Víctor—. Temía que nos hubiera dejado y que ya no volviera a verle. Me siento muy a gusto en su compañía.

—Pues tranquilo, lo recuperarás —sonríe Frey Guillem—. Y ahora aligera que tenemos un largo viaje por delante.

Antes de que el sol empiece a calentar demasiado, el grupo abandona la fortaleza tras despedirse del comendador, quien les desea un viaje tranquilo, pero apenas llevan recorridas dos leguas cuando encuentran a Ibn al-Iran que les espera a un lado del camino sentado bajo la sombra de una palmera.

—*Assalamu alaikum,* amigos —saluda sonriendo—, creía que habíais decidido quedaros aquí y dejarme tirado en mitad del camino.

—*Walaikum as salam,* viejo zorro —responde Frey Guillem— ¿Has podido averiguar algo? ¿Qué noticias nos traes?

—No muy buenas —responde el árabe con semblante serio—. Debemos darnos prisa.

Tras esta frase que ensombrece el semblante de Frey Guillem, el árabe monta en su caballo y todos inician la marcha. Ibn al-Iran se coloca a su lado y le informa de que las tropas de Al-Kamel se están preparando para lanzar un gran ataque con el que sorprender a los ejércitos francos entre dos frentes.

Al igual que años antes hiciera su tío Saladino, Al-Kamel ha logrado reunir a todas las tribus árabes bajo un solo mando, y junto al poderoso ejército turco se dispone a lanzar la yihad contra el invasor. Mientras tanto, ajeno al peligro y mostrando una actitud imprudente, el ejército cristiano emplea el tiempo disputando batallas entre los diferentes nobles que gobiernan los feudos de Tierra Santa. La tropa y los nobles están ocupados en rencillas personales por pequeñas franjas de terreno, por ello no advierten el peligro, ni toman medidas para evitar un ataque a gran escala, a pesar de que el gran maestre de la Orden del Temple y el gran maestre de los Caballeros Teutones no dejan de lanzar serias advertencias. Nadie parece tomar sus amenazas en serio y el desastre parece inminente.

Bajo el mando de Al-Kamel el ejército árabe ha situado un pequeño efectivo cerca de la frontera con el propósito de hostigar a las tropas cristianas y hacerlas salir hasta el desierto en busca de una victoria fácil. Pero allí se halla el grueso de las fuerzas enemigas que esperan sorprender a los francos, rodearles y cortarles la retirada mientras varios destacamentos turcos aprovecharán para lanzarse sobre Jerusalén, atacando la ciudad y cortando las comunicaciones con la costa y el resto de ciudades cristianas. Una vez deshecho el ejército cristiano, y tomada Jerusalén, el resto de ciudades irán cayendo como un castillo de naipes ante el avance del gran ejercito de Al-Kamel, y ya nada podrá evitar la pérdida de Tierra Santa, pues aunque Occidente reaccione, una ayuda del otro lado del mar llegaría demasiado tarde.

Ibn al-Iran también cuenta que la ciudad está llena de espías de Al-Kamel disfrazados de peregrinos. Falsos peregrinos que tienen como misión reducir a la tropa que guarda las puertas y abrirlas, dejando libre el paso para que la tropa turca entre en la ciudad.

—Me temo que la situación es peligrosa —Dice uno de los templarios—. Mal momento hemos escogido para venir.

—Todavía tenemos una misión que cumplir. —Contesta Frey Guillem con semblante serio— Aceleremos el paso, hemos de llegar cuanto antes a Jerusalén.

Tras escuchar las terribles noticias el grupo parte al galope siguiendo los cauces de antiguos ríos y, a través de estrechos desfiladeros, se adentra hacia el interior del país.

En cabeza cabalgan Frey Guillem, Miguel de Bembibre e Ibn al-Iran, que se muestra un experto jinete en este difícil terreno pedregoso. A continuación les sigue Víctor, quien ha escuchado con preocupación las noticias que su anciano amigo les ha traído, y detrás de ellos, pero a corta distancia, el resto de templarios.

—Decidme, Guillem —pregunta Miguel de Bembibre—, ¿cómo veis la situación?, ¿pensáis que quizás sea arriesgado entrar en Jerusalén?

—La verdad es que no esperaba que el ataque estuviera tan avanzado. Deberíamos haber llegado antes, pero a pesar del retraso debemos continuar con el plan y cumplir la primera parte de nuestra misión.

—¿No estaremos poniendo en peligro la vida del *elegido*?

—Tranquilo, hermano Miguel. Aunque hay riesgo, no creo que por ello vayamos a poner en peligro la vida de Víctor. No obstante, tenemos que apresurarnos, pues ahora tenemos al enemigo detrás, siguiendo nuestros pasos, pero también delante esperando al acecho.

Las palabras de esta conversación escapan al oído de Víctor, pues los dos templarios han tenido la prudencia de hablar casi en un susurro, pero ello provoca aún más el nerviosismo en el muchacho que se da cuenta de que las cosas no se están desarrollando como su maestro esperaba.

Es entonces cuando se concentra en mantener firme su montura intentando apartar cualquier pensamiento sombrío de su mente, pues después de la corta conversación el galope se ha convertido en una carrera.

Bajo un sol implacable el grupo desaparece envuelto en una nube de polvo camino de Jerusalén.

De una barrigona nave cargada de sucios y harapientos peregrinos que acaban de llegar al puerto de Acre, una figura conocida salta al muelle. Intentando sacudirse la mugre de varios días en compañía de tan pestilente retahíla de gentes, William se frota las raídas ropas que viste. Esta vez el disfraz que ha escogido es el de un campesino que desea fervorosamente peregrinar a los Santos Lugares.

Contrariado al ver que se le escapaban sus presas a bordo de una nave del Temple, William abandonó Escocia y viajó a tierras francesas para informar a su superior del fracaso. Andrés del Orbe, después de escuchar atentamente el relato del dominico, le ordenó viajar hasta Marsella para embarcarse en una de las naves que desde allí trasladan a los peregrinos hasta Tierra Santa. El máximo responsable de la Inquisición está convencido de que este es el destino que tienen los herejes que persiguen. Una vez allí, William dispondrá de apoyo para cumplir su diabólica misión. Pero antes deberá encontrar el rastro de sus presas sin llamar la atención. Con este propósito, el monje ha decidido viajar de incógnito mezclado entre cientos de peregrinos. Aunque ello le haya

representado muchas incomodidades y privaciones durante la travesía a bordo de una fétida nave.

Mientras camina por el muelle toma conciencia de la situación, y dando tumbos a causa del mareo que ha sufrido durante todo el viaje, enfila hacia la hilera de tabernas que hay a la salida del puerto.

Al llegar a la puerta de una de ellas siente cómo del interior se escapa un aroma de guisos cocinados con grandes dosis de especias, aroma que llega mezclado con el inconfundible olor a vino de baja calidad.

Venciendo las náuseas que esta mezcolanza de olores producen en su castigado estómago, William aparta una grasienta tela de arpillera que cuelga a modo de cortina y entra. Pero antes de que sus ojos se acostumbren a la penumbra, su nariz recibe el castigo de un surtido de tufos hediondos que parecen haber salido del mismísimo infierno. Sujetándose en el vano de la puerta, y venciendo el mareo mira alrededor y descubre una mesa vacía en un rincón. Bamboleándose se dirige hacia ella y toma asiento en un taburete haciendo caso omiso de los restos de comida que lo cubren. Al momento se le acerca el tabernero quien al ver el lastimoso aspecto de su huésped piensa que es otro peregrino que acude a mendigar algo de comida. William, al ver que el dueño de la taberna se acerca con cara de pocos amigos, mete su mano bajo las ropas y de una bolsa de cuero cosida a su camisa saca dos monedas que deja caer encima de la mesa. Al verlas, el tabernero le dedica una sonrisa mostrándole toda su dentadura negra y le pregunta que desea.

—Quiero que me traigas vino —responde con arrogancia William—, pero no de ese líquido asqueroso que sirves a tus parroquianos. Quiero vino del bueno. Y después me haces preparar en la cocina un buen caldo de verduras. Pero no se te ocurra traerme

ese mejunje que tienes hirviendo en el fuego. ¡Ah! Y lo acompañas con una hogaza de pan limpio. Cuando haya comido ya hablaremos. Necesito información, y estoy seguro de que tú me la puedes dar. Ahora déjame solo y ocúpate de la comida.

El tabernero simula limpiar la mesa con el trapo y con un gesto rápido toma las dos monedas. Luego le guiña el ojo a William y desaparece camino de la cocina.

De inmediato dos mujerzuelas que han seguido la escena se acercan y toman asiento al lado del falso peregrino, y al tiempo que le muestran la abundancia de sus pechos rodean con sus brazos el cuerpo del sorprendido dominico.

Antes de que William pueda rechazar sus obscenas caricias, una de ellas, metiendo la mano en la entrepierna del monje le empieza a masajear los genitales. William resopla y siente cómo su miembro se endurece en contra de su voluntad mientras un sudor frío empieza a resbalarle por la frente. Aunque tan solo acierta a ofrecer una débil resistencia.

Las dos mujerzuelas, intuyendo que el forastero debe ser algún personaje cargado de oro que viaja de incógnito sonríen al ver que el placer hace mella en él, y mientras una continua sujetándole el miembro con la mano e imprimiéndole un movimiento cada vez más rápido, la otra le restriega sus grandes pechos por el rostro mientras finge abrazarle recorriéndole el cuerpo en busca de la bolsa donde esconde sus monedas. Completamente azorado, el monje lucha por desasirse de las dos mujeres, pero sus brazos se niegan a obedecerle. Asustado, William ve cómo su cuerpo, cual si fuera obra del diablo, no le responde.

Es en ese instante cuando siente una fuerte convulsión en el miembro y durante unos segundos todo su cuerpo sufre una sacudida. La mujer, viendo la explosión de placer reflejada en la cara del hombre continua con el movimiento durante unos

segundos más, y aflojando lentamente la presión deja caer sobre la palma de su mano el caliente y espeso jugo del placer que resbala entre sus dedos, manchando las calzas del sorprendido monje. Después, la prostituta lanza una sonora carcajada a la vez que le muestra a William la mano donde gotea su preciado trofeo. Sin ningún tipo de pudor se seca la mano en su mugriento vestido y besando a su cliente le pide una moneda por el servicio brindado.

Recuperando la compostura, William piensa por un instante en desprenderse de las prostitutas a golpes, pero viendo la corpulencia de ellas, y de que varios hombres de aspecto fiero no le quitan ojo de encima, disimuladamente saca dos monedas de la bolsa y las entrega a las mujeres, que se alejan riendo y dejando al monje con el calzón en los tobillos y el miembro colgando flácido entre las piernas.

A los pocos minutos llega el tabernero con la comida, pero el monje, todavía alterado y sin poder quitarse de la cabeza el éxtasis que ha sentido, engulle la sopa sin apenas sentir su sabor. Solo cuando moja sus labios en el áspero vino recupera un poco la conciencia sintiéndose manchado y sucio. Convencido de que es el mismo diablo quien le ha tendido esta trampa, su mente se siente asaltada por infinidad de pensamientos impuros que no cesan de mortificarle, hasta que, convencido de que estos son los peligros que le acecharán en el cumplimiento de su cruzada, resuelve ir al grano y llama al tabernero para averiguar dónde se encuentra el barrio lombardo. Allí tiene que contactar con el banquero Fillossi, enlace y espía a las órdenes del Santo Oficio.

Una vez conseguida la información, William abandona el local deseoso de encontrar una tranquila posada donde alquilar una habitación, y en la soledad de su alcoba sufrir la penitencia de su cilicio para *olvidar el demoníaco placer carnal que le han hecho sentir esas inmundas mujerzuelas*.

Mientras tanto y lejos de ahí, al final de una dura etapa a través de polvorientos caminos, el grupo de templarios llega a Jerusalén.

La imagen que ofrece la Ciudad Santa y sus muros provoca una gran emoción a todos los componentes, pero es Víctor quien experimenta una sensación especial. Bajo el sol crepuscular, las enormes murallas, las torres almenadas y los techos blancos de los edificios se tiñen de un alquímico color dorado que envuelve toda la ciudad en un misterioso halo.

Después de unos segundos disfrutando de la celestial visión, Frey Guillem ordena apresurar el paso y entrar en la ciudad antes de que el sol se esconda y las puertas se cierren hasta la mañana siguiente. Como cada atardecer, los caminos que conducen a Jerusalén están llenos de caravanas que se apresuran en buscar refugio tras sus muros evitando la noche en el desierto, donde serían presa fácil de los bandidos.

En medio de una gran algarabía provocada por cientos de mercaderes que llegan desde puntos lejanos, y los gritos de alegría que lanzan los peregrinos celebrando la llegada a su punto de destino, Víctor entra en la ciudad junto al resto de templarios, y con los ojos llorosos por la emoción no cesa de observarlo todo. Le parece estar viviendo un sueño.

Frey Guillem y el hermano Miguel le miran complacidos y sonríen viendo cómo su pupilo saborea estos momentos de júbilo. Con paso lento, pero sin detenerse ascienden por un laberinto de calles que les conducen hasta los majestuosos muros de la casa central de la Orden. Allí, en la torre más alta, que hace las veces de torre del homenaje, ondea orgullosa la *beaucent* mecida por los suaves vientos que llegan del desierto. El sello que luce en su centro indica que el maestre Armand de Périgord, se encuentra en la casa.

A su llegada, un comité compuesto por miembros del capítulo de Jerusalén recibe a los viajeros. Y mientras el resto de templarios son alojados, Víctor, Frey Guillem, Frey Miguel y el anciano Ibn al-Iran son acompañados a los aposentos del maestre, que los recibe en su biblioteca particular. Después de dar el triple abrazo fraternal a cada uno de sus huéspedes el maestre les presenta a los miembros de su consejo, presente en la ciudad a raíz de las inquietantes noticias del ataque que el ejército turco está a punto de lanzar. Armand de Périgord tiene un porte enérgico y se adivina en su cara que sabe dominar cualquier situación por difícil que sea. Luce una larga melena que muestra las canas de la experiencia y tiene el rostro cubierto de una espesa barba que porta el blanco de la madurez.

El maestre del Temple escucha con atención las explicaciones de Ibn al-Iran, y solo deja que su rostro refleje un ligero síntoma de preocupación cuando este expone la magnitud de la ofensiva y el gran número de soldados con que cuenta Al-Kamel. Después interviene el Mariscal, autoridad en tiempos de guerra, quien propone convocar al resto de las órdenes militares para organizar la defensa de la ciudad. Él mismo se ofrece para exponer la situación al rey y a la corte en un intento de coordinar las fuerzas, única posibilidad para rechazar el ataque. Por su parte, el senescal Renaud de Poitier, y Thomas Bérard, el joven comandante de Jerusalén informan al consejo de que por la mañana darán instrucciones a sus oficiales para que los almacenes en donde se guarda la comida y los materiales que se reciben de Occidente sean vaciados. Y que todo ello sea trasladado a los sótanos de la casa central, con el fin de evitar cualquier saqueo cuando la población conozca el largo asedio al que se enfrentará la ciudad. A su vez, Guy de Montagu, segundo comandante de Jerusalén y responsable de la seguridad informa de que ha ordenado que se extremen las medidas, y que doblen la vigilancia de las entradas

a la ciudad para evitar que ningún saboteador pueda acceder a puntos clave de la defensa.

Durante la reunión, en la que la situación es examinada con detenimiento, el maestre dictamina también a los dos capitanes del Estado Mayor que refuercen las patrullas entre Jerusalén y la costa para impedir que bandas turcas organizadas puedan cortar los caminos impidiendo el transporte de provisiones. También decreta que por la mañana salgan mensajeros a todos los castillos y fortalezas de la Orden, y de las otras Órdenes con la advertencia de extremar la seguridad. Desde Jerusalén deben ser enviadas las instrucciones precisas a sus comandantes sobre cómo deben preparar la defensa.

Sentado en un rincón, Víctor no pierde detalle, y con atención escucha cómo los componentes del capítulo, asistidos por su maestro y por el anciano árabe, toman decisiones para organizar la defensa de la ciudad y preparar la evacuación de los miembros de la Orden, así como la salida de los tesoros que se guardan en la casa central. Aunque la mayoría de ellos, a estas alturas, ya navegan camino de Europa.

Hasta bien entrada la noche no dan por terminada la reunión. Y no lo hacen sin haber organizado hasta el último detalle. Finalmente, cansados pero satisfechos, se encaminan hacia el refectorio para tomar la última comida del día.

Es entonces cuando el maestre se dirige por primera vez a Víctor:

—Dime, joven Víctor, ¿cuál es tu opinión sobre la situación?, ¿crees acertadas las decisiones que hemos tomado los que tenemos sobre nuestros hombros la enorme responsabilidad de salvaguardar la Orden?

Sorprendido por la pregunta, pero sobre todo por quién la formula, Víctor se detiene y observa el rostro de Armand de Périgord.

Hace un intento de abrir la boca, pero antes dar una respuesta mira a su maestro convencido de que el maestre le está sometiendo a una prueba. Finalmente, y tras unos segundos de reflexión responde:

—Maestre, yo no soy quién para juzgar las decisiones de hermanos tan expertos en el arte de la lucha. Pero ya que habéis solicitado mi humilde opinión sería poco considerado por mi parte no compartirla e impedir con ello que alguna idea aprovechable llegara a vos y no pudiera ayudar a mitigar los terribles tiempos que se avecinan. Todas las órdenes y disposiciones que habéis tomado me parecen correctas, pero quizás, si mañana se organizara la evacuación de la ciudad posiblemente se podría evitar un desastre mayor al salvar a sus habitantes. Sin el apoyo de Occidente difícilmente se puede mantener el imperio de Oriente, y como vos sabéis, Roma y los reyes de Occidente ya han dado la espalda al reino de Jerusalén en otras ocasiones. Como no es de esperar que la reacción de Roma sea rápida, mi consejo sería evacuar de inmediato la ciudad, enviar mensajes al papa y a los reyes francos solicitando ayuda y replegarse en la costa esperando refuerzos de Occidente. A su llegada, el ejército podría lanzarse a recuperar el territorio perdido y establecer las fronteras donde puedan ser más fácilmente defendibles. Habría que profundizar más hacia el interior y no dejar que el Reino de Jerusalén se limite a una estrecha franja difícil de mantener junto al mar. Una vez hecho esto, quizás sería aconsejable acercarse al enemigo e intentar dialogar con él, buscando un equilibrio que mantuviera la paz en la región, convirtiendo a Jerusalén en una ciudad abierta donde las tres religiones convivieran en armonía. Para los musulmanes y para los judíos también es una ciudad santa, y seguramente accederían. En el futuro, peligros mayores acecharán la seguridad de estas tierras. Haciendo esto quizás llegará el día en que cristianos, judíos y árabes unieran sus fuerzas en la defensa

de Jerusalén contra enemigos comunes como los integrismos, los fanatismos y la intolerancia.

Sorprendido por la respuesta el maestre se detiene y sonríe satisfecho mientras felicita a Frey Guillem por el trabajo realizado. Después se vuelve hacia Víctor y le dice:

—Querido Víctor, tus palabras encierran mucha sabiduría y demuestran que eres listo. Esa sería en efecto la mejor solución. Pero por desgracia, la unión de las tres religiones todavía es impensable. Aunque las tres nacieron de la misma semilla, se han distanciado demasiado. Desde el Temple continuaremos trabajando para unirlas y devolverlas a sus antiguas creencias, aquellas que fueron un día la base de la creación. —Ante la cara de asombro de Víctor el maestre continúa—: Ya sabes que uno de los objetivos de la Orden es conseguir un solo estado regentado por un consejo para toda nuestra civilización. Pero también es nuestro objetivo una sola religión para todos los hombres. Aquella que Dios nos legó y que fue practicada por nuestros antiguos, antes de que falsos profetas la manipularan partiéndola en tres y enfrentándolas con guerras y odio. De igual forma, tampoco es posible hacer que los señores de Occidente se preocupen por los problemas de Oriente. Estamos inmersos en un mundo de egoísmo y nadie se preocupa por los problemas del prójimo si ello no puede reportarle ningún beneficio. Toda la ayuda que recibimos de Occidente la debemos pagar con grandes intereses. Las cruzadas no han sido más que una excusa para que los nobles y reyes de Occidente se puedan enriquecer. Jamás ha existido un verdadero ideal. Incluso Roma ha buscado en ellas una forma de extender su poder terrenal y acabar con sus competidores. Bajo la amenaza del fuego eterno, la Iglesia ha conseguido doblegar a nobles y reyes demostrando quien ostenta el poder en la tierra, tanto el espiritual como

el temporal. Y las cruzadas han sido sus mejores argumentos. Por desgracia no queda más solución que el sacrificio, y es por ello por lo que vamos a luchar defendiendo Jerusalén. Aun a sabiendas de que la batalla es inútil entregaremos nuestras vidas, y quizás nuestra muerte sirva para que Occidente reaccione. La historia de nuestra Orden, desde su misma fundación, está llena de sacrificio. Estoy convencido de que incluso cuando llegue su desaparición será también un acto de sacrificio por el bien de la humanidad.

Víctor escucha con atención las palabras del maestre, palabras que a modo de triste augurio presagian el trágico final que aguarda a la Orden. Y al fijar la mirada en el rostro del venerable caballero ve reflejado en él el cansancio de muchos años de servicio, y el deseo de encontrar por fin la paz y el descanso.

Después, guardando silencio, los dos siguen camino hacia el refectorio.

Más tarde, Víctor conocerá por Frey Guillem que durante la batalla de Gaza, tras la pérdida de Jerusalén, Armand de Périgord, Maestre del Temple, caerá mortalmente herido entregando su vida junto a cientos de hermanos. Y que, a pesar de que el capítulo elegirá a Guillaume de Sonnac para sustituirle, y de que este intentará en varias ocasiones recuperar la Ciudad Santa, Jerusalén ya no volverá jamás a la cristiandad.

Han transcurrido varios días desde la llegada de Victor y frey Guillem a Jerusalén cuando William consigue por fin llegar a la ciudad montando una yegua facilitada por el banquero Fillosi. Lo hace acompañado de dos siniestros criados cedidos también por el banquero. Aunque siente una profunda emoción por recorrer los mismos lugares que

Jesús pisó, el dominico se obliga a concentrarse en la misión que lo ha llevado hasta allí evitando cualquier tipo de pasión.

Una vez en la ciudad, y siguiendo su plan, se dirige hacia el barrio lombardo, donde se alojarán en casa de uno de los señores con quien el banquero Fillosi mantiene una estrecha relación. Esta vez el engaño de William consiste en vestir como un rico mercader. Además, viajar en compañía de dos sirvientes indica cierto nivel económico, lo que da mayor realismo a su disfraz. Sus nuevas ropas, de fina seda y suministradas por el rico banquero con quien mantiene tratos el inquisidor Andrés del Orbe, agradan más al monje, y ve en ellas un adelanto de las comodidades que disfrutará cuando regrese a Europa con la misión cumplida. Está convencido de que el inquisidor mayor le conseguirá una rica abadía, o un cómodo obispado cerca de su tierra natal. Orgulloso ante las miradas que le dirige la gente con la que se cruza, el dominico entra en una mansión rodeada por un lujoso jardín lleno de flores, olivos y estanques llenos de peces de colores. Después de identificarse usando gran pompa ante los sirvientes de la casa estos ayudan al monje a bajar del caballo y le franquean la entrada. Mientras espera que el dueño le reciba envía a sus dos criados a recorrer las calles buscando información sobre la llegada de un joven muchacho acompañado por un grupo de templarios. Los dos lacayos, creyendo que su amo es un loco, parten convencidos de que es una insensatez andar interrogando a la población sobre un grupo de templarios. Sobre todo cuando la ciudad está en alerta y las calles son un hervidero de caballeros de las distintas órdenes militares. El fino olfato de los malandrines les hace presentir el peligro, y los dos perciben los aires de guerra que flota en el ambiente. Decididos a no complicarse la vida optan por dirigirse hacia las callejuelas más oscuras en busca de una taberna en la que perderse hasta el amanecer entre mujeres y vino.

Mientras tanto, William, vestido de falso mercader, es acomodado en una de las habitaciones más lujosas de la casa, una destinada a las más insignes visitas como prueba del respeto que rinde su anfitrión al rico banquero Fillosi.

Después de instalarse, el dominico es acompañado por un sirviente hasta el comedor, donde le espera el dueño de la casa. Es entonces, mientras cenan, cuando el monje revela su verdadera identidad y le expone el motivo de su presencia, y antes de que el sorprendido mercader pueda responder, William solicita su ayuda para poder cumplir la misión que le ha traído hasta Jerusalén. El hombre reflexiona sobre las palabras del monje, y ocultando la preocupación que siente por verse mezclado en un complot contra la poderosa Orden del Temple, se compromete a ayudarle. Incluso comenta que quizás pueda conseguir algo de información a través de un amigo que es proveedor de la casa central.

Y con esta promesa los dos se retiran a descansar.

Más tarde, a solas en sus habitaciones, el mercader saborea una copa de vino caliente aderezada con miel que uno de sus criados le ha servido como cada noche mientras repasa la conversación que acaba de mantener.

Cuanto más piensa en él, más se convence de que su invitado es un loco que solo puede acarrear problemas, pero teniendo en cuenta quién le envía, y los favores que debe, finalmente, toma la decisión de brindarle ayuda para que cumpla su misión y abandone su casa cuanto antes.

Satisfecho por salvar una vez más la situación ante una decisión arriesgada, como corresponde a un verdadero hombre de negocios, el mercader se sumerge entre las mullidas sábanas de seda que cubren su cama y vencido por el vino se duerme plácidamente.

Días más tarde, Víctor descansa apoyado en una de las almenas del muro mientras contempla extasiado el atardecer sobre Jerusalén. Después de duras jornadas en las que la instrucción y el aprendizaje se han intensificado, el muchacho se relaja contemplando el bello espectro de colores que ofrece la luz del sol al perder intensidad en el horizonte. Por toda la ciudad se reflejan suaves tonos ocres mezclándose con brillantes tonalidades doradas, y a lo lejos, el astro rey, como un gigantesco disco de fuego, se esconde en las áridas arenas del desierto. Cuando finalmente llegan las sombras de la noche, Víctor se dirige hacia la capilla para rezar en compañía de los hermanos libres de servicio. Desde su llegada a la casa central él también debe cumplir con las mismas obligaciones que el resto de hermanos, incluyendo la asistencia a los maitines antes de las primeras luces del alba.

Mientras recorre la distancia que le separa de la acogedora capilla donde se oficia la misa, reflexiona sobre el significado de la divisa de la Orden, que grabada en la piedra, domina la entrada principal: "*Non Nobis Domine, Non Nobis, Sed Nomine tuo da Gloriam"*. Y ajeno a los peligros que en el exterior le acechan saborea a refugio de los muros de la casa del Temple los días más importantes desde que inició su particular peregrinaje.

No muy lejos de allí, William ha conocido gracias a los espías de su anfitrión que *el pequeño hereje y sus demoníacos protectores* llegaron hace ya varios días, y que todos se cobijan en la casa central del Temple.

Tras confirmar las sospechas de su superior, William se siente satisfecho. Pero sus criados le hacen ver la imposibilidad de entrar en el cuartel general de los templarios, y menos intentar atentar contra alguien. Contrariado, al dominico no le queda más

remedio que darles la razón, y resuelve que deberán esperar a que su víctima salga de la fortaleza para caer sobre él.

Por ello manda que sus sirvientes se alojen en una posada que hay frente la casa del Temple, y acto seguido les ordena que controlen la entrada día y noche.

Mascullando entre dientes por dejar las comodidades de la mansión donde estaban, los dos rufianes recogen sus pertenencias y se dirigen hacia el albergue.

Una vez allí alquilan una habitación desde donde inician la vigilancia.

Es en la tercera noche cuando unas figuras recorren los subterráneos que, desde los sótanos del cuartel del Temple cruzan parte de la ciudad. Alumbrándose con antorchas, y en completo silencio, un grupo de templarios se desplaza por el túnel arrastrando carretillas en las que transportan una cuarentena de cofres.

El túnel parte desde donde antiguamente estaba ubicado el templo de Salomón, y después de recorrer varias leguas llega hasta una de las puertas de la muralla. Allí, en el patio de una casa amurallada, que también pertenece a la Orden, el pasadizo sale a la superficie. Envueltos en la oscuridad los templarios cargan los cofres en varios carros que están dispuestos, y después, protegidos por la noche y bajo el amparo de la niebla, abandonan la ciudad perdiéndose en el camino que conduce a la costa.

Para la historia esta expedición jamás habrá existido, y con ella desaparece cualquier pista sobre el misterioso cargamento que salió de Jerusalén poco antes de que la ciudad fuera asaltada por última vez.

Con motivo de los preparativos de la defensa, en el patio de armas se vive un intenso ajetreo que presagia los combates que se avecinan. De los almacenes sale gran cantidad de armas que, tras ser cargadas en carromatos, son transportadas hasta los demás castillos que la Orden tiene a lo largo del Reino de Jerusalén. Lanzas, espadas,

cuchillos, virotes, ballestas y otras armas son camufladas entre verduras y hortalizas y llevadas a las fortalezas. El castillo del Peregrino, el Krack, el de la Haba, el del Huevo y el de la Sal, entre otros, reciben este material para que puedan resistir el envite que las tropas turcas preparan.

Desde la ventana de una de las torres, Víctor asiste a los preparativos mientras sus maestros ultiman su aprendizaje. Haciendo turnos, Ibn al-Iran, Guillem de Cardona y Andrés de Bembibre, imparten al recipiendario las enseñanzas que completan su ciclo iniciático, basando los estudios del muchacho en las siete artes liberales y complementándolas con el estudio de la verdadera historia, de las enseñanzas de la cábala y del sufismo. Día a día, Víctor absorbe de sus maestros los conocimientos que le permitirán recibir la luz.

Justamente es una de las tardes en la que el muchacho pasea en compañía del Hermano Miguel cuando pregunta:

—Miguel, decidme, ¿de verdad creéis que podré realizar la misión para la que me estáis preparando? A veces dudo si seré capaz de cumplir mi objetivo. Mi época es muy distinta a esta, y no veo cómo utilizaré las enseñanzas y los conocimientos que me estáis transmitiendo.

—Estimado Víctor —responde Frey Miguel—, ni debes temer, ni tampoco ninguna duda te debe impedir completar el aprendizaje. Cuando regreses a tu época no serás el mismo. El niño indeciso y receloso que llegó con freire Guillem ya no existe. Ahora está el muchacho fuerte, equilibrado y juicioso que sabrá conducir nuestros destinos, y recuperar para nuestra Orden todo su esplendor y poder. Combatiendo a las fuerzas del mal y devolviendo al mundo el equilibrio que perdió hace siglos. Contigo todo volverá a

ser como en tiempos de los antiguos: "Abajo igual que arriba, lo de abajo como un fiel reflejo de lo de arriba".

—Deseo, hermano Miguel, que llegado el momento pueda cumplir mi encargo. Pero no sé si será demasiada responsabilidad para mí.

—No estarás solo, Víctor. Otros iniciados estarán a tu lado para ayudarte a cumplir tu misión y participar en ella.

—¿Cómo les reconoceré? —pregunta Víctor sorprendido ante esta afirmación.

—Freire Guillem será quien te lo explicará mejor que yo. Pero, debes saber que a lo largo de los próximos siglos, después de la desaparición del Temple, nuestros conocimientos serán asimilados por órdenes iniciáticas que se encargarán de hacer llegar hasta tus tiempos la base para el renacimiento del espíritu templario. Por desgracia, te enfrentarás a sociedades que, haciéndose pasar por sucesores del Temple, solo se dedicarán a crear confusión para impedir tu misión. Será trabajo tuyo desenmascararlas e impedir que lleguen a tener ningún tipo de poder o influencia.

Tras la respuesta, Víctor sigue paseando junto al templario castellano. Y envuelto en el silencio, camina reflexionando sobre estas palabras mientras por su mente cruzan cientos de preguntas que teme que puedan quedar sin respuesta cuando regrese a su tiempo.

Viéndolo preocupado, Frey Miguel le rodea con su poderoso brazo y le dice:

—No debes preocuparte. Hemos puesto en tu mente la semilla del conocimiento, y la hemos regado con la luz del saber. No tengas prisa. Déjala germinar en tu interior. Eres joven todavía, pero con el tiempo esta semilla brotará y de ella nacerá el árbol de la sabiduría. La gnosis que iluminará todos los pasos de tu vida. Ese es nuestro verdadero tesoro y nuestro legado, y el uso que hagas de él dependerá solo de ti. En tus manos

estará la libertad de usarlo para el bien, o para el mal. Estoy seguro de que nuestra elección es la acertada, y que usarás correctamente todo lo que te hemos dado. No debes temer por las dificultades que surjan. El árbol del conocimiento es como la acacia, capaz de crecer y mostrar su belleza en los parajes más inhóspitos y en las condiciones más desfavorables.

Y de nuevo en silencio siguen recorriendo el patio de armas, que ahora, con las primeras sombras de la noche ha recuperado su tranquilidad habitual.

Pero antes de que Víctor vuelva a abrir la boca, el castellano pregunta:

—¿Conoces mi tierra?, ¿conoces el Reino de Castilla?

—No he estado nunca, pero si conozco algo. En mi época ya no existe el Reino de Castilla. Todos los reinos de la península, excepto el de Portugal, forman un único reino cristiano llamado España. Pues los árabes fueron expulsados hace siglos. Castilla es una comunidad autónoma dentro de este reino.

El templario, mirando hacia el cielo, agrega:

—Los templarios siempre hemos soñado con la unificación de toda la cristiandad en un solo reino. En un reino regido por un capítulo que dicte las leyes, y que sea elegido por votación entre los comendadores provinciales. Veo que, gracias a Dios, poco a poco esta unificación se está cumpliendo.

—No es exactamente como decís. Pero es algo parecido. Al menos se asemeja más a vuestro proyecto que a la realidad actual, con todos estos pequeños reinos y señoríos que existen en tierras cristianas.

—¡Pues a lo que iba! —Dice Miguel recuperando el hilo—. En mi tierra encontrarás muchas claves con las que podrás descifrar los conocimientos que vas a llevarte. Esculpidas en las piedras hallarás los enigmas que te dejaremos a través de los

hermanos constructores. Ellos se encargarán de transmitir los mensajes que pervivirán durante siglos. A la espera de la llegada de la nueva caballería. Aquella que hará renacer nuestro espíritu y que devolverá el equilibrio al Universo. Las hermandades de constructores grabarán con su cincel nuestro esoterismo secreto, y al descifrarlo sabrás la forma de recuperar los tesoros que durante siglos dormirán escondidos esperando tu llegada y la de los hermanos que te acompañarán en la última cruzada, la definitiva. De las piedras desbastadas que forman parte de cada una de las ermitas o de las majestuosas catedrales. De estas sencillas piedras, que encierran el mensaje deberás interpretar la forma de utilizar la herencia que recibirás. Cientos de hombres destinarán sus miserables vidas a la búsqueda de nuestros tesoros para darles un uso vulgar y profano. Pero ni los más importantes, ni los más poderosos de la tierra. Ni reyes, ni emperadores. Ni tampoco los más crueles dictadores tendrán éxito en su búsqueda. Solo a ti te estará reservado, pero para ello será necesario que dirijas tus pasos en la dirección correcta. La reflexión será tu mejor aliada.

—Pero ¿cómo llegaré a saber en qué dirección buscar? —pregunta Víctor.

—Sigue el camino. Él te dará las soluciones —responde el templario castellano.

—¿El camino?, ¿qué camino?

—El camino santo hacia el *campus estelae*, el campo estrellado. Antes de alcanzar el *finis terrae*, el final de la tierra, disimulado en el culto a Santiago encontrarás las claves. Pero no dejes de leer todas las piedras del camino. Solo que te saltes una de ellas, aunque sea la más humilde ermita, en el más recóndito lugar, no podrás descifrar la solución del enigma.

—¡Ahora entiendo el verdadero sentido del camino! —Exclama Víctor—. La finalidad no es llegar a la tumba del apóstol lo más rápido posible. La finalidad es

empezar el laberinto en el principio, y seguirlo paso a paso. Descifrando los mensajes que hay en cada etapa. El trayecto es lo importante y no el final. Llegar saltándose etapas carece de valor. La auténtica llegada es la del peregrino que lleva con él el mensaje descifrado. Ese es el ganador. ¡Claro!, ¡ahora lo entiendo! ¡El juego de la oca!

—Sí, pero ¡cuidado! —Aclara el templario—; durante siglos la Iglesia intentará borrar las huellas. Y para ello no dudará en cambiar nombres y esconder enclaves del camino. Deberás seguir tu intuición y escuchar tu voz interior para que ella te guíe cuando las falsas señales quieran engañar a tus ojos.

—¿Cómo distinguiré las verdaderas señales de las falsas? —inquiere Víctor.

—¿Recuerdas que te comenté dónde había sido recibido templario? —sonríe Miguel de Bembibre.

—Sí, lo recuerdo —dice Víctor con entusiasmo—, En el castillo de Ucero, en Soria.

—Exactamente, aunque en realidad mi verdadera iniciación, la segunda, la que me inició en el círculo tuvo lugar en la cueva que hay junto a la ermita que la Orden construyó en el Cañón de Río Lobos. Allí, como si regresara al útero materno, dentro de la Madre Tierra, morí para volver a nacer de nuevo. Fue en esa gruta mágica donde mi semilla dio paso a un nuevo hombre. Y es justamente allí donde deberás empezar tu búsqueda. En la ermita encontrarás la clave para emprender tu camino. Allí y también en el laberinto encerrado en la muralla del castillo de Ucero. En estos dos puntos estará indicada la ruta que deberás seguir. Además, la torre del homenaje del castillo, con sus cuatro vértices orientados a los cuatro puntos cardinales, te indicará la dirección que debes tomar. Y cuando tus pasos te conduzcan hasta las Médulas podrás comprobar la energía que se encuentra en el interior de la Madre Tierra. Después, cuando vayas al

castillo de Ponferrada, en su iglesia, la Morenilla, la Virgen de la Encina te hablará indicándote tus próximos movimientos.

—¿La Morenilla? —Pregunta Víctor— ¿Acaso es una virgen negra cómo en Cataluña la Virgen de Montserrat?

—Más o menos. La Morenilla es una virgen que fue encontrada por unos hermanos del Temple en el hueco del tronco de una encina. Su rostro es oscuro, como el color de la gnosis, del conocimiento. Y su imagen es el reflejo de la diosa Isis disimulado tras la imaginería católica. Cuando estés frente a ella fíjate bien y descubre el mensaje que oculta. Escúchala y deja que te proteja. Bajo su manto estarás a salvo.

Reflexionando sobre estas últimas palabras, Víctor sigue al hermano Miguel hasta la capilla donde Frey Guillem les espera para asistir al servicio religioso antes de la cena. Pero durante el oficio, en vez de seguir los rezos de los hermanos, se deja envolver en el ambiente de los cantos mientras fija la mente en las indicaciones que el castellano le ha dado, intentando retenerlas en la memoria, temeroso de olvidar algo y no poder descifrar los enigmas y completar su misión.

En otra parte de la ciudad William está de un humor de perros. Se han cumplido varias semanas desde su llegada y todavía no ha podido acercarse a su presa. Tan solo una tarde, al abrirse las puertas de la casa del Temple para permitir el paso a un carromato, mientras hacía compañía a sus esbirros, tuvo la oportunidad de ver al joven Víctor paseando por el patio en compañía de un fornido templario. También, en otras ocasiones ha podido distinguir la silueta del muchacho hablando con un anciano de rasgos árabes tras las ventanas de uno de los edificios. Pero en ninguna de las largas y

tediosas guardias su víctima ha cruzado las puertas, ni ha salido a la ciudad. Si lo hiciera, entre el gentío del mercado y la barahúnda de las calles hubiera sido una presa fácil. Pero en cambio se mantiene a salvo tras los muros de la casa del Temple. Pensando en que se le acaba el tiempo, o temiendo que vuelva a escaparse, el dominico calcula las posibilidades de éxito si un diestro arquero disparara un dardo mortal desde la ventana de la posada mientras el muchacho pasea por el patio de la fortaleza. Consciente de que no tendrá otras oportunidades, William decide finalmente llevar a cabo este plan, y solicita a su anfitrión que le consiga a alguien capaz de realizar el disparo con éxito. Y además, alguien que por una cantidad de oro renuncie a hacer preguntas.

Al día siguiente, el mercader le presenta a la persona que cumple estos requisitos. Jacobus de St. Ciprien, un antiguo caballero hospitalario que luce un fiero aspecto. Envuelto en una capa de color negro, con el rostro surcado de cicatrices y un parche que oculta la cuenca vacía de un ojo, un ojo que perdió en una de las riñas en las que constantemente se ve envuelto, el mercenario se presenta ante William. La nariz, puntiaguda y doblada hacia abajo que le hace aparentar un aspecto todavía más siniestro, y sus dos metros de altura provocan que cualquier enemigo se lo piense dos veces antes de iniciar una bronca con este personaje. Jacobus fue expulsado de la Orden del Hospital por herir mortalmente a otro hermano en una pelea. Desde entonces, la única forma de subsistir ha sido poner precio a su espada y ofrecer su habilidad con el arco y la ballesta al mejor postor. Asesinando a cambio de dinero. Y ahora su olfato le indica que quizás haya otra posibilidad de ganar unas monedas.

Con su único ojo Jacobus escruta el rostro del personaje vestido de mercader que está sentado frente a él. Después toma un sorbo de vino y, secándose con el dorso de la

mano las gotas que resbalan por la sucia barba, susurra mostrando sus dientes negros y expeliendo un fétido aliento que abofetea la cara del monje:

—Bien, noble señor, ¿puedo preguntaros a qué se debe vuestro interés por mi persona?

Venciendo el miedo y la repugnancia William responde:

—Me han indicado que sabéis usar la ballesta con precisión. Y también que sois discreto.

—No os han engañado —responde riendo Jacobus—. También soy diestro en el manejo del cuchillo. —Y tras pronunciar estas palabras salta de su asiento agarrando por los cabellos a uno de los lacayos de William al que le coloca la afilada hoja de un cuchillo en el cuello. Asustado, el sirviente intenta zafarse de su captor, pero al agitarse provoca que la afilada hoja le penetre la piel produciendo un corte por el que escapa un hilo de sangre.

—¡Tranquilo, Jacobus, es mi siervo y os aseguro que es inofensivo! —exclama levantándose William.

—Entonces, decidme, ¿por qué esconde esto entre sus ropas? —Y expresando esto el asesino extrae de entre la ropa del criado una daga que clava en la mesa frente al sorprendido dominico que no sabe qué responder. Pero antes de que nadie pueda reaccionar Jacobus suelta a su presa que cae estrepitosamente volcando dos sillas y vuelve a tomar asiento frente a William.

—Mi criado solo seguía instrucciones —se disculpa el monje sentándose también—. Quería estar seguro de vuestras intenciones. Ahora tranquilizaos y hablemos sosegadamente. Me gustaría encomendaros un trabajo digno de vuestras habilidades.

Al oír estas palabras Jacobus sonríe.

—¿Quién es el desafortunado al que debo enviar al infierno? ¿Acaso el infeliz amante de vuestra esposa? ¿O quizás sea un competidor que os ha quitado algún mercado en el que ya no podéis vender vuestras baratijas?

Tras decir esto el asesino suelta una carcajada que inunda el aire de la taberna con su pestilente aliento.

—No es ninguno de los dos casos. Vuestra misión es más sencilla. La víctima es un muchacho de catorce años.

—¿Y para tan fiero enemigo acudís a mí? ¿No podéis vos, ni vuestros inútiles sirvientes acabar con un jovenzuelo imberbe e indefenso?

—Ese jovenzuelo indefenso como le llamáis vive en la casa central del Temple, rodeado de caballeros que no le dejan ni a sol ni a sombra. Y jamás pisa las calles de la ciudad.

—¡Pardiez! —Exclama el mercenario—, esto es otra cosa. No pretenderéis que me enfrente yo solo a toda la guarnición del Temple.

—No —responde William— Tan solo quiero que desde una ventana de esta posada disparéis vuestro dardo contra él cuando esté paseando por el patio.

—¡Sois el mismo Diablo! —dice Jacobus acercando la jarra de vino a su boca y tomando un trago con el que vacía todo el contenido.

—Así pues —pregunta William—, ¿puedo contar con vos, o por el contrario el miedo os hace rechazar la misión?

—¿Miedo? Mirad que de un solo tajo os puedo cortar el pescuezo. Y esta vez no seré tan benévolo como con vuestro criado, que ha tenido la suerte de salvar la vida después de ver la hoja de mi cuchillo.

—Guardad vuestra soberbia y decidme, ¿cuánto queréis por consumar la misión?

—No menos de cien monedas de oro. Pensad que después de cumplir vuestro encargo tendré que abandonar la ciudad. Pues a buen seguro, y conocedores de mi habilidad con la ballesta, y por mi injusta fama esos arrogantes Templarios vendrán a buscarme.

—Me parece justo el precio —asiente William—. También os conseguiré pasaje en alguna nave que parta hacia los reinos de Occidente. ¿Qué tiempo necesitáis para prepararos?

—Solo un día —responde Jacobus—. El tiempo que tardo en recoger mis pertenencias y mi ballesta. Viajo ligero por lo que vuestro encargo no se va a demorar. Pero hay un detalle que necesito de vos. Alguien deberá estar junto a mí para indicarme el aspecto del infeliz que va a caer bajo mis flechas.

—No hay problema —acepta William—. Uno de mis siervos os mostrará quien es la víctima. Él mismo os entregará una bolsa con la mitad de las monedas. La otra mitad os será entregada cuando embarquéis una vez que la misión esté cumplida.

—De acuerdo. Pero no oséis burlaros de mí porque os juro que os perseguiré hasta el mismísimo infierno si intentáis engañarme.

Convencido de que el asesino es muy capaz de cumplir su amenaza, William asiente y se despide alegrándose por salir a la calle y perder de vista al siniestro personaje. Después, saboreando las caricias de los rayos del sol en el rostro, regresa a casa de su anfitrión convencido del éxito de la misión. Antes de abandonar la posada, William ha dado instrucciones precisas a sus criados para que ayuden al asesino a sueldo. También les ordena que cuando el encargo esté cumplido corran a darle la noticia. Por precaución quiere guarecerse y no salir hasta que el joven hereje haya muerto.

Al cabo de unas horas el atardecer esconde los últimos rayos de sol permitiendo que un manto de estrellas cubra el firmamento. La Luna, en cuarto creciente, inicia su mágica cabalgadura saludando a las luces que se van encendiendo por la ciudad, y las murallas dan la bienvenida a la noche mientras la tonalidad ocre que lucen de día se transmuta en negrura rindiendo culto a las tinieblas. Como si durante la noche extraños ritos se apoderaran de la oscuridad haciéndola suya.

En la casa del Temple, los hermanos que no están de servicio acuden al refectorio para tomar la última comida del día. Después se dirigirán ordenadamente a la capilla y cumplirán con los rezos antes de refugiarse en sus celdas. Tras lo cual la fortaleza quedará sumida en una profunda quietud y silencio. Silencio roto solamente por el monótono tintineo de las cotas de malla de los centinelas y el crujir de sus capas al mecerse con el débil viento que llega de poniente.

Mientras tanto los dos siervos de William y el feroz Jacobus dormitan en la posada echados en sus camastros. Las jarras vacías que hay en el suelo dan fe de que la vigilia que han mantenido ha sido larga. Finalmente, el vino ha hecho su efecto y los tres descansan en sus catres.

Ajenos a los hechos que se desarrollan en los subterráneos de la fortaleza los tres sicarios duermen profundamente la borrachera.

Dentro de la casa del Temple, en una de las cámaras oculta bajo el subsuelo y de la que pocos hermanos conocen la existencia, está a punto de comenzar una ceremonia secreta de iniciación[1].

[1] Nota del autor: A diferencia de otras órdenes religiosas, en que se hacían de día y en público, en el Temple las iniciaciones se celebraban de noche y a puerta cerrada, para mayor solemnidad e intimidad.

En esta cámara, fiel reproducción de la capilla del castillo el Capítulo aguarda con solemnidad. Entre ellos están Guillem de Cardona y Miguel de Bembibre vestidos con sus mejores galas. Los dos lucen la capa blanca con la cruz roja en el hombro y unos yelmos nuevos y brillantes que reflejan la luz de las antorchas, esparciendo destellos y añadiendo un punto mágico al ambiente.

A una indicación del maestre los dos abandonan la estancia y acuden a la cámara de reflexión en busca del neófito que, en compañía de la soledad y envuelto en la penumbra, rota solo por la débil luz de una solitaria vela, reflexiona sobre el paso que está a punto de dar.

El novicio aguarda vistiendo ropas de seda y calzando unas delicadas botas doradas de media caña con la punta vuelta hacia arriba. En su cabeza luce un gorro de piel de león y se cubre las manos con unos guantes de terciopelo negro. Nervioso y asustado, Víctor espera sentado en el pequeño cuarto frente a una mesa en la que hay un trozo de pan, una jarra de agua, un recipiente en el que alguien ha depositado un poco de tierra y un cráneo que, por efecto de la oscilante luz de la vela, parece observarle a través de sus cuencas vacías.

Al oír el que alguien abre el cerrojo se levanta y, a una señal suya, sigue a sus maestros por el pasillo hasta la capilla subterránea. Sin pronunciar palabra llegan a la puerta y entonces Frey Miguel llama dando tres golpes. Como respuesta, una voz pregunta desde el interior:

—¿Quién osa llamar a la puerta del templo?

—El que busca en él *la verdad* huyendo de las falsedades del mundo exterior. El que viene hacia su gloria con humildad y desengaño —contesta Frey Guillem en su papel de padrino.

—Entonces, hacedlo pasar —responde la voz.

Al momento, las puertas se abren dejando ver el interior de la cámara. Sobrecogido por la emoción, Víctor entra flanqueado por sus dos tutores y se detiene a los pocos pasos. Como si una mano invisible las accionara, las puertas vuelven cerrarse con un ruido seco que provoca un escalofrío en el muchacho. Acostumbrándose lentamente a la penumbra, Víctor ve que la cámara es una fiel reproducción de la capilla, pero a diferencia de esta, aquí no hay ninguna ventana que permita la entrada de la luz exterior. Las paredes están cubiertas con paños de color negro y todas las figuras están cubiertas con tela del mismo color. Las antorchas están apagadas, y a excepción de unos pocos cirios que arden frente al altar, y de un candelabro con siete brazos, no hay más luz en toda la nave, por lo que las sombras dominan el ambiente. Frente al ara, y sentado en un trono tres peldaños por encima del suelo, está el maestre, y a su lado, también en el estrado, Víctor distingue al senescal, al Mariscal y también al comandante de la ciudad de Jerusalén. Por debajo, y formando un semicírculo se hallan el segundo comandante de Jerusalén, el comandante de Trípoli, el comandante de Antioquía, los comendadores de la Orden y los comandantes de algunas plazas menores venidos expresamente para la ocasión.

Finalmente, en los dos laterales, inmóviles como estatuas y con aspecto de fantasmas meciéndose a la luz de las velas, se hallan un centenar de hermanos profesos, vestidos con sus mejores galas y envueltos en sus mantos blancos. Todos permanecen

silenciosos y con aspecto grave, lo que crea en Víctor un nerviosismo tan fuerte que siente que el vello de sus brazos se le eriza bajo sus finos ropajes de seda.

Después de varios segundos que parecen durar horas, el maestre, clavando sus ojos en el neófito, pregunta con voz grave:

—Caballeros. Queridos Hermanos. Vos sabéis que estamos aquí para hacer a alguien hermano, y en ello estamos de acuerdo. Si hubiera alguno de vosotros que supiera de él alguna cosa por la cual no debería ser, en derecho, hermano, que lo diga ahora y aquí, pues no hay cosa más bella que lo dijera antes de que este neófito haya cumplido sus juramentos.

Después de estas palabras, que durante unos instantes resuenan provocando un eco fantasmal en la sala, el silencio se apodera nuevamente del ambiente.

Todos fijan su mirada en Víctor, y este siente cómo cientos de ojos se clavan en él. Esta es la segunda vez que el maestre pronuncia la pregunta. La primera ha tenido lugar antes de que el recipiendario hubiera sido conducido por sus padrinos ante el capítulo. Ahora, como la primera vez, nadie responde, por lo que el maestre vuelve a hablar:

—Caballero, ya que sois libre, de buena reputación y sois sano de cuerpo y de mente, quiero que me respondáis:

—*¿Pedís libremente el ingreso en la casa?*

—Sí —responde Víctor con un hilo de voz—, pido libremente el ingreso.

—¿Tenéis acaso esposa o prometida? —Prosigue el maestre— ¿Habéis hecho votos en alguna otra orden? ¿Tenéis quizás deudas que no podáis pagar? ¿Buscáis refugio en la Orden para huir de vuestras responsabilidades en el mundo profano?

—No, señor —responde nuevamente Víctor—, no hay ningún motivo que me impulse a solicitar el ingreso en la Orden más que el deseo de servir a Dios y el de llevar su cruz.

—Caballero, ¿conocéis las durezas de la casa? Ved que de nosotros solo conocéis la corteza exterior, y quizás nuestros ropajes, nuestros caballos, nuestra comida y bebida, nuestras posesiones y nuestra imagen os han seducido.

—Conozco, señor, las durezas de la casa. Mis padrinos me han informado de ellas, y aun así pido el ingreso en la Orden.

—¿Habéis tenido en cuenta que el mundo acabará para vos en estos umbrales si ingresáis en la casa? —insiste el maestre.

—En la puerta me he despojado del hombre viejo para renacer en el hombre nuevo —exclama Víctor empezando a recobrar la seguridad.

—Caballero, quiero persuadiros de que vuestra decisión no es acertada. Aquí no hallaréis más que una vida dura y consagrada al servicio de los demás —Añade el maestre mirando fijamente a los ojos de Víctor, y tras un breve silencio añade—: Dejaréis de ser señor para ser siervo. Y ya vuestra voluntad no será tenida en cuenta. Cuando queráis descansar se os ordenará velar. Cuando deseéis velar se os ordenará descansar. Si preferís quedar en Occidente se os enviará a Oriente, a derramar vuestra sangre contra el infiel. Y si en cambio vuestro deseo es luchar en Tierra Santa hasta morir se os dejará en alguna encomienda de Occidente, realizando labores domésticas en bien de la Orden. Decid, Caballero ¿Insistís todavía en vuestra decisión?

—Sí, señor —afirma Víctor convencido—, con todo el respeto, insisto en ella.

—Entonces, caballero, como veo que vuestra decisión es firme y libre, deberéis prepararos para que os acojamos en nuestra Orden. —Pronunciadas estas palabras los

dos padrinos acompañan a su joven pupilo hasta el pie del sitial y se separan de él. Entonces, el muchacho, bajando la vista al suelo se arrodilla frente al maestre. Este levanta su cetro y extendiéndolo hacia Víctor pregunta—: ¿queréis en lo sucesivo de vuestra vida ser siervo y esclavo de esta casa y abandonar vuestra propia voluntad para hacer lo que vuestro comendador os mandara?

—Sí, señor —responde sin quitar la mirada del suelo—; si Dios quiere este es mi deseo.

—Caballero, ya que vuestro deseo de servir a Dios en la Orden del Temple es firme, que vuestra voluntad es pura, y que ningún otro turbio motivo os impulsa a pedir el ingreso: ¡Que así sea! ¡Que empiece el rito!

Víctor se levanta y, en compañía de sus padrinos, abandona la capilla hasta una sala contigua donde ayudado por sus maestros se despoja de sus vestiduras cubriéndose solo con un sencillo sudario de color pardo. Y así, descalzo, con los ojos vendados, las manos atadas y una cuerda alrededor del cuello, es introducido de nuevo en la capilla. Pero al estar privado de la vista no puede advertir que en su ausencia el aspecto de la nave ha cambiado. Las telas han desaparecido, y ahora las paredes muestran su verdadero aspecto. Adornadas con escenas que, aunque parecen sacadas de las Sagradas Escrituras, expresan situaciones que para un profano podrían llegar a ser sacrílegas, pues lo que en ellas se manifiesta es la interpretación pura del antiguo cristianismo, y que no evidencia las ideas que la Iglesia de Roma promulga. También las estatuas, que bajo los mantos de color negro parecían seres demoníacos son ahora hermosas figuras, talladas a imagen y semejanza de las muchas que adornan las catedrales que, construidas bajos los auspicios de la Orden, cubren Europa. También ahora centenares

de velas iluminan la estancia, y en las paredes gruesas antorchas esparcen su luz por la sala impidiendo que exista en el templo sombra y oscuridad.

Ajeno a estos cambios, Víctor es acompañado por sus padrinos hasta situarlo de nuevo frente al trono del maestre.

Pasados unos segundos, en los que indefenso en su oscuridad oye solamente el ruido de su respiración, la voz del maestre se vuelve a oír:

—Caballero, aquí estáis para servir a Dios. ¿Renováis vuestro deseo de entrar en la casa? ¿Persistís en ceder vuestra vida al servicio de la Orden?

A pesar de la sensación de desamparo que siente, medio desnudo, descalzo y con los ojos vendados, Víctor se arrodilla, y ofreciendo hacia el frente las manos atadas, contesta con voz serena:

—Señor, vengo ante Dios, ante vos y ante los hermanos y os ruego y requiero por Dios y Nuestra Señora que me acojáis en vuestra compañía y en los beneficios de la casa, espiritual y temporalmente, como aquel que quiere ser siervo y esclavo de la casa todos los días de su vida a partir de ahora.

Después de estas palabras, y de que el eco de su voz se apague, el silencio vuelve a caer en la sala. Pero el mutismo dura poco, pues a los pocos segundos un murmullo se eleva de las gargantas de todos los presentes llegando hasta los oídos del muchacho y acariciando sus sentidos.

Lentamente, el murmullo va creciendo en intensidad hasta convertirse en una dulce letanía que de forma armoniosa se transforma en una serie interminable de rezos en latín.

A cada salmo que es entonado, Víctor se siente transportado por la dulzura de las voces. Lejos de imaginar que son bravos guerreros los responsables del canto, en su

oscuridad el muchacho tiene la impresión de que es un coro de ángeles que se ha unido a la ceremonia, pero al cabo de un rato, y con la misma suavidad con la que empezaron, los cantos van cesando hasta que llega un momento en que de nuevo el silencio vuelve a reinar. Víctor permanece de rodillas hasta que siente unos brazos que le ayudan a incorporarse. De pie, Frey Guillem le quita la venda de los ojos mientras Frey Miguel le desata las manos. El brusco salto de la oscuridad a la poderosa luz que ahora ilumina el templo hace que Víctor parpadee y se cubra los ojos con las manos protegiéndolos del fulgor que despiden los centenares de velas y antorchas. Frente a él, ahora de pie, el maestre vuelve a hablar:

—Caballero, habéis pedido nuestra compañía y la Orden os ha acogido con sus más bellos cantos en señal de amor y fraternidad. Ahora, la luz de nuestra casa os llena la vista, pero sabed que esta luz que os guiará a partir de ahora también puede herir vuestros sentidos si hacéis mal uso de ella.

El maestre desciende hasta él y le entrega un ejemplar de los Evangelios que el muchacho sostiene mientras apoya la rodilla derecha en el suelo.

—Buen Hermano, ¿prometéis a Dios y a Nuestra Señora que en lo sucesivo, todos los días de vuestra vida obedeceréis al maestre del Temple y a los comendadores que están por encima de vos? ¿Prometéis a Dios y a Nuestra Señora que a partir de ahora viviréis castamente con vuestro cuerpo? ¿Qué viviréis sin bienes, pobremente, sin poseer nada propio? ¿Qué observaréis los usos y buenas costumbres de nuestra casa? ¿Que nunca abandonaréis esta Orden, ni por fuerte ni por débil, ni por mejor ni por peor?

—¡Sí, señor! —Responde Víctor con energía—. ¡Si Dios así lo quiere!

—Nosotros, en el nombre de Dios, en el de Nuestra señora y en el de todos los santos del Templo os acogemos en todos los beneficios de esta casa que existen desde el principio y que existirán hasta el fin. Os acogemos también en todos los beneficios temporales y os prometemos el pan y el agua, así como el duro trabajo y la humilde ropa de la casa.

Tras la promesa y después de darle la acogida, el maestre toma al muchacho por los hombros y lo hace incorporar. Luego le cubre con el manto templario, y a continuación de una breve oración dicha por el capellán besa al postulante en los labios, simulando con ello que entrega el aliento de la vida al nuevo hombre, nacido del viejo y corrompido que moraba el mismo cuerpo. Ahora, la capa del Temple cubre el sudario como símbolo de que la vida ha vuelto a nacer en el cuerpo de un nuevo hermano.

Entonces, Frey Guillem se acerca a su pupilo y, por segunda vez, le entrega la cuerda de nudos que Víctor ata a su cintura con la ayuda de su maestro. A continuación, dos caballeros se acercan portando un crucifijo de grandes dimensiones toscamente labrado que dejan caer al suelo.

Sobresaltado, el muchacho mira a su maestro, y este le devuelve una sonrisa de comprensión. Ante la mirada de todos los presentes, Víctor escupe en el suelo y pisa la cruz. Hecho esto los dos templarios levantan de nuevo el crucifijo frente a Víctor y este grita con menosprecio:

—Si de verdad eres rey y el hijo de Dios, ¿cómo es que no bajas de esta cruz?

En ese momento el maestre avanza colocándose entre el muchacho y la cruz, y protegiéndola con su cuerpo le entrega una espada a Víctor al tiempo que le habla:

—Hermano, este que acabas de cometer es el gran crimen del hombre que, no contento con matar a su hermano durante los siglos de los siglos, también quiso matar a

Dios y a su Hijo. Querido hermano, aquí te entrego esta espada para que la empuñes con fuerza contra el malvado que pretenda cometer este o algún otro crimen igual de horrible, y para que con ella hagas cumplir la justicia de Dios, protegiendo al desvalido y combatiendo el mal. Empúñala hasta la última gota de tu sangre. Sangre que no tendrás inconveniente en verter a favor del bien y de la Orden. Sangre que dejarás derramar antes de traicionar los secretos de la casa y de divulgar los ritos, usos y costumbres de nuestra Orden. ¡Pero, si acaso faltares a tu palabra, y Dios te dejara de su mano para que incumplieres tus juramentos, tu vida se apagará como estas candelas, y las tinieblas volverán a apoderarse de tu espíritu!

En el instante en que el maestre pronuncia estas palabras, todos los templarios apagan velas y antorchas dejando la capilla totalmente a oscuras, mientras de sus gargantas salen unos lamentos tan fúnebres que son capaces de encoger el corazón del más bravo guerrero.

Transcurridos unos segundos en la más pavorosa penumbra, las velas se encienden de nuevo, y la sala recupera otra vez su luz, momento en el que uno a uno todos dan el beso y el abrazo de bienvenida a su nuevo hermano.

Mientras, en el exterior, los primeros rayos del amanecer empiezan a lamer las colinas que rodean a Jerusalén saludando al nuevo día.

Un nuevo día que descubre al joven Víctor transformado en un hombre nuevo. Un hombre que ha unido su destino con el destino de la Orden del Temple.

Los criados de William, ajenos a la mística experiencia vivida por su presa, resucitan de la borrachera con la boca pastosa y la cabeza embotada. Y en medio de terribles arcadas por la cantidad de vino de la peor calidad que han ingerido, bajan hasta el patio de la posada en busca de una fuente donde refrescarse y recuperar la lucidez perdida.

Tras sumergir la cabeza en el agua, y beber un trago que calme el fuego que les arde en el estómago, se percatan de la ausencia de su violento compañero.

—Cuando hemos despertado, Jacobus no estaba en la habitación. ¿Dónde estará ese malandrín? —exclama uno.

—No lo sé —responde el otro—. A buen seguro ese cobarde ha huido sin cumplir su misión y llevándose el dinero que nuestro amo le entregó.

—Seguro que sí. Ahora el monje nos culpará a nosotros por no vigilarle, y nos obligará a nosotros a hacer el trabajo.

—Pues enfrentarme a esos diabólicos templarios no me apetece. Se cuentan cosas terribles de ellos. Dicen que hacen extraños ritos, y que se conjuran con el diablo.

Los dos están tan distraídos gimoteando que no se aperciben del peligro que les acecha, y sin que se den cuenta un gigante cae sobre ellos, y amarrándoles por el cuello les sumerge la cabeza en el pilón. A pesar de las quejas los mantiene bajo el agua durante varios segundos mientras patalean intentando zafarse inútilmente de los brazos que los sujetan. Hasta que, por fin, la presión se afloja y pueden sacar la cabeza del agua. Tosiendo, escupiendo y respirando con dificultad miran quién es el responsable de

tan mala pasada y descubren frente a ellos al sanguinario Jacobus estallando en carcajadas.

—¡Vaya con este par! —Vocea el mercenario— ¿Así qué el cobarde Jacobus ha huido con el dinero?, ¿eh? Debería haberos ahogado por hablar así de mí. Si ayer no hubierais bebido tanto el sol no os hubiera encontrado todavía en la cama. ¡Valiente ayuda me ha facilitado vuestro señor!

—¿Qué querías? —Grita uno de ellos tosiendo y con el rostro rojo de ira—. No te hemos visto y hemos pensado que te habrías marchado.

—¡No hay nada ni nadie que haga huir a Jacobus! —Responde el asesino lanzando una feroz mirada a los dos—. Venga, ya está bien de cháchara. Vamos a ver si tenemos suerte y podemos terminar el trabajo. Algo me dice que un peligro se cierne sobre nosotros si nos quedamos en Jerusalén. Esta mañana he dado una vuelta por el barrio árabe y he oído comentar que un gran ejército turco se está formando con intención de atacar la ciudad.

—¿Es cierto eso? —Pregunta uno de los sirvientes— ¡Si es así debemos avisar de inmediato a nuestro amo!

—¡Quieto! ¡Nadie irá a ningún sitio! Primero cumplamos la misión. Después ya avisaremos a vuestro señor. Hay tiempo, y no quiero que corra la voz y nuestra presa eche a volar. ¡Venga!, vamos a vigilar el patio de la fortaleza.

Y maldiciendo para sus adentros los dos siguen al mercenario hasta la sucia y maloliente habitación. Mientras el asesino prepara su ballesta uno de los criados acerca un taburete a la ventana con intención de espiar el patio de la casa del Temple. Entre tanto el otro baja a la cocina en busca de algo con que distraer el hambre en las largas

horas de vigilancia, pero justamente en ese momento las puertas de la casa del Temple se abren permitiendo al criado que vigila distinguir una figura conocida.

Durante la mañana Víctor ha estado en compañía de uno de los templarios más jóvenes de la casa, quien le ha conducido hasta la sala del pañero donde le han hecho entrega del equipo que posee cada hermano. Después de vestirlo con el uniforme y permitirle dejar en su celda el resto del ajuar, el joven templario también ha instruido a Víctor sobre los deberes domésticos de todos los hermanos, mostrándole las dependencias y presentándolo al resto de hermanos que cumplen con los servicios necesarios para la buena marcha de la ciudadela. El itinerario ha incluido la cocina, el molino y también al almacén, donde se guardan, untadas en grasa, armas suficientes para equipar a un gran ejército.

Pero cuando el sol marca el mediodía reciben orden de dirigirse a los aposentos del maestre. Obedeciendo la orden cruzan el patio de armas justo en el instante en que, a través de las puertas abiertas, uno de los sicarios advierte la presencia de Víctor.

—¡Jacobus! —grita excitado el criado— ¡Rápido! ¡Ahí está tu víctima! ¡Pardiez! El hereje viste como un templario.

—Aparta, déjame verlo —responde el asesino—. ¿Cuál de los dos es?

—El de la derecha. El más joven —exclama gesticulando el criado—. ¡Rápido, coge tu arma y dispara o escapará!

Sin perder los nervios y con gran sangre fría, Jacobus se apoya en el alféizar de la ventana y apunta su ballesta tomando como diana la cruz roja que luce el muchacho en el pecho. Luego respira hondo y apoya el dedo en el disparador. Finalmente, suelta el aire y sin dudarlo dispara.

Pero en ese instante, el otro sirviente que desde la ventana de la cocina también ha visto a Víctor, irrumpe en la habitación gritando.

—¡Eh!, ¡vosotros!, ¡mirad! ¡Ahí está el hereje! ¡Lo he visto desde la cocina!

Al entrar con tanto ímpetu profiriendo alaridos, su compañero se sobresalta y brinca cayendo sobre Jacobus justo en el instante en que el mortal dardo sale de la ballesta desviando su trayectoria.

—¡*Dieu de merde*!, ¡por tu culpa he errado el tiro! —Mientras grita esto último se incorpora y de un salto alcanza la puerta huyendo.

—¡Espera! —grita uno de los criados corriendo tras él—. ¡Has acertado! He visto como el proyectil se hundía en el muchacho.

—Sí, pero no al que debía, sino al otro —maldice el asesino—. ¡Tenemos que huir! En pocos minutos toda la guarnición se nos echará encima. —Y mientras corre escaleras abajo grita—. ¡Seguidme pasmarotes! Si os atrapan clavarán vuestras cabezas de una pica en la torre más alta.

Los tres huyen como si el diablo quisiera robarles el alma ante la mirada atónita del posadero. Después enfilan cuesta abajo hasta desaparecer entre el gentío, sin dejar de correr y tropezando con la gente que a esa hora llena la callejuela.

Dentro de la fortaleza, sin saber aún que ha pasado, Víctor se agacha sujetando a su compañero que yace en el suelo con la flecha clavada en el pecho. El dardo se ha clavado a pocos centímetros del corazón, y a pesar de que la herida no es mortal, la abundante sangre que mana pone en peligro la vida del templario.

Algunos caballeros han acudido de inmediato al oír los gritos de Víctor, y los que estaban de guardia han salido de inmediato a la calle espada en mano, pero solo a tiempo de ver tres sombras que se desvanecían entre el gentío.

El herido es trasladado de inmediato a la enfermería, donde el anciano Ibn al-Iran acude rápidamente convencido de que sus servicios serán fundamentales para arrancar de la muerte al joven caballero.

Al oír el alboroto, Frey Guillem y Frey Miguel han acudido corriendo y, protegiendo con sus cuerpos otro posible atentado, escoltan al asustado Víctor hasta los aposentos del maestre. De inmediato se convoca una reunión de urgencia del capítulo, y se decide que lo más acertado es organizar el regreso del *elegido* a Occidente para evitar otro percance que ponga en peligro su vida, y en consecuencia la misión que debe desempeñar.

Y así, solo disponiendo de unos minutos para despedirse de su compañero, tras ver que la flecha le ha sido extraída con éxito, y de que su vida se encuentra fuera de peligro, con los ojos llenos de lágrimas, Víctor abandona Jerusalén acompañado de Frey Guillem, Frey Miguel y la protección de una veintena de templarios. Pero antes de partir, el maestre, en compañía de sus comendadores, da a Víctor los tres abrazos fraternales, y le promete rezar por su seguridad y por el cumplimiento de su misión.

Sin detenerse ni un instante y cabalgando con resolución, Víctor y sus maestros no tardan en llegar a la costa, donde un barco de la Orden ya está esperando.

Una vez que suben a bordo la escolta regresa de nuevo a Jerusalén mientras la nave abandona el puerto rumbo a Occidente.

Apoyado en la borda, y apenado por la rápida huida, Víctor se despide de Tierra Santa, y con tristeza piensa en los hermanos que deja atrás y en el terrible peligro que les aguarda, con la inminente invasión turca que expulsará, ya para siempre, a los cristianos de la Ciudad Santa. Cuando sus pensamientos recaen sobre el anciano Ibn al-Iran, y en los felices momentos que han pasado juntos, Víctor no puede evitar que una

lágrima se le escape y caiga al mar, fundiéndose con los millones de gotas de agua que lo forman, como si todo el océano se hubiera convertido en un gigantesco mar de lágrimas.

En Jerusalén, visiblemente enojado, William escucha las explicaciones de sus sirvientes, quienes de forma atropellada le dan detalles del accidente que ha impedido a Jacobus acabar con la vida del pequeño hereje. Chasqueado al haberse descubierto y decepcionado por haber fallado el golpe, el dominico es consciente de que ha perdido su oportunidad, y decide que lo mejor será huir hacia la costa y embarcar en el primer barco que salga rumbo a Francia. Mientras hace el equipaje envía a uno de los criados a buscar a Jacobus que aguarda escondido en una taberna. El sirviente transmite las instrucciones de su amo, y le ordena al mercenario que abandone la ciudad y se dirija al puerto de Haifa, pero le indica que deberá llegar a la costa por su cuenta. Una vez allí se reunirán para embarcar juntos. William sabe que los caminos estarán vigilados, y no quiere correr el riesgo de ser apresado en compañía del asesino. Por este motivo resuelve no tenerlo cerca hasta el momento de embarcar y poner distancia en el mar.

Después de empaquetar sus pertenecías, William comunica sus intenciones al mercader, y este se alegra tanto ante la posibilidad de perder de vista a su incómodo invitado que no duda en cederle una de sus mejores monturas para hacer el viaje hasta la costa.

A una orden del lombardo el alazán está listo en pocos minutos, así como dos caballos más en los que, además de viajar sus sirvientes, acomodan el equipaje. William supervisa la partida asegurándose de que la carga esté bien sujeta, mientras tanto, el mercader no cesa de elogiar su decisión de abandonar la ciudad de inmediato. Cuando todo está listo, William abandona Jerusalén mascullando por su fracaso.

Después del atentado, y siguiendo instrucciones del maestre, el mariscal hace partir mensajeros a los puestos de vigilancia alertándolos ante la posibilidad de que el asesino intente alcanzar algún puerto para huir. Los dos mandatarios del Temple están convencidos de que la agresión ha sido obra de alguna turbia conspiración urdida en Occidente, y que nada tiene que ver con la inmediata guerra contra los sarracenos. Para ellos está claro que el objetivo era el *elegido*. Y con el fin de reforzar la vigilancia salen patrullas hacia todos los caminos que unen la ciudad con la costa.

Jacobus, vestido como un árabe y ocultando su rostro tras un turbante, viaja montando una yegua que ha robado antes de salir de la ciudad, pero al llegar a un recodo oye ruido de cascos, por lo que decide salir del camino donde es un objetivo fácil de localizar. Dando un tirón a las riendas obliga al caballo a subir por la ladera de un cerro intentando llegar a la cima con el propósito de desaparecer por el otro lado antes de que sus perseguidores le alcancen.

Pero el templario que manda la escuadra, avezado en patrullar los caminos y buen conocedor del terreno, se apercibe de la maniobra y con un grito ordena a sus hombres azuzar las monturas, que son lanzadas al galope tras el sospechoso.

Jacobus se da cuenta de que ha sido descubierto y da media vuelta cargando su ballesta. Espera viendo acercarse el pelotón, y cuando el grupo está lo suficientemente cerca apunta sobre el jinete que parece comandar la patrulla y dispara. Con un ruido seco el dardo parte de la ballesta buscando a su víctima, pero en el último instante el templario alza su escudo y la flecha se estrella en él. Jacobus maldice y vuelve a cargar el arma, pero antes de que pueda volver a disparar es rodeado por los templarios que le conminan a entregarse.

Por respuesta, Jacobus desenvaina su espada y embiste a uno de los sargentos que, sorprendido por el ataque y la fuerza de su oponente, cae al suelo herido en un brazo. El asesino intenta escapar aprovechando la confusión, pero dos caballeros le embisten con sus caballos y le derriban. Ya en el suelo, el mercenario lanza con furia su espada contra el comandante de la patrulla, pero este, igual de alto y musculoso que él, consigue parar sin dificultad el golpe con el escudo y responde propinándole un mandoble en la cabeza. Sin yelmo, y con un turbante como protección, Jacobus recibe el espadazo en la testa y cae de rodillas mientras un reguero de sangre corre por su rostro. Con los ojos vidriosos, y sintiendo cómo la vida se le escapa eleva su vista al cielo, y en un postrer acto de arrepentimiento balbucea unas palabras en latín, que se ven bruscamente interrumpidas cuando por la brecha de la cabeza parte de los sesos caen al suelo mezclados con la sangre que no ha dejado de manar. Finalmente, se desploma hacia delante y su rostro se hunde en la arena.

Vestido de nuevo con sus hábitos el monje ha viajado con sus criados mostrando sus credenciales en los controles que han encontrado en el camino, por lo que llegado sin dificultad a la ciudad de Haifa.

Incluso la carta de presentación que Andrés del Orbe le entregó le ha permitido viajar el último tramo del camino bajo la protección de un pelotón de la Orden de San Juan del Hospital, y es gracias a la permanente rivalidad entre la Orden de los templarios y la de los hospitalarios por lo que ninguna patrulla les ha importunado. Incluso a su llegada, y siguiendo la tradición de la Orden del Hospital, William es alojado en su encomienda hasta el día de su embarque. De esta forma, el monje y sus

sicarios consiguen escapar de los controles que los templarios habían colocado para atrapar a los cómplices del asesino.

Pero ya ha pasado una semana desde la muerte de Jacobus. Hartos de esperar, William y sus dos criados consiguen pasaje en un barco que se prepara para partir rumbo a Marsella.

Al principio, la tardanza del mercenario llenó de preocupación al dominico. Pero al ver pasar los días la inquietud al final se convierte en satisfacción al haberse desembarazado de tan incómoda compañía.

Una vez a bordo, y en compañía del murmullo de las olas acariciando el casco, William repasa la situación. Cuando lleguen a Marsella deberá conseguir monturas para dirigirse a París. Allí dará cuenta a su superior del fracaso de la misión y le informará de que el pequeño hereje se encuentra bajo la protección de la Orden del Temple. Por lo que debe ser el papa quien intervenga. Pues él, como fraile menor, no tiene autoridad sobre ningún miembro de la Orden ya que el Temple solo debe obediencia al papa.

“A pesar de no haber acabado con el hereje, William está convencido de que el poder demostrar la complicidad de los arrogantes templarios también tiene valor, y gracias a su trabajo como espía quedará probada la culpabilidad de esa Orden herética que ha abandonado el camino de la obediencia ciega. Ahora la Iglesia ya tiene los motivos que busca para acabar con los templarios y su insolencia”

Encerrado en estos pensamientos, William pasa los días y las noches deambulando por cubierta sin darse cuenta de que sus dos siervos le observan y murmuran entre ellos. Ante la revelación que les hizo Jacobus de una nueva guerra en la región, los dos

renunciaron a permanecer en Jerusalén y optaron por huir a Europa con el monje. Pero son conscientes de que sin dinero, y en compañía de este fraile traicionero, sus vidas no tienen mucho valor. Por lo que a medida que transcurren los días empiezan a urdir un plan para apoderarse de las monedas y joyas con las que William costea su misión.

Una noche en la que la luna está escondida entre nubes, y el mar se muestra como una oscura mancha capaz de devorarlo todo, sorprenden a William en un rincón de cubierta. Y mientras uno de ellos le sujeta, el otro saca una daga de entre sus ropas y le asesta un tajo en el cuello. Herido mortalmente, William no es capaz de ofrecer resistencia, y mientras se desangra los dos esbirros arrebatan al fraile la bolsa con las monedas y sin mostrar ningún tipo de piedad lo arrojan por la borda. Rompiendo la quietud de la noche al caer al agua, el dominico siente cómo la vida se le escapa mientras lentamente las aguas le engullen. Incapaz de mover un miembro, ni de gritar pidiendo ayuda, el cuerpo de William se hunde hasta el fondo del mar donde reposará eternamente.

A muchas millas de allí, tras varias semanas de viaje, la embarcación que transporta a Víctor alcanza la costa catalana. Frey Guillem ha considerado prudente evitar las transitadas rutas comerciales eludiendo puertos como Marsella o Barcelona. Por ello ha decidido dirigirse hacia el castillo de Miravet, un enclave que la Orden tiene en tierras fronterizas, sobre un meandro del río Ebro, alejado de la costa y de las miradas indiscretas.

Para ello dejarán la nave en la que han hecho la travesía y utilizarán una barcaza fluvial que, remontando el río, les llevará directamente al castillo de Miravet. Incluso, y para no alertar a los espías de la Inquisición, evitarán dejarse ver por las fortalezas de Amposta y Tortosa.

Sin escolta y de forma discreta, a bordo de una barcaza de carga dejarán la costa adentrándose en el interior navegando por el Ebro, hasta que los imponentes muros de la fortaleza arrebatada a los árabes les den la bienvenida.

Una vez allí pedirán a su comendador que les proporcione medios para viajar hasta la fortaleza de Monzón, en Huesca, donde se despedirán del hermano Miguel de Bembibre, para que este pueda proseguir viaje hasta el Reino de León, su tierra natal. Frey Miguel se dirige a la fortaleza de Ponferrada para ser nombrado comendador. Donde podrá cumplir la misión de ayudar a las cofradías de constructores, para que estos puedan cincelar en las piedras de las iglesias y ermitas del camino los mensajes que los iniciados deberán descifrar en el futuro.

Pero antes de abandonar Miravet y partir hacia tierras de Aragón, los tres tienen la oportunidad de pasar unos días en el solariego castillo, reponiéndose del largo viaje y conociendo la marcha de la colonización que la Orden sigue en las tierras que palmo a palmo va recuperando a los árabes.

Tal y como les prometió, cuando por fin llega el día de la partida, el comendador les facilita una escolta que los acompaña en su viaje.

Sin perder tiempo, solo deteniéndose en Gardeny, lugar de origen de Frey Guillem, con el propósito de visitar la casa familiar y orar en la capilla de Santa María, en la que reposan los restos de sus padres, el grupo abandona las tierras fronterizas en dirección a Huesca.

El trayecto transcurre sin incidentes, y al finalizar el cuarto día nuestros amigos llaman a las puertas del castillo de Monzón, y es el mismo comendador en persona, Dalmacio de Fenollar, quien los recibe con gran profusión de abrazos mientras los invita a sus aposentos, situados en la majestuosa torre del homenaje que preside el recinto.

Antes de seguir al maestre al interior, Frey Guillem agradece la valiosa ayuda a los caballeros que les han dado escolta desde Miravet, y entregándoles un escrito de gratitud hacia su comendador les despide para que puedan volver con rapidez a su puesto, protegiendo la frontera.

Ahora, tras los muros del castillo respiran tranquilos. El castillo que años atrás había albergado al rey niño Jaime I, cuando tras la muerte de su padre, Pedro el Católico, el papa decidió entregarlo a la Orden del Temple para que Guillem de Montrodón, maestre provincial, y comendador de Gardeny, le hiciera de tutor educándolo en Monzón en compañía de su primo. Evitando que el sanguinario Simón de Monfort se hiciera con él, y con la corona de Cataluña y Aragón tras matar a su padre en la batalla de Muret, inicio de la cruzada albigense contra los cátaros.

Pero, a pesar de la seguridad que emanan las piedras de la fortaleza, Víctor observa en su maestro un semblante serio y pregunta:

—Frey Guillem, ¿son imaginaciones mías, o en tu rostro aprecio una huella de tristeza?, ¿es que acaso vamos a separarnos pronto?

—Sí, querido Víctor. Nuestros destinos seguirán juntos, pero nuestros caminos se separan —responde el templario con melancolía en la voz—. Falta poco para que regreses a tu tiempo. Hubiera querido que tu estancia hubiera sido más larga, pero no es prudente correr riesgos y tampoco quiero ponerte en peligro. Incluso tenía intención de visitar contigo la fortaleza de Alamut, pero la situación no era la más favorable.

—Entonces es cierto, ¿vamos a separarnos? —solloza Víctor con tristeza y sintiendo que la humedad se apodera de sus ojos.

—Ha llegado el momento de seguir caminos distintos. Tú tienes una vida por delante, y yo solo soy un reflejo del pasado.

Mientras pronuncia estas palabras, Frey Guillem no puede ocultar la enorme tristeza que le oprime el corazón, y gira su rostro para que el pupilo no vea que a él también se le empañan los ojos.

—Maestro —exclama de nuevo Víctor con voz temblorosa—, las últimas semanas he pensado mucho en este momento, y me he jurado mil veces que cuando llegara lo afrontaría con valentía, pero ahora siento un nudo en el estómago y una pena muy grande. Tengo la impresión de haber pasado una vida entera a tu lado.

Víctor pronuncia estas palabras sintiendo cómo los ojos se le humedecen en contra de su voluntad, y cómo a pesar del esfuerzo apenas consigue mantener la voz firme. Dándose cuenta, Frey Guillem le rodea con el brazo y responde:

—Son muchas las cosas que has vivido y aprendido. Todo ello te será provechoso en tu travesía por la vida. Úsalo como te hemos enseñado y lleva la cruz en el pecho con orgullo.

Profundamente emocionado, Víctor no puede contener las lágrimas, y dejándolas correr por sus mejillas responde:

—¡Así lo haré, Maestro! No temáis por ello.

Antes de partir hacia el castillo de Ponferrada, Frey Miguel pasa unos días con ellos recorriendo los alrededores de Monzón y revelando al muchacho los últimos misterios que debe conocer antes de regresar a su época.

Mediante grabados que dibuja en la arena con la ayuda de un palo, y que después borra, el castellano le enseña los símbolos que deberá descifrar para poder preservar la continuidad de la Orden en el futuro, y asegurar la victoria del bien sobre el mal, siempre en eterna lucha, desde los tiempos más remotos.

Pero finalmente, una mañana en la que la niebla es tan espesa que hace que los muros del castillo rezumen como si lloraran la marcha de Frey Miguel, este se despide de ellos.

—¿Volveremos a vernos, Miguel? —pregunta el muchacho.

—No, Víctor —responde el templario—, no volveremos a vernos más. Pero siempre estaremos juntos. Tú llevas dentro de ti el espíritu del Temple y con él también me llevas a mí. Ahora debo continuar mi camino y cumplir la misión que la Orden me ha encomendado en mi querida tierra del Bierzo.

Envueltos en un profundo silencio, Frey Miguel da los tres abrazos a su hermano Guillem de Cardona y también a su querido discípulo. Después toma las riendas que le tiende un escudero y con monta a lomos de su caballo.

Ceremoniosamente, bajo la protección de la *beaucent*, y acompañado por un grupo de templarios que han llegado de Ponferrada para escoltar a su futuro comendador, Frey Miguel parte hacia las frías y mágicas tierras leonesas.

A pesar de lucir el uniforme de la Orden y sentirse como un caballero, Víctor no puede ocultar que sus ojos reflejen la tristeza que siente al despedirse de otro de sus queridos maestros. Es consciente de que ya no volverá a ver más al caballero Miguel de Bembibre. Y de nuevo la tristeza se apodera de su corazón.

A su lado, Frey Guillem es consciente de que su pupilo todavía es un muchacho de catorce años y que en él los sentimientos todavía son tiernos, y para intentar animarle le acaricia la cabeza con dulzura mientras le dedica una gran sonrisa.

Entonces Víctor, secándose las lágrimas con el dorso de la mano, levanta el brazo enviando en la distancia un último saludo a su querido hermano.

Frey Miguel detiene su cabalgadura, y tras girarse también levanta el brazo a modo de despedida.

Sobre una loma, a caballo y con la capa blanca mecida por el viento, Víctor tiene la impresión de estar viendo la imagen de un ángel. De un ángel que le acompañará el resto de sus días guiando sus difíciles pasos por la vida y protegiéndolo de todo mal que le amenace.

En la lejanía y mientras cabalga rumbo al norte, Miguel de Bembibre inicia una letanía que se pierde en el aire…

Querido hermano. Que la paz reine en tu espíritu y la fuerza acompañe tu cuerpo hasta el día en que debas reunirte con el Creador.

Te estamos muy agradecidos por tu compañía. Ve con Dios, regresa a tu mundo y cumple tu misión para que podamos renacer en la gloria del Gran Arquitecto del Universo.

El regreso

Tras la marcha del templario castellano, Frey Guillem reanuda la instrucción de su pupilo. Sabe que su tarea como maestro debe finalizar y el tiempo se acaba. Por ello, pasan juntos la mayor parte del día repasando lo aprendido en su viaje en la sala capitular del castillo de Monzón, alejados de oídos indiscretos.

Víctor es consciente del esfuerzo de su maestro y presta la máxima atención a sus enseñanzas, pero para no forzar al muchacho, Frey Guille, las alterna con paseos a caballo por los alrededores.

Un día, mientras conversan a la sombra de un roble, seguro de que el final se acerca, Víctor pregunta:

—¿Cuánto falta para mi marcha maestro?

—Muy poco —responde Frey Guillem—. Lo que tenías de hacer ya está hecho. No es bueno alargar tu permanencia sin motivo. Dentro de ti llevas la semilla que hará florecer de nuevo la Orden, permitiendo que en el futuro pueda librar su última Cruzada. Para nosotros, ahora empiezan malos tiempos. Ya no nos queda más que el declive. Tras la pérdida de Jerusalén vendrán la de Acre, la de Trípoli y la de todos los reinos de Oriente. El mundo occidental perderá el interés por Tierra Santa y terminará cuestionándose la existencia de las órdenes militares. Lentamente, la admiración que el pueblo siente por nosotros se irá convirtiendo primero en miedo, luego en envidia y al final en odio. Un odio capaz de llevar a la hoguera a hombres buenos que renunciaron a una vida propia para consagrarla en la defensa de la fe y de la cruz.

El curtido templario no puede reprimir un tono de amargura al pronunciar estas palabras, pero al darse cuenta de que pueden causar un efecto negativo en Víctor, cambia el tono y agrega:

—Pero contigo será distinto. Tú verás renacer al Temple, cual ave Fénix de sus cenizas, y alzarse contra sus enemigos empuñando la espada con mano firme como hizo el arcángel san Gabriel. Los siglos de ocultación y espera terminarán. Y por fin la lucha terminará con la victoria definitiva.

—Pero maestro —insiste—, ¿cuándo será mi partida?, quiero estar preparado.

—Lo estarás, no te preocupes —le tranquiliza Frey Guillem—. Por el momento es mejor que no sepas más detalles. Así no te condicionará ninguno de los momentos que te quedan por vivir aquí...

Pero la frase del templario queda bruscamente interrumpida por un terrible estruendo que rasga el aire. Sorprendidos se levantan y dirigen la mirada hacia el promontorio donde se alza la fortaleza viendo que de la muralla principal sale una columna de humo y polvo. Angustiados permanecen inmóviles hasta que lentamente la nube termina por disiparse, y aterrorizados se dan cuenta de que hay una brecha en la muralla y que parte del muro ha caído. Sobrecogidos observan el enorme agujero y el montón de cascotes que ha producido el derrumbe.

—¡Víctor! ¡Monta y sígueme! —grita Frey Guillem saltando sobre la silla de su caballo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta asustado el muchacho.

—No lo sé, pero lo vamos a averiguar. —Y al instante los dos parten al galope en dirección al castillo.

En pocos minutos cubren la distancia y llegan a orillas del rio Sosa, que serpentea a los pies del cerro antes de volcar sus aguas en el Cinca a pocas millas de distancia. Pero antes de vadearlo, Frey Guillem mira arriba, hacia el castillo, y descubre que en el exterior del muro se está librando una encarnizada batalla entre tropas asaltantes y un grupo de templarios que han salido a través de la brecha.

—¡Detente! —Ordena Frey Guillem—. Están atacando el castillo. Son tropas del rey de Navarra, aunque entre los estandartes veo también la enseña del papa. Esto ha de ser cosa de Andrés del Orbe. El día que llegamos a Miravet el comendador ya me previno contra él. Gracias a su influencia ha logrado que el papa le nombre delegado personal con plenos poderes para convocar y armar ejércitos contra las herejías. Seguramente ha utilizado la influencia que la noticia de la pérdida de Jerusalén ha causado entre la cristiandad para levantar un ejército contra la Orden y, esgrimiendo cualquier mentira, asaltar el castillo de Monzón. Alguno de sus espías le habrá informado de nuestra presencia y no habrá parado hasta convencer al rey de Navarra, y a sus señores de atacar el baluarte del Temple en represalia por haber dejado que los infieles vuelvan a pisar los Santos Lugares. Pero aunque haya montado toda esta pantomima, en realidad este ataque es por ti.

—¿Qué hacemos? —Exclama Víctor—, ¿utilizamos los subterráneos secretos para entrar al castillo?

—No. Nuestra presencia solo entorpecería a nuestros hermanos. Lucharán mejor sabiéndote a salvo. Haremos una señal para informarles de que estamos bien y partiremos lejos de aquí. La guarnición de Monzón se bastará para contener a los perros de Andrés del Orbe a pesar de que el enemigo, valiéndose de la sorpresa, haya cavado una zapa en el muro y haya derribado parte de él. La triple muralla servirá para contener

el ataque. ¡Ven! ¡Sígueme! Vayamos hasta Gardeny. Allí informaremos del ataque y avisaremos para que movilicen a los hermanos de la región para que acudan en defensa del castillo. También haremos llegar un mensaje al papa para informarle de la monstruosidad que está cometiendo el inquisidor general en su nombre.

Dicho esto, Frey Guillem azuza su montura lanzándola al galope, mientras Víctor, temblando por la rabia que siente, espolea su caballo detrás de él.

Los dos galopan dejando atrás la fortaleza de Monzón y la lucha que sus hermanos están manteniendo con las tropas del rey de Navarra, cruzando pueblos y arrollando todo tipo de animales domésticos ante la atónita mirada de sus habitantes.

Pero cuando Frey Guillem está pensando en parar unos instantes para dar descanso a los caballos después de la intensa cabalgada, divisan delante de ellos una columna de jinetes que se acerca a gran velocidad.

Tras detenerse, Frey Guillem valora la posibilidad de dejar el camino y huir a campo traviesa. Entonces se da cuenta de que al frente de la columna ondea el estandarte blanco y negro del Temple, y que bajo él, las capas de los caballeros flotan en el aire como si fueran alas que les permitieran avanzar más deprisa. Ante tan celestial visión los dos sonríen y aguardan la llegada del pelotón en mitad del camino.

Al llegar, el comandante que capitanea al pequeño ejército detiene la columna, acto seguido baja de su caballo e hincando la rodilla derecha en el suelo, saluda a Frey Guillem con gran respeto.

—¡Salud, *beau sire*! Soy el hermano Fernando de Pedroñeras, y venimos desde Lérida al galope. Tan pronto ha llegado la noticia del ataque el comendador nos ha ordenado salir en ayuda de nuestros hermanos y acudir en defensa de Monzón.

—Salud, hermano, soy Guillem de Cardona, y este es el hermano Víctor. El ataque nos ha sorprendido fuera del castillo. Cabalgábamos en busca de ayuda, pero veo que la noticia ya os ha llegado.

—Ya estábamos prevenidos. De hecho, vigilábamos al ejército enemigo desde su salida de Navarra, pues una patrulla venida de Ponferrada nos ha informado de sus movimientos, por ello, cuando el enemigo ha tomado dirección hacia Monzón, con intención de atacar el castillo, nuestras tropas ya estaban prestas para salir.

—Te das cuenta, Víctor —sonríe Frey Guillem—, nuestro buen Miguel de Bembibre velaba por nosotros. Y a vos, hermano Fernando, no os entretenemos más. Acudid presto en ayuda de los hermanos de Monzón, y que el señor guíe vuestras espadas. Pues aunque no sea contra el infiel contra quien las levantaréis, a veces, bajo el manto de falsos cristianos se esconde la peor de las maldades.

—Gracias, señor. Seguid vuestro camino y no os preocupéis, encontraréis la ruta despejada hasta Lérida. Nada habéis de temer, pues la lucha será corta, se ha enviado mensaje al papa para que detenga esta carnicería.

Tras pronunciar estas palabras el comandante vuelve a saludar a Frey Guillem, y montando de nuevo a caballo ordena a su tropa reanudar el galope.

Todos los templarios obedecen y la columna tarda pocos segundos en desaparecer envuelta en una nube de polvo.

Una vez tranquilos al ver que el ataque no ha sorprendido a los maestres de la Orden, y que la situación está bajo control, Frey Guillem y Víctor prosiguen camino alejándose de la zona de combate.

—Aunque se gane la batalla y el rey de Navarra tenga que retirarse a sus territorios, las próximas semanas los caminos estarán revueltos y será peligroso moverse por la región. Buscaremos refugio en Gardeny.

—¿En Gardeny? —Pregunta Víctor—, pero si la encomienda que vimos solo era una granja fortificada junto a una iglesia.

—Exacto —aclara Frey Guillem—. A los espías de Andrés del Orbe jamás se les ocurrirá buscarnos allí. Creerán que hemos huido buscando refugio en Barcelona o en Tarragona. Es en Gardeny donde estaremos a salvo.

Víctor lo piensa y se da cuenta de que su maestro tiene razón. La Inquisición lanzará a sus perros a buscarlos en todos los centros importantes de la Orden, y sobre todo en aquellos alejados de Monzón. Por ello jamás sospecharán que puedan esconderse en el pequeño castillo de Gardeny, a las afueras de Lérida.

Y sin decir nada más prosiguen camino hasta que, cuando las sombras ya se hacen dueñas de los campos y un manto de estrellas cubre el firmamento, llegan a la pequeña encomienda.

Como esperaba Frey Guillem, el resto del viaje lo han podido realizar sin ningún tropiezo, pero al llamar a la puerta de Gardeny el anciano templario al cuidado de la casa muestra su sorpresa ante los dos viajeros que la noche ha traído.

Frey Guillem y Víctor entregan sus monturas a un criado, y antes de que el anciano pueda decir nada, entran en la humilde estancia que cumple las funciones de refectorio.

—Querido hermano —explica Frey Guillem al aturdido anciano que no cesa de observarles como si viera dos fantasmas salidos de la noche—, os ruego disculpéis la hora y la forma de llegar a vuestra encomienda. Pero malos tiempos corren para la Orden y las circunstancias nos han obligado a actuar así.

—Realmente deben ser poderosas las razones que os obligan a cabalgar a estas horas —responde el anciano—, pero sea lo que sea, aquí sois bien recibido. Si puedo hacer algo por vos solo tenéis que decirlo.

—Gracias, hermano —corresponde Frey Guillem—. Abusando de vuestra hospitalidad os rogaría que nos proporcionéis un tazón de caldo. Hemos cabalgado toda la jornada sin detenernos. Y tampoco hemos comido nada.

—Yo mismo os lo serviré. ¿Deseáis algo más? —pregunta el anciano.

—Sí. Quisiera pediros que nos abráis la puerta de la ermita —solicita Frey Guillem—. Antes de acostarnos queremos orar y poner nuestras almas en paz y armonía con el señor.

—Eso es muy loable, hermano. Así lo haré. —Y tras decir esto el anciano desaparece camino de la cocina.

—Frey Guillem —pregunta Víctor—, tú no has pedido que nos abra la ermita solo para rezar, ¿verdad?

—Eres muy listo, muchacho, pero déjame hacer y no preguntes.

—Está bien —responde Víctor intrigado.

—Cuando el hermano regrese cómete la sopa y no digas nada. Después, cuando me levante, me sigues en silencio. No quiero que de nuestro paso por aquí quede ningún recuerdo. No te hagas notar y sé discreto. Haz lo que te diga sin rechistar.

Víctor asiente en el mismo instante que el caballero regresa con dos escudillas de un espeso y humeante caldo de legumbres. Para evitar derramar el contenido las deposita con delicadeza en la mesa y luego se retira hasta un taburete situado en un rincón. Después de agradecer con una sonrisa la hospitalidad a su anfitrión, Víctor y Frey Guillem toman en silencio pequeños sorbos de sopa hasta que los cuencos quedan

vacíos. El guiso causa un efecto reconfortante en los fatigados cuerpos de los dos viajeros, pero antes de que se levanten entra un sirviente en el comedor y deja sobre la mesa una jarra de vino caliente y tres vasos de barro.

Entonces el anciano se levanta y toma asiento junto a ellos.

—Queridos hermanos, después de esta humilde comida que os ha devuelto las energías quisiera ofreceros un poco de vino para reconfortar vuestro espíritu. El vino aliviará vuestras fatigas y os ayudará a dormir reposadamente. Para honra de nuestro Señor, creador de este maravilloso néctar, yo mismo os acompañaré, pues para este viejo a quien ya le queda poco tiempo para ir a servir personalmente al Altísimo, un poco de vino caliente antes de acostarse es lo único que le alivia de los dolores que el frío y la humedad le causan en sus maltrechos huesos.

—Os lo agradecemos profundamente y nos sentimos halagados por vuestras atenciones.

Mientras dice esto, Frey Guillem vierte una generosa ración de vino en un vaso y se lo acerca al anciano. Luego sirve una ración muy pequeña para Víctor y otra, también pequeña, para él mismo. La noche es larga y no quiere que el efecto del alcohol le embote los sentidos. Ni a él, ni a su joven pupilo, a quien le aguarda un largo viaje.

El viejo caballero se acerca el vaso a los labios y cerrando los ojos bebe todo el contenido de un trago. Transcurridos unos segundos en los que el éxtasis se refleja en su rostro, mira a sus huéspedes, y levantándose con gran esfuerzo se despide de ellos.

—Hermanos, os ruego me disculpéis, pero debo retirarme. Este viejo cuerpo necesita descanso. Además, aquí el trabajo es duro y empieza al amanecer. Tenéis la capilla abierta como habíais pedido.

Frey Guillem se levanta también, y después de darle un fuerte abrazo exclama:

—Nosotros también lo haremos, pero después de orar un poco.

Caminando despacio y apoyándose en las paredes, el anciano abandona el refectorio y desaparece en las sombras del pasillo. Entonces, solo cuando Frey Guillem está convencido de que ya no les oye, hace una señal a Víctor para que le siga y los dos salen fuera.

En medio de una lóbrega oscuridad, rasgada solamente por los débiles reflejos lechosos de una tímida luna, y envueltos en el silencio cruzan el patio hasta la pequeña ermita. Tal y como había anunciado el templario, la puerta está abierta. Frey Guillem se asoma y distingue en el altar una vela que arde temblorosa esparciendo algo de luz en el interior. Cruzan el portón y entran. Mientras, desde la rama de un olivo, al lado de la tapia del huerto, una lechuza ulula como si quisiera advertirles de algún peligro. El muchacho, un tanto asustado por el misterio con que se comporta su maestro recorre con la mirada la iglesia y ve que es muy sencilla. El altar está formado por dos bloques de piedra colocados uno encima del otro. Y está situado sobre una tarima de roca a la que se accede por tres pequeños escalones tallados en la misma. En las paredes apenas hay figuras ni ningún otro motivo de decoración. Lo único que realmente es impresionante en el lugar es un Cristo de tamaño real, situado detrás del altar, en el que un rostro perfectamente tallado refleja fielmente el dolor. El detalle de que el Cristo no esté sobre la típica cruz de dos tablones colocados perpendicularmente, sino que reposa sobre dos gruesas ramas en forma de uve clavadas sobre el tronco de un árbol llama poderosamente la atención de Víctor.

Mientras Frey Guillem asegura la puerta por dentro, Víctor observa la perfección con que el artista ha imprimido en la talla cada uno de los detalles, haciendo con su talento que el cuerpo de Jesús parezca verdaderamente el cuerpo de un hombre real.

El templario enciende tres velas y las coloca en el suelo formando un triángulo. Después, y ante la sorpresa de Víctor, se sienta en el piso y le hace señas para que él también se siente.

Los dos, uno frente al otro, se miran y el muchacho pregunta:

—¿Qué vamos a hacer? Presiento que algo va a pasar, pero no sé el que. Y ello me asusta. ¿Qué te traes entre manos?

—Tranquilo —responde Frey Guillem con una sonrisa llena de misterio—, confía en mí.

—Tengo confianza en ti, pero ¿por qué no me dices lo que estamos haciendo?

—Esta noche regresarás a tu casa —afirma el templario con voz grave.

—¿Esta noche?, ¿cómo? —protesta el muchacho.

—De la misma forma que viniste. Salvo que esta vez yo no te acompañaré

—¿Qué quieres decir? —Exclama sobresaltado— ¿No me dirás que es hoy cuando vamos a separarnos? Y acaso ¿es que ya no nos volveremos a ver más?

Frey Guillem deja entrever un tono de tristeza en sus palabras:

—Mi misión ha terminado. Ya estás preparado y debes continuar tu viaje solo. Aquí se separa el maestro del alumno, para que este complete su formación y algún día pueda ser también un buen maestro.

—Pero no quiero marchar, quiero continuar contigo...

Víctor intenta levantarse, pero con asombro ve que las piernas no le obedecen. No puede ponerse en pie y la escasa luz de la ermita poco a poco va apagándose.

—¿Qué me pasa? —Pregunta— No puedo levantarme. La cabeza me da vueltas y me estoy mareando. ¿Has puesto algo en el vino? ¡Sí! ¡Eso es! ¡Has puesto algo en el vino que me produce este sueño! ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho?

—Lo he hecho por tu bien, querido Víctor. Ahora vas a dormirte dulcemente, y cuando despiertes estarás en tu casa. Solo recordarás aquello que necesitas para cumplir tu trabajo. No luches. Déjate llevar. Te prometo que no vas a sentir nada.

A causa del efecto que el narcótico que Frey Guillem ha puesto en el vino de su pupilo estas últimas palabras quedan flotando en el aire como un eco que lentamente se va apagando en los oídos del muchacho. Y solo un instante antes de caer profundamente dormido se da cuenta de que una lágrima resbala por la mejilla de Frey Guillem.

Después se hace la oscuridad…

…Pip, pip, pip. El monótono sonido de la máquina que controla los latidos de su corazón no cesa de emitir sus insistentes pitidos. En la pequeña sala de cuidados intensivos reina la más absoluta tranquilidad, y la rítmica cadencia de los metálicos bips refleja que el corazón palpita sin problemas.

Fuera, en el pasillo, los angustiados padres escuchan al médico de guardia, quien les explica el problema que aqueja a su hijo. El muchacho yace sumido en un profundo letargo, pero su rostro se muestra tranquilo y sereno como si solo estuviera dormido. Mientras la madre lanza una mirada a su hijo a través de los cristales de la habitación el médico continúa su explicación.

—Cuando su hijo llegó a urgencias, en estado de coma, lo primero que se le hizo fue una exploración general, ya que no presentaba ninguna herida en el cuerpo. Los órganos vitales no parecían dañados y funcionaban correctamente, pero como el parte de ingreso decía que su hijo había sufrido un atropello, también se le practicó un escáner para descubrir si había daños en el cerebro. No fue así, pero en cambio, poco a poco fue entrando en un coma todavía más profundo, en el que todavía permanece.

Al oír esto la madre no puede reprimir el dolor, y rompe a llorar mientras entorna la mirada hacia su hijo que reposa inmóvil. El marido la abraza con fuerza y mira al doctor buscando con la mirada una aclaración.

El médico, nervioso por desconocer la respuesta que explique el estado del muchacho, continúa la exposición intentando enderezar su corbata en un gesto inconsciente.

—La verdad es que no sabemos darles una respuesta. Todas las exploraciones hechas a su hijo reflejan que no tiene ninguna lesión.

Sus órganos funcionan bien, pero al parecer sufrió un aparatoso accidente. Solo nos queda continuar haciéndole más pruebas y esperar a ver cómo evoluciona.

—Doctor —pregunta el padre—, ¿podemos entrar a verle?

—Por supuesto —responde el médico viendo en ello la posibilidad de eludir por unos minutos la angustiosa conversación—. Síganme por favor.

El médico abre la puerta de la sala invitando a los padres a entrar. Luego, ajustándose el estetoscopio que lleva colgando, entra él también.

Pip, pip, pip. Dentro, el sonido se hace más fuerte. Y la visión del cuerpo de su hijo, postrado en la cama inmóvil, lleno de cables y tubos que le ayudan a respirar, sobrecoge el corazón de la madre que no cesa de llorar.

Mientras el padre y el médico se detienen junto a la puerta la madre se acerca a la cama y toma con ternura la mano de su hijo. Sintiendo cómo el dolor le rasga las entrañas lo mira, y mientras una lágrima resbala por su mejilla le habla con dulzura al oído.

A los pocos segundos tiene una leve sensación apenas perceptible que le hace sentir como si la mano de su hijo apretara la suya.

Ni su marido ni el doctor han visto nada. Pero ella ha podido apreciarlo. Entonces, tomando la mano de su hijo entre las suyas, sigue hablándole. Lenta y dulcemente al oído.

De inmediato, y como si despertara de un profundo sueño, Víctor nota cómo cada uno de sus miembros van recuperando las fuerzas y cómo una lejana voz, familiar y conocida, le acaricia los oídos.

La sensación de flotar en el aire va desapareciendo, y a cada segundo que pasa siente con más fuerza la dureza del lecho en el que está echado. Haciendo un esfuerzo y ayudado por las cosquillas que siente en su oreja, producidas por el aliento de su madre, abre los ojos y esboza una sonrisa.

Al verlo, la madre lanza un grito que deja helados al padre y al médico. Y abrazando a su hijo rompe a llorar.

El médico se acerca sobresaltado y ve con sorpresa que el muchacho ha abierto los ojos y sonríe a sus padres, y escucha cómo les pregunta:

—¡Mamá, papá! ¿Qué ha pasado? ¿Qué hago aquí?

Ahogada en lágrimas, Teresa no puede hablar, y Ángel, por toda respuesta, coge la mano de su hijo y la aprieta con fuerza mientras las lágrimas inundan sus ojos. Reponiéndose de la sorpresa, el médico intenta explorar al paciente colocándole el estetoscopio en el pecho. Pero los abrazos de la madre se lo impiden, mientras una enfermera, que ha llegado corriendo al oír los gritos, se detiene en la puerta y observa conmovida la escena.

Al ver la recuperación del chico, y que este se incorpora en la cama sin dificultad, el doctor se retira un poco y deja que los padres disfruten de la mejoría de su hijo. Pero al hacerlo siente en su espalda una extraña sensación. Como si detrás de él hubiera

alguien. Incluso ha tenido la impresión de notar su aliento en el pescuezo. Un aliento que le ha provocado que todo el vello se le erizara. Pero finalmente él también se suma a la alegría.

Tras dos días en los que es sometido a infinidad de pruebas, que solo corroboran el perfecto estado de salud de Víctor, los médicos del hospital, sin ninguna respuesta que explique el milagro, le dan el alta. Y la familia abandona la clínica.

Ya en casa los padres no dejan de colmarle de atenciones, lo que provoca los celos de su hermano menor que se siente postergado.

Hasta que una mañana de domingo, mientras Víctor está echado en la cama intentando poner en orden su cabeza, entra David y le dice en tono de protesta:

—Hay que ver, hermanito. En esta casa, si no tienes un accidente y acabas en el hospital, parece que no cuentas para nada.

—No digas tonterías —responde Víctor—. Además, no sabes lo latosos que están los papás. Preferiría que me dejaran un poco más tranquilo. Están pesadísimos.

—¿Algún día me contarás lo que pasó?

—Ni yo mismo lo sé. Creía haber vivido toda una aventura. Y por lo visto solo fue un sueño. No me lo puedo quitar de la cabeza. Ha sido tan real que puedo recordar cada uno de los detalles. Me es difícil creer que estuve solo un día en coma. En mi mente hay miles de recuerdos. De lugares y de situaciones que me parece haber vivido plenamente. Quizás algún día llegue a saber qué pasó realmente. No creo que haya podido ser solo un sueño.

En ese instante la explicación de Víctor se ve interrumpida por la voz de Teresa llamando a sus hijos, pues hoy toda la familia irá a comer fuera para celebrar la recuperación de Víctor.

—Niños, coged las chaquetas y bajad. Los abuelos están esperando.

—¡Ya bajamos mamá! —responde Víctor asomándose al pasillo.

David agarra su cazadora y sale corriendo escaleras abajo sin esperar a su hermano. Entonces Víctor abre la puerta del armario en busca de su abrigo.

Con cuidado lo descuelga y se lo coloca. Luego sale de la habitación, pero antes de cerrar la puerta lanza un vistazo a su cuarto.

Mirándolo siente como si realmente hubiera estado fuera muchos meses, parte de su vida, y no solamente las dos noches pasadas en el hospital.

Mientras se encamina hacia las escaleras piensa en ello y de forma inconsciente mete la mano en el bolsillo del abrigo, encontrando un objeto cuyo tacto le resulta conocido.

Lo coge, y sacándolo lo observa descubriendo con sorpresa que en su mano tiene el cordón de nudos que le regaló Frey Guillem, y que el Maestre Armand de Périgord le impuso la noche de su iniciación.

Preso de una intensa emoción siente al instante cómo todos los recuerdos acuden a su mente, y comprende al fin que no ha sido un sueño.

Es entonces cuando la luz se hace en su mente descifrando con claridad su destino, cuál es su misión.

Y, tranquilo, lleno de seguridad, y con el espíritu en armonía, se para un momento antes de bajar mientras se abrocha el cordón debajo de la camisa.

Y al sentir el contacto de los nudos de nuevo en su piel sonríe y recita:

—*Non Nobis Domine, non Nobis, sed Nomini Tuo da Gloriam* [2]

[2] **No a nosotros, oh, señor, no a nosotros, sino a tu Nombre da Gloria.**

Luego, baja corriendo la escalera y grita:

—¡Ya voy, mamá!

Y en voz baja. Casi un susurro añade:

—Ya voy mamá. He tardado un poco porque acabo de encontrar la luz que me muestra el camino. El sentido de mi vida. Ya voy mamá.

La última cruzada acaba de empezar…

Este himno es parte del Salmo 113 B de la Biblia de "los Setenta" y la "Vulgata", que san Bernardo de Claraval, primer padre espiritual de la Orden impuso como lema a los Templarios.